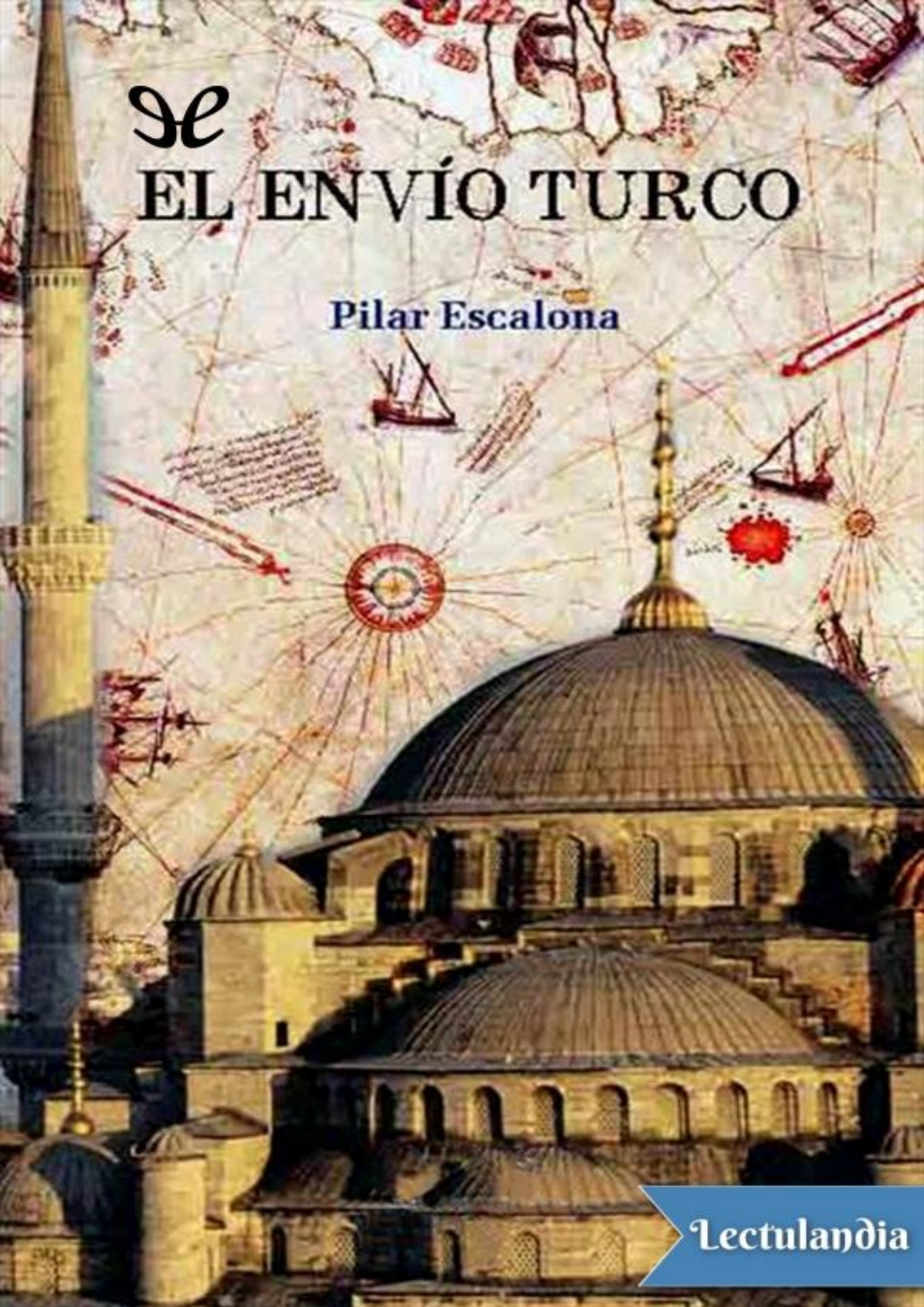




Decorative symbol resembling a stylized 'E' or 'S'.

EL ENVÍO TURCO

Pilar Escalona



Lectulandia

En Tenerife y Las Palmas tienen lugar sucesos misteriosos. En ellos se ven afectadas personas que sólo tienen en común haber coincidido en un reciente viaje a Turquía.

El capitán Perdoma, hábil investigador de la Guardia Civil de Tenerife, tratará de resolver el enigma que conecta Turquía con robos y asesinatos producidos en Canarias y con la presencia en las islas de un extraño y escurridizo delincuente brasileño.

Lectulandia

Pilar Escalona

El envío turco

ePub r1.0

FLeCos 20.03.17

Título original: *El envío turco*

Pilar Escalona, 2013

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Santa Cruz de Tenerife. 28 de julio de 2012

El capitán Perdoma destapó el caldero con el guiso que hervía a fuego lento, introdujo una cuchara de madera y se la llevó a la boca.

«Esto ya está en su punto», pensó, al tiempo que apagaba el fuego. «Se van a chupar los dedos con esta fabada. La verdad es que las judías han quedado tiernas, como mantequilla».

Perdoma retiró el caldero de la cocina, lo envolvió con paños e hizo un nudo por encima de la tapadera. Se quitó el delantal y lo depositó sobre la silla más próxima. Luego se dirigió al dormitorio. Una tonga de camisas sin planchar se amontonaba sobre un sillón dispuesto en una esquina. Cogió una al azar y la colocó sobre la tabla de la plancha. Después procedió a enchufar el aparato y pasarlo por las principales arrugas. Desde la partida de su mujer a Marruecos para pasar unos días, las tareas domésticas se le acumulaban y no todas se le daban tan bien como la de cocinar. Alisó las arrugas procedentes del lavado y ocasionó otras al planchar.

«¡Qué más da! ¿Quién va a fijarse en estas boberías? Lo importante es que la fabada me ha quedado del diez. Va a tener éxito. Cuando la sirva en los platos, me los van a quitar de las manos».

Se despojó de la ropa de estar por casa. Se puso la camisa recién planchada junto con un pantalón del perchero. Recogió los zapatos del día anterior, puestos a ventilar en el alféizar de la ventana, y se los calzó. Finalmente, pasó al baño y se repasó el cabello, con unos toques de colonia.

«¡Listo! ¡Ahora en marcha, que ya se va echando la hora encima y este guiso es para servirlo pronto!».

Recogió el caldero, todavía humeante, y salió de casa. Bajó las escaleras hasta el garaje y, tras colocar el caldero cuidadosamente sobre el asiento del copiloto, arrancó el coche. Las calles de Santa Cruz no estaban tan transitadas durante el fin de semana, por lo que Perdoma accedió enseguida a la autopista del Norte e inició el ascenso hacia La Laguna.

El tramo de calle contiguo a la casa de Pedro y Pilita estaba atestado de vehículos, signo inconfundible de la celebración de un tenderete. Perdoma aparcó unos metros más allá, cogió el caldero y recorrió alegremente la distancia que lo separaba de la casa.

La puerta estaba abierta de par en par. Al pie, una piedra, colocada estratégicamente, la mantenía en la posición de apertura y daba paso a la gente sin tener que estar pendiente del timbre. Perdoma no se lo pensó dos veces y cruzó el umbral. Giró a la derecha y contorneó la casa hasta desembocar en el patio. A la sombra de la parra, unos cuantos amigos charlaban y picoteaban en torno a una mesa. Perdoma los saludó de pasada:

—Un momento, que esto pesa. Ahora vengo.

—Cuando vuelvas, tráeme una cervecita —dijo Marga.

—Enseguida te la traigo —respondió Perdoma—. ¿Alguien quiere algo más?

—Trae de paso una jarra de vino —pidió Gonzalo—, que ya queda poco.

Caminó bajo un entoldado de plástico que cubría el vacío entre la parra y el cuarto de tenderetes y entró en el salón. El reducido espacio destinado a la cocina, delimitado por los muros propios de la construcción y unos arcos que lo separaban del cuarto de tenderetes, estaba abarrotado. Todo el mundo colaboraba. Uno partía pan, otro cortaba queso, aquél aderezaba tomates en una fuente. Lucían paños de cocina amarrados al cinto o echados por encima del hombro. Un repiqueteo de mortero sonaba en el ambiente y el aroma del ajo y el cilantro se entremezclaba con los vapores de otros guisos. Perdoma se abrió paso hasta un tablero donde Pedro estaba empezando a dar los primeros toques a una paella.

—¡Hombre, Perdoma! ¿Qué pasó? Pero ¿qué trajiste? ¡Ya te dije que no te molestaras!

—Nada, sólo es un poco de fabada. Ya verás, me quedó estupenda —dijo Perdoma depositando el caldero a un lado del tablero—. Me lo vas a agradecer, porque en Turquía no vas a poder degustar unos platos como éstos.

—Pero te dije que había mucha comida. Estoy preparando una paella, tengo carne para asar y Melo, como siempre, trajo el caldero estándar, ya sabes, el que usa él habitualmente, con un guiso de caballas. Agustín se presenta con unas sardinas y Antonio con un pulpo. Y de postre... ¡no te quiero ni contar! La mesa de la cocina está a rebosar y en el frigorífico no cabe un alfiler.

—Todo se comerá. Da tiempo al tiempo. Hoy somos muchos, verás que todo viene bien. Además, esta fabada me salió del diez.

Pedro asintió con un gesto de resignación y continuó vertiendo ingredientes en la paella.

—Pilita —comentó Carmen—, nos traerás un recuerdo del viaje, ¿no? Allí hay de todo y dicen que hay bazares con miles de tiendas. ¡Eso tiene que ser impresionante!

—Para pasarse horas y horas —intervino Rita—. Yo me pasaría allí un día entero, desde que abrieran hasta que cerraran.

—Por supuesto que les traeré un recuerdo a todas. Para las carnavaleras quiero conseguir unas buenas telas para el disfraz. Ya saben que este año el tema es Bollywood. Así que nos podemos disfrazar de hindúes con una falda larga, sari, velo y el resto de complementos.

—¡Qué bien! —gritaron Carmen y Elena a coro.

Una vez aliviado de la carga del caldero, Perdoma procedió a saludar a los presentes. Agustín y Melo, que hacían los honores a un plato de caballas en una estrecha repisa, ofrecieron un tenedor a Perdoma, al tiempo que Agustín dijo:

—Prueba un poco de caballas, Perdoma. ¡No veas cómo le salieron a Melo!

—Ahora vuelvo. ¡Déjenme saludar primero a la gente!

Perdoma salió al patio procediendo a intercambiar saludos y noticias con el grupo reunido en torno a la mesa. Pilita se aproximó a preguntar al recién llegado qué iba a tomar.

—Tranquila, que yo me sirvo. Ahora entro.

—Como quieras, Perdoma. Ya sabes dónde está todo.

Pasados unos minutos, Perdoma regresó a la cocina, se sirvió un vaso de vino y procedió a destapar el caldero.

—Esto no hace falta calentarlo —comentó Perdoma a Pedro—. Dame un cucharón para ir poniendo un poco en los platos.

Perdoma repartió platos entre los presentes mientras seguían llegando más amigos, cargados de bandejas, calderos, garrafones e instrumentos musicales. El grupo se distribuyó por el patio, el salón de tenderetes y el garaje. Todos se saludaron y comenzaron a charlar con animación al tiempo que hacían los honores a los platos de picoteo.

Al cabo de una media hora, Pedro anunció:

—¡Ya está la paella! A ver si se va sentando la gente y vamos sirviendo, que esto hay que comerlo caliente y recién hecho.

—¿Cómo quedó el pulpo? —preguntó Antonio—. Mira que lo pesqué en Fuerteventura. ¿Cómo lo han preparado?

—A nuestro estilo —respondió Jesús—. Con aceite, vinagre y unas pimientas. Toma, prueba, a ver ¿cómo lo ves?

La gente se encontraba a gusto y tardó en movilizarse. Alguien tocó una campana colgada junto a la puerta de la cocina para animar al personal a servirse un plato y sentarse a la mesa.

—Agustín y yo nos ocupamos de la plancha —ofreció Melo—. A ver ¿dónde está la carne para asar?

—En el frigo —respondió Pedro—. Pongan un poco de todo para que la gente elija. Traje salchichas, bistecs de res, chuletas de cochino, muslitos y pechugas de pollo.

—¡Pero adónde vas con tanta carne! —exclamó Agustín.

—No importa —intervino Melo—. Que esto no se estropea. Nosotros vamos asando en función de la gente.

—¿Y dónde están los otros veinte más que faltan? —preguntó Joaquín con ironía—. A nosotros siempre nos pasa lo mismo, nos sobra comida y nos falta gente.

La comida fue abundante y variada; el ambiente, distendido, animado y festivo.

Una vez finalizados los platos *fuertes*, se procedió a servir el sinfín de postres, acompañados de helado, café, infusiones y copas. Andrés se puso a fregar la loza, sustituido pronto por otros colaboradores. Los parranderos se ubicaron en la zona del garaje y comenzaron a afinar los instrumentos. En la terraza se instaló la zona de tertulia donde se contaban chistes y anécdotas. Las primeras notas zumbaron en el aire. Guitarras, timplas, hueseras, rascadores, cañas, chácaras, cucharas, vainas,

maracas, panderos e improvisadas botellas de Anís del Mono empezaron con isas y folías, prosiguieron con boleros, tornaron a seguidillas, malagueñas y pasaron a ritmos de los años 60 y 70.

—Pilita, ¡saca los libretos!

—¡Ya va!

Pilita compareció en el salón tras una pila de libretos musicales. Una vez distribuidos entre los asistentes, los cantantes y tocadores se apresuraron a colocarlos sobre unos atriles, echar un vistazo e ir pasando página tras página y entonando diversas melodías.

La tarde fue transcurriendo amena y entretenida. El frescor lagunero comenzó a dejarse sentir. No obstante, los que se encontraban en la terraza, se resistían a pasar al interior y solicitaron mantas y prendas de abrigo.

Algunos amigos se fueron despidiendo y salieron provistos de recipientes culinarios, así como de fiambreras con restos de comida para el día siguiente.

Jesús y Mercedes, apoyados por otros voluntarios, se dedicaron a pelar papas para freírlas con huevos. Ese era siempre el remate de un día de tenderete.

—¡Así, que se van de vacaciones! —exclamó Ramón mientras mojaba un trozo de pan en el huevo frito.

—Sí, vamos a hacer un viaje por Turquía y luego pasaremos unos días por la Península —respondió Pedro, que iba por las mesas repartiendo bandejas de papas fritas.

—¡Qué bueno! —comentó Ramón—. Yo estuve allí hace dos años con un viaje de la parroquia y lo pasamos fenomenal. ¿No es cierto, Eustaquio?

—Cierto —contestó el aludido—. Turquía es fascinante y Estambul les gustará mucho. Estambul es indescriptible.

Capítulo 2

Estambul. 29 de julio de 2012

El sol se pone en la parte europea de Estambul. La ciudad, sin embargo, no se adormece. Por el contrario, todo renace y se revitaliza. En el anochecer del mes del Ramadán la gente se echa a las calles, a las plazas, a los parques, a los puentes... Las mezquitas se iluminan y los almuecines pregonan el final del ayuno. Ya no es necesario ascender a los elevados minaretes para entonar las oraciones y anunciar el término de la prohibición religiosa; ahora se realiza a través de micrófonos desde la parte baja del recinto sagrado. No obstante, el resultado es el mismo. Toda una multitud invade la ciudad para festejar un duro día de privaciones. La gente se reúne con sus familiares, amigos y vecinos para comer, beber y conversar. Los comerciantes sacan sus mercancías a la calle y las extienden sobre las aceras, invadiéndolo todo. El tiempo acompaña, es más, invita a una salida nocturna tras un caluroso día de casi 40 grados y una humedad del 90%. Estambul, la Bizancio griega, la Constantinopla romana, la ciudad a caballo entre dos continentes, la ciudad abierta a tres mares, la ciudad cosmopolita, la ciudad religiosa y multicultural, no se duerme, sino que bulle de actividad.

La gente bebe té de manzana frío y come carne de cordero o pollo, acompañada por verduras y yogur. Charla animadamente en las calles y compra en los mercadillos. Un sinfín de colores se entrecruzan, un aleteo de velos y pañuelos cruje en el aire al tiempo que un aroma de especias flota en el ambiente.

Ya es de madrugada cuando la multitud regresa a sus casas. Un oscuro manto cubre mezquitas, palacios, bazares y viviendas. Un oscuro manto, salpicado de diminutos puntos luminosos, confunde el Bósforo con el mar de Mármara y el Cuerno de Oro. Únicamente una tenue luna creciente brilla en lo alto del puente que une Europa y Asia.

Ismet cruza el puente Gálata de regreso a casa. Lleva dinero en el bolsillo y podría permitirse un medio de transporte, pero sabe que todos los gastos que pueda evitar representan mucho para la economía familiar. Pasa por Istiklâl y cruza la gran arteria del bulevar Tarlabasi. Se sumerge en el barrio kurdo, atravesando calles sin asfaltar, apenas iluminadas, donde reina la pobreza. Ascende un tramo de escalones y accede a la vivienda. Su mujer, Nurhan, todavía no se ha acostado, pero dormita en una silla de la cocina apoyada sobre la mesa. Antes de que Ismet se acerque a ella, ésta ya se ha espabilado y lo contempla con ojos interrogadores. Ismet deposita sobre la mesa una fiambarrera con restos de un guiso de caballas, así como unas monedas.

—Esto es lo que gané hoy —le dice—. Mañana también tengo trabajo desde la mañana. Viene un grupo de turistas que ocupará casi todas las mesas para comer. Luego seguiré hasta la noche. Me pagarán más.

—¡Alabado sea Alá! —exclama Nurhan—. Mañana hay que pagar el alquiler. El

casero ha venido ya dos veces. Yo le he dicho que estabas trabajando y que mañana le pagaríamos sin falta.

—Ahí tienes el dinero. Mañana traeré más. Ve a la cama y descansa tranquila, ¿o quieres cenar algo? Tendrás hambre.

—Prefiero acostarme. Estoy cansada.

—Como quieras. Yo voy a ver a los niños.

—No los despiertes.

—Descuida. Sólo los miraré desde la puerta. Mañana no los podré ver en todo el día.

Ismet abre la puerta del cuarto donde duermen sus pequeños, Saim y Nihal. Entra y se acerca a la cama. Los contempla durante unos momentos y deposita un beso sobre la frente de cada uno. Sus ojos grises se humedecen y se le forma un nudo en la garganta. Sus hijos lo están pasando mal por su culpa. Él es el único responsable. Si no se hubiera metido en ese asunto...

Ismet cierra silenciosamente la puerta y entra en su dormitorio. Nurhan duerme ya apaciblemente, agotada de cansancio y aliviada por las liras que podrá entregar al casero. Él también se encuentra agotado y rendido, pero no puede conciliar el sueño tan fácilmente. Se encuentra totalmente desvelado. Los remordimientos no lo dejan descansar.

Tenía un buen trabajo como guarda en el palacio Topkapi. Un trabajo cómodo, sólo alterado por los horarios diurnos y nocturnos. Tenía un sueldo fijo que le permitía vivir sin preocupaciones y mantener bien a su familia. Sin embargo, lo había perdido y ya no había marcha atrás.

La tentación había sido muy cautivadora. Había intentado imponerse pero, finalmente, había sucumbido a ella. Estar en contacto, día tras día, con miles de objetos valiosos, expuestos en una mínima parte y otros tantos almacenados, a veces de cualquier manera, en sótanos, pasillos y pabellones, le había jugado una mala pasada. «¿Quién iba a echar de menos alguna cosa que allí se pudría en el olvido?», se preguntaba. Sólo con una de aquellas joyas de esmeraldas, rubíes o perlas, podría permitirse muchos lujos que ahora no estaban a su alcance, y podría ofrecer a su familia muchas más comodidades.

Aguardó una ocasión propicia y se apoderó de una daga en cuya empuñadura se habían incrustado varias piedras preciosas. La ocultó entre sus ropas y esperó el momento oportuno para salir. Nadie parecía sospechar nada. Todos se comportaban como habitualmente. Sin embargo, fue descubierto. El robo significaba la cárcel y la pérdida del trabajo para siempre. Se había defraudado a sí mismo, al museo y, sobre todo, a su familia, que dependía de él.

«¿Qué será de ellos ahora?». Se había hecho esta pregunta reiteradamente, durante el tiempo que estuvo en prisión. Siempre se arrepentía, se avergonzaba de su robo y deseaba poseer la posibilidad de poder retroceder en el tiempo. Por las noches soñaba con que todo eso era falso, un producto de su imaginación y que nunca había

ocurrido. Cuando se despertaba por las mañanas y la realidad se imponía a sus deseos, se hundía en un abismo del que no podía salir.

Su familia había sobrevivido malamente durante todo ese tiempo, ayudada por parientes y amigos, en términos que rayaban en la pobreza.

Cuando Ismet salió de prisión era consciente de que no tenía trabajo y que muchas puertas se le habían cerrado. «¿Quién iba a dar trabajo a un ladrón?». Con antecedentes no era fácil conseguir empleo y muchos amigos le volvieron la espalda. El único que lo apoyó fue Ibrahim.

Ismet conocía a Ibrahim desde la infancia. Crecieron juntos en el mismo barrio y siempre se habían sentido muy unidos. Así y todo, Ibrahim era muy diferente a él. Extrovertido, alocado, lleno de ingeniosas ocurrencias y decidido en cualquier momento a llevarlas a cabo. Ismet, aunque con cierto recelo, había estado siempre dispuesto a seguirlo hasta el fin del mundo. ¡Cuántos castigos y reprimendas se había llevado por culpa de su amigo!

Transcurrieron unos años durante los que Ibrahim persistió en su forma de vida alocada, mientras que Ismet encontraba trabajo, formaba una familia y vivía con madurez y responsabilidad. Apenas se relacionó con su amigo.

Ahora las tornas habían cambiado. Ibrahim trabajaba como camarero en un meyhane, un restaurante típico de Turquía, junto al Bósforo. Una labor decente y respetable que le proporcionaba lo suficiente para vivir modestamente pero sin agobios. Ismet, sin embargo, estaba en la calle sin encontrar trabajo estable con que sacar a su familia adelante.

Ibrahim habló con el dueño y consiguió trabajos eventuales para su amigo. En días especiales y fiestas, cuando se contaba con mucha asistencia de turcos o de turistas, llamaban a Ismet para trabajar como lavaplatos, pinche, camarero, o en lo que se precisara. A cambio, recibía una pequeña paga, un plato de comida y algunas sobras para llevar a casa. No era mucho, pero le permitía ir viviendo.

Otros días, cuando no tenía trabajo en el restaurante, iba a pescar al puente Gálata y no se marchaba hasta llenar un cubo de pescado, que luego vendía en el mercado de la calle Kennedy, cerca de la iglesia de San Sergio y Baco. También trabajaba como limpiabotas o vendía perfumes, chales y calzado por las calles. Ismet hacía cualquier trabajo con tal de asegurarse su supervivencia y la de su familia. No todos los días lo conseguía, y llevaba una vida miserable y triste por las pocas expectativas de futuro que se le presentaban. El único consuelo que tenía era el de haber tenido la suerte de casarse con una esposa excepcional, que le había dado dos hijos que lo querían y nunca le reprochaban nada.

«¡Cuánto desearía poder ofrecerles una vida mejor! ¡Si se presentara algún milagro!».

Capítulo 3

Río de Janeiro. 30 de julio de 2012

Juscelino salió de su apartamento, frente a la laguna Rodrigo de Freitas y próximo al Jardín Botánico, para dirigirse al sur, hacia el barrio residencial de Leblón. Montó en su Audi plateado, expectante ante el posible encargo que le iba a hacer don Fabio. «Sea lo que sea, me viene bien. Hace ya casi dos meses que no tengo noticias de él y mi tarjeta de crédito se resiente».

Su mujer compraba sin piedad, compulsivamente, siempre que tenía ocasión, a pesar de todas sus insinuaciones al respecto. Ella estaba acostumbrada a gastar y despilfarrar en todo lo que se le antojase. Llevaba un alto nivel de vida, al que no estaba dispuesta a renunciar. En el caso contrario, lo dejaría y se buscaría otro que la siguiera manteniendo en el lujo.

Juscelino enfiló pensativo la calle R. Almirante Guilhem y torció a la derecha en la Avenida Ataulfo de Pavía. Una vez pasado el hotel Ritz, echó mano de su teléfono móvil para hacer una llamada y, enseguida, las puertas de un garaje próximo se abrieron. Juscelino descendió la rampa y aparcó en su lugar de costumbre. Bajó del vehículo y caminó hacia el ascensor. Una vez dentro, pulso el botón de la novena planta.

Eliane, la secretaria particular de don Fabio, parapetada tras una mesa metalizada en tonos azules de último diseño, abarrotada de papeles, archivos y un ordenador portátil, lo recibió con su sonrisa habitual y sus modales refinados.

—Buenos días, señor da Conceição. ¡Cuánto tiempo sin que nos visite!

—Buenos días, señorita Martos. Es un placer volver a verla.

—Muchas gracias, señor da Conceição. Don Fabio lo está aguardando. Con permiso, voy a anunciarlo, aunque es usted tan puntual que no sería necesario.

Juscelino le agradeció el cumplido y la siguió hasta una puerta lacada en blanco, que daba paso al despacho de don Fabio. Cuando la secretaria lo anunció, Juscelino entró con paso decidido hasta el escritorio de don Fabio. Una tarima flotante confeccionada con delicadas láminas de maderas nobles emitió ligeros crujidos, devolviendo el eco de sus pisadas.

El amplio despacho estaba bien iluminado por la luz que entraba a raudales a través de ventanales gigantescos que, desde el suelo al lecho, constituían el telón de fondo de la estancia. Dos ventiladores de techo de última generación, pero llenos de reminiscencias coloniales que les hacía dignos de figurar en cualquier película del siglo pasado, refrescaban el ambiente.

Don Fabio se hallaba sentado frente a la entrada en su silla de cuero saboreando una taza de café. La mesa, de roble macizo, lucía como recién pulida y abrillantada. A un lado reposaban un ordenador, algunas carpetas y folios; el resto estaba despejado, a excepción de una bandeja de plata con servicio de café.

—¡Adelante, Jus! ¡Pasa! Ya sabes que estás en tu casa. Me alegro mucho de verte, muchacho. Ahí tienes café recién hecho. ¡Sírvenlo a tu gusto! ¡Me complace mucho que hayas venido al recibir mi llamada!

—Buenos días, don Fabio. Ya sabe usted que me tiene siempre dispuesto para lo que ordene —le dijo Juscelino mientras se acomodaba en una mullida butaca frente a don Fabio y procedía a servirse café en una pequeña laza de traslúcida porcelana china.

Ambos dieron buena cuenta del café e intercambiaron comentarios intrascendentes. Después de dar un cuarto sorbo, Juscelino dirigió una mirada interrogante a don Fabio.

—Te estarás preguntando para qué te he llamado —adivinó don Fabio.

—Lo cierto es que sí.

—Entonces no perdamos más tiempo. Pero, antes, ve al mueble bar y prepara unas copas. Ya sabes...

Juscelino se levanto y cruzó un vasto salón rectangular, amueblado con multitud de sofás, mesitas y macetas de estilizadas plantas, hasta acceder a un mueble bar con forma de barra americana. Cogió dos vasos bajos de fino cristal, situados en la parte alta del mueble, y luego abrió un pequeño frigorífico de donde extrajo unas cuantas piedras de hielo. A continuación, tomó de la encimera una botella de *whisky* y dos botellines de agua con gas. Sus delicadas manos rematadas por alargados y sinuosos dedos revoloteaban por la cristalería como las de un prestidigitador agitando su varita mágica. Cuando regresó a la mesa, sirvió primero a su anfitrión y luego se sirvió él mismo. Se llevó el vaso a los labios y lo degustó. Tras comprobar que la bebida estaba en su punto, preguntó:

—Bueno, jefe. ¿Entonces qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Vayamos paso a paso, Jus —respondió don Fabio.

Don Fabio se tomó su tiempo antes de continuar mientras la impaciencia invadía a Juscelino.

—Esta vez el trabajo es un tanto especial, algo diferente.

—¿Qué quiere usted decir con lo de especial? —preguntó Juscelino tras beber un buen sorbo de *whisky*.

Don Fabio bebió a su vez, carraspeó un poco y agregó:

—Tranquilo, Jus. Nada del otro mundo. Sólo se trata de que esta vez cambiaremos de escenario.

—¿Quiere usted decir que no actuaremos en Brasil?

Don Fabio asintió.

—¿Entonces dónde?

—Esta vez nos trasladaremos a la vieja Europa.

—¡A Europa! —exclamó Juscelino—. Pero eso no es posible. Yo no tengo experiencia allí, ni contactos. ¡Nunca he estado en Europa!

—Te equivocas, Jus. Sí que has estado allí, por lo menos dos o tres veces. Incluso

tienes parientes que residen allá. Me refiero a Estambul —dijo don Fabio, tras echarse otro trago y depositar pausadamente el vaso sobre la mesa—. Estambul, que yo sepa, también es Europa.

Juscelino se quedó sin habla. «¡Estambul! ¡No había pensado en ello!». Él procedía de allí. Sus abuelos emigraron a Alemania en los años treinta y, al estallar la Guerra, se trasladaron con su padre, recién nacido, a Brasil. Él había ido con su padre en dos ocasiones a visitar a parientes y amigos y, sobre todo, para conocer su lugar de origen. Pero de eso hacía ya muchos años. Estambul era una ciudad tan peculiar, tan característica... que no la había relacionado en un primer momento con Europa.

—No tienes nada de qué preocuparte —le dijo don Fabio cuando Juscelino volvió a la realidad—. Todo está previsto y organizado: los contactos, los viajes, las coartadas y la fuga. Todo está bien planeado. En realidad, se trata de un robo muy simple, muy por debajo de tus posibilidades. No vas a tener ningún problema. ¿Te interesa?

—Me ha pillado un tanto de sorpresa —respondió Juscelino—. Si me diera más información... ¿Es fiable el contacto? ¿Dónde tendría que operar? ¿Qué tengo que sustraer?

—Jus, tú conoces las normas. No puedo darte toda la información sin saber si aceptarás el encargo o no. Hay que correr los mínimos riesgos posibles, ya lo sabes. Pero tú me conoces, Jus. Sabes perfectamente que puedes confiar en mí. Nunca te propondría nada que no pudieses hacer. Cuando te decidas y te lo explique, me darás la razón. No le des muchas vueltas a la cabeza. Eres la persona idónea. Además le llevarás un buen pico. Tenlo en cuenta.

—Está bien, don Fabio. Le escucho.

—Procederemos en la forma habitual. Te diré todo lo que puedo decirte y tú decides. Si aceptas, te proporcionaré los detalles. En caso contrario, conozco a otras personas que estarían dispuestas a llevar a cabo esta operación. Te he llamado a ti en primer lugar porque eres para mí como un hijo, pero la decisión es cosa tuya. Ahora atiende.

Juscelino se irguió en el sofá y apoyó un codo en la mesa, dispuesto a escuchar a don Fabio.

—Se trata de apoderarse de un pequeño objeto almacenado en un museo de Estambul. El contacto que te daré ha trabajado como guardia-vigilante y conoce cómo funciona todo. Tú contactarás con él y obtendrás toda la información. Te familiarizarás con el lugar, en la forma acostumbrada y luego actuarás. Cuando todo esté dispuesto, me avisas y yo te incluiré en una excursión turística por Turquía. Te desharás del objeto en el transcurso de la excursión, en la forma que te indicaré, y al finalizar el *tour* regresarás tranquilamente aquí sin ningún problema. Te proporcionaré otra identidad y nadie podrá relacionarte con el hecho. Todos los gastos corren de mi cuenta y, naturalmente, ganarás una sustanciosa remuneración, que nunca viene mal. ¿O me equivoco?

Juscelino calló.

—Según tengo entendido —prosiguió don Fabio—, tu preciosa mujercita lleva un tren de vida de alto nivel y no se priva de nada. Con este robo ganarías lo suficiente como para seguir manteniéndola a todo lujo durante un buen tiempo. ¿Qué opinas?

—¡Cállese, don Fabio! —gritó Juscelino algo fuera de sí—. Lo que concierne a mi mujer es cosa mía. Por lo que respecta al asunto que me ha propuesto, lo pensaré y le daré la contestación. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Ya conoces las normas, Jus, veinticuatro horas es lo acostumbrado. Pero, tratándose de este caso, algo especial, te daré dos días para que medites. Ni un minuto más.

—De acuerdo —dijo Juscelino, y se levantó del sillón—. Antes de cuarenta y ocho horas tendrá usted mi respuesta.

—En eso quedamos —agregó don Fabio—. Aguardaré tu respuesta. No olvides que tienes libertad de decidir, pero me gustaría que lo hicieras tú.

Juscelino lo miró a los ojos y se giró hacia la puerta.

—Ya conoces el camino, no es preciso que te acompañe.

Juscelino avanzó hacia la puerta, lacada en blanco, sin mirar atrás. Se despidió de Eliane y descendió pensativo al garaje. Don Fabio era siempre muy enigmático por lo que se refería al planteamiento de los trabajos. A él le gustaba saber algo más, tener más datos antes de decidirse. Pero, por experiencia, sabía que eso no era posible. Don Fabio siempre se mostraba muy particular en este punto y rara vez cedía un ápice.

Capítulo 4

Río de Janeiro. 31 de julio de 2012

Don Fabio llamó a su chófer y se despidió de su secretaria hasta el día siguiente. Bajó al garaje. El chófer aguardaba junto al vehículo dispuesto a abrirle la puerta en cuanto se aproximase.

Don Fabio entró por la puerta del copiloto y se acomodó.

—Vamos a casa —le indicó al conductor.

—Entendido.

Un Rolls Royce Phantom ascendió suavemente la rampa del garaje hasta alcanzar la calle. Dejó atrás el distrito de Leblón y tomó la avenida Niemeyer en dirección Sao Conrado. El chófer sabía que don Fabio prefería este itinerario antes que atravesar el túnel del Morro Dois Irmaos, por lo que no tuvo necesidad de preguntarle.

—La carretera de la costa siempre resulta más amena. ¿No opinas así, Joao?

El chofer contestó afirmativamente casi sin escucharlo. Cuando iban a casa, ya sabía lo que su patrón iba a decir. Era siempre la misma cantinela.

—¿Le fue todo bien hoy, don Fabio?

—Puede decirse que sí. Estoy pendiente de cerrar unas operaciones, aunque no apuntan mal.

—Me alegro, don Fabio. Y mis felicitaciones. Ya me enteré de la boda de su hijo.

—¡La boda! ¡Ya no me acordaba! Gracias Joao. Tú sabes que yo no estoy al tanto de eso; es mi mujer la que se ocupa de todos los preparativos. Pero gracias por tus buenos deseos y por recordármelo. Seguro que cuando llegue a casa, Eduarda me salta con alguna de esas. Ahora, por lo menos, sabré de qué me habla y ella creará que estoy pendiente. No soporto que me increpe continuamente como si fuera un padre desinteresado en el porvenir de su hijo.

—¡Qué cosas tiene, don Fabio! ¡Qué iban a reprocharle!

—Las mujeres son así, Joao. Ya te enterarás cuando te cases. Y mi mujer se lleva la palma. No quiere que me meta en sus asuntos, pero quiere que esté al tanto de todo. Ella tiene que ser la organizadora de los eventos domésticos. Me deja a mí al margen. Pero luego quiere mi opinión en cualquier bobería. Es todo muy contradictorio. Ella acapara las decisiones de todo lo que se refiera a la casa y a la familia. Tal vez luego se siente culpable y quiere incluirme a mí. No lo sé, Joao. Las mujeres son complicadas. Defienden su territorio como hembras depredadoras y a ti le asignan un papel insignificante. Sin embargo, ¡pobre de ti como no lo sepas desempeñar!

Joao se compadeció de su jefe al tiempo que se alegraba de no encontrarse en su lugar. Él todavía no tenía una mujer que le atosigara tanto y, por lo que de él dependiera, tardaría todavía un tiempo en tenerla.

El coche se deslizó por la carretera. Dejó atrás la tranquila playa, donde un grupo

de bañistas se bronceaba al sol y algunos amantes del surf cabalgaban sobre las olas en sus tablas. A continuación, inició el ascenso hacia las colinas, serpenteando por la carretera. Una frondosa vegetación refrescaba el ambiente. Joao apagó el aire acondicionado y bajó las ventanillas del coche, anticipándose a las indicaciones de su jefe.

Al llegar al portón de la verja, que rodeaba la finca, el portero saludó respetuosamente a don Fabio y pulsó el interruptor de apertura.

—¡Déjame aquí, Joao! —indicó don Fabio nada más divisar el edificio del garaje—. Iré caminando hasta la casa.

—¿Tiene previsto volver a salir pronto? ¿Le espero aquí o...?

—Aguarda en el garaje unos minutos. Yo te aviso con lo que sea.

—¡De acuerdo, don Fabio! Esperaré sus instrucciones.

Don Fabio atravesó el jardín por el sendero embaldosado en dirección a la casa. Dejó a su izquierda una cancha de *squash* y las instalaciones de la zona del bar con barbacoa y billar. Tocó el timbre y una camarera se apresuró a abrirle la puerta.

—¡Buenos días, don Fabio! —saludó con respeto.

—¿Sabes dónde se encuentra doña Eduarda? —preguntó.

—La señora está en el salón posterior, el que da a la piscina.

—¡Gracias! —respondió don Fabio, penetrando en el interior y encaminándose hacia el lugar indicado.

Eduarda se hallaba recostada sobre unos cojines, encima de un diván, perdida en el inmenso y luminoso salón. Se había situado de frente a las cristaleras entreabiertas y gozaba de la vista de la piscina, rodeada de tumbonas y parasoles. Sujetaba un cuaderno con la mano izquierda y un bolígrafo con la derecha.

—¿Cómo estás? —saludó el recién llegado.

—¡Ah, Fabio! No te esperaba tan pronto. ¿Cómo te fue en el trabajo?

—Bien, como siempre —respondió vagamente don Fabio.

—Estoy terminando de confeccionar la lista de invitados —comentó Eduarda—. Ya he incluido al alcalde, senadores, diputados, jueces del distrito, autoridades... De todas maneras, deberías echarle un vistazo, por si consideras que falta alguien.

—La revisaré, si es lo que quieres, Eduarda, pero confío en ti y en que todo estará conforme.

—¡Me halagas, Fabio! —respondió la mujer, esbelta, de tez muy clara en contraste con sus oscuros cabellos, que dibujaba una amplia sonrisa al hablar, mostrando sus blanquísimos dientes.

Eduarda depositó la libreta y el bolígrafo sobre una mesita de cristal abarrotada de figuritas de adorno y platos de porcelana, y se puso en pie. Vestía un traje con motivos florales en tonos verde y granate, y calzaba unas sandalias de tacón bajo adornadas con abundantes hebillas y pedrería. Completaba el atuendo un conjunto de joyas: gargantilla, zarcillos, pulseras y anillos en oro con incrustaciones de perlas y rubíes, que destellaban a cada movimiento.

—¿Vas a salir? —preguntó su marido.

—Sí, querido. He quedado con Amália para mirar el vestido de novia.

—Pero Amália tiene a su madre y sus tías. No creo que te corresponda a ti...

—Ya lo sé, querido, pero ellas insistieron tanto en que las acompañara para dar mi opinión. Dicen que tengo tan buen gusto.

—Eso es cierto. En ese caso...

—En ese caso —interrumpió su mujer—. No he podido negarme. Me voy ya, Fabio. Se me está haciendo un poco tarde. ¿Y tú? ¿Vas a salir?

—No tengo nada planeado, creo que me quedaré tranquilo en casa. Únicamente haré unas llamadas y luego leeré un rato. Tengo ganas de pasar una tarde tranquila dedicado a la lectura. He estado tan ocupado últimamente, que no he tenido tiempo para nada.

—Me parece bien. Descansa y relájate. No deberías trabajar tanto. Ronaldinho puede ocuparse de más cosas en la empresa. Parece que se le da bien.

—Sí, el muchacho es espabilado. Esperaremos un tiempo a que pase la boda y disfrute de su vida de casado. Poco a poco le iré dando más responsabilidades.

—Bien —añadió su mujer—. Me voy. Ya me contarás. Nos vemos a la hora de la cena. ¡Ah!, si puedes, echa una mirada a la lista.

—Lo intentaré —respondió don Fabio.

Eduarda recogió un bolso rojo de piel tirado sobre una butaca y abandonó el salón en dirección a la entrada. Caminó con la espalda erguida y contoneando levemente las caderas.

Don Fabio meditó unos momentos y luego llamó a Joao por el teléfono móvil:

—No te necesitaré esta tarde. Mañana, en cambio, estaremos más ocupados. Iré a São Paulo. Será preciso que me lleves al aeropuerto y me recojas a la vuelta.

—Lo que usted ordene, don Fabio. ¿A qué hora quiere salir?

—Saldremos pronto. La hora te la confirmo luego.

—Muy bien. Estaré atento.

Don Fabio colgó el teléfono y fue a la biblioteca, la estancia más de su agrado, decorada por él personalmente y donde prácticamente sólo entraba él. Allí, entre estanterías de madera que se alzaban desde el suelo hasta el techo, sus cuadros y sus obras de arte, se encontraba feliz. Se dejó caer en un acolchado y mullido sillón orejero y sacó el teléfono. Primero telefoneó a una agencia de viajes y reservó los pasajes. A continuación, acordó con su chófer la hora de salida. Luego se puso en contacto con la mejor dulcería de São Paulo y encargó tartas, pasteles y helados. Y, por último, habló con un conocido que regentaba un puesto de frutas en el mercado, le reservó unas cajas con una selección de los mejores productos y solicitó que adquiriera a su nombre unas buenas piezas de carne. Dudó si llamar a su secretaria y anunciarle su ausencia al día siguiente, pero decidió dejarlo para mañana.

Ya tranquilo, tomó, de una pequeña mesa de madera, el libro que estaba leyendo y se concentró en la lectura. Por unos momentos, le vino a la memoria la lista de

invitados y recordó que había prometido a su mujer revisarla, pero decidió que no corría prisa.

«Eduarda es sumamente competente para estas cosas y no habrá olvidado a nadie. En todo caso, es posible que sobre alguien. Pero ¿qué más da? Un día es un día. No me voy a arruinar por unos invitados de más. Es preciso quedar bien con todos. Ese enlace me viene de perillas y me puede proporcionar la oportunidad de realizar varios negocios. Mi hijo ha seguido mis consejos y apunta alto. Será un buen sucesor. En fin, necesito relajarme, ya me ocuparé de eso en otro momento».

Don Fabio disponía de unas horas de paz para dedicarse a su *hobby* favorito. Cuando llegase la noche y su mujer le preguntase al respecto, ya se le ocurriría cualquier excusa. «Además, con lo del traje tendrá mucho de qué hablar y no me dará la oportunidad de intervenir en la conversación. ¡Mejor que mejor! Así no preguntará por la famosa lista».

Capítulo 5

São Paulo. 1 de agosto de 2012

El avión aterrizó en el aeropuerto de Congonhas a las nueve y cuarto de la mañana tras una breve travesía de unos cuarenta minutos. El vuelo le había ahorrado a don Fabio casi cinco horas de viaje por carretera. Sin embargo, el recorrido por la ciudad hasta llegar a su destino, le llevaría un buen rato, y más en hora punta.

Don Fabio tomó un taxi y se armó de paciencia. «Tenía que haber venido el mes pasado. Me hubiera evitado estos atascos. Pero estuve tan ocupado... Ahora ya no lo podía demorar más, y menos con lo de la boda. ¡Iba siendo hora de hacer una visita a las hermanas!».

El taxi se aproximó a la ciudad y enfiló calles y avenidas. Don Fabio no se perdía detalle. Evocó su infancia en la ciudad. Evocó el momento en que la madre superiora lo llamó a su despacho, cuando él contaba con unos seis o siete años.

—Fabio, ya sabes lo querido que eres para nosotras y cómo te hemos cuidado todos estos años —le había dicho con la voz grave que empleaba sólo en ocasiones especiales.

Él había asentido y la había contemplado expectante, tenso por lo solemne de la reunión, pero completamente ajeno a lo que implicaría para él.

—Fabio —continuó la madre superiora—. No sé si entenderás lo que tengo que decirte. Eres tan pequeño... Sin embargo, no me queda otra opción. Ya no puedes seguir aquí. Pero te hemos buscado un buen sitio, el mejor. Tú sabes que nos hemos ocupado de ti desde... Bueno, desde que tu madre te dejó en nuestras manos. Hemos procurado darte todo el amor y el cariño de unos padres que no has conocido... —la madre superiora se pasó un pañuelo por los ojos—, pero ya no puedes seguir en el convento. Tú sabes que nuestro colegio es únicamente femenino y lo frecuentan chicas de las mejores familias de São Paulo. Tú necesitas compartir tus estudios y juegos con chicos de tu edad. Y nosotras no te podemos ofrecer esas cosas. Ya hemos hablado con las autoridades y te hemos encontrado una plaza en el mejor colegio de la ciudad. Vivirás en un orfanato que queda cerca y tiene muy buena reputación. Ya verás lo bien que vas a estar.

Don Fabio recordó como estalló en sollozos, temeroso de salir de los muros que lo habían cobijado durante su infancia y sintiéndose más indefenso y solo que nunca.

—Iremos a visitarte todas las semanas. Y podrás venir siempre que quieras. Esta es tu casa. No le olvidaremos.

Don Fabio recordó cómo cambió su vida desde aquella entrevista. Un hogar nuevo, unos amigos nuevos, unos cuidadores nuevos. Todo más impersonal, todo menos cariñoso de lo que había vivido hasta entonces. Pasó de ser el centro de atención a ser uno más entre los muchos chiquillos acogidos en aquel recinto. Noches enteras lloró hasta al amanecer. Había cogido rabetas y pataletas. Insultó a los

cuidadores. Les escupió. Se enzarzó en peleas con sus compañeros. Pero al final, tuvo que claudicar ante la realidad. Se adaptó a la situación y cambió de actitud con el fin de obtener las mejores ventajas posibles. Lo pasó mal, pero se hizo fuerte y superó las dificultades. Se había hecho a sí mismo. Luchó contra viento y marea. Logró salir adelante y casi dejó de echar de menos el convento.

Sin embargo, la promesa de la madre superiora se mantuvo. Todos los fines de semana lo visitaba una hermana, que lo obsequiaba con pastas, dulces o golosinas. Le daba algunas monedas y conversaba con él sobre sus estudios o rememoraba sus recuerdos de los años pasados en el convento. Su familia adoptiva, la única familia que había conocido, siempre estaba ahí para apoyarlo y animarlo.

Cuando finalizó con éxito los estudios básicos, los profesores estuvieron de acuerdo en que el chico prometía. Era inteligente y trabajador. El Gobierno le concedió una beca, que recibió con una inmensa alegría, y manifestó su intención de estudiar Bellas Artes.

Su decepción no tuvo límites cuando todo el profesorado se opuso. Alegaron que tenía muy buenas aptitudes para las matemáticas y que era una lástima desaprovechar ese talento con las artes. Fabio accedió a estudiar Arquitectura con el fin de satisfacer al Gobierno y a los profesores, pero solicitó realizar estudios adicionales de Arte. No hubo ningún problema.

Terminó ambos cursos de manera brillante y comenzó a ganarse la vida. Las hermanas del colegio le propusieron dirigir la remodelación de sus instalaciones. Fabio realizó un trabajo tan perfecto, tan admirado por los padres pudientes que enviaban a sus hijas al colegio, que pronto le llovieron solicitudes. Dirigió y planificó las mejores casas de São Paulo y continuó, no sólo diseñando, sino que formó una empresa que aportaba materiales, trabajadores, ideas... Cuando se construyó Brasilia, allá por los años cincuenta y tantos, estuvo como colaborador, asesor y suministrador de Óscar Niemeyer, y ganó una fortuna. También se dijo que había descubierto una mina de esmeraldas que le habían hecho sumamente rico. No eran más que rumores, pero todo el mundo hablaba de ello. Los proyectos que le proponían eran tantos, que tenía que recurrir a listas de espera. La gente se lo rifaba. Toda la élite de la ciudad quería obras dirigidas por él. Estaba solicitado y demandado. No obstante, Fabio siempre había sido agradecido con las personas que lo habían ayudado.

Don Fabio siempre visitaba a las Hermanas Agustinas de Cristo Rey, al menos dos veces al año. Las colmaba de regalos y donaciones a cambio de rememorar recuerdos de su infancia. Ellas se sentían agradecidas y sumamente reconocidas, y él sentía el calor de la familia, el retorno a los orígenes, el hecho de compartir con ellas los recuerdos más entrañables...

Cuando don Fabio tocó en la puerta del convento, todas las hermanas esperaban para recibirlo. Entró atónito en el vestíbulo, mareado con tanto saludo. Vio a la anciana madre Juana y la estrechó con afecto.

—¡Madre! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verla con tan buen estado de

salud!

—¡Ay, hijo! Los años no pasan en balde y ya estoy muy vieja, pero me alegro de que te vaya tan bien.

—Estamos muy agradecidas por todos los obsequios que nos han enviado esta mañana —intervino la madre superiora actual—. Nos vendrán muy bien para el comedor.

—También les traigo esto —añadió don Fabio, entregándoles un sobre con un cheque, donde figuraba una cantidad nada despreciable de dinero—. Yo sé que siempre tienen que hacer reparaciones y cubrir varias necesidades.

—¡Pero, Fabio! Es mucho dinero —exclamó la madre superiora—. Es una donación demasiado generosa. Nosotras nos conformamos con una cantidad más modesta, como en otras ocasiones.

—Esta vez se trata de una ocasión especial —comentó don Fabio—. Voy a celebrar la boda de mi hijo.

—¡No me digas que se casa Ronaldinho! —dijo sor Juana—. ¡Jesús! Pero si hace poco era tan sólo un chiquillo.

—Hace mucho tiempo que no lo ve, sor Juana, y los jóvenes crecen pronto. Ya se encarga de una buena parte de la empresa y no se le da nada mal. En poco tiempo podrá dirigir todo y yo me retiraré. Ya pesan los años.

—¡Qué cosas tienes, Fabio! Si estás estupendamente. En cambio yo, sí que no valgo para nada.

—¿Cómo que para nada? —replicó un coro de voces, incluida la de don Fabio.

—Bueno, vamos a pasar a sentarnos y tomar algo —invitó la madre superiora—. Nos tienes que dar muchas noticias. Y antes de que se me olvide, dile a Ronaldinho que venga a hacernos una visita, que ya casi no lo vamos a conocer.

—Descuide. Le prometo que vendrá a verlas.

El grupo de hermanas, con don Fabio en medio, se dirigió al comedor. Las encargadas de la cocina enseguida dispusieron la comida y todos se sentaron en torno a la mesa. Pasaron un buen rato conversando e intercambiando noticias hasta que don Fabio, tras consultar su reloj, dijo que ya iba siendo hora de marcharse si no quería perder el vuelo de regreso.

La congregación se despidió reiterándole su agradecimiento y don Fabio subió al taxi que había pedido para ir al aeropuerto.

«¡Qué contentas se quedan!», pensaba don Fabio satisfecho. «Ellas son felices con poca cosa. Yo también me siento bien. Son tantos recuerdos... Es justo que yo me ocupe ahora de ellas. Les debo todo lo que soy y lo que tengo. Por otra parte, siempre viene bien hacer una buena obra. Se siente uno distinto, bien consigo mismo».

Llegó con tiempo suficiente al aeropuerto para embarcar en el avión que lo transportaría de regreso a Río de Janeiro. Durante el trayecto, dejó de pensar en las hermanas y se concentró en la operación que tenía en marcha. «¿Qué decidirá

Juscelino?, ¿aceptará la propuesta? Estoy seguro de que sí. Es muy hábil para estas cosas, y seguro que en Estambul sabe desenvolverse perfectamente».

Capítulo 6

Río de Janeiro. 2 de agosto de 2012

Juscelino paseaba pensativo por el vasto salón de su apartamento de lujo. El elevado techo salpicado de focos halógenos, las cristaleras de acceso a la terraza ajardinada, con vistas a la laguna Rodrigo de Freitas, y el mobiliario de líneas muy depuradas en tonos blancos con pinceladas marrones, conferían al ambiente una gran luminosidad y, a pesar del diseño minimalista, el apartamento resultaba acogedor. Juscelino contorneó la esbelta columna blanca ubicada junto a la mesa de comedor y ascendió por la etérea escalera hasta un mirador, amueblado con sillones, que colgaba como suspendido en el aire sobre la zona destinada al comedor. Echó una mirada al exterior y descendió de nuevo. Pasó ante la librería y prosiguió entre sillones y mesas de madera o cristal. Al agacharse, con intención de situar en su sitio correcto una maceta de orquídeas, escuchó el sonido de una llave en la cerradura. La puerta se abrió a los pocos segundos. Una mujer joven y atractiva, vestida con un traje de corte impecable y que portaba en la mano izquierda varias bolsas, traspasó el umbral.

—¡Hola, Jus!

—¡Hola, María! ¿Dónde estabas?

—Fui a la peluquería. Ya sabes que ahora voy a esa que abrieron nueva en São Conrado Fashion Mall. Ya no podía soportar la otra, nunca me dejaban a gusto y eso que me costaba un dineral.

—¿Y ésa es más barata?

—¿Quién habla de que sea más barata? Lo bueno hay que pagarlo. Pero ahí me peinan divinamente.

Juscelino suspiró. Él no apreciaba grandes diferencias entre los peinados anteriores y los actuales. Lo único que lamentaba era que el saldo de su cuenta bancaria se reducía cada vez más.

—Luego, claro —continuó su mujer—, aproveché para hacer unas compras. Nada, cuatro cosas. Mira lo que compré. ¿Cómo ves estos zapatos? Están hechos con una piel tan suave, y el diseño... ¡El diseño lo dice todo!

—A mí lo único que me dice es que te debieron costar una buena cantidad. ¿Y para qué quieres otros zapatos? ¡Si tienes decenas en el armario!

—Es cierto que tengo algunos, pero no como éstos. ¿No te gustan, bomboncito?

—No están mal —reconoció Juscelino—. Sí que me gustan, pero no tenías necesidad. Y no me llames bomboncito. Sabes lo ridículo que me parece ese apelativo.

—En otros momentos no te parece tan ridículo —replicó María—, acercándose zalamera a su marido.

—¡Déjame ahora! —dijo Juscelino, apartándose a un lado—. No estoy de humor para nada. Tengo que tomar una decisión importante y no sé qué hacer.

—¿Es por la llamada de don Fabio?

—¿Qué sabes tú de esa llamada? Te he insistido muchas veces en que no metas tus narices en mis asuntos.

—No te enfades, Jus. Sólo escuché un momento por casualidad. No sé nada en absoluto. ¿Te encargó algo?

—Es posible.

—¿Te ha ofrecido una cantidad adecuada?

—Sí. Ha sido bastante generoso.

—En ese caso...

—Tendría que irme unos días lejos.

—¿Cómo de lejos?

—A Europa.

—Lo podré soportar. Y Europa tiene que ser muy atractiva. Te gustará —opinó María.

—Sí, claro que me gustará. Sin embargo, no se trata de un viaje de placer. ¿No te importa si puedo correr algún riesgo?

—¡Naturalmente que me importa, Jus! Es lo próximo que te iba a preguntar. No me has dejado acabar.

—¡Lo próximo! —chilló Juscelino furioso—. ¡Lo primero es siempre para ti el dinero! ¿Me equivoco?

—El dinero siempre es importante, pero si el riesgo es elevado, sabes que no lo quiero. Yo te quiero a ti.

Juscelino sabía que María no decía la verdad, pero le gustaba escuchar de sus labios lo importante que era para ella. Siempre y cuando cubriera todos sus cuantiosos gastos, María era una mujer adorable y dispuesta a satisfacer todos sus caprichos.

—Voy a prepararte una buena comida mientras tú te decides. También haré tu tarta de queso favorita. Pero antes te traeré un cóctel y una bandejita de almendras y nueces, como a ti te gusta —dijo María, y se alejó hacia la cocina.

Capítulo 7

Estambul. 5 de agosto 2012

Juscelino desembarcó en el aeropuerto Internacional de Atatürk, procedente del vuelo de TAM Airlines vía Múnich. Tomó un taxi para dirigirse al hotel The Peak, ubicado en la calle Mesrutiyet, en la parte nueva de la ciudad, próxima a la plaza Taksim. Por el momento, le convenía esta ubicación. Así estaría más cerca de su contacto. Más adelante, si lo creía oportuno, ya haría una reserva en uno de los hoteles de Sullanahmet, también por el motivo de aproximarse más a su objetivo.

Se despojó de su chaleco y su americana. El calor en Estambul le resultaba sofocante. La humedad era similar a la que soportaba a diario en Río. Sin embargo, pasar de unas suaves temperaturas invernales a un tórrido calor estival, significaba un cambio brusco. Su organismo se resentía quejándose a través del sudor y la sed.

—Hace un calor insoportable y más con esta humedad —comentó Juscelino al taxista, en un inglés que dejaba mucho qué desear.

—Es lo habitual en esta época, señor —replicó el taxista—. El cuerpo se acostumbra a todo. Además va usted muy abrigado. Eso quiere decir que viene de un clima más frío. En ese caso, el cambio siempre es más fuerte.

—Eso debe ser —respondió Juscelino abanicándose con un periódico abandonado en el asiento de atrás, pero sin dar más explicaciones al taxista acerca de su procedencia.

El vehículo continuó avanzando durante unos cuantos minutos más, deteniéndose cada vez con más frecuencia y durante más tiempo. Pitidos y bocinazos sonaban con una estridencia a punto de romper los tímpanos, pero no conseguían deshacer el atasco. La caravana de automóviles circulaba con lentitud. Juscelino se desesperaba.

—No se preocupe, que enseguida llegamos —trataba de animarlo el taxista—. Hemos cogido una hora punta ¡Y ya se sabe! A mí me gustaría vivir en el campo. Tiene que ser relajante. Cuando me jubile y tenga unos ahorros, creo que dejaré este ritmo de vida. Venderé mi casa, traspasaré el taxi y me compraré una granjita en cualquier pueblo tranquilo por aquí o en la Capadocia. La Capadocia tiene que estar bien. ¿Qué le parece?

Juscelino no se molestó en responder y aguantó pacientemente el embrollo circulatorio. Al fin y al cabo, él no tenía nada que perder. Todos sus gastos estaban cubiertos por don Fabio. Le daba igual pagar veinte o cincuenta liras. Simplemente estaba harto de ese viaje interminable, de ese taxista charlatán y de ese calor bochornoso que lo asfixiaba. Ansiaba llegar cuanto antes al hotel, refrescarse y quitarse esas ropas húmedas y pegajosas.

Cuando el taxi se detuvo frente a una puerta acristalada con remates dorados, era más de media tarde. Juscelino se apresuró a apearse del vehículo. Entregó al taxista el importe solicitado, más una generosa propina. Recogió su maleta cuidadosamente

depositada por el taxista sobre la acera y entró en la sala de recepción. Tras registrarse como Joaquim Esteves Docarmo cruzó el vestíbulo y, tras consultar el número de habitación, tomó el ascensor.

La habitación lucía enmoquetada en tonos verde pistacho a juego con las cortinas, la colcha, los cojines y una butaca situada cerca de la ventana frente al televisor. El aire acondicionado estaba conectado, pero al mínimo. Juscelino giró la ruleta en la base del aparato para que la temperatura descendiera más. Luego, todavía acalorado, se despojó de sus ropas sudorosas y pasó al cuarto de baño para darse una ducha. El agua fresca lo alivió considerablemente. Después se puso un albornoz de un algodón suave y se calzó unas pantuflas. Una vez quitado todo el cansancio y acaloramiento del viaje, se tumbó en la cama, todavía algo húmedo y con gotitas resbalando por su cabello castaño. Consultó la hora en su reloj Lotus de último modelo, que había tenido ya la precaución de adelantar para acomodarse al nuevo huso horario. Faltaban unos minutos para las siete.

Envió primeramente un mensaje a don Fabio. Un mensaje escueto: «Llegada OK. Mañana inicio los preparativos de la primera fase de la transacción». Envió otro mensaje, también breve, a su mujer comunicándole que había llegado sin novedad y la telefonaría más adelante. Después, dejó el teléfono sobre la mesilla. Cerró los ojos y se relajó, recuperándose del cansancio del viaje mientras hacía algo de tiempo para ir a cenar.

Finalmente, había aceptado el encargo de don Fabio. No necesitó los dos días ofrecidos para tomar una decisión. Al amanecer del día siguiente lo había telefoneado y ambos se habían entrevistado poco después. Don Fabio se mostró muy generoso en lo concerniente a su pago, más que de costumbre, así como convincente y seguro del éxito de la operación. A Juscelino, por otra parte, lo seducía la idea de viajar de nuevo a Estambul, una ciudad que, desde que la conoció por primera vez, lo atrajo magnéticamente.

«El trabajo, en teoría, no parece demasiado difícil ni arriesgado. En la práctica, puede tener algunas complicaciones». En primer lugar, el escenario. Aunque la ciudad no le era desconocida, no había operado nunca en ella. En segundo lugar, el contacto. Don Fabio le había proporcionado información sobre un individuo que trabajó anteriormente en el museo como vigilante y fue expulsado después de cometer un robo. Tal individuo le podría dar toda la información necesaria al respecto, pero primero tendría que convencerlo. ¿Y si se negaba?

Juscelino se incorporó y saltó de la cama. Tomó un maletín de mano que reposaba sobre una mesa-escritorio y movió la rueda del candado hasta marcar la clave. Extrajo unos papeles y se sentó en la butaca verde junto a la ventana, no sin antes servirse un *whisky* del mueble bar.

«Ismet Yilmaz», leyó. Había trabajado como guarda en el palacio Topkapi, pero fue sorprendido al apoderarse de un objeto valioso, una daga con piedras preciosas, guardada en uno de los sótanos. El tipo fue a parar a la cárcel y apartado del puesto

de trabajo. Pero, según don Fabio, tras haber trabajado allí algunos años conocía todo el funcionamiento del mismo. Tenía una mujer y dos hijos. Don Fabio le había dicho que si no colaboraba por las buenas, a pesar de que haría lo que fuera por ganar dinero y sacar adelante a su familia, podría amenazarlo para conseguir su ayuda.

Dejó el folio a un lado y tomó otro donde figuraba la dirección del sujeto. «Calle Dilbaz, 26 o 28», rezaba en el escrito. El texto estaba redactado a mano con una caligrafía no muy legible. Juscelino echó mano de un plano de Estambul y lo desplegó sobre la mesa. Localizó la dirección indicada entre las calles Ömer Hayyan y Yaya Köprüsü, al otro lado del bulevar Tarlabasi. «Una zona poco recomendable», consideró Juscelino. «No obstante, habrá que darse una vuelta por allí y tratar de localizar a ese tal Yilmaz».

Según le había referido don Fabio, éstos eran los datos de que disponía, aparte de una fotografía sacada de un periódico de hacía un tiempo. Por último, según le constaba a don Fabio, Ismet Yilmaz realizaba algunos trabajos esporádicos y variopintos por las calles de Estambul, y algunos días ayudaba en un restaurante de pescado, probablemente en la zona del Bósforo.

«Bueno, empezaré mañana. Ahora me merezco una buena cena y un descanso», se dijo Juscelino, y guardó cuidadosamente todos los documentos en el maletín.

Echó un vistazo por la ventana. Captó la panorámica de la ciudad al caer la tarde, que se difuminaba unos metros más abajo en un crepúsculo teñido de tonos rojizo-anaranjados, y escuchó las plegarias que, desde la cercana mezquita de Arap, comunicaban a los fieles la finalización del ayuno.

«¡De nuevo en Estambul! ¡Cuánto tiempo hacía que no escuchaba estas oraciones! Ya casi había olvidado esta experiencia. Recuerdo lo mucho que me llamó la atención la primera vez que vine con mi padre. Nunca hasta entonces había escuchado algo igual. Lo más similar son las campanadas de las iglesias, pero no es lo mismo. Las campanadas son sonidos más impersonales, a pesar de saber que hay alguien ocupado en ponerlas en funcionamiento. Esto es más personal. En cada mezquita hay alguien que no se limita a golpear un instrumento, sino que se dirige a los fieles a través de las oraciones que pronuncia, que pone todo su sentimiento, toda su religiosidad con objeto de convocar a la gente a la oración. Con su ejemplo, con su actitud los está invitando a sumarse a los rezos».

Juscelino esperó a escuchar la oración completa y a que el crepúsculo diera paso a la noche. Esperó a contemplar las luces de las mezquitas, las luces de las calles y de las casas, donde los habitantes se disponían a celebrar el final del día. Imaginó muchas familias, grupos de amigos, vecinos y gente que se reunía en torno a la mesa o salía a las calles para festejar la llegada de la noche, para comer y beber, para comprar, para vender, para charlar, para gozar de la frescura nocturna, para reafirmar su fe.

Se tomó su tiempo para recuperar todas estas experiencias, volver a sentir sensaciones pasadas y tomar consciencia de que se encontraba de nuevo en Estambul.

Quería saborearlo todo, abarcarlo todo, disfrutar de este contacto con la milenaria ciudad.

Sólo cuando estuvo completamente saciado de ella y de todos sus encantos, decidió ponerse en movimiento.

Primeramente, se vistió con un traje impecable, azul marino, que le daba todo el aspecto de un ejecutivo en viaje de negocios. Repasó sus cabellos y se aplicó unos toques de colonia. Se calzó unos mocasines claros. Se contempló unos instantes en un espejo. Cerró cuidadosamente la puerta de la habitación y se dirigió al restaurante.

Realizó un pequeño recorrido con una mirada escrutadora a los platos ofrecidos antes de decidir lo que tomaría. Luego se sirvió abundantemente a su gusto del variado buffet y lo degustó en una mesa apartada, fuera del bullicio de los turistas.

Finalizada la cena, pasó un momento por el bar a tomar una copa antes de regresar a la habitación. Hubiera querido salir a la calle y darse una vuelta bajo el cielo nocturno de Estambul, pero esa noche no era posible. Lo primero era el trabajo. Ya tendría ocasión más adelante. Hoy había decidido acostarse temprano y empezar al día siguiente sus pesquisas.

«No se puede venir por trabajo a Estambul. Esta ciudad es para vivirla, disfrutarla, gozarla plenamente sin ataduras ni trabas. Si es necesario vendré cada año, cada mes, cada semana, pero libre, sin encargos, sin trabajo. Sólo con la única obligación de perderme en Estambul».

Capítulo 8

Estambul. 6 de agosto de 2012

Los primeros rayos del amanecer se filtraban desde hacía rato a través de los finos visillos, trazando caprichosos haces luminosos en la habitación. Pero no fue hasta pasadas las siete cuando Juscelino despertó. Miró la hora y le sorprendió tanta luminosidad, hasta que recordó que se encontraba en Estambul. Entonces se levantó de inmediato, dispuesto a iniciar su trabajo.

Escogió entre su vestuario un atuendo cómodo e informal, bastante anodino, y bajó a desayunar. Se deleitó con un bol rebosante de yogurt, un plato de pastelitos variados y dos tazas de café. Después, salió a la calle y se puso en camino.

Había decidido ir a pie, ya que la distancia no era larga.

Ascendió a buen ritmo por la calle del hotel y cuando pasó ante el British Council, supo que ya estaba cerca. Cruzó el amplio bulevar Tarlabasi, atestado ya de vehículos, y se internó por la primera bocacalle a la izquierda, Ömer Hayyan. Tras consultar el plano, fue callejeando siempre de frente y hacia la derecha.

Pasó ante edificios destartalados, solares vacíos, andamios a medio montar, paredes con pintadas; esquivó socavones, chiquillos jugando a la rayuela o corriendo tras una pelota, mujeres conversando sentadas sobre la acera, vendedores, decenas de gatos y hasta un par de gallinas, que picoteaban aquí y allí. Una mujer adornada con tatuajes y quincallería barata que fumaba asomada a una ventana, lo miró con curiosidad desde una ventana descolorida.

Juscelino se sentía observado por cientos de ojos y, a pesar de su sangre fría, sus pulsaciones se aceleraron. «¡Imposible pasar desapercibido aquí! Y el tipo que busco puede dirigirse en cualquier dirección cuando salga de su casa. Lo más seguro es que vaya hacia Tarlabasi y de allí, hacia Taksim o hacia el puente Gálata, pero ¿a qué altura? También puede atravesar Kurlulus Deresi e internarse por esa zona. ¡En fin! En última instancia, puedo ir a la casa, pero preferiría abordarlo en otro sitio».

Juscelino llegó a la calle indicada y la recorrió buscando el número de la casa con una apariencia despreocupada. Cuando estuvo frente a los números 26 y 28 divisó dos edificios de poca altura, uno gris y otro rosado, con desconchones en la pintura. Todas las ventanas estaban cerradas y en un balcón herrumbroso se apilaban cajas y bártulos diversos. No se apreciaba signo alguno de vida, aunque Juscelino estaba seguro de que tras los cristales estaba siendo observado.

Avanzó un poco más a paso lento y reparó en una desvencijada vivienda de dos plantas aparentemente abandonada. La miserable puerta estaba protegida por un sencillo candado. «Abrirlo será un juego de niños».

Llegó hasta el final de la calle y desanduvo el camino por la calle paralela. Se dirigió a la plaza Taksim y se tomó un respiro en una de las muchas terrazas de Istiklâl.

Tras saborear dos vasos de té de manzana frío con simit, una rosquilla recubierta de sésamo, se aproximó a la plaza y tomó un taxi que lo llevó hasta las inmediaciones de la Mezquita Azul.

Recordó las visitas realizadas en compañía de su padre y cómo le había impactado esta mezquita en particular. Esta vez no experimentó esa primera sensación, pero contempló admirativamente el majestuoso edificio con sus cascadas de cúpulas y semicúpulas, rodeado por sus seis minaretes. Guardaba en su memoria una historia que le había relatado su padre al respecto. La mezquita había sido mandada construir por el sultán Ahmed I tras la Paz de Zsitvatorok y las derrotas sufridas en las guerras contra el imperio Safávida. El sultán Ahmed deseaba calmar las iras de Alá y obtener su favor. Por ello, encargó la obra al mejor arquitecto de la época, Sedefkar Mehmet Aga, discípulo del célebre Sinan, y la enriqueció con costosos materiales. Al levantar los seis minaretes, el sultán Ahmed fue tachado de presuntuoso y criticado duramente, ya que únicamente la mezquita de la Kaaba en La Meca ostentaba ese número. Ahmed solucionó fácilmente el problema. Mandó construir un séptimo minarete en La Meca.

A Juscelino siempre le había resultado interesante ese relato. Admiró los afilados y esbeltos minaretes salpicados de terrazas con ménsulas, que parecían ascender hasta el infinito, y se imaginó al almuecín subiendo por la tortuosa escalera interior cinco veces al día para convocar la oración.

Pasó bajo los arcos y accedió al patio. A pesar del fuerte calor reinante, lo recorrió todo y, sólo cuando se hubo empapado de este espacio exterior, penetró en el templo.

Decenas de turistas, cámara en mano, deambulaban por el recinto o se agrupaban en torno a un guía. Juscelino se descalzó y, tras guardar su calzado en una bolsa, caminó por el mullido suelo alfombrado captando retazos de conversaciones en diferentes idiomas a lo largo del límite de separación entre visitantes y feligreses. Al otro lado, en la parte reservada para el culto, algunos musulmanes oraban o esperaban la llamada a la oración. Se substrajo al colorido de los vistosos atuendos realizados por pañuelos y chales, así como al murmullo de las conversaciones y al chasquido de las cámaras. Se dirigió hacia zonas desocupadas para disfrutar de la mezquita. Toda la claridad del patio a pleno sol se había esfumado. Dentro reinaba una luminosidad más viva que emanaba de todos los puntos. Los cientos de vidrieras escalonadas en varios pisos dejaban pasar los rayos solares hábilmente tamizados por el color, que incidían en los muros recubiertos de azulejos, reflectores a su vez de luz y policromía. Las lámparas de araña con sus puntos luminosos aportaban aún si cabe más luz y todo el vasto espacio de la mezquita resplandecía. Los pesados muros exteriores se habían disuelto y semejaban tejidos etéreos. Las cúpulas y semicúpulas suspendidas en el aire sugerían la sensación de flotar en un estado de ingravidez. Juscelino dejó pasar el tiempo en esta atmósfera fascinante y luego abandonó el lugar rememorando tiempos pasados.

Se adentró en las callejuelas, que se erigían a un lado entre la Mezquita Azul y

Santa Sofía, hasta encontrar el lokanta (restaurante) favorito de su padre. Allí se exhibían a la vista del cliente una buena variedad de platos de aspecto apetitoso. Señaló al camarero unos cuantos y se acomodó en la terraza. La mesa, cubierta por un mantel en tonos crema un tanto ajado, se cubrió en un momento de colores y aromas especiados. Pequeñas bandejas y platillos con arroz, judías, verduras, pimientos, pistachos y frutos secos, albóndigas, pinchitos de cordero con cebolla, yogurt y canela ocuparon toda la superficie disponible. Juscelino se permitió el placer de comer al estilo turco. Es decir, lentamente, picoteando un poco de aquí y un poco de allá, saboreando la textura de los platos y la combinación de especias. Aliñó con abundante jugo de limón la ensalada y el aroma de los cítricos impregnó el ambiente.

Terminó la comida con un baklaba, un postre considerado demasiado dulce para muchos foráneos, pero no para un goloso como él.

«Ahora al trabajo».

Abonó la cuenta y se encaminó hacia el Gran Bazar. Sorteó varias entradas y enfiló una callejuela atestada de tiendas y puestos ambulantes. De ahí pasó a otra y luego a otra hasta dar con el puesto que tenía en mente. Allí adquirió a buen precio, después de haber regateado con el vendedor, unas ropas vulgares de tan mala calidad como confección, así como unas sandalias de segundo o tercer pie, que le formarían ampollas y rozaduras a las primeras de cambio. Acto seguido, recogió un puñado de tierra y piedrecillas de una jardinera próxima, que guardó en los bolsillos, y buscó un taxi en la zona del hipódromo para regresar al hotel.

Ya en su habitación, humedeció en el baño la tierra y las piedras. A continuación, procedió a restregar las ropas con la mezcla; les dio unas pasadas de aire caliente con el secador de pelo con el fin de eliminar algo de humedad y luego las dejó secar sobre una silla. Puso la alarma del despertador en el teléfono móvil y bajó al restaurante para comer algo ligero. Ese día se acostaría temprano y se levantaría antes de la salida del sol. Debía dormir unas horas y estar despejado al día siguiente. La operación ya estaba en marcha. Comenzaba a sentir una especie de hormigueo, una pequeña desazón, que siempre experimentaba durante el tiempo que precedía a su entrada en acción.

«¿Cuánto tiempo llevo así? Ya ni lo recuerdo. Toda una vida y, no obstante, siempre me parece la primera vez. Debería dedicarme a otra cosa, pero ¿a cuál? En realidad yo no sé hacer nada sino esto. No tengo oficio ni beneficio. Y sinceramente gozo con mi trabajo. Todavía soy capaz de cualquier cosa. Pero los años pasan. No siempre seguiré así de hábil. Mis manos se volverán torpes, mi corazón se alterará, perderé reflejos... No podré seguir con lo que estoy haciendo. Mi profesión es breve, como la de los futbolistas. Debería ir pensando en otra cosa y ahorrar. Pero ¿cómo puedo ahorrar con María? María es como una máquina tragaperras. María se lo funde todo. Y cuando yo no tenga nada, me dejará. ¿Por qué sigo con ella? ¿Soy masoquista? No, no lo soy. Sé cómo es y, a pesar de eso, la quiero y no puedo vivir sin ella. Ella no tiene la culpa de nada. Soy yo. Yo soy el único culpable. Lo fácil es

echar las culpas a otro y no reconocer los propios errores».

Capítulo 9

Estambul. 7 de agosto de 2012

Escuchó en sueños los estridentes pitidos del despertador y extendió maquinalmente la mano hacia la mesilla. Tanteó en busca del teléfono móvil y, cuando lo halló, desconectó la alarma. Se incorporó de inmediato y, tras comprobar la hora, saltó de la cama. Fue hacia la ventana y descorrió las cortinas. Todavía no había amanecido. «¡Perfecto!».

Las ropas baratas y manchadas el día anterior, ya secas, colgaban extendidas de una silla. Se las puso en primer lugar y luego se vistió con una holgada camiseta y un pantalón vaquero largo, que ocultaba las mugrientas sandalias. Se echó al hombro una pequeña mochila y salió de la habitación. Descendió a la recepción. El restaurante todavía no había abierto, así que se limitó a tomar un café de máquina antes de dirigirse a la salida.

El aire tibio de la madrugada lo reanimó y caminó a buen paso por la calle Mesrutiyet hacia la plaza de Pera. Experimentó una sensación placentera ante la escasez de circulación y de transeúntes que, a otras horas, abarrotarían las calles y aceras. Se ocultó tras unos coches y procedió a despojarse de la camiseta y los vaqueros guardándolos en la mochila. Después prosiguió su camino dando un pequeño rodeo por Sirket Sokak, girando en Küçük Odalar Sokak para entrar en la calle de Ismet por el extremo opuesto.

Cuando llegó a la casa abandonada, forzó disimuladamente el cerrojo y pasó al interior. «En caso de que me haya visto alguien, pensará que soy un mendigo buscando un lugar donde descansar», pensó Juscelino.

La puerta tenía unas grietas, pero no lo suficientemente grandes como para poder atisbar bien el exterior. Entró en una habitación contigua, que debió ser en otro tiempo cocina. La ventana tenía algunos cristales rotos, pero estaba a la vista. Sin embargo, un poco más allá descubrió una oquedad en el muro lo suficientemente amplia como para ver sin ser visto. Decidió apostarse allí y vigilar las casas.

Apenas veía algo en aquella oscuridad, pero no se atrevió a encender una linterna, ni siquiera la luz del móvil. Temía que cualquier foco de iluminación, por diminuto que fuera, pudiese delatarlo. Aguardó pacientemente unos minutos. La tenue claridad del amanecer empezaba a perfilar las hasta ahora difusas sombras. Bajo el fregadero halló una banqueta, que encajaba con la altura del puesto de observación. La arrastró hasta el muro. Se sentó levantando una nube de polvo y sintiendo el crujir de la madera bajo su peso.

Un gato siamés de regreso de su ronda nocturna entró por la ventana y lo contempló durante unos instantes con sus intensos ojos azules. No pareció importarle la presencia del desconocido, por lo que de un salto se plantó en el suelo y parsimoniosamente se adentró en la casa, balanceándose sobre sus patas traseras.

Juscelino comenzó a percibir movimiento en las casas vecinas. Algunas ventanas se abrieron, empezaron a llegarle sonidos de ruidos irreconocibles, pero que denotaban actividad. Dos hombres pasaron por la acera de enfrente arrastrando un carrito.

Juscelino se frotó los ojos mientras se levantaba del incómodo asiento y daba unos pasos por la habitación. Pronto volvió a sentarse, concentrándose en su objetivo. Confiaba en poder reconocerlo de inmediato. Según las informaciones de don Fabio, se trataba de un hombre algo más joven que él, de unos treinta y tantos años, estatura media, delgado, pelo oscuro, que en la foto se mostraba algo largo y con raya en medio, cejas pobladas, ojos grises y pómulos algo salientes. También exhibía un pequeño bigotillo, aunque cabía la posibilidad de que se lo hubiera afeitado. Lo más significativo era un defecto que tenía en la columna, haciendo que uno de sus hombros pareciera estar un poco más alto que el otro y renqueara algo al caminar.

De pronto se abrió la puerta del edificio rosado y Juscelino sintió todos sus músculos en tensión. Una figura asomó al exterior. Se relajó. Se trataba de una mujer, enfundada en una especie de abrigo largo y tocada con el hiyab, que portaba un cesto en cada mano.

Pasaron algunas mujeres más; unas tapadas de pies a cabeza, con bolsas en las manos; otras con ropa más liviana e incluso provocativa, emitían cadenciosos sonidos de tacones sobre el pavimento. Dos hombres, acompañados de un muchacho, vestidos al modo occidental, transitaron por la acera de enfrente empujando un carro de un puesto ambulante. Más gatos se deslizaban maullando por la calle, saltaban muros o se enroscaban en alguna esquina.

Juscelino continuó su vigilancia. Observaba cada vez más movimiento de personas conforme el amanecer iba dando paso al día. Estaba a punto de incorporarse unos instantes para desentumecer los músculos cuando vio entreabrirse la puerta del edificio gris, que dio paso a una silueta masculina. Juscelino puso su mirada y toda su atención en ella. Se trataba de un hombre joven, delgado y no muy alto, vestido con camisa azul, pantalones grises y tocado por una gorra. No pudo apreciar los detalles de su fisonomía, porque el desconocido inmediatamente cerró la puerta y se dirigió calle abajo. Sin embargo, Juscelino contempló una silueta con una espalda un tanto asimétrica, que avanzaba con paso poco firme, como si arrastrara algún objeto.

Al instante, supo que ése era su hombre. Echó un vistazo a la parte de calle contigua a la vivienda abandonada y comprobó que todo estaba despejado. Se levantó y se acercó a la puerta. La abrió despacio, en silencio, y la cerró también sigilosamente. Su objetivo no se había alejado mucho. Lo puso en el punto de mira y fue tras él por la otra acera de la calle guardando una distancia prudente con su perseguido.

«Posiblemente estoy siendo observado desde algunos edificios, pero con estas pintas no creo que levante sospechas. Lo importante es no perder de vista al tipo ese sin que piensen que lo estoy siguiendo. Cuando lleguemos a otras calles más

transitadas y más anónimas, el seguimiento resultará más fácil».

Capítulo 10

Estambul. 8 de agosto de 2012

Ismet llevaba dos días nervioso e intranquilo. Se sentía observado, vigilado, como si una sombra fuera tras él. Cuando iba por la calle, volvía la cabeza de vez en cuando, pero no descubría nada diferente, sólo la gente de costumbre, el ambiente de todos los días. No había percibido nada anormal. Quiso convencerse de que el exceso de trabajo actual y la falta de sueño le jugaban malas pasadas. Su mujer también había notado su ansiedad y él la había tranquilizado alegando el agobio del trabajo. Ella había asentido, pero no se lo había creído, y él, tampoco.

A propósito del trabajo, empezó a resultarle sospechoso un tipo que había ido a comer al restaurante los dos últimos días. En principio, el hecho entraba dentro de los parámetros normales. Aunque las excursiones organizadas iban cada día a un restaurante y no regresaban al mismo, no era inusual que parejas o pequeños grupos, que se desenvolvían por su cuenta, al margen de excursiones programadas, repitiesen local si la comida y el lugar les había gustado. Pero ese tipo iba solo y no tenía aspecto de turista. No obstante, y sin saber por qué, Ismet había recelado de él y cuando lo había mirado por el rabillo del ojo, lo había sorprendido observándolo fijamente.

—¡Ismet! —un compañero lo sacó de su ensimismamiento—. ¡Estos platos son para la mesa cinco! ¡Apresúrate o llegarán completamente fríos! ¿Qué te pasa hoy? ¡Vamos, que ya tengo el pedido del grupo de la terraza!

Ismet se apresuró a cumplir con sus obligaciones y dejó por un tiempo de preocuparse por el aquel individuo. Pero, cuando al anochecer, compareció de nuevo para cenar, acomodándose en la misma mesa del fondo, Ismet sintió que un escalofrío corría por su cuerpo. A la hora de servirle el pedido, un plato de patlican salatasi^[1], sus manos se volvieron torpes y derramó parte del puré sobre la mesa. Se disculpó tartamudeando y fue a la cocina en busca de paños para limpiar la mancha.

Ismet restregó el mantel con una bayeta mientras seguía disculpándose. En ese momento, el individuo se dirigió a él en un tono bajo, utilizando el idioma turco. El acento no era turco, la gramática poco correcta, pero sus palabras sonaron claras y comprensibles en los oídos de Ismet:

—Tú eres Ismet. Ismet Yilmaz, ¿verdad?

Ismet se quedó inmóvil al escuchar su nombre en boca de un extraño. Juscelino, tras ver su reacción, continuó:

—Creo que no me equivoco. Necesito hablar contigo de algo muy importante, pero no aquí. ¿A qué hora terminas tu trabajo?

Ismet, todavía perplejo, respondió como un autómatas:

—A las once, más o menos.

—Bien —prosiguió Juscelino—. A dos calles de aquí hay un local, El Caballo

Blanco. ¿Lo conoces?

Ismet asintió.

—Nos vemos ahí cuando salgas. Más te vale no faltar. En caso contrario, iré a tu casa. ¿Prefieres eso?

Ismet negó con la cabeza y respondió en voz baja, casi imperceptible:

—Allí estaré.

—De acuerdo. Ahora vete y déjame cenar tranquilo.

«La primera toma de contacto estuvo bien», se dijo Juscelino. «El tipo está asustado y vendrá a la cita. Entonces daremos un paso más y observaremos su reacción. Si es necesario intimidarlo... Pero me da que no hará falta».

Juscelino siguió degustando la cena sin darse prisa y no prestó más atención a Ismet, que servía mesa tras mesa cometiendo algunas torpezas.

Cuando sólo le restaban unas migajas del almibarado postre, Juscelino abonó la cuenta y se dirigió hasta el local que le había nombrado a Ismet.

«Era él», pensó Ismet. «Él me ha estado siguiendo y ha venido hasta aquí para vigilarme. ¿Qué querrá? También conoce mi casa. ¿Por qué ese interés? Dijo que era importante pero ¿qué puede querer de mí?».

Ismet se devanaba los sesos, pero no daba con una explicación. Rompió dos platos y su compañero tuvo que llamarle la atención para sacarlo de su ensimismamiento hasta que finalmente le dijo:

—¡Déjalo ya por hoy, Ismet! Pareces cansado y si sigues aquí arruinarás la vajilla. Ve a casa y descansa. Mañana cerramos, ya sabes. Te espero pasado mañana más relajado.

—Gracias, Melih. Pasado mañana estaré aquí y trabajaré como de costumbre. Buenas noches.

—Buenas noches, Ismet.

Eran las once menos veinte cuando Ismet se quitó el delantal y lo echó al cesto donde se depositaba la ropa para lavar. Después abandonó el local. Las calles todavía estaban bastante transitadas. En varios restaurantes quedaban algunos clientes y las aceras se cubrían de puestos ambulantes, de manera que Ismet debía ir sorteando obstáculos o caminar por la calzada. Puestos de calzados, de ropa, mesas plegables con múltiples fruslerías, vendedores de perfumes, comerciantes sentados en taburetes bebiendo té o comiendo un bocadillo rodeados de cajas y percheros, se sucedían a lo largo del trayecto. Ismet no les prestaba atención. Iba abstraído pensando en la cita que lo esperaba.

De repente, y sin que Ismet hubiese advertido una señal en concreto, todos los vendedores desmontaron sus tinglados, recogieron sus mercancías en un abrir y cerrar de ojos, y las escondieron en bajos de viviendas o en furgonetas próximas. Las calles quedaron despejadas y sin rastro de haber sido escenario de actividades de compra y venta. Ismet sabía lo que eso significaba: alguien había dado el aviso de que la Policía se acercaba. La gente recogía todo para volver a reaparecer cuando hubiese

pasado el peligro. Él también había pasado por esta experiencia, cuando a falta de otro empleo, vendía cualquier cosa en la calle. En esta ocasión, el asunto no iba con él, así que se limitó a seguir caminando hacia el Caballo Blanco.

El Caballo Blanco era un local bastante parecido a un *pub* europeo, con luces de neón, música de fondo y donde servían alcohol. Disponía de una terraza, que ocupaba toda la acera e, incluso, invadía parte de un carril de la calzada con algunas mesas. Allí, cerca de un cubo de basura y de una fregona, instalados en la calzada a modo de parapeto para los clientes y advertencia a los vehículos, se hallaba acomodado Juscelino saboreando una cerveza Efes. Al ver venir a Ismet, le hizo una seña y le señaló una silla junto a él.

—¿Qué quieres tomar? Yo pediré otra cerveza.

Ismet se decidió por el té y Juscelino avisó al camarero.

Cuando el camarero depositó las bebidas y los dejó solos, Juscelino comenzó a hablar.

—Te preguntarás quién soy y por qué te he hecho venir aquí.

Ismet callaba sin apartar la vista de su interlocutor.

—Pues bien —continuó Juscelino tras una pausa, consciente de la tensión y ansiedad que creaba en Ismet—, vengo a proponerte una buena suma de dinero a cambio de cierta información.

—¿Qué clase de información? —preguntó el aludido, que se había puesto rígido acosado por el nerviosismo.

—Nada del otro mundo. Se trata de algo muy sencillo, algo que tú conoces de primera mano y que me gustaría conocer a mí.

Juscelino calló a propósito, generando más intranquilidad en Ismet. Bebió parsimoniosamente unos sorbos de cerveza, carraspeó y luego prosiguió hablando pausadamente como si tal cosa:

—Lo que quiero es conocer la ubicación de un objeto en el palacio Topkapi o en el Museo Arqueológico. Tú...

Ismet lo interrumpió:

—Puede visitar ambos lugares. Están abiertos al público.

—El objeto que yo busco no se encuentra exhibido, sino guardado en algún almacén. Necesito saber dónde está.

—Entre los fondos del palacio y el museo hay miles de objetos valiosos almacenados. Sólo se expone un 10%. Sería muy difícil saber dónde se encuentra. Además...

—Estoy seguro que sabes dónde está.

—Yo no tengo por qué saberlo —comentó Ismet, cada vez más nervioso.

—Tú lo sabes perfectamente, porque trabajaste allí. No olvides que yo sé todo de ti —dijo Juscelino, recalcando la palabra «todo».

—Eso fue antes. Ya no tengo nada que ver con eso, ni quiero —añadió Ismet, haciendo ademán de levantarse.

Juscelino lo obligó a sentarse de nuevo al tiempo que le decía:

—Piensa que una bonita suma de dinero puede ser tuya a cambio de una pequeña información. A tu familia no le vendría mal.

Ismet pensó en su familia y preguntó:

—¿De qué cantidad estaríamos hablando?

—¿Qué te parecerían seis mil o siete mil liras? —Juscelino tiró por lo bajo observando la reacción de Ismet. Luego, conociendo su situación económica y considerando que podía atraerlo por este camino, añadió—: Si la información es buena, podemos hablar de una cantidad mayor.

—Me vendría bien, pero no quiero tener más problemas.

—¡No tendrías ningún problema! —exclamó Juscelino—. Tú sólo tienes que proporcionarme la información del lugar donde se halla un objeto y del sistema de seguridad del recinto: alarmas, vigilantes...

—¿Va a robar en el palacio? —preguntó Ismet, manifestando un mayor estado de ansiedad—. Yo no quiero tener nada que ver.

—Tú no tendrás nada que ver en el caso de que se robe algo. Tú te limitarías a informar. ¿Te enteras? —Juscelino se interrumpió por unos momentos mirando a Ismet directamente a los ojos.

Descubrió la duda reflejada en la mirada de su contacto y cambió de estrategia. Decidió concederle algo de tiempo.

«Será mejor ponerle la miel en los labios, no apretar demasiado las clavijas y dejarlo ir a casa. Cuando se enfrente con su situación familiar, seguro que se decide a cooperar. No creo que me equivoque».

—Bueno, te diré lo que haremos. Ahora te vas a casa, descansas y te lo piensas. Mañana no trabajas, ¿cierto?

Ismet asintió.

—Pues bien, mañana nos vemos en la plaza Taksim a eso de las once de la mañana. Buscamos un lugar discreto y seguimos la conversación. Recuerda que estamos hablando de unas seis mil o siete mil liras en principio, y otras tantas después. Podrías permitirte muchas cosas con esa cantidad...

Juscelino dejó caer la insinuación, convencido de que Ismet se dejaría tentar por el dinero, como ya lo había hecho en otra ocasión más desafortunada para él.

Ismet se alegró al no tener que tomar ahora una decisión. El dinero lo tentaba, porque en su situación le resolvería muchos problemas pero, por otra parte, se había jurado no meterse en más líos, ni asumir más riesgos. Si las cosas no salían bien, no lo superaría por segunda vez.

Cuando se puso en pie, Juscelino le susurró:

—Recuerda que hablamos de mucho dinero y de ningún riesgo para ti.

Ismet partió con estas palabras resonando en sus oídos.

Capítulo 11

Estambul. 9 de agosto de 2012. 10.45 horas

Decenas de personas recorrían la plaza Taksim en todas las direcciones. Muchos turistas, tras contemplarla con interés, se hacían fotos junto al monumento a Atatürk, entremezclándose con la población turca, que se dirigía a sus ocupaciones. Entre los hombres predominaban los trajes de corte occidental, bien fueran pantalones cortos y tenis con calcetines, bien pantalones largos y zapatos. Las mujeres ostentaban un amplio abanico de trajes que iban desde las minifaldas y *shorts* hasta los burkas, pasando por las túnicas y largas faldas con tocados de hiyab. El colorido reinante era indescriptible; todas las tonalidades, todas las gamas de color, toda la policromía existente en la naturaleza se había dado cita aquí.

Juscelino merodeaba por las proximidades del monumento desde las once menos cuarto. Vestía de una manera informal para no llamar la atención, pese que allí toda vistosidad se confundía con el ambiente. Miró hacia Tarlabasi y descubrió a Ismet aproximándose por el bulevar.

«El tipo es puntual», pensó Juscelino. «Es una buena señal. Ahora veremos lo que ha decidido, pero me apuesto el cuello y no lo pierdo a que está de acuerdo con la operación».

Juscelino alzó la mano e Ismet se aproximó.

—Me alegro de que hayas venido, Ismet. ¿Conoces un sitio tranquilo donde podamos hablar?

—Conozco una taberna en una travesía de Istiklâl que tiene unas zonas reservadas.

—Eso me suena bien. ¡Vamos para allá!

Ismet abrió la marcha y Juscelino se apresuró a seguirle. Por el camino no intercambiaron palabra. Cuando llegaron al local, Ismet cedió el paso a Juscelino. Un empleado les indicó enseguida una pequeña sala alfombrada y recubierta de cojines. Juscelino e Ismet se acomodaron en el suelo, apoyados en los mullidos cojines frente a una mesa baja, y el primero pidió algo de beber. Ambos guardaron silencio hasta que el camarero regresó con una cargada bandeja, que depositó sobre la mesa. Cuando el camarero desapareció tras la puerta Juscelino preguntó:

—Y bien, ¿qué has decidido?

—Me parece una oferta interesante, pero me gustaría conocer más detalles.

—¿Estás dispuesto a darme la información que te solicite? —preguntó Juscelino.

—Se trata de una parte de mi vida que quería olvidar, pero estoy decidido a informar a cambio del dinero siempre y cuando se trate sólo de informar. No quiero comprometerme a nada más, ni verme envuelto en otro problema.

—Descuida, no se trata de involucrarte en problemas. Tú te limitas a responder a mis preguntas. Nada ni nadie te va a relacionar con lo que ocurra. ¿Vas a colaborar?

Juscelino observó a Ismet con su mirada calculadora. «Ha caído en la tentación del dinero por segunda vez, como yo esperaba», pensó. «Y sabe que está en mis manos. Estoy convencido de que no tratará de engañarme».

—¿Qué objeto está buscando? —interrogó Ismet, rompiendo el silencio—. Hay tantos objetos valiosos, que no sé si seré capaz de hallar uno concreto, señor...

—Puedes llamarme señor Gomes. En cuanto a lo que busco, se trata de un mapa.

—¡Un mapa! —exclamó Ismet—. No sé, no vale la pena arriesgarse por eso.

—No te he citado para conocer tu opinión. Lo que yo busque y lo que valga es cosa mía. Además, cuanto menos sepas mejor para ti. Estarás menos implicado y más seguro.

—Lo siento, señor Gomes.

—Bien. ¿Conoces el mapa que dibujó un tal Piri Muhyi l Din Reis?

—¿Y qué pasa con el dinero que me prometió?

Juscelino rebuscó en sus bolsillos y extrajo un sobre con tres mil liras. Se lo mostró a Ismet y lo depositó sobre la mesa. Después agregó:

—Esto es sólo el primer plazo. De ti depende que haya más.

—¿Se trata de un mapa que está pintado sobre una piel?

—Exacto, sobre una piel de gacela. ¿Lo conoces? ¿Dónde está?

—Lo he visto algunas veces. Está en una especie de armario en forma de mesa, con la tapa de cristal. Ahí se mantiene a una temperatura baja para que no se estropee. Está en el sótano del edificio antiguo. O por lo menos ahí estaba.

—¿De qué edificio antiguo hablas? ¿En el palacio?

—No señor, en el edificio antiguo del museo. En el Museo Arqueológico.

—Y dices que está en el sótano.

—Sí, señor. Ahí estaba cuando yo trabajaba allí.

—¿Cuánto hace de eso?

—De eso hace un tiempo. Pero me imagino que seguirá allí.

—¿Y cómo es que no se expone?

Ismet sacudió los hombros expresando su ignorancia. Luego comentó:

—Supongo que es por falta de espacio. Se necesitarían más museos, muchas más salas y vigilantes para poder exponerlo lodo.

—¡Pero una cosa así!

—En el museo y en el palacio hay cientos de cosas así y mucho mejores —replicó Ismet.

Juscelino se hizo cargo de la simplicidad de Ismet, aunque reconoció que Estambul y Turquía estaban llenos de tesoros y, en cierto sentido, Ismet tenía su parte de razón.

—¿Qué sabes del sistema de seguridad, las alarmas y los vigilantes? ¿Cómo funciona todo por la noche?

—Pues... —Ismet se aclaró la garganta, bebió un sorbo de té y continuó—, hay una alarma en cada edificio que controla el vigilante nocturno.

—¿Están todas las alarmas conectadas?

—No, señor Gomes. Cada una es independiente y tiene su propio código. Si todas estuviesen conectadas y sucediese algo en un punto determinado, sonarían todas a la vez y no se sabría a dónde acudir.

Juscelino se mordió el labio inferior, dolido por haber planteado una pregunta así. No le gustaba tener que admitir un fallo y menos ante ese tipo.

—¿Cuántos vigilantes hay?

—Siempre había uno en cada edificio. Uno en el museo de las antigüedades de Oriente; dos en el museo arqueológico, uno en la parte antigua y otro en la primera planta del edificio anexo; otro en el pabellón de los azulejos; y dos por el exterior.

—¡Sólo seis! ¡Me estás tomando el pelo!

—No, señor Gomes. Así era y así debe de continuar.

—Sólo seis vigilantes para un museo lleno de riquezas y con unos fondos incalculables...

—Estambul posee cientos de museos, palacios, mezquitas y riquezas que hay que vigilar. Por no hablar del resto del país. Por el día hay más personal, pero por la noche se recurre a las alarmas. No es posible destinar más guardias, el gasto sería impensable. El palacio Topkapi, sin ir más lejos, tiene múltiples edificios y más de 700 km. Su superficie es mayor que la de algunos países. El personal está distribuido por todo, pero es limitado. El Gobierno no puede hacer más.

—De acuerdo —dijo Juscelino, reconociendo que el razonamiento era correcto—. Si se corresponde a la realidad, todo va a resultar más fácil de lo que creía. Ahora cuéntame más detalles. Dónde están las alarmas, qué hacen los vigilantes del exterior y del interior, cuál es la rutina de las noches. ¡Habla! Necesito saber todo al detalle.

Ismet comenzó el relato, que sólo interrumpió para responder a las preguntas planteadas por su interlocutor o dibujar los lugares y puntos de interés en una servilleta.

Finalmente, cuando Juscelino e Ismet abandonaron el local pasaban varios minutos de la una. Juscelino comentó que iría a dar una vuelta por el museo y contactaría con él al día siguiente.

—¿Y qué pasa conmigo? —quiso saber Ismet—. Yo no puedo contactar con nadie. ¿Quién me va a pagar el resto del dinero? Yo ya he cumplido mi parte. Quiero lo acordado.

—Esta tarde me daré una vuelta por el museo. Mañana iré a verte al restaurante y, si todo está conforme, te daré otras tres mil liras. Tú tienes que confiar en mí, igual que yo confío en ti. Además, yo te necesito para otro trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? Yo no voy a volver a pringarme. Ya se lo dije.

—No tendrás que hacerlo. Sólo necesitaré a alguien que me traslade a la parte asiática. Alquilaré un coche y tú me acompañarás. Allí te pagaré otras tres mil liras. Luego regresarás a Estambul con otra persona, que te dará el resto. Después, tu trabajo habrá finalizado. ¿De acuerdo?

Ismet manoseó el sobre y contó las tres mil liras. Para él representaba una fortuna. No le quedaba otra opción sino confiar en aquel tipo, mientras necesitase de sus servicios y le siguiera pagando.

—De acuerdo. Mañana nos vemos. ¿Vendrá a comer?

—Exactamente. Mañana te veré a la hora de almorzar. Te pagaré más dinero, siempre y cuando no me hayas mentido y tus informaciones sean correctas.

—Lo son —interrumpió Ismet—. Ya verá que todo es conforme a lo que yo le dije. No ha cambiado nada.

—Eso espero.

Capítulo 12

Estambul. 9 de agosto de 2012. 13.15 horas

Ismet abandonó el local. Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo, y acariciaba el sobre con el dinero. Quería ir directamente a su casa; pensaba entregar a su mujer una buena cantidad y que comprara comida y lo que se necesitase, luego guardaría el resto. Pero no se decidía. «¿Qué dirá Nurhan cuando lo vea? Aunque sólo le dé una parte, recelará. Querrá saber de dónde lo he sacado. Y yo ¿qué puedo decirle? ¿Qué excusa darle? Por otra parte, ¿cómo voy a poder mantenerlo en secreto? Además, ¿para qué quiero yo el dinero si no es para compartirlo con mi familia? Para que vivan mejor, para que salgan de tantas penalidades».

Ismet le daba mil vueltas a la cabeza. Buscaba excusas a cada cual más peregrina y no se le ocurría nada que justificase esa suma de dinero que se hallaba en su poder de la noche a la mañana.

Para aumentar sus preocupaciones, le venía al pensamiento la idea de que pudiesen asaltarlo por la calle y robarle su preciada recompensa.

«Iré a casa. Es lo más seguro. Esconderé el dinero hasta que se me ocurra algo. Sólo le daré a Nurhan unas pocas liras, las suficientes como para poder comer decentemente estos días».

Ismet avanzó a buen paso por Dilbaz sokak, sintiéndose ya cerca de casa. Abrió la puerta de la calle y ascendió los escalones, satisfecho porque su dinero ya estaba a salvo. Ahora sólo restaba disimular con su mujer.

—Ya estoy de vuelta.

Nurhan se acercó para recibirlo. Cuando estuvo cerca de él y lo miró a los ojos, comentó:

—Te noto tenso, intranquilo. ¿Ha sucedido algo?

—Nada por lo que debas preocuparte. Más bien al contrario. Me ha salido un trabajito. Toma —dijo Ismet, tendiéndole unos billetes—. Esto es un adelanto. Puedes ir ahora a comprar comida a los niños y preparar una buena cena. Puedes gastarlo todo; compra lo que precises. Luego me darán más.

—¡Son quinientas liras! ¡Tanto te han pagado! ¿Qué has hecho? ¿Quién te ha pagado tanto?

—Se trata de unos turistas —improvisó Ismet—. Unos turistas ricos que me he tropezado por casualidad. Quieren que les haga de guía por Estambul. Quieren conocer los monumentos, la historia...

—¿No se te ocurrirá llevarlos al museo o al palacio? Podrían reconocerte.

—Tranquila. ¡Como si en Estambul no hubiera otras cosas que ver! Además, ellos se interesan por otras cosas: la cultura, la gastronomía, las tradiciones... Y están dispuestos a pagar bien. Ya lo ves.

—No me lo acabo de creer. ¿Y el restaurante? ¿No pensarás dejarlo? Eso es más

seguro que unos turistas, aunque sea poco dinero.

—No tienes nada de lo que preocuparte. Hoy es mi día libre. Llevo toda la mañana hablándoles de Estambul y esta tarde iremos a ver algunos sitios. Es lo que querían. El resto lo haré en los ratos libres. Muchos días sólo trabajo media jornada. Ya lo sabes. Ahora vete a comprar, que yo tengo que salir para seguir con mi trabajo.

Nurhan dudaba con el dinero en la mano. Ismet ansiaba quedarse a solas para buscar un buen escondrijo. Luego se iría a vagar por la ciudad para justificar el *nuevo empleo*.

—¿A qué esperas? —preguntó Ismet—. Yo voy un momento al baño y a consultar unos libros. Enseguida tengo que reunirme con los turistas.

—Ya voy —respondió Nurhan—. De paso recogeré a los niños, que están en casa de mi hermana.

—Bien —dijo Ismet—. No me esperes levantada. No sé lo que tardaré.

—Pero mañanas tienes que trabajar, ¿no?

—Sí, sí. No vendré tarde, te lo prometo. Sólo quiero que no me esperes si me retraso. Pero seguramente llegaré a tiempo para cenar juntos. ¿Te parece bien?

—¡Claro que sí! ¡Hasta la noche!

Cuando su mujer cerró la puerta, Ismet se centró en lo suyo. Dudó a la hora de ocultar el dinero. La casa ofrecía pocas opciones. Tras recorrer la exigua vivienda dos o tres veces recordó algo. Entonces fue hacia el dormitorio. Había una loseta suelta debajo de la cabecera de la cama. La levantó, la retiró a un lado, y depositó el sobre. Acto seguido, la volvió a colocar en su sitio. «Por el momento, puede quedarse aquí. Iré cogiendo dinero a medida que lo vaya necesitando. No creo que Nurhan lo descubra. De todas formas, trataré de hallar un escondrijo más seguro. Si el señor Gomes me sigue dando liras, tendré que guardarlas. No puedo darle todo el dinero a mi mujer. Nunca creería que lo haya ganado honradamente, y si llega a sospechar algo... No quiero ni pensarlo. Ya no me perdonaría por segunda vez. Le prometí que nunca volvería a reincidir».

Después se tomó unos minutos de descanso y, antes de que pudiese regresar su mujer, salió de la casa sin rumbo fijo. Únicamente necesitaba hacer tiempo para que su excusa resultara convincente.

Capítulo 13

Estambul. 9 de agosto de 2012. 13.15 horas

Juscelino tomó un taxi hasta los alrededores de Santa Sofía y buscó un sitio donde comer. Se decidió por un kebab de carne y verduras en un puesto de comida rápida. Tenía prisa por dar una vuelta por el museo y comprobar *in situ* la información que le había suministrado Ismet.

Rodeó el recinto. Observaba con detenimiento las posibilidades de acceso para después entrar por la puerta principal. Lucía un sol radiante que, unido a la elevada humedad, conformaba un ambiente sofocante. Juscelino echó mano de la botella de agua que había comprado y bebió con avidez. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor que le corría por la frente. Una vez dentro, avistó los tres edificios y la zona de parque. Convencido de no llamar la atención, sacó su cámara y realizó algunas fotografías, como muchos turistas. Juscelino no retrataba monumentos ni esculturas. Juscelino enfocaba y fotografiaba todo cuanto pudiera tener que ver con el sistema de alarma.

Recorrió lentamente el patio. Reparó en la disposición de las cámaras de seguridad, así como en los detectores de movimiento y sonido. Hizo fotografías de todo y luego, sacando un plano ampliado del recinto del museo, fue ubicando en éste todos los dispositivos.

Después se dirigió al edificio del Museo Arqueológico propiamente dicho. Ascendió el pequeño tramo de escaleras y cruzó el pórtico tetrástilo con apariencia de templo griego. Localizó de inmediato el mostrador de información, donde se situaba el vigilante, así como el panel del sistema de alarma y la puerta por la que, según Ismet, se accedía al almacén. Se demoró todo lo que pudo en el vestíbulo. Solicitó folletos y preguntó cualquier cosa, al tiempo que su mirada se deslizaba por todos los puntos de interés. A continuación, se dedicó a explorar las salas de exposición, deteniéndose de cuando en cuando ante algún sarcófago, alguna estatua o alguna vitrina que le llamaban la atención. Se concedió unos minutos para admirar el sarcófago de Alejandro Magno y otros objetos de su gusto antes de pasar una inspección a los baños y dar por finalizada la visita al museo.

De allí se trasladó al Museo de las Antigüedades Orientales. Procedió de la misma forma que en el Museo Arqueológico. Todo parecía estar conforme. Contempló la tablilla del tratado de Qadesh, los azulejos de las puertas de Istar en Babilonia, con sus leones alados y algunas momias egipcias. Le gustaba este trabajo que lo acercaba a todas estas maravillas del pasado.

Entremezclado con el público, salió de nuevo al soleado patio para visitar el Pabellón de los Azulejos. Subió a la galería superior; caminó bajo los arcos hasta la vistosa puerta cubierta de azulejos, preludio de lo que le esperaba en el interior. Se dedicó a inspeccionar el tercer edificio. Prestó atención a los detalles referentes a su

trabajo, pero sin dejar de echar una mirada a los azulejos de Iznik y Kütahya, y especialmente al Mihrab de Karaman.

«La información de Ismet parece ajustarse a la realidad, por lo menos en lo que se refiere al ritmo diurno. Me queda confirmar lo que acontezca por la noche. Si todo está conforme, la cosa presenta buen cariz».

Pocos minutos antes de las seis, hora en que se cerraban los museos al público, Juscelino, tanto precedido como seguido por grupos de turistas, que habían permanecido en las instalaciones hasta agotar el tiempo establecido, abandonó el lugar.

La atmósfera seguía siendo bochornosa. Determinó regresar al hotel para darse una buena ducha refrescante, cenar y reflexionar sobre los próximos pasos a dar. También debía ponerse en contacto con don Fabio. Tenía que informarlo de los progresos efectuados, así como recibir nuevas instrucciones.

Paró un taxi y emitió un escueto «al Peak Hotel». El taxista asintió. Después se armó de paciencia, dispuesto a afrontar el cansino viaje.

«El problema del tráfico no ha cambiado desde que estuve por última vez. Es más, yo diría que ha empeorado».

Accedió a su habitación algunos minutos antes de las siete. Se sacudió el calor pegajoso que lo impregnaba tras pasar un buen rato en la ducha y después, vestido con un ligero albornoz, puso al máximo el aire acondicionado y se acomodó junto a la mesa.

Desplegó el mapa del museo con los añadidos que había realizado esa tarde de los dispositivos de seguridad. Conectó el ordenador portátil y buscó el mismo mapa, que ya tenía localizado previamente y ubicado en su escritorio.

En otro archivo aparte, fue analizando cámara tras cámara y efectuando los cálculos de alcance, los ángulos muertos y las distancias. Había varias cámaras de rayos infrarrojos y detectores con focos halógenos repartidos por el recinto. Así mismo, existían algunos dispositivos de escucha que actuaban como oídos biónicos, permitiendo escuchar los sonidos débiles a una distancia de unos 20 o 30 metros y los fuertes hasta los 100 metros. Uno a uno trasladó todos los resultados al plano informático, que se cubrió de múltiples líneas y trazados en diferentes colores. Señalizó también, con líneas de puntos, el recorrido aproximado de los guardas nocturnos, aunque ese trayecto tendría que confirmarlo por la noche.

Llevó a cabo un estudio meticuloso de la situación para determinar el punto de entrada y diseñar un itinerario que esquivara tanto a los vigilantes como a las cámaras y sensores.

La cosa no era fácil en un primer momento. El diseño estaba bastante bien trazado. Sin embargo, contaba con mucha experiencia, intuición y un buen programa, que había creado hacía unos años.

«Siempre existe un punto débil. Siempre existe la posibilidad de acceder a cualquier sitio por muy protegido que esté». Ésta era su máxima y, hasta la fecha,

siempre se había cumplido.

Cuando el reloj de la pantalla marcaba las 20.05, Juscelino ya había dado con el quid de la cuestión. En el plano había aparecido una especie de sendero luminoso en un color fosforescente, por el que se podía deambular sin problemas. Las zonas de peligro estaban señalizadas, en rojo las oculares y en azul las auditivas.

«Es un camino estrecho y algo tortuoso pero, a fin de cuentas, es un camino que me permitirá acceder al objetivo».

Se concentró unos minutos y visualizó el mapa trasladándolo a su cabeza. Poseía una prodigiosa memoria, que enseguida captó el croquis y lo almacenó en su cerebro. Esa noche haría la prueba. También dispondría del ordenador, pero generalmente nunca llegaba a utilizarlo. Su memoria poseía la precisión del mejor reloj suizo.

Capítulo 14

Estambul. 9 de agosto de 2012. 20.30 horas

Ismet regresaba a su casa tras haber pasado la tarde recorriendo la ciudad. Hacía tiempo que no paseaba así sin tener un trabajo que realizar. Había estado en Sarayburnu, contemplando las murallas y la panorámica marina del Bósforo confluyendo con el mar de Mármara. Había entrado en la Yeni Cami o Mezquita Nueva, que de nueva no tenía sino el nombre, ya que hacía más de cuatro siglos de su construcción, deseoso de gozar de un ambiente recogido, de oración, aislado del bullicio exterior; un lugar donde sentir la presencia divina bajo las celestiales decenas de bóvedas y semibóvedas, rodeado de los luminosos azulejos verde azulados de Iznik, sintiendo bajo sus pies la alfombra en tonos rojizos. Se había arrodillado y había orado con devoción. No se sentía orgulloso de su acción, más bien todo lo contrario. Sin embargo, se convenció de que Alá, sabedor de su situación, lo comprendería y sería benevolente con él.

Después se había sentado en el parque, con el objeto de descansar, a pesar de que no se sentía cansado físicamente. Sólo su cabeza estaba a punto de estallar.

Ismet estaba confuso. Por un momento se regocijaba al haber ganado dinero tan fácilmente y con la expectativa de ganar más. Al momento siguiente lo asaltaba la idea de que se estaba metiendo en un asunto peligroso y creía que no debía haber aceptado el *trabajo*. A continuación, pensaba que no le había quedado otra opción. «Ese tal señor Gomes conoce todo sobre mí y ha insinuado perjudicar a mi familia. Lo mejor de haber accedido a su petición fue recibir una buena cantidad de liras, que mañana podrían acrecentarse. ¿Sucederá así? ¿O el tipo desaparecerá para siempre con la información obtenida? ¿Qué quiero yo? A ratos deseo que mañana acuda al restaurante y cumpla su palabra entregándome las otras tres mil liras; a ratos deseo que el señor Gomes no aparezca nunca más».

Ismet se debatía entre sus deseos y sus pensamientos hasta que finalmente acabó admitiendo que nada de lo que hiciera o no hiciera dependía de él. Estaba *pillado* por ese señor Gomes, que había aparecido de la nada, pero tanto conocía de él. Estaba en sus manos como el destino está en manos de Alá. Únicamente le restaba confiar en que todo fuera bien, ganar un dinero y después que ese tipo se marchara y no se acordase de él nunca más.

Cuando Ismet entró en la casa, Saim y Nihal se hallaban sentados a la mesa con una sonrisa de satisfacción y unos ojos chispeantes ante la abundancia y variedad de platos que tenían ante ellos. Nurhan daba los últimos retoques al postre.

—¡Cuánto me alegro de que hayas podido venir a tiempo para la cena! Hoy estuve cocinando tus platos preferidos. ¡Siéntate! Estarás cansado.

Ismet se acomodó junto a sus hijos, deleitándose ante los coloridos y aromáticos platos que cubrían la mesa: berenjenas rellenas con carne molida, calabacines

mezclados con arroz, pedacitos de carne de cordero y pasas, ensalada de tomates, pepinos, cebollitas y queso blanco.

—¿Qué te parece? —le preguntó su mujer.

—¡Maravilloso! —dijo Ismet—. Pero ¡te habrás pasado toda la tarde en la cocina!

—¡Lo hice muy a gusto! Teniendo dinero es fácil. Hoy me sentí muy contenta cocinando. ¡Ah! También compré jabón, que hacía falta y unas sandalias para Saim, porque las que lleva ya estaban muy rotas.

—Me parece muy bien —añadió Ismet—. Ya te dije que podías gastar ese dinero. Mañana me darán más.

—Me parece un sueño —prosiguió Nurhan—. ¡Nos hacía tanta falta! También compré yogur para el desayuno, té y arroz. Todavía sobra dinero.

—Eres buena administradora y una cocinera excelente —dijo Ismet con la boca llena—. He tenido un golpe de suerte y espero sacar buen partido. Mientras dure, podremos vivir algo mejor.

—Hoy ha sido un día especial. Seguiremos siendo precavidos y ahorraremos lo que podamos. Pueden venir tiempos peores.

—No pensemos ahora en eso y disfrutemos la cena —respondió Ismet.

Para postre Nurhan trajo unos pastelitos cuadrados elaborados a base de pistachos y avellanas, con una cobertura de azúcar en polvo. Ismet los saboreó con placer, pero sus ojos se cerraban a cada bocado.

—Será mejor que nos acostemos —insinuó Nurhan.

Ismet se levantó para dirigirse al cuarto pero, al advertir que Nurhan no le seguía, se detuvo.

—¿No vienes? —Preguntó.

—Voy ahora mismo. Únicamente quiero dejar esto un poco recogido. Acuéstate y duerme. Yo no tardaré nada.

Capítulo 15

Estambul. 9 de agosto de 2012. 20.30 horas

Juscelino se encontraba en el restaurante del hotel. Degustaba un abundante bufé. Previamente se había dado una refrescante ducha y cambiado de ropa. Lucía un traje oscuro de corte impecable que poca gente podía admirar, ya que Juscelino ocupaba una discreta posición en una mesa situada en un rincón, semioculta por una columna.

Se había servido un poco de casi todas las bandejas expuestas y comía con placer platos variados, paladeando cada alimento y cada condimento. Estaba satisfecho con la comida y satisfecho de cómo iban resultando las cosas. Esa noche tenía pensado acercarse al Museo y comprobar la dinámica de la noche. «Si lodo resulta conforme, podría actuar pronto».

Finalizó la cena con un surtido de dulces y pidió al camarero un café doble. Antes de su salida nocturna, subió a su habitación, donde se puso un calzado cómodo con suela de goma. En una pequeña bolsa guardó una linterna, una cámara y un minúsculo ordenador portátil. Lo depositó todo sobre la mesita y extrajo el teléfono móvil del bolsillo. Había decidido llamar a don Fabio e informarle de cómo iba todo. Al día siguiente confirmaría las operaciones, pero don Fabio había insistido en saber las cosas con anticipación, ya que él también tenía que realizar preparativos.

—¡Aló! —La característica voz de don Fabio en un tono alto y ampuloso sonaba como siempre, a pesar de la distancia—. ¿Eres tú, Jus? Me alegro de oírte. ¿Cómo va todo?

—Por ahora todo bien, don Fabio.

—¿Pudiste contactar con nuestro contacto? ¿Está dispuesto a colaborar?

—Contacté perfectamente, jefe, y se está mostrando colaborador desde el primer momento.

—Eso me place, muchacho, que no te haya dado problemas.

—De momento está siendo muy razonable y tiene todo el aspecto de continuar en el buen camino.

—¡Eso es magnífico! Ya te dije yo que sería así. ¿No es verdad?

—Cierto, don Fabio.

—Y por lo que se refiere a la operación ¿en qué punto estamos?

—Hemos avanzado bastante. La información suministrada por nuestro representante parece fiable y correcta. Hoy comprobé *in situ* los datos. Todo OK. Esta noche tengo pensado continuar comprobando. Mañana lo telefonaré. Si todo está bien podríamos realizar pronto la operación.

—¿De cuánto tiempo estaríamos hablando? —preguntó don Fabio—. Ya sabes que necesito conocer la fecha exacta.

—En caso de acuerdo, estaríamos hablando de dos, tres días a lo sumo. Eso es lo que yo necesitaría. A partir de ahí, la fecha la puede poner usted.

—Bien, bien, gracias por informarme. Iniciaré los trámites aquí. Cuando mañana me confirmes la viabilidad de la operación, te comunicaré el día exacto.

—Entendido. Mañana hablamos. Ahora voy a continuar mis comprobaciones.

—Hasta mañana, entonces. ¡Mucha suerte!

—¡Hasta mañana, don Fabio!

Juscelino oprimió el botón de fin de llamada. Antes de guardar el móvil en el bolsillo del pantalón advirtió que tenía varias llamadas perdidas de su mujer. Recordó que llevaba dos días sin llamarla. Estuvo tentado a marcar su número, pero decidió que lo prioritario en ese momento era el trabajo y se le estaba haciendo tarde. Mañana la llamaría sin falta. Por precaución, pulsó la tecla del silenciador.

Cogió la bolsa que había preparado, cerró cuidadosamente la puerta de la habitación y descendió a la planta baja. Se aproximó al mostrador de recepción para solicitar un taxi y luego se dirigió a la salida. Mañana, si todo transcurría conforme a lo previsto, haría otra visita a Ismet, hablaría con don Fabio y se concretaría todo.

Capítulo 16

Río de Janeiro. 9 de agosto de 2012. 16.30 horas

Don Fabio, acomodado junto a la ventana de estilo francés, dio los últimos bocados a un bistec de venado, aderezado con limón y alcaparras, sobre un crujiente pastel de patatas. Como postre pidió lo de costumbre. El camarero no precisó de más explicaciones. A los pocos minutos, compareció con una ensalada de frutas regada con chocolate fundido, un café fuerte y espumoso, y un *whisky* con soda.

«Bien, bien. Buenas noticias», meditó don Fabio. «Era de esperar, pero siempre puede surgir algo. Ahora parece que la cosa pinta bien. Habrá que seguir con los preparativos».

Don Fabio abonó la cuenta y abandonó el restaurante del lujoso hotel Copacabana Palace en dirección a los aparcamientos, donde lo esperaba su chofer. Este, nada más verlo aproximarse al vehículo, se apresuró a abrirle la puerta. Luego preguntó:

—¿Adónde vamos, don Fabio?

—A la oficina —respondió el interpelado.

El chófer puso en marcha el coche y salió del aparcamiento.

—¿Cómo estuvo la comida, don Fabio? —preguntó Joao.

—Excelente, como siempre —contestó don Fabio, apoyando el codo en la ventanilla y el dorso de la mano en la barbilla.

Esa era señal inequívoca de que don Fabio estaba meditando. Joao calló, sabiendo que su jefe no deseaba en esos momentos conversación y continuó conduciendo en silencio. Cuando llegaron a la puerta del edificio de oficinas, el automóvil se detuvo. Don Fabio se apeó con agilidad y, antes de dirigirse a la entrada, le dijo a Joao:

—Tardaré unas dos horas. Bajaré al garaje y me recoges allí.

—Entendido, señor. Allí estaré.

Don Fabio saludó al conserje con un gesto y fue directo al ascensor. Al entrar en el vestíbulo contempló a su secretaria, ocupada con la correspondencia.

—¿Alguna novedad, Eliane?

—No, señor. Ahora le paso el correo.

—¿Algo urgente?

—Aparentemente no, señor.

—Bien. Entonces puede esperar. Ya te avisaré dentro de un rato. Ahora tengo que realizar unas llamadas.

—Como quiera, don Fabio.

Don Fabio entró en su despacho y fue directamente a su escritorio. Consultó un número de teléfono en una agenda forrada en piel y protegida con un pequeño candado, e hizo una llamada. Sintió que descolgaban el auricular y se adelantó a su interlocutor:

—¡Oscar! —exclamó.

—¡Don Fabio! —respondió una voz al otro extremo del hilo telefónico—. ¿Es usted? ¿Cómo está? ¿Qué se le ofrece?

—Bien, bien —comentó don Fabio—. ¿Recuerdas ese viaje del que te hablé hace unos días para un amigo que quiere visitar Estambul y la Capadocia?

—Perfectamente, don Fabio. Sólo faltaba precisar las fechas.

—Exacto. Pues bien, quiero que lo vayas ultimando. Será pronto. Mañana te lo confirmo, pero vete mirando viajes que salgan en dos o tres días y haces las reservas.

—¿El punto de salida al final era desde Lisboa o desde España?

—Casi mejor desde España, Madrid o Barcelona, da igual. Mañana te llamo y me informas de la oferta que haya para esos días. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Yo iré mirando todo y mañana hablamos.

—Entonces ¡hasta mañana! —Se despidió don Fabio.

A continuación, telefoneó a otra agencia de viajes y adquirió unos pasajes de Río a Lisboa y de Lisboa a Madrid para el primer vuelo del día siguiente a nombre de Carlos Rivero González, así como una reserva en un hotel próximo al aeropuerto de Barajas. Inmediatamente después, tecleó por tercera vez en el aparato.

—¿Aló? —respondió una voz—. ¿Quién llama?

—Charly, soy yo.

—¡Ah, don Fabio! ¿Tiene ya noticias? ¿Cuándo...?

—Sí. Atiende. Mañana a las ocho de la mañana te presentas en el aeropuerto do Galeão. En el mostrador de Brasil Contac te entregarán un billete para el vuelo de las 11.05 con la compañía TAM con destino a Madrid, vía Lisboa. Tienes reserva para las próximas noches en el hotel Auditórium. Ofrece más de 800 habitaciones, por lo que es discreto y está a poca distancia del aeropuerto. Te hospedas allí y aguardas mis instrucciones, dispuesto a volar a Turquía en cualquier momento. Es posible que el vuelo no salga de Madrid sino de Barcelona, depende del *tour* que consiga. Pero eso no te representará mucho problema. Yo me encargaré de todo. ¿Te queda claro?

—Perfectamente, don Fabio.

—¿Alguna duda sobre la operación?

—No, señor, ninguna. Ya lo hablamos el otro día y me quedó todo claro.

—En ese caso no se hable más. Ya sabes lo que tienes que hacer y lo que espero de ti. ¡Suerte y hasta pronto!

—¡Hasta pronto, señor!

Don Fabio avisó a su secretaria para que le trajera el correo. Eliane se presentó a los pocos segundos con unos cuantos sobres y un paquete en la mano.

—Aquí tiene —dijo, entregándole la correspondencia—. También tengo un recado de su esposa. Llamó diciendo que lleva un tiempo tratando de comunicar con usted en vano.

—¿Te dijo lo que quería?

—Sí, me dejó un recado. Se trata del menú de la boda. Había estado en el restaurante y tenía algunas dudas sobre los entrantes y la tarta.

—¡El menú! ¡Y tiene que molestarme con esas banalidades! Eliane, ¿me haría un favor?

—Si está en mi mano, don Fabio. ¿Qué desea?

—Telefonea a mi esposa y decide tú sobre ese tema. Cuando te pregunte opina lo que mejor te parezca, pero no olvides decirle que hablas de mi parte. Luego puedes irte.

—Pero ¿y si lo que elijo no es de su agrado? ¿No quiere usted pensarlo?

—Estoy ocupado, Eliane. Hazme ese favor. Lo que tú elijas, bien hecho estará. Ahora, por favor, déjame tranquilo.

—Está bien. Haré lo que pueda. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! —respondió don Fabio cuando su secretaria desaparecía tras la puerta.

Capítulo 17

Estambul. 9 de agosto de 2012. 22.00 horas

Juscelino indicó al taxista la calle Taya Hatun, que lindaba con el parque Gülhane y estaba a poca distancia del museo. La afluencia de vehículos y transeúntes, lejos de aminorarse, se había intensificado. El mero hecho de cruzar el puente hasta la parte antigua de la ciudad, le llevó casi media hora. Parecía que todo Estambul se había echado a la calle. Cuando el vehículo por fin se detuvo, Juscelino descendió acalorado y tenso. Instintivamente se llevó las manos a los oídos, resentidos a consecuencia del griterío y los bocinazos.

Atravesó el parque, todavía frecuentado por grupos de turcos que comían sobre la hierba o en los bancos, y algunos turistas que los observaban curiosos al pasar, hasta llegar a los alrededores del Museo. Eludió a un limpiabotas, que insistía en dar un repaso a su calzado, y acarició a un gato que le siguió durante unos metros, pegado a sus talones. Sigilosa y disimuladamente, con la cautela de un felino, accedió a las instalaciones. Observó puntos de luz en la planta baja de los tres edificios.

Juscelino se retiró a un lugar oscuro, que quedaba fuera del sistema de vigilancia. Se apostó tras unos árboles a la sombra del reflejo de la luna, pero desde donde divisaba perfectamente sus objetivos, y esperó. No habían transcurrido muchos minutos cuando percibió ruido de pisadas y descubrió las siluetas de dos vigilantes que asomaban tras el edificio de la Administración. Consultó su reloj. A punto de marcar las once. Uno de los vigilantes se acercó al Museo de las Antigüedades Orientales y tocó a la puerta. Juscelino escuchó un pequeño chasquido y el vigilante desapareció en el interior. El que permanecía fuera se paseó despacio, contorneando el edificio mientras aguardaba a su compañero. Al cabo de unos quince minutos, la puerta se abrió de nuevo dejando escapar un sonido similar, y el vigilante se reunió con el que estaba fuera. Ambos avanzaron por el centro del patio hasta alcanzar la primera puerta del edificio clásico del Museo Arqueológico. Allí se separaron. Uno de ellos entró en el recinto y el otro permaneció afuera paseando por la fachada. A los doce minutos exactos, Juscelino vio cómo una sombra descendía la pequeña escalinata y se acercaba al vigilante apostado en el exterior. Los dos cruzaron el patio hasta el Pabellón de los Azulejos, donde se repitió el mismo procedimiento. Después, las dos siluetas prosiguieron su ronda.

Aprovechando el tiempo en que se encontraban por la trasera de los museos, Juscelino se aproximó al edificio central y atisbo por una ventana. Descubrió a un vigilante de pie junto al mostrador, leyendo un periódico. Aparentemente, estaba solo. Juscelino regresó a su punto de observación.

En torno a las dos de la madrugada, los vigilantes entraron de nuevo en los edificios por separado y lo mismo aconteció a eso de las cinco.

Ya tenía suficiente. La información de Ismet se confirmaba. Con la misma

precaución y sigilo con que había llegado, abandonó el lugar, buscó un taxi y regresó al hotel.

Capítulo 18

Estambul. 10 de agosto de 2012. 13.00 horas

Juscelino ascendía por la avenida peatonal de Istiklâl, inmerso en una marea humana variada y cosmopolita. Turcos y turistas de todas las nacionalidades saturaban la calle e invadían los locales adyacentes, apartándose únicamente ante el paso del tranvía. Vendedores ambulantes de zumos de naranja, castañas y pastelillos, pregonaban a gritos sus mercancías delante de *boutiques* y tiendas de última moda.

Juscelino había adquirido unos teléfonos móviles y, asfixiado por el gentío, buscaba una calle donde tomar un taxi. Finalmente, dio con uno y, tras indicarle la dirección: «Kumkapi», se recostó en el asiento, mientras se limpiaba con un pañuelo el sudor que le corría por la frente y las mejillas. «Es hora de ir a ver a Ismet. Los acontecimientos se van desarrollando favorablemente, pero necesito comprobar que el tipo no se ha echado atrás y sigo contando con él».

El restaurante no estaba lejos. No daba al Bósforo, como le había comentado don Fabio en un primer momento, sino al mar de Mármara. Se trataba de un restaurante de pescado en el barrio de Kumkapi, perteneciente al distrito de Eminönü, a poca distancia de Sultanahmed y del casco histórico de la ciudad antigua.

Se apeó detrás de la Mezquita Azul y continuó a pie, por las calles empedradas del barrio de pescadores. Esquivó decenas de gatos callejeros o pertenecientes a casas y restaurantes próximos, todos rollizos y bien alimentados. Se zafó de un anciano que, sentado ante una báscula de baño, ofrecía pesarlo a cambio de unas liras; de dos vendedores de perfumes, que lo atosigaban con buenas imitaciones cuando lo que verdaderamente vendían era agua de colonia barata, y de un comerciante que exhibía camisetas con imágenes de la ciudad o el nombre Istanbul grabado. Pasó bajo coladas de ropa tendida y ventanas desde donde los inquilinos se comunicaban a voces de un lado a otro de la calle. Llegó finalmente al local donde trabajaba su contacto y lo divisó cuando atendía a unos clientes.

Se dirigió a la mesa de costumbre y esperó, ya relajado, a que él u otro camarero lo atendiera. Sin querer, de manera automática, desvió su mirada hacia el mar azul, que se adentraba en el Egeo, surcado por multitud de embarcaciones. El sol reverberaba en las gotas de agua, con destellos cristalinos que danzaban mecidos por la corriente.

«¡Cuántos pueblos han surcado estas aguas!». Juscelino dejó vagar su imaginación retro trayéndose en la historia.

Ismet se aproximó a su mesa con una carta en la mano y lo devolvió a la realidad. Cuando se inclinó para tenderle el menú, Juscelino aprovechó la oportunidad y le susurró:

—Contrasté la información y todo es tal y como me dijiste. Seguiré comprobando.

—¿Me he ganado las otras tres mil liras? —preguntó Ismet ansioso.

—Te las has ganado —respondió Juscelino—. Te las daré al pagar la cuenta. Tráeme un buen plato de pescado y unos picoteos. Entonces seguiremos hablando.

Ismet se apresuró a complacerlo. «El tipo está cumpliendo su palabra y parece satisfecho con la información. Eso significa más dinero, aunque también más intranquilidad. ¿Y si no hubiese aparecido nunca más?».

Juscelino entregó a Ismet un teléfono móvil y su número de teléfono. Debía estar localizado en cualquier momento.

—Como te dije el otro día, te avisaré un día de estos para que me lleves a la parte asiática y traigas a Estambul a otra persona. Luego tu trabajo habrá acabado. Recibirás más dinero y no te verás comprometido en nada. ¿De acuerdo?

—Sí —musitó Ismet—. Estaré pendiente de su llamada.

—Eso está bien —dijo Juscelino tendiéndole un sobre con tres mil liras y, en un platillo aparte, el importe de la comida. ¡No se te ocurra fallarme o te arrepentirás!

—No se preocupe. No me echaré atrás. Haré lo que usted me ha dicho.

—En ese caso, no hay más que hablar. Ganarás una buena suma de dinero siempre y cuando hagas lo que se te dice. En caso contrario...

—Estaré dispuesto para cuando me llame. Le doy mi palabra.

—¡Eso espero! —agregó Juscelino—. Ahora, vete. Te están haciendo señas desde aquella mesa. No llames la atención.

Ismet miró a hurtadillas el sobre y se lo introdujo en el bolsillo del pantalón antes de entrar en el restaurante con el dinero de la cuenta.

Juscelino se levantó y desanduvo el camino. Encontró un banco tranquilo a la sombra en un rincón apartado de los jardines anexos al Museo de Arte. Se sentó resoplando por el bochorno que lo envolvía y marcó en su móvil el número de su cliente.

—¡Jus, muchacho! —exclamó jovialmente don Fabio, identificando en la agenda de su teléfono la procedencia de la llamada—. ¿Tienes buenas noticias?

—Todo parece indicar que sí. Esta noche realizaré otra comprobación para asegurarme, pero todo se desarrolla bien.

—¡Excelente! En ese caso, la operación podría efectuarse pronto. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Puede usted fijar la fecha mientras yo ultimó los preparativos conforme a ella.

—De acuerdo. Ahora escucha. Partiendo de tu informe positivo de ayer, me he anticipado con algunas gestiones con tal de demorar la transacción lo menos posible. Charly acaba de telefonarme desde el aeropuerto comunicándome que está a punto de embarcar hacia España. Esta madrugada aterrizará en Madrid y está dispuesto a proseguir el viaje cuando se lo indique. Por otra parte, hablé con la agencia de viajes. Hay un *tour* que sale de Madrid combinando un circuito por la Capadocia con una pequeña estancia en Estambul. Queda alguna plaza libre. La fecha de salida es el 12 de agosto por la mañana. ¿Cómo lo ves, Jus? ¿Algún problema? Si te parece

precipitado hay otro para el día 15.

—En principio no hay problema. Creo que el día doce está bien. A no ser que esta noche suceda algo con lo que no contamos, podemos fijar ese día.

—Muy bien, Jus. Mantendré por si acaso las dos reservas hasta mañana. Cuando me telefonees saco el boleto y hablo con Charly.

—Necesitaré saber dónde se alojará Charly en la Capadocia.

—Por supuesto. Mañana te daré todos los datos. Ahora, ¡suerte y a seguir en el buen camino!

—Gracias, don Fabio. ¡Hasta mañana!

Capítulo 19

Río de Janeiro. 10 de agosto 2012. 14.00 horas

El avión de la compañía TAM que cubría la travesía Río de Janeiro-Madrid, con escala en Lisboa, había despegado sin novedad del aeropuerto do Galeão y sobrevolaba ya las aguas del océano Atlántico rumbo a Europa. Charly había presenciado las maniobras de despegue a través de la ventanilla del aparato y luego contempló desde una altura cada vez mayor la panorámica de la ciudad, que se alejaba y disminuía rápidamente hasta quedar reducida a un minúsculo punto en la distancia.

Charly apartó la cabeza del cristal, adoptó una posición cómoda y se retrepó en el asiento. Tenía por delante muchas horas de viaje. «En realidad, este trabajo consiste prácticamente sólo en viajar. Pero, bueno, si don Fabio me requiere para eso sin otras implicaciones ¡mejor para mí! ¡Ojalá todos los trabajos fueran así de cómodos!».

Para combatir el aburrimiento iba bien provisto de periódicos, revistas, frutos secos, chokolatinas e incluso se había descargado en el ordenador unos libros de Internet. Por el momento, sin embargo, no precisó echar mano de esos entretenimientos; una azafata anunció la proyección de una película. Se trataba de una comedia divertida, que atrajo su atención y la de gran parte de los demás pasajeros durante unas dos horas.

A continuación, sirvieron una comida ligera. Charly no disfrutó demasiado con esa comida envasada y medio plastificada, pero pasó el rato abriendo envoltorios plásticos y curioseando por las minúsculas bandejas. Sirvieron café y Charly pidió también una copa. Después, inclinó el asiento hacia atrás, se acomodó bien, se llevó los auriculares a los oídos, conectó una cadena de música y cerró los ojos dispuesto a descabezar una pequeña siesta.

«Vuelvo a España. Al cabo de los años vuelvo a España, a mi tierra de origen. Bueno, mejor dicho, a la de mis padres, pero también es algo mía, aunque no nací allí. Pero sí mis padres, sus padres y los padres de sus padres; todos nacieron y vivieron en España. ¿Cómo hubiera sido mi vida en Galicia si a mis padres no les hubiera dado por emigrar a Brasil?».

Evocó las historias familiares que le relataban en su infancia. Recordó cómo sus padres le hablaban de esa tierra verde y pluviosa con costas recortadas y sabor a mar, de donde provenían, pero que en aquellos tiempos sufría la pobreza y la falta de trabajo. Cuando sus padres recibieron una carta de unos parientes brasileños donde mencionaban la construcción de Brasilia, la futura capital del país, y la gran oferta de trabajo existente, sus padres no se lo pensaron dos veces y emigraron en busca de una vida mejor, con un futuro más próspero para ellos y sus hijos.

Un verano, tendría él unos ocho o nueve años, la familia fue a pasar unos días a Galicia. Sus padres querían volver a pisar tierra natal, visitar familiares y amigos, y

mostrársela a sus hijos. Charly recordaba algo, aunque los recuerdos eran generalmente imágenes confusas y entremezcladas con otras de Brasil. Ahora no tenía oportunidad de acercarse a esa región remota, pero el hecho de volar a la Península no lo dejaba indiferente. Sabía que se acercaba a un lugar especial, donde se hundían sus raíces.

Después, sin saber por qué, surgieron las imágenes de cuando conoció a don Fabio. Charly se vio a sí mismo como un adolescente que llevaba a la obra el almuerzo que su padre había olvidado en casa. Don Fabio se hallaba por casualidad inspeccionando las futuras instalaciones y lo observó con interés.

«Desde que te vi por primera vez me pareciste un chico listo y espabilado», le había dicho don Fabio en varias ocasiones. Don Fabio comenzó por solicitarle algunos recados a cambio de buenas propinas que, para él, constituían un tesoro. Después, los inofensivos recados se fueron transformando paulatinamente en encargos y trabajos con tintes más ilícitos, hasta que Charly se vio metido de lleno en el mundo de la delincuencia. Don Fabio pagaba bien y él había ido adquiriendo hábitos lujosos a los que no podía renunciar. Cuando se quiso dar cuenta de la situación, ya no había vuelta atrás. Era como la pescadilla que se muerde la cola. Don Fabio lo tenía atado y bien atado. Pero, por otra parte, reconocía que él también vivía bien así y no podía representarse la vida de otra manera.

Charly se sumió después en un sueño profundo y al despertar se alegró de que hubiesen transcurrido tantas horas. Las azafatas empujaban por los estrechos pasillos los carritos con el servicio de cena. El chirriar de las ruedas y las conversaciones de los viajeros lo habían sacado de su prolongada siesta. Fue hasta el baño a lavarse y despejarse un poco antes de ponerse a comer los platos precocinados.

Finalizada la cena, comenzó una película de aventuras y Charly se concentró en el argumento para matar el tiempo. Cuando la película terminó y las luces generales se apagaron, dejando brillar únicamente pequeños focos luminosos sobre algunos pasajeros que optaban por la lectura, Charly se adormiló y no despertó hasta que desde la cabina del avión anunciaron que estaban sobrevolando Madrid y se iniciaban las maniobras de aterrizaje.

Pegó expectante su rostro a la ventanilla, pero en un principio sólo vio campos y solares. Sintió que el avión descendía unos metros cuando le sobrevino un vuelco en el estómago y los oídos se le taponaron. Comenzaron a perfilarse casas y carreteras por las que circulaban diminutos vehículos, pero no divisaba nada especial. Por el contrario, sus oídos se resentían cada vez más. Se acomodó bien en el asiento y esbozó varios intentos de bostezos. Eso era el remedio que le había dado resultados en otras ocasiones. Finalmente, mejoró el malestar cuando las ruedas del reactor impactaron con fuerza sobre la pista. Se había perdido la panorámica del aterrizaje pero, a cambio, se sentía bien.

«Bueno, cuando tenga tiempo y dinero vendré unos días de vacaciones a España. Ya tendré oportunidad de ver todo esto con calma. Ahora vengo a lo que vengo».

Capítulo 20

Estambul. 10 de agosto de 2012. 22.00 horas

Juscelino descansaba en la butaca de la habitación del hotel. No podía apreciar el tono verde esmeralda de la tapicería, acorde con el resto de la decoración, que quedaba en penumbra. Una única lámpara de mesilla aportaba una tenue iluminación al dormitorio. Sobre la mesita acristalada se distinguía un vaso alto, semivacío, que emanaba un aroma a *whisky* rebajado con agua gaseosa, y un mando a distancia de televisor, que permanecía apagado. Juscelino se sentía a gusto. Todo iba bien. El reconocimiento de la noche anterior había sido tan satisfactorio como el de la precedente y confirmó sus informes. Ismet mantenía el contacto y había accedido a recogerlo cerca del museo y llevarlo a Asia. Don Fabio le había asegurado que Charly estaba en Madrid dispuesto a viajar en cualquier momento, y en concreto el día doce, hacia Nevsehir. Él había alquilado los coches. Todo iba viento en popa. Se recreó en una sensación placentera, consciente de haber recorrido una buena parte del camino y satisfecho al verse libre de trabas y obstáculos que podían haber surgido durante la operación. El estado de relax que experimentaba tras la tensión acumulada de varios días, el esfuerzo realizado y la falta de sueño, hizo brotar de inmediato el cansancio en el cuerpo y la mente de Juscelino hasta el punto de que comenzó a adormilarse.

«Será mejor que descanse. Ya no me tengo en pie. Llamaré a María y me acostaré».

Los ágiles dedos de Juscelino teclearon el número de la casa. Nadie respondió. Juscelino marcó entonces el número particular de su esposa. Una voz cantarina lo saludó:

—¡Hola Jus, cariño! ¿Cómo le va?

—Bien, María. La cosa va bien. ¿Cómo estás tú? ¿Por dónde andas?

—Sabes que te echo de menos, pero me encuentro bien. Ahora estoy en el club de golf tomando un café con Agustina y Renata. Tenemos una clase a las seis. Si tardas mucho en venir, seguro que te gano en el próximo partido. Estoy aprendiendo mucho.

—Eso está por ver —replicó Juscelino—. Sabes que soy mucho mejor que tú.

Se escucharon carcajadas de fondo, pero Juscelino prosiguió:

—Me alegro mucho de que estés distraída mientras yo estoy fuera. Ya tengo ganas de volver a verte. Te echo mucho en falta.

—Yo también, bomboncito. Tengo unas ganas terribles de que regreses.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no me llames así?

—Perdona, Jus, pero es que te quiero tanto. Estoy tan sola...

—No creo que estés tan sola si estás con Agustina, Renata y el profesor de golf.

—Ya sabes a qué me refiero —respondió María—. En cambio tú, no creo que te acuerdes tanto de mí.

—María, sabes que si estoy aquí es por motivos de trabajo. Y si trabajo es para

darte gusto. Si no gastases tanto, no tendría que aceptar ciertos encargos.

—Ahora la culpa es mía —suspiró María—. Yo que sólo te quiero a ti y que quiero tenerte a mi lado, me reprochas pequeños caprichos, que siempre son para ti, para que me veas más guapa, más atractiva. Todo lo hago por ti, Jus.

—Está bien, ¡cálmate! —intervino Juscelino—. Tienes razón y no quiero discutir contigo ahora. Sólo quiero que sepas que si estoy lejos de ti es para poder complacerte. Todo cuesta dinero y alguien tiene que ganarlo. Pero lo hago a gusto porque te quiero.

—Yo también te quiero, Jus.

—Bueno, ahora te dejo. Estoy muy ocupado. Pásalo bien con el golf.

—Gracias, Jus. ¿Me llamarás pronto?

—Te lo prometo. Un beso.

—Un beso, cariño. ¡Hasta pronto!

Juscelino colgó el teléfono. Después cerró la ventana sin echar una mirada a la calle, corrió los cortinajes y se acostó. Pensó que ahora disponía de dos días para descansar, relajarse y llegar en buena forma al día definitivo. El tema de su mujer pasó a un segundo plano. Lo prioritario en ese momento era el trabajo.

Capítulo 21

Estambul. 10 de agosto de 2012. 23.00 horas

Ismet no descansaba a pierna suelta como Juscelino. Completamente desvelado daba vueltas y más vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Temía que Nurhan descubriese el dinero y lo interrogase sobre su procedencia, o que entrasen ladrones y se lo robaran. También temía la llegada del día once.

«¿Saldrá todo bien? ¡No podré soportar otro fracaso! ¿Qué haré si las cosas no le salen bien a ese señor Gomes? ¿Qué pasará si nos paran al cruzar el puente o nos detienen en el camino? ¿Por qué me he visto involucrado en otro robo cuando yo ya llevo una vida normal? Una vida miserable, es verdad, pero honrada. Puedo acostarme muchas noches sin cenar, pero con la conciencia tranquila. Sin embargo ahora...».

Ismet ya no sabía qué postura adoptar. Estaba seguro de que su mujer se hallaba también despierta preguntándose qué le impedía dormir a él. Permaneció un rato más en el lecho hasta que llegó un momento en que no pudo soportar más su estado de ansiedad y se incorporó. Tanteó en busca de las zapatillas, se las calzó y se levantó con cuidado.

—¿No puedes dormir? —preguntó Nurhan—. ¿Qué tienes?

—No pasa nada, duérmete. Sólo voy a beber un poco de agua.

Su mujer insistió:

—Llevas unos días que te noto extraño. ¿Tiene algo que ver con ese nuevo trabajo del que me hablaste? No debes agobiarte, Ismet. Por ahora vamos saliendo adelante y las cosas mejorarán, pero no tienes que comprometerte tanto. Si cayeras enfermo...

—Duerme tranquila, Nurhan. No es nada del trabajo —mintió Ismet—. Debe de ser el calor y la alteración de los horarios. No debes preocuparte de nada. Duérmete que enseguida vuelvo. Voy a beber agua y refrescarme un poco. ¿No tienes calor?

—Un poco, lo habitual en esta época. Si quieres retiro la sábana y abro más la ventana.

—Me parece bien. Así correrá algo de aire.

Ismet salió del cuarto y se refrescó. Echó un vistazo a los niños y dio unos pasos por la habitación, que hacía las veces de cocina, comedor y salón.

«¿Cómo irán las cosas pasado mañana?».

Capítulo 22

Estambul. 11 de agosto de 2012. 17.00 horas

Juscelino se encaminó hacia los baños turcos de Tarihi Galatasaray Hamam. Había dormido hasta bien entrada la mañana. Luego comió a su gusto, no en exceso, pero sí productos variados. Después sintió la necesidad de pasar un rato de descanso y rebajar la tensión que empezaba a acumularse en sus músculos y, sobre todo, en su cerebro.

Se despojó de sus ropas en el vestuario y caminó envuelto en una toalla a cuadros por el suelo marmóreo. Había solicitado un servicio completo. Pasó por saunas, aguas calientes y frías, masajes con aceite y baños de espuma. Tendido bajo las bóvedas, tenuemente iluminadas por una luz rojiza, cerró los ojos y dejó por unos instantes la mente en blanco. Olvidó quién era, qué hacía, dónde estaba, a qué había venido y qué tenía que hacer esa noche. Dejó que cuerpo y mente se relajaran, se perdieran en un abismo, en un pozo sin fondo y luego flotaran en la vaporosa atmósfera.

Pasados unos minutos de total relajación en los que había dejado viajar libremente su cuerpo y su mente por el espacio circundante, ambos, la parte corpórea y la parte incorpórea, inmateral, volvieron a reunirse en su persona, libres ya de tensiones y preocupaciones.

Cuando abandonó los baños en dirección al hotel, su andar era firme y seguro, su cabeza estaba clara y su sangre fría le recorría todo el cuerpo. Se sentía otro hombre, un hombre nuevo.

Entró en el *hall* del hotel, en dirección a la recepción. Abonó por adelantado la cuenta. Alegó que al día siguiente partiría temprano y adjuntó una generosa propina. De ahí se dirigió al restaurante, que acababa de abrir las puertas, para tomar parte en el primer turno de cenas. Probó, como de costumbre, de una gran variedad de platos y sustituyó el alcohol por agua y zumo de frutas. Finalizó la cena con un surtido de dulces azucarados y empalagosos, muy de su gusto, y dos tazas de café bien cargado.

Una vez en su habitación, preparó meticulosamente los objetos que portaría en una pequeña mochila, y empaquetó el resto de pertenencias en su maleta. Descorrió las cortinas y vio con una última mirada nostálgica calles y edificios adyacentes. Los pitidos de varios vehículos y el griterío del gentío lo llevaron a pensar que si bien la perspectiva era idílica, la humana realidad no resultaba tan ideal.

Descendió en el ascensor hasta el garaje, donde se encontraba aparcado el Audi A que había alquilado e introdujo los bártulos en el maletero. Después se situó al volante. Antes de arrancar, telefoneó a Ismet.

—¿Estás listo, Ismet?

—Sí, señor Gomes. Cuando usted quiera.

—Bien. Paso a buscarte en diez minutos. Espérame en la calle tras de la plaza.

—De acuerdo. Allí estaré.

Juscelino colgó el receptor, se abrochó ceremoniosamente el cinturón y puso el coche en marcha. Salió pausadamente del garaje y enfiló por la parte nueva de Estambul hacia el lugar acordado donde recoger a su cómplice.

Ismet aguardaba junto a una farola. Sudaba copiosamente y sus manos temblaron al entrar en el coche.

—¿Algún problema, Ismet? ¿Algo no va bien?

—No, señor. Son sólo los nervios. Me encuentro algo nervioso.

—Es natural, aunque no tienes por qué. Cuando lleguemos te das una vuelta y te tomas un té o una infusión tranquilizante. Yo tardaré un rato, ya lo hemos hablado. Tú me esperarás en el lugar indicado para partir de inmediato. Y te quiero tranquilo y despejado; tenemos un buen camino por delante.

—¿Y si sucediera algo? ¿Si las cosas no marcharan bien? —balbució Ismet.

—No vamos a ser agoreros ahora —respondió Juscelino—. Te llamaré cuando finalice la operación o según se vaya desarrollando, si procede. Si no puede hacerse en el horario previsto, esperaré tres horas más. Si a las ocho de la madrugada no tienes noticias mías, tienes permiso para irte. ¿De acuerdo?

—Sí, a las ocho.

—A las ocho, pero no antes. ¿Eh?

—No, señor. Allí estaré todo el tiempo.

—Probablemente, si las cosas van bien, terminaré pronto, pero hay que pensar en todas las posibilidades. Tú esperas en el coche con el móvil pendiente de cualquier mensaje o llamada mía.

Ismet asintió.

—Bien. Ahora vamos para allá. Deja de temblar como un flan. Tú sólo te vas a limitar a conducir y no sabes nada de nada. ¿Eso es para estar así? ¡Compórtate como un hombre y no como una gallina! ¿Así quieres sacar a tu familia de la pobreza?

Ismet reaccionó al oír nombrar a su familia. Su familia estaba ajena a todo este asunto, pero por su culpa estaban como estaban. Ahora la vida no les iba bien, pero él podía ganar una buena suma de dinero arriesgando poco. No los defraudaría por segunda vez. Esta vez confiaba en que todo fuera bien.

El vehículo circuló por Alemdar Caddesi hasta que se detuvo unos metros antes de alcanzar la altura del Museo.

—Ya sabes en lo que hemos quedado. ¿Recuerdas lo que tienes que hacer? —preguntó Juscelino antes de apearse—. ¿Alguna duda? ¿Quieres que repasemos el plan? ¿Te recuerdo los horarios?

—No, señor —respondió Ismet—. No es necesario. Lo tengo todo aquí —dijo, señalándose la cabeza con un índice.

—Bien. Entonces coge el volante y aguárdame aquí puntual a la hora indicada y hasta el intervalo que te he dado.

—Descuide, señor Gomes. Aquí estaré toda la noche, si hace falta. ¡Mucha suerte!

—Gracias —respondió Juscelino, y se alejó de su interlocutor en dirección al parque.

Poco después, se deslizaba a través del perímetro del Museo y silenciosamente se ocultaba tras unos espesos arbustos que ofrecían una buena vista del patio y los edificios. Había llegado a tiempo de presenciar el reemplazo del personal de día por los vigilantes nocturnos. Esos últimos eran seis, como en noches anteriores. Se encaminaron a sus puestos mientras un nutrido grupo formado por guardianes, recepcionistas, administrativos y profesores o estudiosos de antigüedades abandonaba el recinto, bien por la puerta que daba a Gulhane, bien por la que se orientaba al palacio Topkapi. Ambas fueron cerradas por los vigilantes del exterior, que iniciaron su ronda.

Todavía era temprano y múltiples sonidos rompían la serenidad del crepúsculo. Juscelino adoptó la postura más cómoda posible sin perder de vista sus objetivos. El anuncio del final del ayuno propagado desde las mezquitas próximas lo sobresaltó un poco. Aunque llevaba varios días en Estambul no terminaba de acostumbrarse. Miró la hora en su reloj. Eran las ocho y media. «Todavía queda mucho».

El sol era apenas una franja naranja en el horizonte y las sombras comenzaban a extenderse por el Museo cuando Juscelino advirtió una luz en el pequeño edificio destinado a la Administración.

«Hay alguien ahí. ¿Quién podrá ser? ¿Qué puede estar haciendo a estas horas? No había contado con esto. Tendré que averiguarlo».

Aguardó con impaciencia a que los vigilantes pasasen ante el mencionado edificio y se alejasen en dirección al Pabellón de los Azulejos. Se enderezó con precaución y, tras consultar el ordenador portátil, se acercó hasta el anexo del Museo de las Antigüedades Orientales, destinado a oficinas. Atisbó cautelosamente por la ventana, que emitía un chorro de luz. Distinguió una mesa barnizada en tonos crema, alargada y cubierta de vasijas de cerámica y dos figuras humanas enfundadas en batas blancas, sentadas enfrente una de otra. La más próxima a él era una mujer joven con la cabeza descubierta, que tecleaba en un ordenador, atenta a las palabras que pronunciaba la otra persona, un hombre de edad madura con el cabello encanecido y una cuidada barba. El hombre, probablemente un profesor o conservador del Museo, consultaba un grueso manuscrito y señalaba de cuando en cuando alguno de los objetos expuestos sobre la mesa.

«¡Unos que se quedan hoy a hacer horas extra!», exclamó para sus adentros Juscelino. «¡Por qué demonios se les ha tenido que ocurrir precisamente hoy! Esperemos que se cansen pronto y no se dediquen a deambular por el Museo. No necesito más testigos que los estrictamente necesarios. Y de esos ya sé cómo ocuparme. ¿Por qué siempre tienen que presentarse inconvenientes imprevistos?».

Regresó a su puesto a tiempo de ver pasar otra vez a los vigilantes. Se acomodó de nuevo y esperó. Hacia las once observó cómo los vigilantes entraban por turno en los tres museos. La franja luminosa proyectada por la ventana abierta del edificio de

la Administración todavía persistía. Maldijo su mala suerte y sopesó la posibilidad de tener que demorar la operación unas horas más. En esos momentos vio las siluetas de los guardas, que dirigían sus pasos directamente hacia su escondrijo. Juscelino se aplastó contra el suelo y encogió su cuerpo todo lo que pudo. Sintió que sus dedos se crispaban y cómo le dolían las palmas de las manos a causa de la presión contra la grava y las piedras. Su corazón se había paralizado. Escuchó el crujir de las pisadas, cada vez más cercanas, temiendo ser descubierto de un momento a otro. Debía trazar otro plan, pero su cerebro se negaba a funcionar. Cuando la distancia que los separaba era de apenas unos palmos y Juscelino estaba convencido de que los vigilantes podían escuchar su respiración acelerada, éstos dieron media vuelta y reanudaron su ronda.

Se incorporó aliviado. «¡Ha faltado muy poco!».

Capítulo 23

Estambul. 12 de agosto de 2012. 00.15 horas

Hacia las doce y algo la oscuridad se cernió sobre el foco luminoso que preocupaba a Juscelino. Una línea luminosa brilló bajo la puerta delantera y ésta se abrió dando paso a dos figuras. Los vigilantes se aproximaron al edificio. Uno de ellos los acompañó a la salida mientras el otro apagaba la luz y cerraba la puerta.

«¡Menos mal!», suspiró Juscelino. «¡Dos menos!».

Siguió transcurriendo el tiempo. Tenía los músculos cada vez más entumecidos. Consultó nuevamente el reloj. La aguja del minuterero indicaba que pasaban unos minutos de la una. «¡Ya queda poco para entrar en acción!».

De inmediato experimentó como su corazón iniciaba un latido frenético y sus pulsaciones se aceleraban. Su cuerpo se cubrió con un sudor frío, sus manos ardían. Eran los instantes previos a actuar. Siempre le sucedía así. Su tensión encontraba vías de escape, su adrenalina fluía como la corriente incontrolada de un río en un tramo de rápidos. Pasados unos minutos, su organismo retornaba a la normalidad y su mente se hallaba clara y despejada. La sangre fría se apoderaba de su cuerpo y sus delicadas manos, provistas de ágiles dedos, estaban frías como el cristal.

A las dos menos cuarto se hallaba listo para actuar. Palpó la mochila y los objetos guardados en el interior. El roce lo tranquilizó más. Observó con más detenimiento, entre el follaje, a los dos guardianes ya en las proximidades del primer museo. Se enderezó y escudriñó la penumbra, taladrándola con sus ojos verde esmeralda. Escuchó unos golpes en la puerta y, acto seguido, el chasquido del mecanismo de apertura. El vigilante que había tocado con los nudillos desapareció en el interior. Juscelino esperó a que el otro le diera la espalda y se aproximó con el sigilo de un depredador por el trazado libre de alarmas. Al llegar a su altura, se abalanzó sobre él, incrustándole en el rostro un pañuelo bañado en narcótico. El vigilante se desplomó en sus brazos. Sin perder un segundo, lo arrastró hasta un sarcófago de piedra cercano. Le quitó la chaqueta y el pantalón, lo ató y amordazó. Había comenzado a vestirse con las prendas obtenidas, cuando sus finos oídos percibieron el sonido que precedía a la apertura de la puerta. Juscelino dejó los pantalones a un lado, se ajustó la chaqueta y se caló la gorra. Salió al patio dando la espalda al vigilante. Percibió sus pisadas y algunas palabras que le dirigía. En el preciso momento en que lo sintió justo detrás de él, se dio la vuelta y lo silenció como a su compañero. Una buena dosis de desflurano era suficiente para mantenerlo inconsciente durante unas horas. Lo arrastró a su vez tras el sarcófago y lo inmovilizó. Terminó de vestirse, desconectó los móviles, inspiró hondo y cruzó el patio hasta el pórtico del Museo Arqueológico. «Ahora viene la parte decisiva. No puedes fallar», se dijo.

Cerró la mano derecha sobre sí misma y tocó con los nudillos en la superficie de la puerta. Pasaron unos segundos interminables hasta que ésta se entreabrió unos

centímetros dejando escapar un «clic». Agarró el pomo con decisión y empujó la hoja el espacio suficiente para dejarle paso. Penetró con rapidez y se dio la vuelta para cerrar. En una fracción de segundo había situado al vigilante junto al mando de apertura, como era de esperar. La distancia que los separaba era corta, pero no lo suficiente para que el vigilante no advirtiese la suplantación y tuviese tiempo de emitir un grito o dar la alarma. Juscelino asió con la mano derecha un arma, de la que había desposeído a uno de los vigilantes exteriores y giró de improviso encañonándolo al tiempo que lo instaba a levantar los brazos. El vigilante, adormilado por la hora y el tedio del trabajo, no tuvo energía ni capacidad de reacción. Manso como un cordero, obedeció las órdenes de su atacante.

—¡Desconecta la alarma y abre la puerta del almacén! ¡Rápido! ¡A la mínima tontería, eres hombre muerto!

El vigilante levantó los brazos mientras Juscelino se aproximaba apuntándolo con el arma. Cuando desvió unos instantes la mirada para observar la puerta de acceso al almacén, el vigilante, aún sorprendido por la inusitada situación, reaccionó como si hubiera recibido un cubo de agua fría e intentó disimuladamente alargar una mano hacia el botón y dar la alarma. Juscelino, bien informado por Ismet de lo que eso significaba, gritó:

—¡No se te ocurra tocar ese botón! —le dijo, mientras seguía apuntándolo—. Ve al cuadro de la pared y teclea la clave que abre el almacén.

El vigilante hizo lo que le pedía.

—¡Ahora baja! —ordenó Juscelino.

El vigilante inició el descenso, seguido por su atacante. Ambos desembocaron en una amplia sala que parecía no tener fondo, llena de estatuas, cerámicas, vitrinas y cajas. Juscelino levantó la pistola y le propinó un golpe seco. Lo ató y, una vez amordazado, lo empujó hacia un rincón. Anuló su teléfono antes de recorrer a buen paso el sótano. Sorteó esculturas y diversos objetos hasta dar con la mesa que contenía el mapa. Cortó limpiamente el cristal con un diamante engarzado en un anillo que siempre llevaba consigo, y se apoderó de la tela. La enrolló cuidadosamente antes de introducirla en su mochila y retroceder. Corrió hasta las escaleras. Ascendió los peldaños de dos en dos, cruzó el vestíbulo y salió al patio. Caminó decidido hacia la salida y se apresuró a alejarse del Museo.

Juscelino voló hacia Alemdar Caddesi. Intentaba vislumbrar el coche de alquiler con Ismet al volante.

«¡Ahí está!». El descubrimiento le confirió nuevos bríos y se plantó en pocas zancadas ante el vehículo. Abrió la portezuela y entró como una exhalación.

—¡Arranca! —gritó.

—¿Fue todo bien? —preguntó Ismet—. ¿Le persiguen?

—¡Perfectamente! No, no me persiguen. Pero ¡arranca de una vez! Ahora debemos alejarnos lo más rápido posible y alcanzar la parte asiática.

—¡De acuerdo! —contestó Ismet mientras giraba la llave de contacto.

El coche corrió por la avenida hasta alcanzar Ragip Gümüşpala Caddesi y continuó por Galata Koprüsü. Juscelino consultó el reloj. Marcaba las 03.05 de la madrugada.

—¿Qué hará el vigilante del Pabellón de los Azulejos si pasa el tiempo y no entra nadie? ¿Dará la alarma? ¿Cuánto tiempo esperará? —preguntó impaciente, mirando a Ismet.

—Los intervalos no son exactos —respondió éste—. Uno puede demorarse en cada edificio diez, quince, veinte minutos... No hay una norma específica. También puede pensar que su compañero ha subido a la primera planta. Eso nos da el margen de las tres y cinco o diez.

—¡Son las tres y cinco! ¿Qué ocurrirá ahora?

—Probablemente llamará a sus compañeros.

—Sólo le contestarán dos. Ya me he ocupado de anular los otros móviles.

Ismet se internó por Kemeralti Caddesi y prosiguió por Meclisi Mebusan Caddesi. A continuación, pasó a todo gas por Dolmabahçe Caddesi.

—¿Cómo actuará a continuación? ¿Saldrá al exterior?

—No, no saldrá. No puede abandonar su puesto. Llamará al director o subdirector del Museo. Ellos solicitarán más personal de seguridad o tal vez llamen a la Policía. Luego se dirigirán al Museo para averiguar qué sucede.

Ismet llegó a Besiktas Caddesi y giró a la izquierda en el bulevar Barbaros.

—Según eso podemos contar con una hora o algo más hasta que descubran a los vigilantes atados y el robo del mapa. Para entonces podemos poner de por medio una buena distancia. ¿Falta mucho para llegar al puente?

—No, señor Gomes. Acabamos de incorporarnos a la O-1. Pronto cruzaremos Bogazigi Koprüsü.

Juscelino abrió la ventanilla y observó con expectación. Al poco, advirtió la estructura del puente y el Bósforo a sus pies.

—¡Vamos bien, Ismet! ¡Sigue así! Voy a consultar el plano para no desviarnos de la ruta el resto del camino.

Ismet conducía por Istanbul Çevre Yolu, transitada ya por decenas de vehículos. Juscelino sacó el ordenador portátil y localizó en el plano su situación. Después, fue desplazándose con las flechas hacia el este hasta que Ankara entró en su radio de visión. Minimizó la imagen con el plano de carreteras y consultó la distancia.

—Ankara se encuentra a unos 450 km. En unas cuatro horas, o cinco si hay algún atasco, podemos plantarnos allí. ¡La hora perfecta! —exclamó—. Ahora hay que estar atentos. Al llegar al desvío de Çamlinca, tomas por ahí. Luego sigues por la E-80 hasta unirme a la O-4.

—Bien, señor Gomes.

A la altura de Düzce, Juscelino propuso hacer una pequeña pausa, que fue bien acogida por Ismet. Pararon en un área de servicio y tomaron un ligero pisco-labis rematado con un café fuerte. Juscelino aprovechó para enviar un mensaje a don

Fabio: «OK. En ruta. Hablamos después».

—Puedes echarte en el asiento trasero y descansar un poco —propuso Juscelino al regresar al vehículo—. Yo continuaré hacia la capital. Sólo debo seguir la carretera y tomar la salida de Ankara.

—Gracias, señor Gomes. ¿Es Ankara nuestro destino?

—No, iremos un poco más allá. Un poco más allá. Tenemos que aguardar la llegada de nuestro hombre y regresarás con él a Estambul. Mañana podrás estar en casa y con una buena pasta en el bolsillo.

—Eso es cuanto deseo —dijo Ismet; se acomodó lo mejor posible en los asientos y cerró los ojos. Su cuerpo fatigado se entregó al sueño, acunado por el ronroneo del coche, que Juscelino había puesto en marcha.

La tenue luz del amanecer iba sustituyendo las tinieblas de la noche, emanada por un sol que pugnaba por asomar en el horizonte teñido de mil colores. Juscelino avanzó hacia el astro luminoso cada vez más confiado y seguro de que todo había salido bien.

Capítulo 24

Ankara. 12 de agosto de 2012

El Audi A plateado, conducido por Juscelino, entró en las calles de Ankara pasadas las ocho y media de la mañana. El vehículo se detuvo en unos aparcamientos y Juscelino consultó en el mapa la localización de la agencia de alquiler. Ismet despertó a consecuencia de la detención del motor.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

—Ya estamos en Ankara —respondió Juscelino—. Estoy orientándome para buscar la dirección de la agencia.

—¿Qué agencia?

—Una agencia de alquiler de coches. Dejaremos éste aquí y tomaremos otro. Es más seguro así. Debes recordar exactamente dónde se encuentra y recogerlo al regreso y hacer el cambio. ¿Está claro?

—Sí. Lo recordaré.

—Bien. En ese caso vamos a tomar por esa calle. Hay unos aparcamientos que quedan cerca de la agencia. Lo dejaré allí. Alquilarémos otro, tomaremos un desayuno y proseguiremos el viaje. Ya falta menos.

Juscelino aparcó en las proximidades de Altinpark. Descendieron del vehículo, y se encaminaron hacia Mevlana Caddesi. Como todo estaba ya tramitado desde Estambul, no tardaron mucho tiempo. En pocos minutos y tras firmar unos documentos, Juscelino se vio en posesión de las llaves. El empleado de la agencia le indicó el número de la plaza de aparcamiento que ocupaba el vehículo alquilado y se despidió deseándoles un feliz viaje.

—Primero vamos a comer algo —propuso Juscelino, guardándose las llaves en el bolsillo.

Cruzaron la calle y entraron en el primer bar que encontraron. No había mucho para elegir, pero comieron con gusto un plato de olivas negras con queso fresco, tomates, huevos y rebanadas de pan crujiente con miel, todo acompañado de abundante té.

—¡Vamos! —exclamó Juscelino una vez saciado con los alimentos del desayuno—. Es hora de ponerse en camino.

Los dos hombres se levantaron y abandonaron el establecimiento. Montaron en el nuevo coche y, tras conducirlo hasta donde se encontraba el primero, trasladaron el equipaje. Ismet se sentó al volante y Juscelino consultó el mapa y le indicó la ruta a seguir.

—Nos dirigiremos hacia la E-88 en dirección a Kinkkale —comentó.

—Así será —respondió Ismet.

Juscelino se concentró en el navegador portátil mientras Ismet conducía hacia Sakiz Agaci. «¿Qué estarán haciendo Nurhan y los niños? ¿Qué pensarán?

¿Descubrirán mi mentira? Y si es así, ¿lo comprenderán o me despreciarán por colaborar en un robo?».

Ismet se recriminaba y al momento justificaba sus actos; volvía a culpabilizarse y a considerarse una marioneta del destino, ante lo que no podía hacer nada. Alguien movía los hilos por él. ¿Podía haberse rebelado contra ese destino que lo ponía en peligro a él, a Nurhan y a sus hijos?

Capítulo 25

Madrid. 12 de agosto de 2012

Un avión perteneciente a la compañía Turkish Airlines despegó con puntualidad del aeropuerto de Barajas a las nueve y cuarto de la mañana. Charly viajaba en un asiento de las primeras filas, parapetado tras un periódico y leyendo con dificultad a través de sus enormes gafas de sol. Tenía por delante unas cinco horas de vuelo, pero eso ya no representaba mucho tras la larga travesía de Río a Madrid.

Después del despegue echó una ligera cabezadita sin quitarse las gafas y luego se hizo el dormido con el fin de evitar trabar conversación con el compañero de asiento, que parecía tener ganas de charla.

Cuando el avión comenzó a sobrevolar Turquía, Charly se asomó a la ventanilla para gozar de la panorámica. Miles de metros más abajo, la elevada meseta de Anatolia se extendía rodeada de cadenas montañosas y surcada por fértiles valles. Conforme se realizaba el descenso, apreció una vasta extensión de parcelas cultivadas en tonos verdes y ocres, dispuestas a modo de un gigantesco tablero de ajedrez. Unos minutos después, el avión aterrizó y Charly, calándose una gorra, descendió por la escalerilla, empujado por otros viajeros.

«¡Dónde me encuentro! ¡Da la impresión como si hubiese venido a parar a la nada!».

Caminó con su equipaje de mano en dirección a una construcción alargada de una sola planta, que parecía ser el edificio del aeropuerto. A excepción de aquel edificio y del avión en el que acababa de llegar, no advertía signo de civilización alguna en muchos kilómetros a la redonda. Todo cuanto abarcaba con la vista era una llanura polvorienta, desierta y silenciosa, que emanaba un bochorno abrasador bajo el sol de mediodía.

A lo largo de la fachada del edificio, sus compañeros de vuelo guardaban cola lamentándose del calor y las incomodidades. Charly se agregó a la cola, que se movía con la lentitud de una tortuga. La gente tenía hambre, sed, calor y cansancio. Todos se quejaban de la larga espera en el exterior. Alguien detrás de él comentó que estaban pisando lugares históricos, antiquísimos; lugares por donde habían pasado los hititas, los griegos, los romanos y no sé cuántos pueblos más, pero ni siquiera su familia le hacía caso. Cuando el avión en el que había viajado, el único que reposaba en las pistas, remontó el vuelo y se perdió en la distancia, Charly se sintió desolado en aquellas inmensidades.

Tras casi una hora de penurias, le llegó el turno de acceder a las minúsculas instalaciones interiores. Recogió su maleta, pagó el visado, presentó el pasaporte sin problemas y salió por la puerta trasera, donde estaban aparcados varios autobuses. Uno de los guías, consultó una lista y le indicó cuál era el suyo. Charly subió de inmediato. Agradeció el aire acondicionado, que funcionaba al máximo.

Poco después, el vehículo se puso en marcha. El guía comenzó con las presentaciones y nociones generales del circuito y pasó enseguida a comentar la geografía e historia del paisaje que se desplegaba a ambos lados de la carretera.

—En primer lugar nos dirigiremos a comer a un local que se encuentra a pocos kilómetros de aquí. Sólo ofrecen gözleme, una especie de kebab de carne o verduras, pero es muy sabroso. Luego, antes de instalarnos en el hotel, continuaremos para aprovechar la tarde visitando la Fortaleza de Ughisar y los valles de Avcilar y Güvercinlik.

«¡Bueno, por lo menos tendré la oportunidad de ver algo de estas tierras!», pensó Charly. «Sólo espero que sea algo mejor que lo visto hasta ahora. En caso contrario, ¡maldita la gracia! No sé cómo aguanta toda esta gente. ¡Qué necesidad de pasar calor y agobios perdidos en estas llanuras recónditas!».

Horas después, sentado en la habitación del hotel, se arrepentía de sus palabras y de sus quejas infundadas. Rememoró la vista de la fortaleza de Ughisar, el valle de los Cazadores, las llamadas chimeneas de las hadas que se veían en los valles de Avcilar, y el maravilloso paisaje lunar del valle de los Palomares o Güvercinlik. Todo un salvaje relieve volcánico, donde los materiales blandos como la toba y duros como el basalto se contraponían, ofreciendo diferente resistencia a la erosión de la lluvia y el viento, de manera que conformaban como resultado un espectacular museo al aire libre.

Capítulo 26

Nevsehir. 12 de agosto de 2012

«Hacibektas». Así rezaba el rótulo que un Volkswagen Jetta, pilotado ahora por Juscelino, había dejado atrás. Este, tras haber memorizado fácilmente todos los indicadores, sabía que iban por buen camino. También sabía que pronto distinguiría el desvío del aeropuerto. Pensó de inmediato en Charly y si su vuelo habría aterrizado ya.

«Es de esperar que su viaje haya transcurrido sin novedad. De todas formas, dentro de poco lo sabré. Por el momento, lo más sensato es dirigirse al pueblo y comer y descansar. Según el itinerario del viaje, Charly no llegará al hotel hasta la tarde».

Durante el trayecto conectó varias emisoras de radio con tal de informarse de si decían algo acerca del robo, así como de posibles pistas y sospechosos, pero no escuchó nada referente a su interés.

Juscelino aparcó a la entrada de la localidad y caminó, acompañado de Ismet, por las calles para desentumecer los músculos. Pasaron ante un restaurante de comida tradicional turca atestado de turistas y Juscelino hizo una indicación a Ismet de que se detuviera.

—Almorzaremos aquí —comentó, acomodándose junto a una mesa en la terraza.

—Yo no comeré ahora —intervino Ismet—. Esperaré a la noche.

—¿No tienes hambre?

—No es por eso. Es por el Ramadán.

—¡Ah, claro, el Ramadán! —exclamó Juscelino—. En ese caso haz como quieras. Hay que respetar las creencias. Yo por mi parte sí tomaré algo y tú tendrás que esperarme. Además, ya te he dicho que vamos adelantados de tiempo.

—No hay problema —añadió Ismet.

Uno de los camareros se acercó a ellos y les explicó que tendrían que esperar un rato, dada la afluencia de clientes. Juscelino se mostró dispuesto a aguardar. No tenía prisa. Más bien necesitaba hacer tiempo.

—¿Dónde se encuentra el hotel? —preguntó Ismet.

—Cerca, en Ürgüp, pero nuestro hombre no ha llegado todavía. Debemos esperar unas horas. Por ahora lo que haremos es comer tranquilamente.

—¿Cuándo me pagará las liras que me prometió?

—Te las daré en Ürgüp. ¿No pretenderás que te pague aquí en mitad de la calle? Hay que ser más discretos.

—Lo siento, señor Gomes. Sólo que me preguntaba...

—Ahora no te preguntes nada. Ocúpate de descansar. Tienes que estar preparado para la noche. Regresarás de nuevo a Estambul con otro acompañante.

—¿Qué tendré que hacer con él? ¿Llevaremos el objeto? ¿Cometerá otro robo? —

Ismet pronunció esta última palabra en voz muy baja.

—¡Cállate, insensato! No hables así. No portaréis ese objeto al que te refieres, ni os apropiareis de ningún otro. Únicamente viajarás con él hasta Estambul. Una vez allí, te dejará cerca de tu casa y tu papel habrá terminado. ¿Entendido?

—Sí, entendido. Por el camino recogeremos el otro coche, ¿no?

—¡Naturalmente! Le indicará dónde se encuentra, él entregará éste y continuaréis el viaje con el otro. Ya lo devolverá él en Estambul. ¿Está claro?

Ismet asintió.

—Bien, ahora, mientras esperamos que nos atiendan, entra a ver si hay televisión o te puedes enterar de si dicen algo de lo que tú ya sabes.

—De acuerdo, señor Gomes —dijo Ismet, y se levantó y entró en el local.

Juscelino pidió una cerveza Efes bien fría mientras reflexionaba. Dentro de poco se despediría de Ismet, que le había prestado un buen servicio, y se incorporaría a un *tour* por la Capadocia. El siguiente paso era desembarazarse del objeto sustraído y remitirlo a su punto de destino. Mientras lo tuviera en su poder, representaba un peligro pero ¿quién iba a sospechar de un turista que forma parte de un programa de viaje posterior a la comisión del delito?

Ismet regresó sin noticias. No se había mencionado nada del asunto.

—¡Pero tienen que haberlo descubierto ya! —exclamó Juscelino—. ¿Por qué callarán?

Ismet no aportó sugerencias y el camarero apareció a hacerse cargo del pedido. Bastante tiempo después regresó cargado con una bandeja que fue vaciando sobre la mesa.

—¿Te importa verme comer? —preguntó Juscelino—. Puedes ir adentro si quieres y ver la televisión.

—Estoy acostumbrado —dijo Ismet—. Ya sabe que muchos días trabajo en un restaurante.

—Es cierto. Tiene que resultar duro, ¿no?

—Uno se acostumbra a todo —contestó lacónicamente su acompañante—. Iré un momento al lavabo y traeré un periódico. Creo que he visto alguno sobre el mostrador.

—Está bien —añadió Juscelino.

Ismet entró por segunda vez en el restaurante en tanto que Juscelino iba degustando pedacitos de los variados platos y bandejas que tenía ante sí. «La cosa parece estar saliendo bien. Veremos a ver lo que cuenta Charly esta noche. Después, una vez que se haya ido, llamaré a don Fabio y le daré el nuevo parte. De paso llamaré también a María. Lo único que me sorprende es la ausencia de noticias. Quizás quieran mantener el secreto unas horas más y tratar de averiguar algo. En fin, seguro que por la noche o mañana dicen algo. No creo que deba inquietarme por eso».

Ismet se acomodó nuevamente junto a la mesa y desplegó un periódico. Trató de

distraerse un poco, pero no podía. La imagen de Nurhan y los niños acudía una y otra vez a su memoria. «¿Qué estarán haciendo? Tengo unas ganas inmensas de hallarme de vuelta en casa e ir disfrutando poco a poco el dinero que he ganado. Pienso que lo peor ya ha pasado. Ahora sólo me resta terminar este viaje y regresar a Estambul. Si viajamos toda la noche, mañana por la mañana podré abrazar a mi familia y olvidarme de toda esta historia».

Capítulo 27

Ürgüp. 12 de agosto de 2012

Juscelino e Ismet esperaban dentro del vehículo, aparcado frente a la entrada del hotel, la llegada de las guaguas con los excursionistas. A eso de las 19.00 horas, hizo acto de aparición la primera, seguida a los pocos minutos de otras dos. Juscelino vio a Charly descender de la segunda.

—Aguardaremos un rato para darle tiempo a estar en la habitación y luego entraremos.

En torno a las siete y veinte, ambos salieron del coche con el equipaje de Juscelino y cruzaron el *hall* del hotel. Ismet averiguó el número de la habitación del visitante en tanto que Juscelino se situaba junto a los ascensores. Se veía movimiento de viajeros y maletas, lo que les sirvió para pasar desapercibidos.

—La 226 —dijo Ismet.

—Bien, ¡subamos!

Ascendieron a la segunda planta y recorrieron el pasillo hasta dar con la habitación indicada. Juscelino golpeó con los nudillos en la puerta una serie de tonos suaves seguidos de dos más fuertes. No percibió sonidos procedentes del interior, pero en pocos segundos la puerta se abrió y la silueta de Charly se recortó en el umbral.

—¡Pasen! —invitó, haciéndose a un lado y, cuando los tres estuvieron dentro, se apresuró a cerrar la puerta.

Ismet contempló a Charly con sorpresa; luego se giró a mirar a su compañero de viaje.

—Te presento a mi hermano, Ismet. No dirás que no nos parecemos.

—¿De verdad es su hermano? —preguntó el aludido.

—No, es una broma. Pero el parecido es evidente, ¿no?

Ismet se hallaba ante dos hombres de una edad similar, más o menos de la misma altura y constitución, cabellos castaños peinados igual y piel bronceada. A primera vista, parecían dos figuras cortadas por el mismo patrón. Sin embargo, al observar con más detenimiento surgían las diferencias. Juscelino poseía unos ojos verdes de mirada sagaz y penetrante mientras que los ojos de su oponente eran de un tono avellana más común y su mirada más cálida. Juscelino era más delgado, su rostro más fino y sus manos mucho más alargadas y flexibles. Existían muchos detalles que los diferenciaban; no obstante, la impresión que quedaba a simple vista y sin haber mantenido mucho contacto era que podían pasar por la misma persona.

Mientras Ismet los observaba, ellos utilizaron el portugués para ponerse al corriente de todo y transmitirse recíprocamente información. Al finalizar la conversación, Juscelino se dirigió a Ismet en turco:

—Bien, Ismet, aquí tienes tu dinero y a tu pasajero. Tanto él como tú sabéis lo

que tenéis que hacer. Será mejor aprovechar el primer turno de la cena para salir, ya que habrá más jaleo y la gente no se fijará. ¿Tienes alguna duda antes de irte?

—No, señor Gomes. Lo único que debo hacer es regresar a Estambul.

—Exactamente. Eso y olvidarte de mí, de Charly y de lo ocurrido estos días. Debe quedar borrado de tu memoria para siempre. ¿Entendido?

—Sí —respondió Ismet, en gran parte aliviado de la carga que había soportado estos días y deseoso de regresar a la vida normal, además con dinero. No obstante, experimentó una sensación de nostalgia al despedirse del que había sido su jefe durante este tiempo y con el que había atravesado media Anatolia.

Ismet tendió la mano a Juscelino y éste le respondió con un ligero apretón. Charly recogió su pequeño maletín, propinó a Juscelino una palmada en la espalda al tiempo que le deseaba suerte. A continuación, abandonó la habitación seguido por Ismet.

Juscelino se quitó los zapatos y, pisando descalzo por la suave moqueta, se aproximó a la ventana. La habitación daba a la zona de la piscina y terraza, pero más allá se distinguía la calle y el Volkswagen Jetta aparcado junto a una tienda. Observó a dos figuras dirigirse hacia allí y poner el vehículo en marcha. En unos segundos, el coche con sus dos pasajeros desapareció de su vista.

«¡Ya se fueron! Ahora me resta representar mi pequeño papel. Llamaré a don Fabio, a mi mujer, y recapitularé las observaciones de Charly sobre el *tour* y los pasajeros, pero antes cenaré».

Juscelino se prodigó una buena ducha de bastantes minutos para combatir el calor y el estrés acumulados. Se vistió con una ropa fresca e informal y bajó al comedor.

Charly había evitado entablar conversación con los compañeros de viaje. No había podido impedir, sin embargo, los comentarios que le hizo una mujer acerca del calor y la espectacularidad del paisaje. Se trataba de una mujer de unos cincuenta y tantos años, que viajaba en compañía de su marido. Morena, estatura media, algo regordeta, pelo corto y procedente de Ávila o Segovia.

«Si la veo, la saludaré», pensó Juscelino para sus adentros. «Debo interpretar bien mi papel. Por lo demás, tengo campo libre. Hablaré con los pasajeros que quiera, lo mínimo imprescindible para no levantar sospechas, conversaciones intrascendentes con gente intrascendente. Por suerte el *tour* sólo es durante el circuito en Capadocia. En Estambul cada uno va por su cuenta y está en diferentes hoteles».

Accedió a las salas destinadas al comedor. No divisó a la interlocutora de Charly ni nadie se dirigió a él. Se sirvió generosamente del bufé y se sentó junto a un grupo bullicioso, donde sólo necesitó saludar, ya que la conversación fluía sola. Saciado el apetito, se retiró a su habitación, donde se sintió de nuevo él mismo. Abrió el mueble bar, alojado bajo el televisor, y se preparó un *whisky* a su gusto. Acto seguido, sacó el teléfono móvil y marcó el número de don Fabio.

—Don Fabio —comenzó Juscelino.

—¡Muchacho, cuenta, cuenta! ¿Cómo va todo?

—Todo bien, don Fabio. La transacción ha sido un éxito. Le hablo desde el hotel

de Ürgüp. Charly y su acompañante han partido hacia Estambul. De momento, he pasado desapercibido con el grupo.

—¡Eso es magnífico, Jus! Sigue así y mantenme informado. Mañana es un día crucial. Esperaré impaciente tu llamada.

—Le telefonaré en cuanto sepa algo —añadió Juscelino.

—Espero tu llamada. ¡Mucha suerte!

—Gracias, don Fabio.

Juscelino oprimió el botón de fin de llamada, bebió un buen trago de *whisky* y buscó en la agenda el teléfono de su mujer. La conversación que mantuvo con ella fue más larga y más exacerbada. ¿Cuándo regresaba? ¿Dónde estaba? ¿Se había cansado de ella? Había poco saldo en la tarjeta de crédito.

Juscelino le informó de que en una semana poco más o menos estaría de regreso. La tranquilizó diciéndole que se encontraba bien y los negocios llevaban buena marcha. Antes de despedirse, insistió en que administrase mejor el dinero esos días y le prometió que le llevaría regalos.

—¿Qué clase de regalos?

—Es una sorpresa. Si te lo digo, dejará de serlo.

María se había conformado.

«Así me dejará tranquilo esta semana». Juscelino se felicitó por su ocurrencia. «Cuando lleguemos a Estambul, le compraré algunas cosas en los bazares y quedará muy contenta».

Capítulo 28

Ürgüp. 12-13 de agosto de 2012

Cuando Juscelino se echó en la cama, le brotó de pronto todo el cansancio que arrastraba. Cerró los párpados y se sintió terriblemente agotado. «Por suerte, Charly no me apuntó a la excursión opcional en globo, que parte a las cuatro de la madrugada. Hubiera sido incapaz de levantarme a esa hora. ¡Bastante tengo que madrugar para seguir el circuito como para tomar parte en otras actividades! El caso es que si no estuviese en estas circunstancias, sería interesante sobrevolar estas tierras y contemplar lugares que son sólo accesibles por aire, pero ahora no es el momento. Necesito descanso y el menor contacto con los compañeros».

Durmió plácidamente, ajeno a todo lo que lo rodeaba. Ni siquiera escuchó los ruidos producidos por los viajeros que madrugaron para el vuelo en globo, ni la llamada de los despertadores, ni sus pasos por el pasillo, ni el movimiento de los ascensores.

Pasaban unos minutos de las cinco de la mañana cuando Juscelino abrió los ojos debido a la intensa claridad que entraba por los ventanales. Consultó la hora y exclamó:

—¡Pero si no son más que las cinco! ¡Qué temprano amanece aquí!

Se levantó y se asomó a la ventana. El sol ascendía diáfano en el horizonte, bañando toda la tierra a sus pies de una luz dorada. En el extremo derecho, por encima de los valles, Juscelino contempló unos globos multicolores que surcaban el cielo. Permaneció un rato con la mirada fija en esa vista extraordinaria y luego cerró bien las cortinas antes de regresar a la cama. «Todavía puedo dormir un par de horas más» —se dijo—.

A las siete y media, los estridentes pitidos del despertador alteraron por segunda vez en aquella noche el descanso de Juscelino. Se incorporó algo sobresaltado y sin saber con exactitud dónde se encontraba hasta que, transcurridos unos minutos, fue tomando consciencia de la realidad.

Después de asearse se vistió con unos pantalones cortos de lino color caqui, un polo a rayas y unas sandalias. Preparó sobre la mesa una gorra, unas gafas de sol, una cámara fotográfica y bajó al comedor.

Aunque aún era pronto, en el comedor reinaba una gran animación. Los excursionistas de los globos habían regresado ya y paladeaban el surtido desayuno hablando sin cesar de cómo lo habían pasado y las sensaciones que les había provocado la experiencia vivida. Muchos de los que no habían tomado parte en ella habían madrugado también y escuchaban los comentarios de los otros, mientras iban de acá para allá por los mostradores, sirviéndose de una cosa u otra según su gusto.

Juscelino hizo un recorrido de inspección por los alimentos que se ofrecían y luego llenó dos platos con un poco de casi todo. Los depositó en una mesa alejada del

resto y volvió a servirse café y yogur.

De la mesa trasera le llegaba un murmullo elevado de sonidos, pero no alcanzaba a escuchar las palabras claramente. Sin embargo, de la mesa contigua podía seguir prácticamente toda la conversación. Dos parejas jóvenes, vestidas todavía con ropa abrigada, charlaban alegremente sobre el viaje en globo hasta que un joven enfundado en un chaquetón impermeable pasó a mencionar algo del robo en el Museo. Juscelino prestó atención. No pudo comprender toda la conversación, pero sí lo suficiente como para deducir que ya se había hecho público el suceso. Se apresuró con lo que le restaba de desayuno, subió a la habitación y conectó el televisor. En un canal de noticias informaron brevemente de la sustracción del mapa. No se revelaba si la Policía disponía de pistas o sospechosos.

«Tarde o temprano tendría que saberse. ¿Pero quién va a sospechar de mí formando parte de este grupo? Hoy me desharé del objeto y asunto concluido».

Cogió la gorra, las gafas de sol, la máquina de fotos, su mochila y descendió al *hall* a reunirse con sus compañeros de viaje. Las guaguas estaban aparcadas junto a la puerta y los guías procedían a pasar lista de sus grupos respectivos. Charly le había dicho que su guía se llamaba Murat y mostraba un gran parecido con el cantante de Fito y los Fitipaldis. Juscelino lo reconoció enseguida, tocado con una gorra y unas gafas de sol. Sin pensárselo dos veces, se sumó al grupo distribuido en torno a él.

—Ya estamos todos —comentó Murat—, vamos subiendo al autobús. El nuestro es el número 2.

Juscelino dejó subir a los pasajeros, que se iban acomodando por parejas, y se dirigió a la parte de atrás, donde pensaba sentarse solo. La mujer morena, regordeta, de Ávila o Segovia, lo saludó al pasar. Juscelino correspondió al saludo.

Estaba acomodándose en un asiento de las últimas filas cuando se le acercó otra mujer también morena, pero algo más delgada y más joven.

—No le importará, Juan, que me siente a su lado —comentó.

Juscelino la miró con extrañeza.

—Soy Mercedes, la hermana de Loly —dijo ésta señalando a la mujer morena—. Vine con mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos. Ellos me invitaron a este viaje. ¿Recuerda que nos conocimos ayer?

—¡Por favor, señora, siéntese! —exclamó Juscelino con una amplia sonrisa, que distaba mucho de ser sincera.

Mercedes permanecía en pie junto al asiento y Juscelino le hizo gestos para que se sentara.

—Perdone —se disculpó Mercedes—, es que no le había entendido. ¿Es usted gallego? ¿Verdad? Y con su acento, pues...

—Sí —respondió Juscelino—. Soy de un pequeño pueblo, próximo a Portugal con un acento muy cerrado. Ya me disculpará usted.

—Por supuesto —replicó Mercedes entendiendo las excusas a medias.

La guagua se puso en marcha y Murat comenzó a informar a los pasajeros del

programa del día. Juscelino se recostó en el asiento y cerró los ojos, porque no entendía mucho y tampoco quería mantener una conversación con Mercedes. Él conocía el programa del día; lo había leído en Brasil y estaba informado de todo. Hoy visitarían el valle de Göreme y muchas de sus iglesias rupestres, perforadas en monolitos volcánicos. Las citadas iglesias ofrecían una preciosa decoración de frescos con un aceptable nivel de conservación. Después, antes del almuerzo, visitarían un taller de alfombras.

Cuando la guagua se detuvo en el valle, Juscelino tomó una botella de agua fresca de la nevera instalada a un lado de la puerta central para ofrecer bebidas frescas a los pasajeros, y se apeó con el resto de ellos. Procuró situarse lo más alejado posible de Mercedes, Loly y su familia. Se limitaría a disfrutar de esas iglesias de hace más de diez siglos, aunque su mente estaba en otra parte y sus pulsaciones comenzaban a acelerarse. Contempló con envidia los rostros de sus compañeros sudorosos pero despreocupados. Bebió unos cuantos sorbos de agua mientras aguardaba bajo un sol implacable las explicaciones del guía. Muchos otros también echaban mano de botellas de agua, se abanicaban o se limpiaban el sudor con pañuelos. Todo el valle refulgía al sol y reflectaba un calor insoportable y asfixiante. El interior de las iglesias, por el contrario, era una delicia y las pinturas conservaban aún los colores vivos al cabo de tantos siglos. El guía hablaba sin parar señalando aquí o allá. Juscelino miraba en esa dirección como todo el mundo. No entendía mucho, ni recordaba cada historia en particular, sólo admiraba los frescos, las construcciones y pensaba. Pensaba en que pronto tendría que entrar de nuevo en acción.

Finalizada la visita, todos los miembros de la expedición subieron a la guagua. Juscelino sabía que la próxima parada, antes de la comida, era un taller de alfombras. Empezó a sudar copiosamente y sus manos se crisparon en el asiento. Mercedes advirtió el malestar de su acompañante y le preguntó:

—¿Se siente mal, Juan?

—Es el calor —mintió Juscelino a medias—. Estoy un poco sofocado y la falta de sueño...

Mercedes entendió algo del calor y del sueño y dio por buena la explicación. Luego se enzarzó en un monólogo que versaba sobre las condiciones climatológicas, lo poco que se dormía en estos viajes, todo lo que, sin embargo, se veía, el cansancio que se acumulaba...

El corazón de Juscelino bombeaba a mil por hora, el sudor le caía a chorros por la frente y le humedecía las manos. Percibía las palabras de Mercedes como el eco de un ronroneo. Pasaron unos minutos de desasosiego y Juscelino se tranquilizó. Su corazón recuperó el ritmo normal, el sudor disminuyó, su respiración se acompasó y las palabras de Mercedes le llegaron más claras. Juscelino se enderezó en su asiento. «¡Ya ha pasado!». Su ansiedad, su tensión habían encontrado una vía de escape. Ahora volvía a recuperar su dominio de sí mismo y su sangre fría.

La guagua se detuvo ante el taller. Juscelino era consciente de lo decisivo del

momento, pero descendió pausadamente, sabiendo que nada iba a traicionarlo. Su mente, sus sentidos, toda su persona tenían muy claro cómo actuar, lo que se esperaba de él en ese lugar, lo que tenía que hacer.

El grupo penetró en el vasto edificio y desfiló en primer lugar por una sala donde unas tejedoras confeccionaban alfombras con diferentes materias primas. El encargado de la fábrica procedió a recitar un discurso sobre la confección de las alfombras de lana, algodón, seda, así como sobre los tintes empleados, los tipos de nudos y todo lo concerniente al tema. Insistió mucho en la elaboración artesanal con todo lo que ello representaba.

A continuación pasaron a otra sala donde se obtenían los hilos de seda a partir de los capullos formados por los gusanos. Se mostraron los hilos recién obtenidos, duros y ásperos, contra todo pronóstico, y los hilos tratados con ciertos productos, suaves y delicados como la seda que conocemos.

Por último, el grupo desembocó en una amplia sala con asientos adosados a las paredes, de las que pendían multicolores alfombras. Los empleados pasaron con bandejas ofreciendo té de manzana frío y vino blanco. El encargado prosiguió exhibiendo la calidad de las alfombras turcas en tanto que otros trabajadores procedían a desplegar decenas de alfombras sobre el suelo. La gente prorrumpía en exclamaciones de admiración y algunos de los presentes manifestaron su interés e intención de comprar alguna. Juscelino era todo oídos. Al mismo tiempo, lanzaba miradas disimuladas a los trabajadores hasta que localizó a su hombre. Se trataba de un hombre mayor, moreno, de pelo negro con ondulados bucles, ojos oscuros, pómulos salientes, labios finos, infinitud de arrugas causadas por el paso del tiempo y unas manos encallecidas por el trabajo.

Terminó la exposición y algunos viajeros se levantaron con el fin de conocer más detalles de algunas alfombras. Inmediatamente fueron conducidos a salas anexas, donde les mostraron las alfombras de su interés acompañadas de otras parecidas.

Juscelino no perdió de vista a su hombre y aprovechando la confusión se dirigió a él:

—Galip —susurró Juscelino—. Vengo de parte de don Fabio.

El aludido pegó un respingo y se sobresaltó al escuchar los nombres.

—Todavía no me ha olvidado. Al cabo de los años y sigue ahí. ¿Qué quiere esta vez de mí? Ya soy una persona mayor, poco puedo hacer. Ya casi no me quedan fuerzas. Sólo deseo llevar una vida tranquila con mi familia. Ya no soy el joven imprudente que fui. Ya estoy a punto de jubilarme. ¿Qué quiere de mí?

—Se trata de un último favor —respondió Juscelino—. No requiere ningún esfuerzo y usted recibirá a cambio un dinerito extra, que le vendrá muy bien.

—¿De qué se trata? —preguntó Galip.

—Simplemente tiene que introducir un objeto en una de las alfombras adquiridas.

—¡Un objeto! ¿Don Fabio se ha vuelto loco? Se descubrirá de inmediato en la aduana. Se harán investigaciones en el taller. Me atraparán enseguida. ¡No lo puedo

hacer!

—El objeto no se detectará. Se trata de una tela. Un delgado rollo de tela.

Galip titubeó:

—¿Un pequeño rollo de tela?

—Eso es lo que he dicho —dijo Juscelino—. No se detectará. ¿Lo hará?

—No me queda otro remedio —respondió Galip lamentándose—. Pero dígame a don Fabio que se olvide de mí y no venga con nuevas peticiones, yo ya me retiro de *todo*.

—Descuide, que le transmitiré su petición, pero respecto a este asunto...

—¡Deme lo que sea y veré lo que puedo hacer! —exclamó Galip.

Juscelino le tendió el rollo de gamuza y agregó:

—Esta noche lo llamaré para conocer la dirección del envío. ¿Cuánto tardará?

—Un mes y medio, dos meses aproximadamente —dijo Galip tomando la tela enrollada y ocultándola inmediatamente bajo los pliegues de su túnica—. Éste es mi número.

Galip anotó unos dígitos en un trozo de papel arrancado de una libreta y se lo entregó a Juscelino.

—Nuestra confianza está puesta en usted. ¡No nos defraude! —manifestó Juscelino.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Esta noche tendrá noticias mías —agregó Galip.

—Estaré impaciente por conocer sus noticias y si no son satisfactorias, regresaré —recalcó Juscelino.

—Lo serán —manifestó Galip, y desapareció tras la puerta con un sobre con dinero que, a modo de adelanto, le había entregado Juscelino.

Se reintegró al grupo que iba abandonando las instalaciones. El guía informó de que harían una parada a comer antes de proceder a visitar la ciudad subterránea de Özkonak.

Juscelino, aliviado de su carga, disfrutó más de ambas cosas que durante la mañana. Le faltaba confirmar con Galip que el objeto había sido convenientemente embutido en una alfombra, y la dirección del comprador. No obstante, estaba convencido de que Galip habría hecho todo lo posible y habría tenido éxito.

Para combatir el nerviosismo de la espera, decidió concentrarse en la ciudad. «Parece increíble que esta ciudad haya podido alojar a más de 60 000 personas durante tres meses», reflexionaba con admiración mientras caminaba intentando no resbalar por los estrechos y largos túneles, que formaban parte de un curioso sistema defensivo creado con la intención de emboscar e inducir a error a los atacantes. Contempló con curiosidad e interés las cocinas, los almacenes, las bodegas, el sistema de ventilación y, especialmente, las gigantescas y pesadas piedras que permitían cerrar algunas puertas. Sintió un escalofrío cuando oyó hablar de la existencia de 10 pisos, aunque sólo se visitaban los superiores, que penetraban en los

estratos de granito volcánico hasta una profundidad de unos 40 metros.

Tras el prolongado viaje subterráneo, Juscelino se alegró de salir de nuevo a la superficie y sentir el calor de los rayos solares sobre su cuerpo.

Una vez en el hotel, muchos viajeros optaron por darse un baño en la piscina. Juscelino hizo lo propio para sacudirse el polvo y el calor acumulados y sobre todo para relajarse. Estaba impaciente por ponerse en contacto con el cómplice, pero decidió esperar a después de la cena.

Ya en la tranquilidad de su habitación con un atuendo cómodo y una copa en la mano, sacó el fragmento de cuartilla y marcó los números escritos. Notó que descolgaban el teléfono y una voz conocida saludó al otro extremo.

—¡Galip! —pronunció de inmediato—. ¿Lo consiguió?

—Sí —dijo el interpelado—. Pude hacerlo.

—Bien. Le haré llegar lo prometido. Deme la dirección.

Transcurrieron unos segundos de silencio.

—Galip, ¿me oye? Deme las señas.

—Todo fue bien —reiteró Galip—. Pero hay un pequeño problema con la dirección.

—¿Qué clase de pequeño problema? —interrogó Juscelino elevando el tono de voz.

—No pude ver la dirección anotada en la caja. Pero miré el libro de registro y sé adónde fueron.

—¿Adónde fueron? ¿De cuántas alfombras estás hablando?

—De tres. Sólo de tres. Son las que adquirieron los componentes del grupo.

Juscelino soltó una maldición. Ahora tendría que estar pendiente de tres envíos. Eso dificultaría la recuperación del mapa pero, a fin de cuentas, lo importante era que éste estaba en camino. Ya hablaría despacio con don Fabio cuando regresara a Río y ambos estudiarían la estrategia.

—Está bien —añadió Juscelino—. Deme esas direcciones y no cometa errores.

Capítulo 29

Santa Cruz de Tenerife. 14 de agosto de 2012

El capitán Perdoma se dejó caer en un sillón del salón de su casa. Se encontraba sumamente cansado tras haber escoltado al ministro con su acompañamiento y a las autoridades locales a la inauguración de unas instalaciones culturales en el sur de la Isla.

«¡Vaya día! ¡Menudo calor en el Sur! Estoy derretido».

Perdoma conectó el televisor y fue haciendo *zapping* hasta dar con una cadena de noticias. No podía soportar los concursos y programas intrascendentes. Sólo veía deportes, noticias y de cuando en cuando alguna que otra película.

El informativo de las ocho acababa de comenzar. Escuchó el pan de cada día referido a huelgas, manifestaciones, crisis, aumento del paro, aumento de la deuda... Estaba a punto de desconectar, aburrido con la misma cantinela de siempre, cuando una noticia le llamó la atención:

«La pasada noche se perpetró un robo en el Museo Arqueológico de Estambul. El ladrón inutilizó a los guardas exteriores atándolos y amordazándolos, tras un ataque sorpresa. Luego accedió al interior del Museo suplantando la identidad de uno de ellos. Allí amenazó al vigilante para acceder al almacén. Una vez en el almacén lo golpeó hasta dejarlo inconsciente y se apoderó de un antiguo mapa. El ladrón recortó el cristal del armario que albergaba este objeto con un diamante y desapareció. Llama la atención el hecho de que, aún considerándose dicho mapa un objeto importante, no se incluye entre los más valiosos del museo. El ladrón tuvo a su disposición cientos de riquezas y obras de arte y, sin embargo, sólo se llevó un mapa. Por el momento, las autoridades turcas no han hecho público nada referente a posibles pistas y sospechosos y se han ceñido al breve comunicado emitido por el Gobierno».

Perdoma se acordó entonces de Pedro y Pilita, que estaban de viaje por Turquía. «¿Les afectará lo del robo? Probablemente tendrán que someterse a más registros y controles. ¿Iban primero a Estambul o a la Capadocia? Es igual, tendrán que soportar más trámites. ¡Qué mala suerte! De todas formas, se lo estarán pasando bien y no como yo, aquí al pie del cañón trabajando. Pero, bueno, unos tienen que trabajar para que otros se diviertan».

Capítulo 30

Estambul. 19 de agosto de 2012

Finalizado el *tour* por la Capadocia, el grupo se trasladó desde el aeropuerto de Esmirna a Estambul. Juscelino había escogido un hotel ubicado en Sultanahmed, en el centro histórico, a poca distancia del Gran Bazar, Santa Sofía y el palacio Topkapi. Deseaba alejarse todo lo posible de la zona nueva y no encontrarse con Ismet.

Estaba informado por don Fabio de que Charly y él habían cubierto sin novedad el viaje de regreso. Ismet había cumplido bien su trabajo conduciendo a Charly hasta el primer coche de alquiler y entrando en Estambul sin problemas a media mañana del día siguiente a su partida de Ürgüp. Ismet se apeó cerca de la plaza Taksim y Charly, una vez entregado el otro vehículo, había lomado un vuelo de regreso y ya se encontraba en Río de Janeiro.

Ninguno de los integrantes del grupo se alojaba en su hotel y Juscelino pasó los días tranquilamente entregado al descanso sin tener que disimular. Sacó un tiempo para ir de compras y obsequiar a su mujer a su vuelta. Tras dar un paseo por el Gran Bazar y las tiendas aledañas, adquirió varios bolsos, telas, perfumes, así como algunos objetos de artesanía.

«María estará contenta con todos estos regalos y yo más todavía de verla feliz. Si está enfadada por la duración de mi viaje y la escasez de noticias, pronto se le pasará ante la vista de estas preciosidades».

La víspera de su partida decidió dedicarla a visitar el palacio Topkapi. No podía partir de Estambul sin realizar esta visita. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta holgada y se confundió con la masa de turistas que deambulaban por la ciudad, así también contrarrestó el bochorno imperante, fruto de las altas temperaturas y el elevado índice de humedad. Provisto de una cámara fotográfica y una mochila, donde no faltaba un botellín de agua helada, Juscelino abandonó el hotel y avanzó despreocupadamente hacia el palacio. Pagó su entrada y se detuvo a contemplar la Bab-üs-Selâm o Puerta de los Saludos. De ahí accedió al monumental segundo patio y visitó lo que en su día fueron las cocinas y establos reales con toda una serie de edificios anexos. Admiró las exposiciones de orfebrería en plata y la colección de porcelana europea.

Bañado en sudor, pero satisfecho de tener la oportunidad de gozar de todas estas maravillas, traspasó la Puerta de la Felicidad y desembocó en el tercer patio.

Visitó en un primer momento el Harem, recreándose en las estancias recubiertas de azulejos verdiblanco con dibujos de claveles y tulipanes. Paseó sobre alfombras de fabricación artesanal, suaves y coloridas, iluminadas por una policromía de luz procedente de las vidrieras, que se elevaban sobre los sofás adosados a las paredes. Recorrió las piscinas y patios de las favoritas, donde la frescura se dejaba sentir mediante una luz tamizada, que se colaba entre las celosías.

Salió de nuevo al patio y se dirigió al Tesoro cuando escuchó que lo llamaban por su nombre.

—¡Qué casualidad, Juan! —exclamó Loly—. De visita por el palacio, ¿eh?

—Pues, sí —respondió el aludido—. Vine a dar una vuelta.

—Nosotros nos hemos apuntado a la excursión opcional. Resulta más cómodo. Después haremos un crucero por el Bósforo, visitaremos el palacio Beylerbeyi y, cuando acabemos, nos dejarán en el Gran Bazar. ¿No está mal, verdad?

—No, la verdad es que es una excursión muy completa.

—¿Cómo no se ha apuntado a las excursiones? Te llevan a muchos sitios, es más cómodo y se aprovecha más el tiempo.

—A mí me gusta más ir por mi cuenta —respondió Juscelino—. Adquirí una guía y con mis conocimientos...

—¡Claro! —repuso Loly—. De todas formas, podemos ver el Tesoro juntos. Nosotros también vamos para allá. ¿Verdad, Mercedes?

Loly se volvió sin escuchar respuesta.

—¿Dónde pueden estar? —se preguntó—. ¡Ah! ¡Ahí los veo! Están haciendo unas fotos.

Juscelino no pudo zafarse de Loly y compañía, al menos durante la visita al Tesoro. Lo habían pillado por sorpresa y no se le ocurrían excusas. Por otra parte, deseaba ver los valiosos objetos expuestos antes de abandonar Estambul.

Juscelino y compañía entraron en la primera sala, donde se exhibían diversas armas y armaduras, en particular del sultán Mustafá III. Todos se quedaron admirados ante el fastuoso trono de Murat IV, rodeado de recipientes de oro y objetos orientales.

—¡Es increíble! —alabó Mercedes—. ¡Esto vale una fortuna!

—Y no sólo por su valor intrínseco —apuntó Juscelino, retomando por unos momentos su papel de profesor—. Su valor histórico es mucho mayor.

La sala II les impactó aún más si cabe, donde se exhibían dagas y joyas recargadas de esmeraldas, jades y otras piedras preciosas de peso excepcional. Los vasos tallados en cristal de roca y la cuna de oro producían entre el grupo todo tipo de exclamaciones.

«¡Pensar que he tenido todo esto al alcance de la mano y sólo me he llevado un triste mapa! ¿Para qué lo querrá don Fabio? ¿Tan importante es para él?». Juscelino no hallaba explicación para haber renunciado a uno solo de estos tesoros a cambio de un pedazo de tela.

Si las dos primeras salas habían resultado fastuosas, para la tercera no se encontraban palabras que la describieran. El fabuloso diamante Kasikçi de 86 quilates, con sus 58 facetas y rodeado por otros 48 diamantes más pequeños, irradiaba fantásticas irisaciones balanceándose sobre una plataforma reflectora de luz polarizada. En frente, el trono de Mural III de 250 kilos de oro puro, con sus también áureos candelabros cuajados de más de seis mil diamantes, resultaba indescriptible.

La cuarta sala estaba a su vez repleta de riquezas y maravillas que, sin embargo,

no llegaban a superar a las de la tercera.

Loly, Mercedes y compañía sugirieron a Juscelino proseguir con la visita al palacio recorriendo las estancias del tercer patio. Juscelino se disculpó alegando que él había principiado la visita en ese patio y que en ese momento iba en sentido inverso. En realidad, lo principal que quería ver ya lo había visto y prefería seguir solo.

—En ese caso, nos vemos por la noche en el autobús que nos lleve al aeropuerto. Viajamos tan pronto que no nos podremos ni acostar —dijo Mercedes.

—Pero lo que estamos viendo ¡bien vale la pena! —intervino Alberto, el marido de Loly—. ¿No le parece señor Castro?

—Estoy completamente de acuerdo con usted —respondió éste—. Ahora, si me disculpan, proseguiré mi recorrido. Nos vemos por la noche.

El grupo se despidió de Juscelino y éste, tras echar un segundo vistazo a los lugares más interesantes para él, abandonó el palacio y se dirigió a pie al hotel paladeando su último día en la ciudad.

«Tendré que volver otra vez. Ha transcurrido tanto tiempo desde la última vez... Traeré a María. Seguro que le encantará».

Capítulo 31

Río de Janeiro. 22 de agosto de 2012

—¡Buenos días, señor da Conceição! —saludó Eliane desde detrás de su mesa de trabajo—. Don Fabio lo está esperando. Permítame que lo avise de su llegada. Será sólo un momento.

—¡Por supuesto, señorita Martos!

Eliane apretó una tecla del interfono y comunicó a su jefe la llegada de Juscelino.

—¡Pase, señor! Don Fabio tiene muchos deseos de saludarlo.

Juscelino se encaminó hacia el despacho de su cliente, giró el pomo de la puerta y pasó al interior. Al momento, el elevado timbre de voz de don Fabio alcanzó sus oídos y resonó en la estancia:

—¡Adelante, Jus, muchacho! ¡Cuántas ganas tenía de verte! Mira quién ha venido también.

Juscelino dirigió su mirada hacia las dos figuras sentadas en unos sillones de la parte derecha de la habitación y descubrió la silueta oronda de don Fabio junto a otra más menuda y estilizada. Se trataba de Charly. Sobre la mesa baja acristalada con los pies tallados en marfil, situada frente a ellos, lucía una hielera de plata de la que sobresalía una botella de champán. Junto a ésta, una bandeja con tres copas de un fino cristal tallado.

Juscelino saludó con respeto a don Fabio y dio una palmadita en el hombro a Charly.

—¡Acércate, Jus! ¡Tenemos que brindar por el éxito de la operación! Una operación así no se celebra todos los días. Vamos, coge la botella y descórchala. Te dejo que hagas los honores.

Juscelino tomó la botella de la cubitera y la secó con un paño doblado situado en un extremo de la mesa. Después sujetó la botella con su mano izquierda mientras con la derecha empujaba el corcho suavemente. Su rostro reflejaba la concentración, el esfuerzo en el delicado trabajo y algo más: una nota de preocupación, que no le pasó inadvertida a don Fabio.

—Oye, Jus —comentó don Fabio—, le noto algo preocupado. ¿Ha ido todo bien en realidad? Me comunicaste que el objeto estaba oculto y dispuesto para el viaje. ¿Surgió después algún problema que no me hayas comentado?

Juscelino calló unos momentos antes de responder.

—En líneas generales todo ha ido bien conforme a lo acordado. Únicamente hay un pequeño detalle.

—¿Qué clase de detalle? —inquirió don Fabio enderezándose en su asiento—. ¿Hubo algún impedimento en el taller? ¿No cooperó Galip?

—¡Oh, no! No se trata de eso. Galip cooperó. Se hizo cargo del mapa y lo ocultó como le dije en una de las alfombras adquiridas.

—¿Y bien? —preguntó don Fabio—. ¿Qué es lo que no está bien? ¿Dónde radica el problema?

—El problema radica... —Juscelino bajó la voz—, en que no sabemos en qué alfombra se halla.

—¿Cómo es eso?

—Cuando Galip finalizó su trabajo y abandonó el taller no figuraban aún los datos con las direcciones. Al atardecer, se acercó a la sección de envíos y descubrió que las alfombras ya habían partido hacia Estambul y desconoce dentro de cuál se encuentra nuestro objeto.

—¿Compraron muchas ese día?

—Tres, don Fabio —respondió Juscelino—. Galip me dio las direcciones, pero no me pudo concretar más.

—¿Adónde viajan esas alfombras? —preguntó don Fabio.

—A Canarias, don Fabio, a las islas Canarias: una a Gran Canaria y dos a Tenerife.

—Bueno, bueno, entonces no es para tanto —agregó don Fabio, recuperando su talante habitual—. Cuando se realice el envío, vas allí y buscas en esos sitios. Con un poco de suerte puedes encontrarlo a la primera.

—Ya, pero ¿y si no es ese el caso? Si no doy con la buena a la primera o a la segunda... Tendré que introducirme en tres casas y aumenta la posibilidad de que me sorprendan y me detengan. Todo esto representa una contrariedad.

—Eso son para ti nimiedades, Jus —prosiguió jovialmente don Fabio—. Tú, que has sido capaz de entrar en los lugares más custodiados sin dejar el menor rastro. Tú, que posees esa habilidad extraordinaria de deslizarte como si tal cosa. ¡Arriba ese ánimo, muchacho! Ahora abre de una vez el champán, que nos lo hemos merecido y yo ya tengo la boca seca.

Juscelino deslizó sus dedos por el corcho y lo dejó caer suavemente en el suelo, dejando escapar un sonido seco. Después llenó las copas. Don Fabio y Charly tomaron respectivamente una cada uno y las levantaron al unísono golpeando ligeramente en la de Juscelino.

—¡Por el éxito de la operación Estambul! —brindó don Fabio.

Charly y Juscelino repitieron el brindis.

Acto seguido, don Fabio volvió a rellenar las copas.

—No me diréis que no os cuido —comentó don Fabio—. ¡Auténtico champán francés! Pero la ocasión lo merecía.

Juscelino continuaba mostrando un gesto de intranquilidad, algo alejado de la celebración. Don Fabio intervino:

—¡Jus, muchacho! No puedes seguir así. Sólo se trata de una pequeña contrariedad, que estoy seguro resolverás fácilmente. ¡No es para tanto! Lo que tienes que hacer ahora es tomarte unas vacaciones. ¿No te parece, Charly? —dijo dirigiéndose a éste—. Esa es la mejor medicina para elevar el ánimo y recuperar tu

vitalidad acostumbrada. Hazme caso y ya verás como tengo razón.

El aludido asintió.

—Pues, lo que te iba diciendo —continuó don Fabio—. Coges a tu mujer y te vas a un hotel de playa o haces un pequeño crucero. Eso les gusta mucho a las mujeres y, así, tú le relajarás. La playa, unas compras, buena comida, a bailar por la noche... Ya verás como le sienta bien. En pocos días estarás como nuevo y podemos perfilar la segunda parte de la operación. ¿Cómo lo ves?

—Es posible que tenga usted razón, don Fabio. Tal vez lo haga. De todas formas, no se preocupe por la segunda parte. Allí estaré para llevarla a buen término, siempre que la organicemos bien.

—¿Cuándo te he fallado en la planificación? Dime, ¿cuándo? Sería la primera vez. Tú haces lo que te aconsejo y a tu regreso hablamos y lo preparamos todo como siempre.

—Está bien, don Fabio. Descansaré unos días y luego lo haré. Yo tampoco le he fallado nunca a usted. ¿Por qué tendría que hacerlo ahora?

—¡Eso es lo que yo quería oír! ¡Así me gusta, hay que ser positivo! Ahora nos terminamos este champán y ¡lo que tenga que ser será! Ya hemos logrado lo más difícil. La segunda parte, ya lo verás, es mucho más sencilla. Ahora únicamente nos resta esperar la llegada de los envíos. Tú estarás algo nervioso, pero yo aguardo con impaciencia hallarme en posesión de ese objeto.

Capítulo 32

Salvador de Bahía. 28 de agosto de 2012

Juscelino decidió aceptar la sugerencia de don Fabio y tomarse unos días de descanso en la playa con su mujer. Estaba tenso tras el periplo por Turquía y todavía le quedaba viajar a las islas Canarias para recuperar el mapa. Por si esto fuera poco, el inepto de Galip no había podido darle la dirección exacta. Juscelino era tan sumamente meticuloso en su trabajo, que todo lo que escapaba a lo planeado lo sacaba de sus casillas. Él era capaz de entrar en tres casas y en trescientas, si se terciara, pero no había contado con ese problema y eso lo alteraba.

«No hubiera sido necesario si ese torpe hubiera estado más a lo que estaba. Tendré que conocer bien los horarios de reparto de Correos y efectuar una buena coordinación. Lo mejor será que me relaje estos días. De paso, aprovecharé para hablar con María y comentarle que tengo otro viaje en perspectiva. El lugar más propicio será un lujoso hotel de playa».

Cuando Juscelino propuso a María unos días de descanso, playa y diversiones en Salvador de Bahía, su mujer le echó los brazos al cuello y gritó entusiasmada:

—¡Pero qué sorpresa me tenías preparada! ¿Por qué no me lo dijiste antes? Tengo que preparar un montón de cosas. ¡Qué bien lo pasaremos, bomboncito!

Juscelino evitó recriminarle por lo de «bomboncito». No quería estropear el momento.

María echó a correr hacia la habitación y, una vez depositada una enorme maleta sobre la cama, comenzó a vaciar el armario de multitud de prendas.

—María, sólo son unos días —intervino Juscelino entrando en el dormitorio—. No se trata de ninguna mudanza. Además, vamos a la playa. Lo único que necesitas son bikinis y ropa cómoda.

—Pero ¿y si vamos a alguna fiesta o a comer a un sitio elegante? No puedo ir todo el día con camisetas y *shorts*.

—Vamos de turistas, María. Como miles de personas. Y los turistas visten despreocupadamente porque están de vacaciones y quieren salir de la rutina. Lleva un par de vestidos para salir, si quieres, pero el resto te va a sobrar.

—Es mejor ser precavida —se obstinó María—. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Si surgiera algún imprevisto siempre hay tiendas —agregó Juscelino, arrepintiéndose en el acto de lo que había dicho.

—Ya sé que hay tiendas —replicó María—. Y doy por hecho que iremos algún rato de compras, pero es mejor así.

—No pienso hacerte sitio en mi maleta para lo que compres —agregó Juscelino, abrazándola.

—No necesito que me hagas sitio —comentó María, apartándose y revolviendo

de nuevo en el armario—. Si es preciso, siempre podemos comprar otra.

Juscelino se había retirado al salón y había dejado hacer a su mujer. «Si quiere ir cargada como una mula, ¡peor para ella! Cuando lleguemos, se dará cuenta de que le sobra más de la mitad de lo que ha llevado».

Juscelino se había servido un *whisky* con hielo acompañado de agua con gas y se había retrepado cómodamente en un sillón. Tomó de la mesita el folleto de viajes que le había entregado junto con los pasajes el empleado de la agencia de viajes y fue pasando las páginas hasta dar con el sitio elegido.

Había escogido un hotel próximo a la playa en Praia do Forte, algo distante de Salvador, pero eso no representaría problema ya que pensaba alquilar un coche. El hotel era ya un mundo en sí con múltiples instalaciones que incluían piscinas, bares, restaurantes y discotecas. Se ubicaba en un entorno idílico de playas de arena dorada salpicadas de palmeras con chiringuitos donde servían marisco y cerveza fresca. Además, estaba próximo a la Selva Atlántica y al arrecife de coral, lo que les permitiría hacer excursiones en plena naturaleza.

Juscelino pasó la página para leer la información referente acerca de la ciudad. Hacía tiempo que no la visitaba y, aunque el núcleo histórico se mantuviese igual, habría evolucionado mucho. De hecho, era una de las grandes urbes de Brasil con casi tres millones de habitantes, mezcla de pobladores autóctonos, portugueses y africanos, desbordándose por una extensión considerable.

«¡Ya no la conoceré! Igual que las personas, las ciudades cambian con el paso del tiempo y cada vez a un ritmo más vertiginoso. Dicen que es el avance de la civilización...».

* * *

Tras un plácido día de playa en unas aguas cálidas y transparentes, donde María y Juscelino se habían bañado hasta saciarse, éste propuso a su esposa coger el coche y dar una vuelta por Salvador.

—¡Lo estaba deseando! —exclamó María—. Será un final delicioso en este magnífico día.

—No es necesario que te arregles mucho —insinuó Juscelino—. Ya ves que la gente va de cualquier manera. Eso es lo bueno de los sitios de playa.

—Pero ahora no vamos a la playa, vamos a la ciudad —objetó María—. ¡Tú déjame a mí! No voy a ir hecha un adefesio.

Juscelino aguardó pacientemente a que su mujer se acicalase. Estaba a punto de perder los nervios cuando, al verla, reconoció que la espera había valido la pena. María apareció con un vestido ceñido que dejaba al descubierto los hombros, en un tono verde oscuro, que resaltaba su bronceado. La melena suelta, como le gustaba a Juscelino, y unas ligeras sandalias de color crema adornadas con cintas y hebillas. Como complementos, portaba un pequeño bolso a juego con el calzado, unas argollas

plateadas y un collar con cuentas de ámbar sobre unas cadenas de plata.

Salieron de la mano hasta el aparcamiento donde los esperaba el descapotable que habían alquilado; un mini Cooper Cabrio en todo rojo metalizado, que les infundía un sentimiento de libertad, mientras la brisa marina agitaba sus cabellos durante el trayecto costero de la BA-099. Al llegar a Itapuã, Juscelino propuso una pausa para tomar una caipirinha y un acarajé^[2] en uno de los puestos de la playa. Sin embargo, María prefirió seguir adelante hasta Pelourinhao.

—Quiero pasear por el centro, ver las tiendas de artesanía, los edificios coloniales, sobre todo, un buen espectáculo de capoeira y música *reggae*. Allí hay más ambiente y podemos tomar lo que quieras.

—De acuerdo —dijo Juscelino, accediendo a los caprichos de su mujer—. Vamos a la ciudad alta. A mí también me apetece. Bueno, la verdad es que todo me apetece. Esta ciudad ofrece muchas posibilidades de diversión.

—Vamos a disfrutar de todas las que podamos. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo —respondió Juscelino—. ¿A qué esperamos?

Juscelino y María aparcaron el coche y se lanzaron a las calles de Salvador, dispuestos a sacar el máximo rendimiento a las vacaciones.

Capítulo 33

Ürgüp. 15 de octubre de 2012

Galip deambulaba por el taller con aspecto sombrío. Estaba preocupado por el tema de las alfombras canarias. Habían salido de Turquía sin problemas, pero estarían a punto de arribar al puerto de Barcelona. «¿Detectarían algo allí? ¿Y cuando llegasen a Canarias? ¿Qué ocurriría si el propietario encontraba el objeto oculto antes de que el tipo que le había hecho el encargo?».

Galip se sentía cada vez más alicaído. Él tenía antecedentes. Bien era cierto que se remontaban a varios años atrás, que en la actualidad llevaba una vida honrada y no se había vuelto a meter en problemas. «Pero esas cosas siempre acaban saliendo a la luz. Esas cosas no se olvidan nunca; son como una marca de nacimiento, que no se puede borrar», pensó.

Galip consultaba todos los días el almanaque y se ponía cada vez más nervioso conforme transcurría el tiempo. No descansaría hasta que se cumpliera el plazo y pudiera dar por hecho que las alfombras habían llegado sin novedad y no recaían sospechas en el taller ni en él. En el trabajo ya le habían llamado la atención en varias ocasiones.

—¿Qué te pasa estos días, Galip? —le había preguntado el encargado—. No estás centrado en tu trabajo. ¿Tienes problemas en casa? ¿Le pasa algo a la familia?

Galip había negado con la cabeza, dando respuestas evasivas y achacando su falta de concentración a los años y a la inminencia de su retiro. Lo peor había sido el episodio del tintado de los ovillos de lana. Galip había entregado un tinte sintético al alfombrista, pasando por alto que la lana sólo admite tintes naturales, y a punto había estado de echar a perder una costosísima alfombra y varios meses de trabajo.

—¡Ni siquiera un principiante comete ese error! —lo había recriminado el encargado—. ¿En qué estás pensando, Galip? Parece que estés en Babia.

No andaba muy desencaminado el encargado con estas suposiciones. Los pensamientos de su empleado distaban mucho de concentrarse en sus obligaciones. Algunos ratos, la mente de Galip viajaba a Canarias, a un espacio donde todo eran interrogantes. En otros, se remontaba en el tiempo; evocaba la figura de don Fabio y se preguntaba por qué había tenido que reaparecer de nuevo a estas alturas de su vida.

Galip siempre recordaría un tumultuoso verano de 1974 en Nicosia, cuando aquel desconocido que había venido desde tan lejos para la exposición de una muestra de Iconos Bizantinos, le había salvado de un destino incierto. Don Fabio lo había ocultado en su hotel y se las había ingeniado para enviarlo a Turquía sano y salvo, no sin antes recibir a cambio uno de los mejores ejemplares expuestos. Y la cosa no había terminado ahí. Don Fabio se cobró con creces la ayuda prestada en aquella ocasión.

Galip se había sentido en un principio agradecido y más tarde pillado y

coaccionado por su bienhechor, del que temía pudiera delatarlo o amenazarlo. Sin embargo, de las últimas peticiones de don Fabio habían pasado ya varios años y Galip creyó haberse librado de él para siempre.

Cuando Galip escuchó en boca de aquel turista el nombre de don Fabio y lo que le solicitaba, la pesadilla de su recuerdo volvió a él.

Capítulo 34

Río de Janeiro. 20 de octubre de 2012

Juscelino salió de su dormitorio en pijama, echándose por encima un ligero batín de seda. El aroma del café recién hecho impregnaba la estancia. Se encaminó a la cocina, donde María se afanaba colocando en una bandeja unos servicios de desayuno. La tostadora se detuvo tras dejar escapar un «clip» y cuatro tostadas de pan de molde rebotaron en el aparato. María las atrapó prácticamente al vuelo, y las depositó sobre un platillo de porcelana blanco ribeteado por una cenefa en color azul. A continuación, sacó del frigorífico una pequeña bandeja con mantequilla irlandesa y un frasco con mermelada de naranja amarga. Ambos alimentos fueron a engrosar el contenido de la bandeja.

—¡María! —saludó Juscelino—. Ya estás levantada y me has preparado el desayuno perfecto. Justamente estaba soñando con esto.

—Bomboncito, ya sabes que te conozco perfectamente y me he limitado a seguir tus preferencias. Hago tan a gusto las cosas sabiendo que te van a agradar...

—¡Eres maravillosa, María! No hay nada mejor que levantarse sin horarios y encontrarse a tu mujer disponiendo un desayuno tan estupendo. ¿Lo tomamos en la terraza? Hace un día espléndido:

—Como quieras, Jus. Voy a poner primero un mantel —dijo María mientras abría una gaveta del aparador.

—¡Ni se te ocurra! —replicó Juscelino—. Yo llevaré el mantel y dispondré las sillas. Tú ya has hecho bastante.

Juscelino tomó un mantel blanco bordado con flores y se dirigió a la terraza. El sol se recortaba nítidamente en el horizonte y su reflejo incidía sobre la mesa metálica horadada por numerosos círculos. Recogió un parasol apoyado sobre la barandilla, lo abrió y lo situó de manera que la sombra abarcara toda la superficie de la mesa. Después extendió el mantel y aproximó dos sillas de hierro forjado a juego con la mesa y provistas de acolchados cojines.

María traspasó el umbral de la puerta acristalada con una bandeja repleta de apetitosos alimentos y una cafetera humeante. La depositó sobre la mesa y se acomodó en una de las sillas. Juscelino se sentó en la otra frente a su esposa, disfrutando de la panorámica del jardín botánico que yacía a sus pies.

—¡Soy tan feliz, Jus! —comentó María—. ¡Qué bien lo pasamos en Salvador! Tenemos que ir de viaje más a menudo. ¿No te parece?

—Por supuesto, María. Tenemos que repetirlo. La próxima vez podemos hacer un crucero. Te gustará. Podemos hacer un crucero fluvial por el Amazonas, internarnos en la selva, lejos de la civilización...

María arrugó el ceño y soltó una exclamación de fastidio.

—Bueno —prosiguió Juscelino cambiando rápidamente de escenario—.

Podríamos hacer un crucero por el Caribe y visitar playas desiertas, arrecifes, ciudades coloniales, restos arqueológicos, mercados locales...

—Eso me suena mejor, Jus. ¿Cuándo iremos? Necesitaré ropa adecuada, cremas solares, sombreros...

—Para, María. No te precipites. Antes tengo que terminar un trabajo —dijo Juscelino al tiempo que untaba una tostada con mantequilla y la recubría de mermelada—. Tendré que ausentarme unos días, no muchos, te lo prometo. Pero tengo que concluir una operación que nos aportará una buena cantidad de dinero. A la vuelta haremos otro viaje.

María puso un gesto de decepción. Juscelino se apresuró a contrarrestarlo.

—No pongas esa cara, María —comentó—. Sabes que no puedo soportarlo. Vamos a hacer una cosa. Mientras yo esté fuera tú vas haciendo los preparativos. Vas de compras, preparas las maletas, lo organizas todo. ¿Cómo lo ves?

—Me parece bien, bomboncito. Puedes confiar en mí. Yo lo dispondré todo. No tendrás que ocuparte de nada.

Juscelino se llevaba la taza de café a los labios cuando sonó el teléfono. Se levantó de mal talante al verse interrumpido en un momento agradable y contestó con desgana.

—Aló. Aquí Juscelino.

—¡Jus, muchacho! ¿Cómo te va?

—¡Don Fabio! —respondió Juscelino, reconociendo la voz de inmediato—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué se le ofrece?

—Jus, tenemos que hablar. Nos vemos hoy en el *jockey club* a eso de las doce. ¿Te viene bien? Vemos las carreras y luego comemos.

—Don Fabio, ya sabe que a mí las carreras...

—¡Cierto, Jus! Siempre se me olvida. No entiendo cómo a alguien no le puedan gustar las carreras y las apuestas. Bueno, no hay problema. Te invito a comer después en el club. Nos vemos a eso de las dos y media, ¿sí?

—De acuerdo. Allí estaré.

—¿Qué quería don Fabio? —preguntó María—. ¿Otro trabajo? Ya sabes que no me gusta ese tipo.

—¿Cómo sabes que no te gusta si apenas lo conoces? ¡No digas tonterías! Se trata del asunto de que te estaba hablando antes, de ese viaje. Don Fabio quiere ultimar los preparativos. Hemos quedado a comer en el club.

—Yo había pensado que podríamos salir los dos a comer fuera y luego dar un paseo.

—Sólo será un rato. Cuando termine, te llamo y te recojo. Podemos pasear y luego ir a cenar.

—Me había hecho esa idea —insistió María—. ¿No puedes ir otro día?

—No seas caprichosa —la recriminó Juscelino—. Se trata de un asunto importante, y don Fabio es un hombre muy ocupado. Si me ha citado hoy será por

algo. No le voy a poner pegas. Ya te he dicho que hay mucho dinero en juego.

María se calló y siguió desayunando. Juscelino se levantó de la mesa y se dirigió al dormitorio para vestirse.

A eso de la una, abandonó la casa y subió al coche. Dio un rodeo para despejarse antes de la entrevista con don Fabio y luego tomó la dirección del barrio de Gavea, donde se erigía la gigantesca oblonga estructura que albergaba las instalaciones hípicas.

El estadio estaba atestado de personal por la celebración de las carreras y unos cuantos caballos montados por sus respectivos jinetes se desplazaban impacientes por el césped. Juscelino caminó hacia el edificio del restaurante por debajo de las tribunas. Nada más entrar en el vasto salón, divisó a su cliente tomando un aperitivo en una mesa del fondo. Don Fabio también lo descubrió y le hizo un gesto con la mano. Juscelino correspondió al saludo mientras se acercaba a la mesa.

—¡Buenos días, don Fabio! ¿Cómo fueron las carreras? ¿Tuvo suerte?

—¡Buenos días, Jus! ¡Siéntate aquí mismo! —dijo don Fabio, señalando una silla a su lado—. No se puede decir que me fuera mal, pero he tenido días mejores. Al nuevo caballo que adquirí el mes pasado le falta un poco de rodaje. Ya estuve hablando con el *jockey* y el entrenador. Es rápido, pero no tiene experiencia y se ha puesto nervioso. Ya hemos fijado los entrenamientos y el *jockey* tiene que acoplarse mejor para controlarlo. Pero bueno, Jus, a ti estas cosas no te interesan demasiado y no hemos venido aquí para hablar de ello. ¿Qué quieres tomar?

—Tomaré un vermut, como usted —respondió el aludido.

Don Fabio hizo una seña a un camarero y solicitó la bebida.

—De paso trae también la carta para ir pensando lo que vamos a comer.

—¿Tiene ya alguna noticia de dónde se encuentra nuestro pedido? —preguntó Juscelino—. ¿Cuándo tiene previsto que emprenda el viaje?

—Para eso te he llamado, Jus. Ahora te cuento. Espera un poco, que ya viene el camarero. Haremos primero el pedido y después hablamos.

Don Fabio, tras echar un vistazo a la carta y escuchar las sugerencias de los platos recomendados, encargó unas fuentes de marisco y una ensalada especial de la casa con un vino blanco. Cuando estuvieron servidos, comenzó a informar a Juscelino:

—He tenido noticias de que el pedido llegará esta semana a Barcelona. Una vez pase la aduana, se dirigirá a Gran Canaria. En tres días arribará al puerto y al día siguiente puede estar incluido en el reparto. Es preciso que partas pronto y estés allí para recibirlo.

—¿Cuándo quiere que viaje?

—He sacado ya un pasaje para dentro de tres días. El día 23 embarcarás con destino a Madrid y de ahí a Las Palmas. He reservado un hotel en el sur de la isla y te he alquilado un coche. Mañana pasas por el despacho. Eliane te proporcionará toda la documentación. He incluido un nuevo pasaporte, mapas y planos de las islas, así como horarios de la empresa de reparto, de los vuelos y *ferries* para las

comunicaciones entre Gran Canaria y Tenerife. Sólo por precaución. Con un poco de suerte, no tendrás que ir a la segunda isla.

—¡Ojalá, don Fabio! Si tuviera suerte con la primera alfombra...

—No obstante, hay que sopesar todas las posibilidades y ponerse en el peor de los casos. Debes concienciarte de que podría ocurrir así y no perder el control, ni los nervios. ¿Lo harás, verdad?

—Por supuesto, don Fabio. Ya me conoce. Una vez metido en el trabajo, soy capaz de todo. No perderé el control aunque tenga que rastrear los tres pedidos.

—¡Así me gusta, muchacho! Bien, prosigamos. En Tenerife no he hecho reservas. No creo que tengas problemas en conseguir una habitación en cualquier hotel. Puedes ir pensando estos días donde prefieres, por si llegara el caso. El coche lo puedes llevar en el barco o alquilar otro allí, tú decides.

—¿Y la vuelta?

—No te preocupes por la vuelta. Cuando sepamos las fechas exactas en que las cajas lleguen a Barcelona, calcularemos las demás fechas y haré tres reservas para los días posteriores a la recepción de cada pedido. Ya sabes que es importantísima la coordinación y actuar en el momento preciso. Es necesario operar antes de que los clientes descubran lo que hay en el interior o den la alarma. Debes acechar la llegada del repartidor de la empresa de transporte, entrar en acción de inmediato y evitar testigos y cualquier indicio o pista que te incrimine.

—Deje eso de mi cuenta, don Fabio. Ya he ido diseñando el plan y estoy estudiando las posibles situaciones que puedan plantearse y la manera de actuar en cada momento.

—Bien, en ese caso dejaré el asunto en manos del profesional. Recuerda pasar mañana a recoger todo lo que he preparado y si te surge alguna pregunta, allí estaré para lo que necesites.

—De acuerdo, don Fabio. Mañana iré por su despacho.

—Ya sabes lo que representa ese objeto para mí, Jus. La primera parte de la operación, que era la más difícil, ha sido un éxito. Confío en que ésta también lo sea.

—¡Por supuesto, don Fabio! La segunda parte será también un éxito.

Capítulo 35

Sobre el Atlántico. 23 de octubre de 2012

Nada más escuchar, a través de la megafonía del avión, el permiso para poder conectar los ordenadores portátiles, Juscelino sacó el suyo, lo dispuso sobre la mesita abatible y lo encendió. Buscó la carpeta con las notas que había elaborado referentes a la operación y las repasó una vez más. Consultó los mapas y callejeros, así como la información concerniente al tema. Realmente ya lo tenía todo en su memoria y podría haberlo borrado, pero decidió esperar por si acaso. Lo iría borrando a medida que fuera avanzando y no lo necesitara. En caso de emergencia, podía hacerlo desaparecer en un segundo. Tenía las dos islas en su cabeza, las ubicaciones de los clientes de alfombras, los puertos, aeropuertos, el hotel del sur de Gran Canaria, la agencia de alquiler, los posibles hoteles de Santa Cruz de Tenerife. Recordaba los horarios de reparto de correos, los horarios de barcos y aviones de una isla a otra que más encajaban en la operación, aunque hacía votos por no tener que utilizarlos y encontrar pronto lo que buscaba.

Más tarde, apagó el ordenador, lo guardó cuidadosamente en su funda y lo alojó en el altillo sobre los asientos. Después cerró los ojos. Se encontraba cansado. No había dormido bien por el nerviosismo previo al viaje y a lo que éste representaba.

Su pensamiento lo condujo a su padre y a don Fabio, las dos personas que más habían incidido en su vida. Dos personas tan diferentes, tan opuestas pero que, sin embargo, habían confluído en un momento dado; recordaba cómo una le había llevado, sin querer, sin siquiera imaginar las consecuencias, a la otra y cómo la positiva influencia paterna había ido dejando paso a la influencia muy distinta de don Fabio.

Su vida tenía bastante semejanza con la de Charly. Juscelino y él lo habían comentado en alguna ocasión. Los dos fueron hijos de emigrantes que dejaron su país de origen para buscar en Brasil la fortuna que en su patria se les negaba. En el caso de Juscelino, la emigración no fue sólo de los padres, sino que se remontaba a los abuelos. Sus abuelos paternos habían dejado Turquía para trasladarse a Alemania allá por los años 30, cuando su padre contaba unos diez años de edad. Alemania ofrecía muchas posibilidades laborales y muchos compatriotas hicieron lo propio. Al principio las cosas fueron bien, pero con el estallido de la guerra sus abuelos no hacían sino pensar en el modo de abandonar el país. Aunque lo deseaban no se plantearon regresar a Turquía, sino alejarse lo más posible de los escenarios del conflicto.

Ya no recordaba cómo había surgido lo de emigrar a Brasil. El caso es que se fueron y en ese país había nacido él al cabo de los años. Era el menor de cinco hermanos, cuando ya sus padres no esperaban más descendencia. Sus hermanos eran bastante mayores que él y por ello creció como si fuera hijo único con todos los

mimos y caprichos que sus padres se podían permitir.

Juscelino aprendió enseguida a sacar partido de la situación, por lo que entonces su padre tuvo que bregar para inculcarle disciplina. Un verano, durante las vacaciones escolares, su padre lo puso a trabajar como aprendiz con él en la obra. Su intención era que valorara el esfuerzo que costaba ganar dinero trabajando duramente y pusiera más interés en los estudios. Por otra parte, pensaba tenerlo, así, más controlado. Las cosas, sin embargo, resultaron todo lo contrario a lo previsto por su padre. Juscelino conoció a don Fabio y éste, tras observarlo, se interesó enseguida por el muchacho. Su padre, ignorando las ocultas actividades de su patrón, dejaba a su hijo realizar tareas y encargos para él. Tareas y encargos que prosiguieron tras las vacaciones y que ya no se interrumpieron. Tareas y encargos que persistían en la actualidad. Algo de lo que Juscelino no se vanagloriaba, pero a lo que no podía renunciar. Don Fabio y sus encargos constituían su medio de vida.

Capítulo 36

Maspalomas. 25 de octubre de 2012

Don Fabio había reservado un hotel en la Avenida Touroperador Neckerman, paralela a la avenida Touroperador Kuoni, donde tenía el negocio la familia Afonso, quien había adquirido la primera alfombra. El hotel se hallaba bien comunicado con la autopista GC-1 y se erigía detrás del campo de golf a poca distancia de la playa y de la renombrada reserva natural de las dunas.

Juscelino había llegado a la isla con tiempo suficiente como para instalarse sin agobios y familiarizarse con el lugar y, especialmente, con la casa en cuestión donde debía actuar en breve.

Le costó un poco dar con ella, ya que no daba directamente a la avenida, sino a un callejón contiguo.

«Por suerte vine con antelación para situarme. Estas calles parecen un laberinto». Juscelino, una vez que controló la casa y sus posibles accesos, sus puntos débiles y la rutina diaria de sus habitantes, verificó las rutas de salida, que en realidad no ofrecían mucha dificultad. No obstante, en aquel maremágnum de calles rebosantes de hoteles, apartamentos, restaurantes y tiendas, todas le parecían iguales. Posteriormente, instalado en una cómoda terraza de una cafetería frente a la casa, había disfrutado de una ración de chocos acompañada de unas cuantas cervezas Tropical, mientras confirmaba los horarios de la compañía de reparto de paquetería desde el puerto. Además, podía echar un vistazo al restaurante e identificar a sus propietarios.

«Todo está conforme. Ya no me resta sino esperar».

Una vez cumplimentadas las gestiones referentes al *trabajo*, decidió tomarse el resto del día libre y darse una vuelta por los alrededores. Se encaminó en primer lugar al faro decimonónico, cuya linterna había servido de iluminación a los barcos del siglo pasado. Desde allí admiró el mar azul turquesa con irisaciones verdes que lamía la costa de arena dorada. Se descalzó y fue caminando por la orilla, sintiendo cómo sus pies se hundían en la esponjosa arena. Divisó el Palmeral y unos metros más allá la Charca, escala donde se habían dado cita cientos de aves en su migración al Sur. Prosiguió su camino por la franja costera, internándose de cuando en cuando en el campo de dunas, transitado por grupos de turistas que disfrutaban subiendo y bajando los montículos formados por el capricho del viento.

La temperatura era agradable. Rondaba los veinte y pocos grados. Juscelino se despojó de su camiseta y se la echó al hombro. Muchos bañistas se zambullían en las cálidas aguas y nadaban mecidos por el oleaje. Al llegar a la punta de Maspalomas, observó a los amantes del surf sortear las olas o dirigirse a ellas con sus tablas. Más allá se iniciaba la Playa del Inglés, donde se divisaban largas hileras de sombrillas en tonos azul-naranja, hamacas y chiringuitos.

Juscelino dejó sus escasas pertenencias en la orilla y aprovechó para darse un

baño.

«El trabajo no tiene por qué estar reñido con el placer. Y ya que estoy aquí, voy a gozar un poco de este paraíso».

Capítulo 37

Santa Cruz de Tenerife. 30 de octubre de 2012

Perdoma se propuso hacer un descanso entre informe e informe. Estaba ya cansado de tanta burocracia y de tanto papeleo. Se levantó, salió al pasillo y se dirigió al bar para tomar un cortado. Se despejó un poco conversando con el camarero y algunos oficiales que se habían tomado también un descanso.

Cuando regresó a su despacho, le dio por echar una mirada al correo antes de proseguir con los informes. Había llegado un correo de la Comandancia de Las Palmas. Un hombre había sido encontrado muerto en su domicilio de Arucas. Había señales de que una de las ventanas de la vivienda fue forzada y de que alguien había penetrado en su interior. El cadáver lo descubrió la hija de la víctima cuando llegó a la casa. Su madre estaba semiinconsciente. Había sido narcotizada con una droga a base de desflurano. Aparentemente, éstas no echaban de menos ningún objeto, por lo que podría descartarse el móvil del robo, a no ser que el ladrón hubiese sido sorprendido por el dueño en el momento en que aquél, tras haber inmovilizado a la esposa, se disponía a actuar.

El correo se acompañaba de una solicitud de cooperación por si alguien pudiese aportar información complementaria, y se ilustraba con una fotografía. Perdoma contempló el cuerpo sin vida de un hombre de unos cincuenta años, que yacía de perfil sobre una alfombra junto a una mesa baja de cristal. A ambos lados del cadáver, dos sofás tapizados en tonos claros, y más allá una mesa de comedor con cuatro sillas y un pequeño mueble para la vajilla, adornado con platos y figuritas. En un rincón, una caja de cartón alargada y un papel de embalaje desentonaban un poco con la armonía del salón.

Perdoma tomó nota mentalmente del suceso por si diera con algo que pudiera relacionarse. Cerró el correo y continuó con la rutina de los informes.

Capítulo 38

Travesía desde Gran Canaria a Santa Cruz de Tenerife. 30 de octubre de 2012

Juscelino viajaba desde Las Palmas a Santa Cruz de Tenerife. El mar estaba algo agitado, pero no lo suficiente como para estropearle el viaje. No obstante, no viajaba satisfecho. La primera alfombra no había resultado la buena. Sabía que se trataba de una posibilidad al azar, pero había confiado en dar pronto con ella. Además, se había visto obligado a matar. Eso no le gustaba. Él no era un asesino. Si se veía impelido por la situación, llegaba hasta las últimas consecuencias sin pensárselo dos veces, pero por principio no le gustaba. Era un ladrón, un ladrón de guante blanco, podría decirse, capaz de introducirse en cualquier lugar, de acceder a los sitios más insospechados, de hacerse con los objetos solicitados a pesar de las alarmas y la vigilancia, pero de ahí a cometer un acto violento, había un gran trecho. Sin embargo, él no podía dejar testigos, testigos que lo hubiesen visto y pudiesen declarar en su contra. No, tenía que salir de los sitios, limpio, sin dejar rastro, y poder seguir actuando, para no ser detenido, para no tener antecedentes, para seguir ganándose la vida de una manera cómoda, de la única que él conocía; para seguir permitiéndose muchos lujos, que no estaban al alcance de un sueldo medio.

«Si el tipo ése no hubiera aparecido tan de improviso... Si no hubiera comenzado a dar la alarma a grito pelado... Si no me hubiera visto... Pero no he tenido otra opción. Confío en no haber dejado ningún rastro. En Tenerife actuaré con más precaución. Aguardaré a estar seguro de que la casa está vacía. Sí, eso es lo que haré. Aunque si descubren el mapa al abrirla... Tendría que entrar antes, dormirlos o amenazarlos. Ir bien tapado, que no me puedan reconocer».

Subió a cubierta a pesar de que soplaba una brisa fresca y miles de gotas de agua pulverizada lo salpicaban al sortear las olas. Miró primero hacia atrás, hacia la isla que acababa de dejar hacía una hora. Eso ya formaba parte del pasado. Luego levantó la vista al frente, donde la isla de Tenerife se recortaba cada vez más claramente en el mar. Contempló la costa y el puerto al que arribarían en pocos minutos.

«¡Esperemos que aquí me vaya mejor!», pensó mientras descendía al salón de proa en busca de su equipaje.

El *ferry* de la compañía naviera Fred Olsen atracó al poco tiempo en el muelle de Santa Cruz y Juscelino descendió al garaje entre decenas de pasajeros. Subió al coche que había decidido desplazar desde Gran Canaria y aguardó a que le tocase el turno de salir.

«Me alojaré en un hotel de por aquí y mañana me pasaré por esas casas. Según la información que me dio don Fabio del Servicio de Correos, los envíos van primero a Las Palmas y luego llegan aquí. Mañana tengo tiempo de ocuparme de esas direcciones y de esos envíos. Ahora buscaré un hotel próximo y un lugar donde cenar. Descansaré bien y, si me sonrío la suerte, mañana o, a lo más tardar, pasado mañana

puedo emprender el viaje de regreso».

Extrajo de un bolsillo un papel doblado donde había anotado los nombres y direcciones de hoteles que, tras consultar en una guía de Gran Canaria, le habían resultado más interesantes. Se dirigió hacia Las Ramblas y, tras echar una hojeada al Hotel Contemporáneo, le pareció bien y se registró. Poseía un diseño moderno y estaba dotado de mobiliario actual. Por otra parte, había bastantes habitaciones como para pasar inadvertido, bien considerado como un turista, bien como un ejecutivo en viaje de negocios.

Se dirigió a su habitación envuelto en una atmósfera donde predominaban los tonos ocres y blancos. Tras dejar su maletín y asearse un poco, se encaminó al restaurante. Se aposentó cómodamente en un sillón de mimbre frente a una mesa acristalada y solicitó diversos platos de comida tradicional.

«Lo mejor es comer en cada sitio las especialidades locales». Juscelino disfrutó especialmente con los quesos y las papas arrugadas acompañadas de distintos mojos, así como un buen plato de quesillo adornado de unas bolas de helado.

Capítulo 39

Santa Cruz de Tenerife. 31 de octubre de 2012

Perdoma trajinaba en la cocina con objeto de prepararse algo de cenar cuando sintió una llamada por el teléfono móvil.

«Es Pedro. ¿Qué tripa se le habrá roto a estas horas?».

—¡Qué pasó, Pedro! —exclamó Perdoma—. ¿Qué cuentas? ¿Va todo bien?

—Buenas noches, Perdoma. Disculpa que te moleste a estas horas, pero el caso es que hay algo que no va bien.

—¿Qué es lo que no va bien? ¡Cuéntame!

—El caso es... —comenzó Pedro— que esta tarde ha sucedido algo muy extraño. Y quería conocer tu opinión. Ya he avisado a la Policía, pero...

—Suelta ya lo que sea, ¡que me tienes en ascuas! —respondió Perdoma—. ¿Qué ha sucedido?

—Pues, verás. Esta tarde nos llegó por correo la alfombra que compramos en Turquía. Ya te comenté que compramos una. El caso es que teníamos prisa, porque habíamos quedado con Agustín, Carmen y unos amigos en La Laguna, y ya sabes lo que es Pilita para el tema de la puntualidad, ella es de puntualidad alemana. Yo quería abrirla y comprobar que todo estaba en orden, pero ella insistió en que lo primero era lo primero. Como teníamos el certificado de compra y conocemos a la cónsul de Turquía, pensé que si surgía algún problema lo podríamos resolver fácilmente. Total, que nos fuimos.

—Continúa —apremió Perdoma.

—Bien, pues fuimos a la cita. Pasamos la tarde de tascas por La Laguna y al regresar a casa advertimos que alguien había entrado trepando por el entramado de la parra a través de una de las ventanas del piso de arriba.

—¡Qué me dices!

—El caso es que no se llevaron nada. Nada de nada. Lo único que hicieron es desembalar la alfombra, pero tampoco se la llevaron ¡Y eso que nos costó un pastón!

—¿Me estás diciendo que alguien entró en tu casa sólo para tomarse la molestia de desembalar una alfombra?

—¡Exactamente! ¿No te parece extraño?

—Sinceramente, sí. Pero ¿has comprobado todo? ¿No te falta nada?

—Que yo sepa, nada de nada. Y ni siquiera la propia alfombra. Oye, Perdoma, ¿no podrías darte un saltito hasta aquí y ver todo? Pilita está intranquila y teme que puedan volver.

—Pero dices que has avisado a la Policía, ¿no?

—Sí, pero no es lo mismo. Anda, hombre, todavía es temprano y tenemos tortilla española, boquerones en vinagre y una ensalada.

—De acuerdo, Pedro —dijo Perdoma—. Ahora voy para allá.

Perdoma cogió la americana que había arrojado sin más ni más sobre una silla y salió de la casa.

Anocheecía cuando salió de la autopista en el Padre Anchieta y se aproximó a la casa de Pedro y Pilita.

—¡Pasa, Perdoma! La cena está a punto.

—Vale, pero de lo otro ¿qué? ¿No me habrás hecho subir aquí para nada?

—No, no, pasa. Mira el cuarto. Está tal como lo encontramos. Ahí tienes la alfombra, la caja, todo. Ahora te enseño la ventana. De todas formas, la Policía ya la ha examinado. El intruso trepó por el entramado que soporta la parra y los barrotes de la ventana de la cocina. Cortó limpiamente el cristal de la ventana de arriba y entró por allí. Hay alguna huella de pisadas, pero nada más.

Pilita bajó las escaleras, se acercó y saludó a Perdoma. No obstante, Perdoma casi no la veía. Contemplaba como embobado la caja del embalaje.

—¿Dónde he visto yo una caja igual? —se preguntó en voz alta—. Ha sido hace poco y estoy seguro de haber visto la misma caja.

Sus anfitriones lo miraron en silencio.

—¡Ya recuerdo! —chilló—. En el correo, en la habitación de ese tipo que encontraron muerto en Gran Canaria. En el salón había una caja igual. Y él estaba sobre una alfombra. Sí, sobre una alfombra más o menos como ésta.

—¿De qué tipo hablas? —inquirió Pedro.

—¿No has visto hoy las noticias?

Pedro negó con la cabeza.

—Sólo llegué a tiempo de ver el parte meteorológico y los deportes.

—Hoy han informado de la muerte de un hombre en Gran Canaria, en su casa, que había sido forzada. Yo recibí ayer un correo y una fotografía del hecho. Estoy completamente seguro de haber visto una caja igual y una alfombra igual.

—Parece una coincidencia, ¿no? —comentó Pedro—. Es posible que te equivoques.

—No lo creo —contestó Perdoma—. Pero voy a ir para confirmarlo.

—Yo te acompaño —agregó Pedro.

—De acuerdo —aceptó Perdoma.

—Pues, yo no me quedo aquí —dijo Pilita, introduciendo la cena en unas fiambreras—. Quiero saber qué está pasando.

—Veamos primero por dónde entró y si podemos averiguar algo.

Perdoma, seguido de Pedro y Pilita, salió al exterior y recorrió todo en busca de alguna pista.

—La Policía ya lo comprobó todo —comentó Pedro—. Hay sólo dos huellas de pisadas en el jardín. En el resto no se puede apreciar nada, porque el suelo está embaldosado. Tampoco encontraron huellas dactilares. Trepó por aquí y penetró por aquella ventana —señaló Pedro.

Perdoma registró todo sin encontrar detalles relevantes. Después subió al piso

superior y observó la ventana.

—¡Un corte limpio! —exclamó, observando el cristal desprendido del marco.

Ni la habitación superior, ni la escalera, ni el salón dónde se hallaba la alfombra arrojaron más luz sobre el caso.

—Se trata de alguien muy hábil —mencionó Perdoma—. Entró y salió sin dejar rastro. Será mejor ir a comprobar lo de la caja. Mañana recogeré la alfombra e interrogaré a los vecinos por si hubiesen visto o escuchado algo.

En pocos minutos los tres abandonaban la casa y descendían apresuradamente hacia Santa Cruz.

Perdoma abrió la puerta de su casa y se dirigió al ordenador. Lo encendió y señaló el correo.

Tres rostros expectantes contemplaban la pantalla. Cuando Perdoma dio con el correo en cuestión y la imagen apareció en el monitor, Pedro y Pilita exclamaron al unísono:

—¡Si es Hacomar! ¡Vino con nosotros en el viaje!

—¿Lo conocen? —preguntó—. Pero miren, ahí está la caja ¿es o no es igual?

—Sí, es la misma caja —reconoció Pedro—. Pero no me puedo creer que Hacomar haya muerto. Era un hombre tan lleno de vida, tan animado...

—Yo tampoco —intervino Pilita—. Con lo divertido que era...

Perdoma interrumpió los recuerdos y fue al grano.

—Aquí está sucediendo algo extraño. Tú me llamas para comunicarme que han entrado en tu casa con el único objetivo de desembalar una alfombra. Aquí tenemos un muerto, que estuvo contigo en el viaje, sobre una alfombra igual. ¿Qué conclusión sacamos de ello? ¿Puede haber más allanamientos o más muertos? ¿Quién más compró alfombras?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pedro—. ¿Piensas que estos dos hechos están relacionados?

—¿Qué opinarías tú? ¿Blanco y en botella?

—No sé que decirte, Perdoma. Quizás te estás precipitando.

—Algo raro está ocurriendo y tiene mucho que ver con las alfombras turcas y tu viaje a Turquía. Así que dime quién más compró alfombras. Es posible que podamos impedir nuevas víctimas.

—Perdoma, no te sigo. No sé de qué estás hablando. ¿Qué tiene que ver el viaje a Turquía y las alfombras con este asunto?

—No sé lo que hay detrás de todo esto, pero estoy seguro de que hay algo. Habla. ¿Quién más compró alfombras?

—No estoy seguro. Nosotros queríamos comprar una, ya lo habíamos decidido antes de ir. Cuando terminó la exposición, nos levantamos y nos dirigimos a una alfombra que habían mostrado al principio y estaba oculta por otras más. Los empleados, advirtiendo nuestro interés, nos trasladaron a otra habitación y nos mostraron la alfombra solicitada y algunas similares. Ignoro lo que hicieron el resto

de visitantes. Sé que Hacomar compró una porque nos lo comentó, pero no sé de más gente.

—¡Piensa! ¡Recuerda! —lo instó Perdoma—. ¿Hubo alguien más que comprase alfombras?

—Perdoma, en este viaje tratamos poco con la gente. Eran sólo cuatro días de circuito y tres en Estambul. Allí estuvimos cada uno en un hotel diferente. Cada uno contrataba las excursiones que quería o iba por su cuenta. Es diferente a cuando fuimos a Croacia o a Praga. Allí el circuito duraba ocho días. Tuvimos más contacto, correos, incluso tuvimos una reunión como en la serie televisiva, esa de los vecinos para protestar por las condiciones del viaje y el hotel en Praga. Conocimos a dos parejas de Gran Canaria, muy simpáticas, que...

—¡Déjame de viajes y de gentes! Te estoy hablando de este viaje a Turquía. ¿Quién más compró alfombras? —Perdoma se encaró con Pedro, y Pilita intervino:

—Creo que otro matrimonio de Gran Canaria compró otra alfombra. Bueno, no una alfombra como ésta, era más pequeña, para colgar en la pared. Nos lo comentaron un día que comimos juntos. Fue una comida estupenda. Nos reunimos todos los canarios. Eran tres parejas de Gran Canaria, una de Tenerife y nosotros. Nos juntamos doce canarios y Hacomar... —Pilita hizo una pausa—, dijo que habría que poner un cartel que dijera Mesa de Canarias. Lo pasamos tan bien...

—Por favor, Pilita, vete al grano. ¿Qué sabes de esa gente? ¿Sabes cómo se llaman? ¿Dónde viven?

—Ella se llamaba Pino y él...

—Él se llamaba Jesús —añadió Pedro—. Hablaron de que tenían un restaurante por el sur, en Playa del Inglés. No, ¡en Maspalomas!

—¿Sabes los apellidos?

—Ni idea —respondió Pedro.

—¿Puedes describirlos?

Pedro soltó una exclamación negativa.

—No recuerdo mucho. Si los volviera a ver los reconocería, pero así...

—¡Espera! —chilló Pilita—. Yo tengo por lo menos una foto suya: la que nos hicimos todos en el aeropuerto y quizás alguna más. Y tengo aquí el pedrive con varias de ellas que pensamos imprimir.

Pilita rebuscó en el bolso hasta dar con el objeto. Se lo pasó a Perdoma y éste lo conectó al ordenador. Fue pasando las fotografías hasta que Pilita gritó: ¡Ahí están! Son esos del centro en la segunda fila.

—Voy a enviar inmediatamente un mensaje a Gran Canaria con toda esta información. A ver si los localizan.

—¿Crees que puedan estar en peligro? —preguntó Pedro con preocupación.

—Mira lo que le pasó a ese Hacomar, y ustedes tuvieron suerte de no estar en casa ¡Quién sabe si no, lo que pudiera haber pasado!

—¿Tú crees que estamos ante un maniaco que persigue a gente que ha adquirido

alfombras?

—No, más bien me inclino a pensar que nos hallamos ante alguien que busca algo oculto en una alfombra, pero no sabe en cuál. Si lo que fuera estaba en la vuestra no actuará más, pero en caso contrario...

—¿Y qué puede esconderse en las alfombras?

—¡Quién sabe!

—Por otra parte —comentó Pilita—, esa alfombra no se encuentra en Gran Canaria sino en Tenerife. Según me dijo Pino, era un regalo para su hija, que vive aquí.

—¿Sabes dónde vive su hija?

—Sólo sé que debe de vivir en el Sur. En Arona o Adeje. No sé, ya no me acuerdo.

—En ese caso, la que puede estar en peligro es ella —dijo Perdoma—, pero habrá que localizarla a través de sus padres.

Perdoma se comunicó con la Comandancia de Las Palmas e informó de todos los sucesos, que creía relacionados, haciendo hincapié en la urgencia del caso y en averiguar la dirección de la hija de Jesús y Pino.

—Bien —comentó Perdoma al cabo de un rato—. Cuando sepan algo, me llamen. Mañana recogeré la alfombra para analizar posibles restos de algún material. No la toquen para nada.

—Descuida, Perdoma —dijo Pedro.

—Por ahora no podemos hacer nada más.

—Será mejor que cenemos un poco y nos vayamos a descansar —propuso Perdoma.

Pedro y Pilita estuvieron de acuerdo.

—Mañana iré a recoger la alfombra y la caja para analizar. Es posible que haya restos de algo.

—Como quieras —dijo Pedro—, pero mañana estamos en alerta. ¿No escuchaste las noticias?

—¿Qué tipo de alerta? —preguntó Perdoma.

—Pues viento, lluvia, oleaje. Parece que se debe a una tormenta tropical desviada. No sé si será fuerte o no, pero desde lo del Delta, enseguida decretan alerta. Puede que no sea nada, pero nunca se sabe.

—Bueno, sea lo que sea, esto es prioritario, así que subiré.

—Entonces, ¡hasta mañana!

—¡Nos vemos! —agregó Perdoma.

Capítulo 40

Adeje. 1 de noviembre de 2012

Juscelino salió a la calle de Los Molinos, satisfecho con el mapa embutido en su mochila.

«Por fin di con él. Bien es cierto que a la tercera va la vencida. Me costó, pero lo logré. Ahora iré al aeropuerto y tomaré el primer vuelo que salga hacia Madrid. De ahí a Lisboa y Brasil. Estoy empapado en sudor, ¿será la tensión?».

Juscelino sacó un pañuelo y se enjugó la cara y las manos.

«Hace un calor insoportable. He acumulado tensión, pero no para tanto. Debe ser esta isla y el calor del Sur».

Se dirigió al coche, aparcado unos metros más allá de la casa, y entró. Se despojó de su americana y tomó el teléfono móvil. Marcó los dígitos y escribió un escueto mensaje a don Fabio: Todo OK. Después le dio a la tecla de enviar.

«Don Fabio estará orgulloso de mí. Ya tiene lo que quería. Y me gratificará con una buena pasta. Me podré permitir unos cuantos caprichos hasta el próximo encargo».

Arrancó el coche y circuló por las calles de Adeje en dirección a la autopista del Sur. De allí al aeropuerto, la distancia era corta.

«En un salto me planto allí, consigo un vuelo y de aquí enseguida en Madrid y después a casa. ¡Qué ganas!».

Capítulo 41

Santa Cruz de Tenerife. 1 de noviembre de 2012

Faltaban unos quince minutos para las siete de la mañana cuando Perdoma se despertó sobresaltado por el sonido del teléfono. Maquinalmente echó mano del despertador y lo apagó. Sin embargo, los sonidos persistían. Entonces cayó en la cuenta del teléfono, de las noticias que esperaba, y se abalanzó hacia él.

El matrimonio que necesitaba encontrar en Maspalomas, había sido localizado y abordado a su llegada al negocio. Informado sumariamente de los hechos, les habían facilitado la dirección de su hija en Adeje. Perdoma tomó nota y colgó. A continuación, se puso en contacto con el puesto de la Guardia Civil en Adeje, dio las instrucciones pertinentes para que se presentasen de inmediato en el domicilio, se vistió apresuradamente, tomó un café y descendió al garaje. Hacía un calor pegajoso, un bochorno desacostumbrado en Santa Cruz por esas fechas. El viento mecía las hojas de las palmeras y mucha hojarasca danzaba en remolinos por las calles. Perdoma recordó lo de la alerta. No obstante, cogió el coche y salió zumbando hacia la autopista del Sur. Iba dándole vueltas a la cabeza. Sabía la dirección, pero con las prisas no había esperado a saber si la muchacha estaba sana y salva.

«¿En qué estaría yo pensando?», se recriminó. «Pero, bueno, mientras voy para allá voy ganando tiempo. No voy a parar ahora para averiguarlo. Lo primordial es llegar allí cuanto antes».

Circulaba impaciente por la TF-1, entre tierras áridas, salpicadas a intervalos por pueblos más o menos extensos y un mar azulado, ondulado por olas rematadas con crestas blancas, que cada vez se tornaba más encrespado. El trayecto se le hizo largo y no consiguió obtener más deducciones que a las que había llegado la noche anterior. Confiaba en que esta visita arrojará más luz sobre el caso y, por encima de todo, confiaba y deseaba encontrar viva a la muchacha.

El viento arremolinaba con fuerza cuando entró en Adeje. Perdoma observó el desplazamiento de algunos contenedores, ramas de árboles caídas y objetos diversos revoloteando por las calles. Pasó ante el edificio del Ayuntamiento y prosiguió hasta alcanzar la calle de Los Molinos. Fue siguiendo la numeración hasta llegar al número indicado. Un coche de la Guardia Civil estaba aparcado dos casas más allá. Perdoma descendió de su vehículo y entró precipitadamente en el portal, que estaba abierto. Ascendió al primer piso. Una de las puertas que se abrían al rellano estaba entornada. Perdoma la empujó y penetró en el interior. Escuchó voces procedentes de una habitación situada a su izquierda y se dirigió hacia allí.

Una joven de unos veintitantos años se retorció nerviosamente las manos, sentada en una silla junto a una ventana. Dos agentes de la Guardia Civil en pie ante una mesa dirigían un interrogatorio.

Cuando Perdoma entró y se presentó, los guardias callaron.

—¿Eres la hija de Jesús y Pino? —preguntó Perdoma en primer lugar.

—Sí —respondió la joven.

—¡Gracias a Dios! —Exclamó Perdoma—. ¡Hemos llegado a tiempo!

—Yo acabo de regresar del trabajo —habló la joven con voz temblorosa—, y me encuentro a la Guardia Civil en casa. Comienzan a hacerme preguntas y yo no sé...

—Tranquila —comentó Perdoma—. No pasa nada. Vamos a ir por partes. Ahora te voy a explicar todo, pero antes necesito que me respondas a unas preguntas.

La joven lo contempló con ojos interrogadores.

—Dices que acabas de llegar del trabajo, ¿no es así?

—Así es —respondió la interpelada—. Trabajo de auxiliar de enfermería en el hospital y hoy me tocó hacer el turno de noche.

—¿Recibiste ayer una alfombra de Turquía?

—Pero ¿qué les pasa a todos con la alfombra? ¿Qué tiene que ver para que se presenten así como así?

—Por favor, se trata de una pregunta importante. ¿La recibiste o no?

—Sí, llegué ayer. Yo ya me iba para el trabajo, así que la dejé estar.

—¿Quieres decir que no la desembalaste?

—No, no la desembalé. No me daba tiempo.

—¿Y? —preguntó Perdoma—. ¿Dónde está ahora? ¿Está en su embalaje o está abierta?

—Abierta...

—Lo suponía —añadió Perdoma—. No es el primer caso.

—¿No es el primer caso? —preguntó la joven.

Perdoma pasó a referirle brevemente los sucesos anteriores que habían tenido que ver con las alfombras, mientras la joven lo escuchaba de hito en hito. Cuando llegó a la muerte de Hacomar, la muchacha palideció como un cadáver, pensando en que se había librado por los pelos.

—¿Dónde está la alfombra? —inquirió Perdoma.

La joven se levantó y salió al pasillo. Al poco rato regresó con un fardo en las manos.

—No se trata de una alfombra propiamente dicha —dijo—. Es una alfombra para enmarcar, para colocar a modo de cuadro. —La muchacha la desplegó en el suelo. Perdoma se vio atraído por el vivo colorido que emanaba, la suave textura que dejaba traslucir y un remate perfecto, como una obra de arte.

—Es fascinante —murmuró.

La joven prosiguió:

—Cuando llegué esta mañana, encontré la alfombra fuera de su caja.

—¿Has echado de menos alguna cosa? —continuó Perdoma.

—No, que yo sepa no se han llevado nada, ni siquiera la alfombra. Pero cuando llegué, estaba extendida y me sorprendió. Enseguida vinieron los agentes y...

Perdoma se acercó a la ventana, pero ésta estaba bien asegurada.

—¿Puedo ver las otras ventanas? Quiero saber por dónde entraron.

—¡Oh! No lo hicieron por las ventanas, sino por la puerta. Cuando llegué la puerta estaba forzada —dijo la hija de Pino y Jesús.

—¿Y la caja? La caja del embalaje, quiero decir —prosiguió Perdoma—. ¿La puedo ver?

—¡Por supuesto! —respondió la chica.

Segundos después, compareció portando una ligera caja de cartón, similar a las que Perdoma ya conocía, pero de menor tamaño.

—¡Bien! —manifestó—. Me llevaré por el momento la alfombra y la caja como pruebas. Pero antes me gustaría conversar un poco con los vecinos, por si hubiesen visto algo —Perdoma indicó a los agentes que hicieran otro tanto y preguntasen a los vecinos de las casas próximas—. Yo me ocuparé de ésta —les aclaró.

Dicho y hecho. Perdoma salió al rellano y tocó el timbre de la otra puerta.

Una anciana con los cabellos recogidos por multitud de trabas y un delantal que cubría la mayor parte de su blusa y la falda en tonos grises, entreabrió la puerta, contemplándolo con sus ojos grises detrás de unas lentes.

Perdoma exhibió el documento de capitán de la Guardia Civil y la puerta se abrió de inmediato.

—¿Qué se le ofrece? —quiso saber la anciana.

—No sé si se habrá enterado, pero han entrado ladrones en la vivienda de al lado. Y me estaba preguntando si usted, por casualidad, no habrá notado algo.

—Ayer estuve invitada a cenar en casa de mi nieta. Me quedé allí a dormir y me han traído esta mañana antes de ir al trabajo. En el poco tiempo que llevo aquí no he visto ni oído nada extraño, excepto a ustedes.

—Muchas gracias, señora —dijo Perdoma—. Perdona la molestia, pero estoy cumpliendo con mi deber.

—No se preocupe, joven. Siento no poder ayudarlo —añadió la anciana, cerrando la puerta de inmediato y asegurándola con una cadena, como si creyera que ella iba a ser la próxima víctima del ladrón.

Perdoma preguntó en el piso de arriba, pero también sin éxito. Una mujer declaró haber escuchado unos ruidos de madrugada, pero no pudo concretar la hora y pensó que era Noelia, la joven, a su regreso del trabajo.

Perdoma bajó a la calle. Divisó a uno de los agentes dirigiéndose a un domicilio cercano y lo llamó:

—Yo me voy ya para Santa Cruz, tengo varias cosas que hacer. Pregunten por todo el barrio y cualquier información me la comunican. ¿Entendido?

—Por supuesto, mi capitán.

Perdoma montó en el coche y emprendió el camino de regreso. El temporal se agudizaba y él se aferró al volante. Conectó la radio. Había muchas interferencias. Sin embargo, llegó a escuchar que el temporal iba en aumento. Se habían cancelado las comunicaciones tanto aéreas como marítimas.

«¡Algo es algo! Por lo menos estoy seguro de que el individuo no puede abandonar la isla. Pero necesitaré apresurarme para encontrarlo. La alerta no durará muchos días. Lo primero que haré es pasar por casa de Pedro y recoger la alfombra. Las llevaré al laboratorio a ver si arrojan alguna luz de lo que contuvieron en su interior. También hay que interrogar a los vecinos. ¡Si por lo menos tuviera una descripción de ese tipo! Tengo que hablar con Las Palmas a ver lo que han averiguado. Y con Turquía; no estaría de más que la Policía se pasara por ese taller de alfombras».

El vendaval desplazaba el coche en que viajaba Perdoma y éste aminoró la velocidad. Los árboles que bordeaban la autopista se inclinaban cada vez más peligrosamente. Una chapa metálica pasó a gran velocidad por encima de él. Rocas y piedras de todos los tamaños rodaban por las laderas. A su derecha, las olas cada vez más gigantescas se estrellaban con fuerza sobre la costa.

Siguió adelante por una autopista que iba vaciándose de vehículos conforme se endurecían las condiciones climatológicas. A la altura de Añaza, tomó el desvío que enlazaba con la autopista del Norte. Cuando aparcó frente a la casa de Pedro y Pilita, el viento se había transformado en un torbellino que envolvía todo y gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer con fuerza.

Tocó el timbre y entró en la casa calado hasta los huesos.

—¡Pero, Perdoma! —dijo Pilita con sorpresa—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir con la que está cayendo?

—Vengo por la alfombra y la caja. ¿Puedo pasar?

—¡Naturalmente! ¡Pasa, pasa! Te traeré una toalla para que te seques.

—Vengo del Sur —comentó Perdoma.

—¿Y? —preguntó Pilita.

—Llegué a tiempo —respondió Perdoma—. Bueno, a tiempo para la chica. Habían entrado en la casa y la alfombra había sido abierta.

—¡Menos mal que llegaste a tiempo! No quiero ni pensar en que pudiera estar muerta. ¿Tienes alguna pista? ¿Algún sospechoso?

—Nada por ahora —respondió Perdoma—. La Guardia Civil de Adeje sigue buscando algún indicio, algún testigo, lo que sea. Si no se vendieron más alfombras, nuestro hombre tiene lo que buscaba y se largará en cuanto pueda.

—Pero ahora no puede, ¿cierto? Escuché que han suspendido los vuelos y los transportes marítimos.

—¡Exacto! Eso nos da un poco de tiempo, pero no mucho. En fin, me llevo la alfombra con la caja y haré otras gestiones que tengo en mente. Si se te ocurre algo, avísame en el acto.

—Por supuesto —respondió Pilita.

—Y ¿Pedro?

—En el trabajo. Ya sabes que eso es como la funeraria, no cierran nunca o, mejor dicho, no abren nunca.

—Ustedes conocían a la cónsul de Turquía, ¿verdad?

—Sí —contestó Pilita—, la conocemos. Si necesitas algo de ella, Pedro te puede dar su teléfono.

—Gracias, Pilita, y recuerda, llama si se te ocurre algo por insignificante que parezca.

—De acuerdo, Perdoma. Haré lo que pueda.

—Gracias. Necesito toda la ayuda posible para poner esto en claro.

—¡Llévate la toalla o un paraguas! ¡Menudo palo de agua que está cayendo!

—No te preocupes. En casa me doy una ducha caliente y me cambio de ropa.

Perdoma caminó bajo una catarata hasta llegar al coche. El agua de lluvia fluía por la calle como un río y sus pies pronto chapotearon dentro de los zapatos. El parabrisas estaba cubierto de ramas de buganvilla y adelfas desgajadas de los jardines de las casas vecinas. El viento silbaba con fuerza y arrastraba todo lo que encontraba en su camino.

Puso el coche en marcha y descendió con prudencia hacia Santa Cruz. Chorreando de pies a cabeza, se dirigió a la sala de laboratorio y entregó las alfombras con sus embalajes.

—¡Urgente! —pidió—. Busco las huellas de un objeto ocultado en estas alfombras o cajas. Necesito saber, cuanto antes, de qué objeto se trata.

El guardia se lo quedó mirando por unos momentos. Perdoma había irrumpido en la habitación como una imagen fantasmagórica que emergía de las aguas. Todo él chorreaba agua en abundancia y se iba formando un enorme charco a sus pies. Sin embargo, el encargado del laboratorio se limitó a acatar la orden y asentir.

Perdoma subió a su casa y se despojó de sus ropas húmedas. Entró en calor con el agua caliente de la ducha y, ya vestido con ropa seca, corrió al teléfono.

Capítulo 42

Aeropuerto Reina Sofía. 1 de noviembre de 2012

Juscelino se paseaba nervioso por las salas del aeropuerto. Todos los vuelos habían sido cancelados debido al fuerte temporal. También se había enterado de que las comunicaciones marítimas se habían interrumpido hasta nueva orden.

—¿Hasta cuándo? —había preguntado.

—No se sabe —le respondieron—. La tormenta está arreciando fuerte. Habrá que estar pendiente de los partes meteorológicos, así como de los comunicados de los Servicios de Seguridad y del Cabildo. Pero como pronto, hasta pasado mañana no creo que salga ningún vuelo.

«¡Estoy atrapado ahora que ya lo tenía! ¿Y si alguien me ha visto? ¿Y si me registran y me encuentran el dichoso mapa? El tenerlo en mi poder representa un peligro para mí. Será mejor que hable con don Fabio. No puedo ir cargando con este objeto».

Juscelino se retiró a un lugar apartado de la zona de embarque, que se hallaba prácticamente desierta, y marcó el número de su cliente.

—¡Hola, Jus! —saludó alegremente don Fabio, ajeno todavía por completo al temporal que se abatía sobre la isla—. ¿Qué vuelo tomas? Enviaré un coche a recogerte cuando me comuniqués la hora de llegada, aunque sea estimativa. Estoy deseando verte de nuevo.

La ansiedad agarrotaba a Juscelino y las palabras se negaban a salir de su garganta.

—¿Me recibes? ¿Pasa algo?

—¡Don Fabio! —consiguió por fin pronunciar—. ¡Estoy atrapado!

—¿Qué quieres decir? —preguntó éste—. ¿No me dijiste que salió todo bien? ¿No tienes el objeto?

—Sí, lo tengo. Pero estoy atrapado —reiteró Juscelino—. Resulta que se ha desviado una tormenta tropical y ha venido a parar aquí. La isla es un caos y se han interrumpido todas las comunicaciones. Es imposible salir. ¿Qué voy a hacer? No se sabe cuándo se reanudarán. No salen aviones ni barcos. Estoy aquí empantanado y con el objeto. Tengo miedo de que alguien me haya visto. Además ya sabe lo que tuve que hacer en Gran Canaria. Y si me encuentran en posesión de esto...

—Tranquilo, Jus. En primer lugar, no pierdas la calma. Sólo se trata de una pequeña demora. La cosa ha salido bien y no tiene por qué estropearse. Esto son circunstancias naturales, y no podemos hacer frente a las fuerzas de la Naturaleza, pero son pasajeras. No durarán mucho. Tú mantente tranquilo. Conserva la calma. Nadie tiene por qué sospechar de ti.

—No estoy tranquilo, don Fabio —insistió Juscelino—. Todo ha salido tan bien hasta ahora, pero me ha creado mucha tensión y...

—Vamos a hacer una cosa —dijo don Fabio—. Dirígete a las taquillas del aeropuerto. ¿Sabes dónde están?

—Sí —respondió Juscelino—. Las estoy viendo allí al fondo.

—Bien, bien —prosiguió don Fabio—. Vele hasta ellas y guarda el objeto allí.

—De acuerdo —añadió Juscelino, encaminándose hacia el lugar indicado—. Ya estoy junto a ellas.

—Bien, ahora abre una e introduce el objeto.

Juscelino seguía las indicaciones como un autómata.

—¿Está ya? —preguntó don Fabio.

—Sí —respondió Juscelino.

—¿Qué número es? —interrogó don Fabio.

—¿Qué número? El 36 —respondió Juscelino.

—Muy bien, Jus. Ahora lo memorizas, quitas la identificación de la llave y regresas tranquilamente al hotel. Allí te relajas y pasas estos días como si fueran unas vacaciones. ¿Cómo lo ves?

—Creo que ahora lo veo mejor.

—¿Verdad? Ahora ya estás más tranquilo. Nadie puede implicarte con nada. Deja el aeropuerto y coge el coche. Ve despacio hacia el hotel. Yo te llamaré más tarde. ¿Te parece bien?

—Sí, don Fabio. Me parece bien. Ahora me siento mejor. Seguiré sus indicaciones.

—¡Estupendo! Ahora vete y descansa. Te telefonaré más tarde. ¡Hasta luego, Jus!

—¡Hasta luego, don Fabio!

Juscelino se dirigió al coche en medio de una lluvia torrencial y se puso en marcha con precaución hacia Santa Cruz.

Capítulo 43

San Cristóbal de La Laguna. 1 de noviembre de 2012

Pilita se calzó unas botas de goma altas y gruesas de color verde, como las que se pondría cualquier campesino para regar la huerta. Se abrigó con un suéter grueso y se envolvió en un trozo de lona impermeable, que había sobrado del toldo. De esta guisa salió de casa cuando caía una gruesa tromba de agua. Se dirigió en primer lugar hacia la derecha, a la casa donde vivía Rita, la compañera de estudios de su hija. Pilita preguntó sobre los sucesos de la tarde anterior, pero no le pudieron proporcionar detalle alguno. Pasó después a la casa de enfrente. Never, un enorme perrazo, le dio la bienvenida, pero sus dueñas tampoco pudieron aportar información al respecto. A continuación, tocó en la siguiente casa. Su vecina Isabel se la quedó mirando con asombro.

—¡Pasa, pasa! —la apremió—. ¿Cómo vienes con este tiempo?

—No —respondió Pilita—, no quiero manchar.

—No te preocupes por eso. ¡Mira toda el agua que está entrando por la puerta!

—Bueno, pero sólo hasta la entrada.

—Como quieras —dijo Isabel—. El caso es que me alegro de verte, quería comentarte algo.

—¡Dime! Yo también vengo a comentarle algo.

—Resulta que ayer me pareció ver a alguien en tu jardín. Ya sabes que desde mi casa veo todo el patio. Pues vi a alguien donde la parra. Al principio pensé que se trataba del jardinero...

—¿Viste a alguien en mi patio? ¿Cómo era? ¿Por qué pensaste que era el jardinero? ¿A qué hora?

—Poco a poco, que no soy una máquina. Vi a alguien parecido a Tomás, el jardinero. Parecía estar haciendo algo por la parra. ¿La hora? Serían las seis y pico, tal vez las siete. Ya no se veía mucho, pero se parecía a él. Por eso no me preocupé en un principio.

—¿Y luego? ¿Luego te preocupaste? ¿Por qué? —preguntó Pilita.

—Luego lo divisé cuando salía de la casa y me di cuenta de que no era Tomás. Pero no llevaba nada, por eso pensé que no era un ladrón. No obstante, le pregunté qué hacía allí.

—¿Qué te contestó?

—Dijo que era un amigo, que había quedado aquí, pero como no estaban se iba.

—Pero si no estábamos, ¿cómo entró?

—No caí en eso. Como no se llevaba nada —repitió Isabel.

—¿Cómo era?

—¿Cómo era? Ya te lo dije. Se parecía a Tomás, alto, delgado. No se veía mucho, ya sabes que esta farola está fundida. Se fue hacia un coche blanco que tenía

aparcado un poco más arriba de la calle allá y desapareció.

—¿Te fijaste en la matrícula o en la marca del coche?

—Te acabo de decir que casi no se veía. Sólo sé que era blanco. Lo único que te puedo decir es que hablaba con un acento extraño.

—¿Extraño? —inquirió Pilita—. ¿Quieres decir que no era canario? ¿Tal vez peninsular o extranjero?

—Era de la Península, pero tenía un acento muy cerrado. Me recordó a una compañera que tuve en el trabajo y era de Galicia, creo o de Portugal.

—¿De Galicia?

—Sí, pero muy cerrado. No le entendí mucho, limitaría con Portugal.

—Bueno, Isabel, muchas gracias. Si recuerdas algo más, me lo dices. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero ¿te vas a ir ahora con la que está cayendo?

—Sí, total sólo es cruzar la calle. ¡Nos vemos!

—¡Nos vemos! —respondió Isabel.

Pilita visitó otras casas de vecinos, pero no obtuvo más información. Chorreando a mares, ya que la lona era incapaz de contener la enorme cantidad de agua que estaba cayendo, regresó a casa.

Después, vestida con ropa seca, telefoneó a Perdoma y le dio cuenta de las últimas novedades.

—Es un punto de partida para trabajar, pero es tan poco...

—Es lo que he podido conseguir —comentó Pilita—, ¡y con la que está cayendo! Te he evitado un viaje y un montón de preguntas.

—Sí está muy bien —respondió Perdoma—, pero reconoce que es una descripción muy vaga. Necesitamos más datos.

—Intentaré obtener más información pero, excepto Isabel, nadie parece haber advertido nada. Volveré a visitarla por ver si recuerda algo más. ¿Hablaste con Pedro? ¿Te dio el teléfono de la cónsul? ¿Hablaste con ella?

—Sí, hablé con todos. Ahora estoy esperando que me llame. Va a hablar con la embajada para que se ponga en contacto con las autoridades turcas.

Capítulo 44

Autopista del Sur. 1 de noviembre de 2012

Juscelino subió al coche estacionado en los aparcamientos del aeropuerto y se encaminó de nuevo hacia la autopista que conducía hasta Santa Cruz. Libre ya de la tela que lo comprometía, iba más tranquilo, pero la tormenta lo obligó a parar en un par de ocasiones.

«No veo nada. Voy a tener un accidente. El limpiaparabrisas no puede con esta tromba de agua y todos los cristales se están empañando. Nunca pensé que algo así aconteciera por estas latitudes».

Juscelino prosiguió despacio por una autopista fantasma, donde apenas circulaban vehículos y donde ya no se reconocían las líneas que separaban los carriles. Las hojas de las palmeras plantadas en los arcenes se balanceaban peligrosamente, rocas terrosas se precipitaban por las laderas arrastrando otros materiales hasta la carretera. Trataba de esquivarlas mientras observaba con preocupación cómo oscilaban las señales de tráfico y las torres del suministro eléctrico. A la derecha, el mar se embravecía por momentos y las gigantescas olas se erizaban con furia y se abatían despiadadamente contra la costa.

«¡Y luego hablan de las islas Afortunadas y de la eterna primavera! ¡Esto es un infierno! ¿Por qué habrá tenido que acontecer esto precisamente ahora?».

Consultaba los carteles indicadores. Deseaba con vehemencia aproximarse a Santa Cruz. Cuando a la altura de Añaza el cartel señaló seis kilómetros, respiró más relajado.

«Ya falta poco. Lo mejor es que vuelva al hotel. Nadie se sorprenderá de volver a verme. Todos los vuelos han sido suspendidos. Diré eso y descansaré en la habitación. Por lo demás, no tengo otra opción. Sacaré el mejor partido aprovechando esta demora para descansar y relajarme. Mañana o pasado, cuando mejore el tiempo, tomaré el primer vuelo que consiga y regresaré a casa. Entregaré ese dichoso mapa y asunto resuelto. ¡A vivir un tiempo hasta un nuevo encargo! ¡No está mal!».

Capítulo 45

Santa Cruz de Tenerife. 1 de noviembre de 2012

Perdoma depositó el teléfono al alcance de su mano y cuando sonó por primera vez, se hizo con él. Inmediatamente después de emitir la segunda llamada respondió:

—¿Sí? Aquí el capitán Perdoma. ¿Quién llama?

—¡Hola, capitán! Soy Sinem, la cónsul de Turquía.

—No esperaba recibir tan pronto su llamada. ¿Tiene alguna noticia?

—De momento es poco, pero ya he iniciado los trámites. Hablé con la embajada en Madrid. Las autoridades turcas están informadas de los hechos y van a hacer averiguaciones en el taller de alfombras y en la agencia de viajes que organizó el circuito.

—Muchísimas gracias —comentó Perdoma.

—Lo primero que quieren conseguir es la lista de los integrantes del grupo.

—¿La lista de los integrantes del grupo?

—Sí, porque uno de ellos tiene que ser forzosamente el que ha introducido el objeto robado. ¿Se sabe ya de qué se trata?

—No, aún no. Estoy pendiente de los análisis del laboratorio.

—Bien, cuando sepa algo comuníquemelo, por favor. Por mi parte, haré lo mismo.

—También podría ser alguien perteneciente a otro grupo o que viajara por su cuenta.

—Es posible, pero poco probable. Las alfombras estarían ya embaladas y tal vez ya de camino a la agencia de transportes. Yo he estado allí y he comprado algunas. Inmediatamente después de que el cliente se ha decidido por una, la ha firmado y pagado una señal, la apartan en otra sala y proceden a envolverla cuidadosamente. Después la introducen en una caja y escriben la dirección. A continuación, la partida es rápida.

—En ese caso... —añadió Perdoma—. No hay lugar a dudas.

—Opino que no. Por eso es importante conocer el nombre de los que formaron parte de ese circuito. Entre ellos debe de encontrarse el hombre que buscamos.

—Yo intentaré también conseguir esa lista mientras prosigo con las otras investigaciones. En cuanto tenga alguna noticia, la telefonaré.

—Bien, estaremos en contacto.

—Por supuesto y muchas gracias —respondió Perdoma.

—No hay de qué. Esto es un asunto que nos atañe a todos y debemos colaborar para resolverlo. ¡Hasta pronto! —se despidió la cónsul antes de colgar.

«Uno de los integrantes del grupo... En él se encontraban Pedro y Pilita. Seguro que ellos habían tratado con todos, los conocían en cierta manera. Convivieron durante unos días con ese tipo. Debía volver a hablar con ellos. Por otra parte, quien

escondiera algo en una alfombra en Turquía no tenía por qué ser el mismo que lo recogiera en Canarias, ¿o sí?».

Perdoma colgó el teléfono pensativo. Esperaba más llamadas. Por el momento, no tenía nada más en que trabajar sino en la lista de viajeros, pero el tiempo apremiaba.

Sonó por segunda vez el teléfono y Perdoma lo descolgó expectativo.

—Aquí el teniente Martínez, de Adeje. ¿Hablo con el capitán Perdoma?

—Sí —respondió éste—. ¡Hable!

—Se trata del caso de Noelia Ramos Pérez.

—¿Tienen más información? —preguntó expectante Perdoma.

—Poca cosa más —añadió el teniente—. Un vecino vio a un hombre entrar en la vivienda a eso de las cinco de la madrugada.

—¿Lo ha descrito?

—A grandes rasgos. Según el testigo se trataba de un hombre alto y delgado, cabello claro, pero sin llegar a ser rubio. Le estoy transcribiendo las palabras textuales. Tocó en el portero automático y se abrió la puerta. Le pareció un poco fuera de hora, pero como le abrieron no sospechó nada.

«Alto y delgado. ¡Es el mismo!», se dijo Perdoma. «Ahora sabemos que tiene el cabello claro, pero sigue siendo poco».

—Otra cosa, capitán —dijo el teniente Martínez:

—¿Sí? —preguntó Perdoma.

—La puerta de la calle fue forzada, muy limpiamente, pero forzada. Por lo que ese individuo, que llamaba al portero automático, en realidad estaba fingiendo y...

—Ahórrese las conclusiones, teniente —respondió Perdoma—, y avíseme de cualquier otra novedad que se produzca. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, capitán.

Al poco rato de colgar, se escuchó de nuevo la señal de llamada.

—Aquí Perdoma. ¿Con quién hablo?

—Soy el capitán Marrero. Le hablo desde Maspalomas. Llevo tiempo intentando comunicar, pero el teléfono daba siempre la señal de ocupado.

—He recibido otras llamadas en relación con el caso. ¿Se sabe algo más allí?

—Hemos interrogado a todos los vecinos del barrio sin obtener mucha información. El único testigo es un empleado de una frutería cercana, al que el sospechoso preguntó por la dirección de la víctima. La vivienda se encuentra próxima al restaurante, pero así como éste da a la avenida, la casa se ubica en la trasera de un callejón difícil de localizar en un primer momento.

—¿Y?

—Lo describió como un hombre de unos treinta y tantos o cuarenta años, de elevada estatura y delgado. Llevaba un sombrero bastante calado y gafas de sol. El rostro alargado y bronceado. Vestía un traje azul marino y mantenía las manos en los bolsillos, pero en una ocasión en que sacó una para señalar algo, el testigo advirtió que eran alargadas y finas. En cuanto a su voz, dice que tenía un marcado acento

peninsular, que el testigo relacionó con Galicia o próximo a Portugal.

—¿Algo más?

—Nada más —respondió Marrero—. No es mucho, pero confío en que ayude algo.

Perdoma le agradeció la información, que ampliaba un poco más la imagen del sospechoso y corroboraba que se trataba del mismo hombre que había actuado primero en Gran Canaria y luego en Tenerife. Perdoma procedió a su vez a referir al capitán Marrero lo sucedido en Tenerife y, aunque contemplaba como poco probable el hecho de que el sospechoso regresara a Las Palmas, pedía que intentasen descubrir algo más y estuviesen alerta, por si acaso.

Cuando Perdoma se levantó, tras colgar el teléfono, la lluvia caía torrencialmente golpeando con furia en los cristales de la ventana. Miró hacia el patio y contempló un panorama desolador: decenas de ramas arrancadas de cuajo flotaban en el agua que recubría el pavimento alcanzando una altura de varios centímetros. La tierra de las jardineras y parterres no podía absorber más agua y la regurgitaba acompañada de cientos de partículas terrosas, piedrecillas y hojarasca. Las alcantarillas se desbordaban. Todo estaba anegado por la incesante y torrencial lluvia.

Perdoma se dirigió a la cocina. Abrió el frigorífico y extrajo restos de comida del día anterior. Luego procedió a calentarlos en el microondas. Depositó todo en una bandeja y se trasladó al comedor. Una vez allí conectó el televisor. Comenzaba a escuchar las primeras noticias cuando la pantalla se quedó en negro. Presionó el interruptor de la luz, pero la lámpara permaneció oscura.

«¡Lo que nos faltaba! ¡Ahora sin luz!».

Se aferró a una posibilidad. Abrió la portezuela del cuadro eléctrico. Todas las palancas se hallaban en su sitio.

«¡Es un apagón! Seguramente se ha caído alguna torre o hay una avería. ¡No me extraña con la que está cayendo! Por suerte, me calenté la comida a tiempo».

Cogió un transistor a pilas que tenía en la mesilla de noche y lo llevó al comedor. Comió escuchando las noticias locales sobre el temporal. Todas las islas estaban afectadas, bien por fuertes vientos, bien por lluvia. Unas torretas de Unelco habían caído en Güímar, lo que ocasionó cortes del suministro eléctrico. No se sabía cuánto tardarían en repararse. Muchos oyentes llamaban informando del estado del tiempo en su municipio. Todo era catastrófico.

«Bueno, eso me da más margen. No hay mal que por bien no venga. Pero el temporal no va a durar eternamente. Tengo que apresurarme a ver si puedo dar con la clave de este asunto. Después de comer, telefonaré a Pedro y me pasaré por allí. Necesito información sobre ese viaje y los integrantes del grupo. Espero que ellos hayan notado algo anómalo. También estoy pendiente de los resultados que arroje el análisis de las alfombras y las cajas en el laboratorio, sobre todo la de Noelia. En esa debía estar el quid de la cuestión. Si sabemos lo que contuvieron, daríamos un paso más».

Perdoma telefoneó a la Comandancia de la isla vecina para obtener más información sobre el caso de Hacomar y comunicar a su vez las investigaciones que se estaban realizando aquí. Después llamó a Pedro:

—¿Cómo va eso, Pedro? ¿Qué tal el tiempo por ahí?

—¿Eres tú, Perdoma? Esto está cada vez peor. El agua cae como por una catarata y estamos sin luz. El salón de tenderetes está inundado. En el comedor entra agua bajo la cristalera que da al jardín. Allí está mi hija sacando agua con una bayeta. En el cuarto de lavar está el chico achicando agua. Ha cogido el caldero grande de las garbanzas y cada dos por tres lo saca repleto de agua. Pilita y yo estamos de aquí para allá con las fregonas y no damos abasto. ¡No te lo puedes ni imaginar! Hemos llamado a los bomberos y se ha presentado la Policía Local de la sección de Medio Ambiente. Tras observar el panorama y tomar nota de los hechos, ha soltado «¡qué pobre gente!». Se han ido ya, tras darnos algunas recomendaciones que no veo muy viables. Han sugerido que hagamos un parapeto con cemento para encauzar el agua dentro del cuarto. ¿Te imaginas? ¡Se pondría todo perdido, más de lo que ya está!

—¡Vale! Ahora voy para allá. Tenemos que hablar.

Perdoma pasó primeramente por las oficinas con el fin de encargar al agente de turno la indagación sobre la lista de pasajeros del citado viaje. Después, bien enfundado en ropas de abrigo y adecuadas para el agua, descendió al garaje y montó en el coche.

Capítulo 46

San Cristóbal de La Laguna. 1 de noviembre de 2012

—¡Este Perdoma es increíble! —exclamó Pedro dirigiéndose a su mujer—. Acaba de llamar para ver como estábamos. Le he referido la situación y dice que viene para acá.

—Vendrá a ayudar, pero con el palo de agua que está cayendo no sé cómo se atreve.

—No comentó nada de ayudar, más bien dijo que venía a hablar.

—Será por lo de las alfombras. ¿Habrá descubierto algo nuevo?

—No tengo ni idea. Pronto lo sabremos. No tardará mucho en presentarse. Iré mientras tanto a buscar unas velas y una linterna. Pronto harán falta.

—Yo prepararé un poco de picoteo: cortaré unos taquitos de queso y jamón. También haré café. Seguramente le apetecerá algo caliente.

* * *

Una media hora después, Perdoma tocaba en la puerta resguardado bajo un enorme paraguas. Venía enfundado en un impermeable y calzaba unas gruesas botas hasta media pierna, que sin embargo se hallaban completamente caladas cuando entró en la casa.

—¡La calle parece un río! Me he puesto hecho una sopa —fue su saludo.

—Pasa, no te quedes ahí.

—Lo voy a poner todo perdido —replicó Perdoma.

—¡Más de lo que está! —agregó Pedro—. Trae, dame el paraguas y quítate ese impermeable calado, lo colgaré en el perchero. Te traeré unas zapatillas secas oogerás un buen resfriado. Esas botas están chorreando.

—¿Y Pilita? —preguntó Perdoma, despojándose de las prendas húmedas.

—En el otro cuarto achicando agua. Ahora la aviso. Siéntate que vengo enseguida.

A los pocos minutos comparecieron Pedro y Pilita. Entonces Perdoma reparó en sus ropas de faena, húmedas y sucias, sus botas de lluvia y sus cabellos despeinados.

—Pero ¿es en serio que estáis con inundaciones? —preguntó.

—Ya te lo dije por teléfono —dijo Pedro—. Entra agua por todos los sitios. Pero nos podemos tomar un descanso. Deja que nos aseemos un poco y enseguida estamos contigo.

Poco después se hallaban los tres reunidos frente a unas tazas humeantes de café acompañadas de unos platos de jamón y queso.

—Ahora cuéntanos qué te trae por aquí con esta tormenta. Tiene que ser algo

importante y urgente.

—Lo es —respondió Perdoma.

—¿Qué has averiguado? —inquirió Pilita—. Estoy impaciente.

Perdoma les refirió las conversaciones telefónicas que había mantenido y la observación de Sinem.

—Según eso, uno de los que viajaban en nuestra excursión ocultó un objeto en una alfombra —aventuró Pilita.

—Es más factible que pagase a algún empleado del taller para que lo escondiese —replicó Perdoma.

—Sí, bueno. Pero ¿de qué objeto se trata? Algo que quisiera sacar del país porque lo hubiese robado o algo ilegal, pero teniendo que pasar varios controles de aduanas: Turquía, Barcelona, Canarias... ¿Qué puede ser?

—Voy a telefonar al laboratorio a ver si tienen noticias. Les dije que era urgente. Ya deben de saber algo.

Perdoma marcó el número y aguardó a que respondiesen a su llamada.

—Comandancia de Santa Cruz, área de laboratorio, dígame.

—Le habla el capitán Perdoma. Esta mañana dejé unas alfombras y embalajes para analizar. ¿Han descubierto algo?

—¡Ah, las alfombras! Estamos en ello. De todas formas espere, que le paso con el alférez Trujillo. Quizás tenga algo de información.

—Capitán Perdoma, aquí el alférez Trujillo. ¿En qué puedo servirle?

—¿Ha conseguido averiguar algo de las alfombras? ¿Sabe qué clase de objeto se ocultaba en su interior o en la caja?

—Por ahora sólo hemos detectado restos de piel en la alfombra pequeña.

—Esa es la que más interesa. ¿Qué tipo de piel?

—Piel de animal, de un ciervo, un gamo, un antílope. Todavía no hemos podido concretar más.

—La piel sería lo que revistiera el objeto, como hacen en las joyerías. Tal vez se trate de una joya.

—En ese caso serían varias joyas o una bastante grande —comentó Trujillo.

—¿Por qué? —preguntó Perdoma.

—La zona de la alfombra con restos de piel abarca una superficie amplia. Exactamente 85 centímetros de largo. No se corresponde, pues, con una protección para una joya pequeña.

—¡85 centímetros! —Perdoma soltó una exclamación—. ¿Y el ancho?

—El ancho poco, unos dos centímetros y medio.

—Bien, sigan analizando. Les llamaré mañana. Si descubren algo antes, estaré localizado.

—A sus órdenes, mi capitán. Lo tendré al corriente de todo.

Perdoma colgó el teléfono y se dirigió a sus amigos:

—Ya lo han oído, de momento sólo han encontrado restos de piel con un tamaño

de 85 centímetros. Todavía no se sabe lo que habría dentro.

—Debe de tratarse de un objeto grande y estrecho —comentó Pilita—. ¿Qué podrá ser?

—Pueden ser joyas, un puñal con empuñadura... No, un puñal sería demasiado corto. Quizás otro tipo de arma, un pergamino antiguo o un tubo con droga —apuntó Pedro.

—En fin, mañana tendremos más noticias. Vamos a concentrarnos ahora en el grupo. Había alguien sospechoso.

—¿Sospechoso de qué? Se trataba de un grupo de vacaciones, de turistas.

—Alguien que hiciera algo fuera de lo normal. Alguien que se corresponda a la descripción —sugirió Perdoma—. Alguien alto, delgado, pelo castaño claro, manos delgadas, rostro alargado, habla en gallego o portugués. ¿Había algún gallego o portugués en el grupo?

—Ahora que lo dices —intervino Pedro—, había un gallego de un pueblo próximo a Portugal que podría corresponder a esa descripción. Pero era un profesor o un estudioso de arte, iba un poco por su cuenta. No le presté mucha atención.

—¡Oye, pues podría ser ese! —exclamó Pilita—. Tenía esa descripción. Era el más alto del grupo, después de nuestro hijo. Era igual que Jorge, pero más mayor: alto, delgado, manos largas, rostro alargado, cabello castaño.

—¿Igual que tu hijo?

—¿No me irás a decir ahora que sospechas de mi hijo?

—¡No digas boberías! —respondió Perdoma—. Por cierto, ¿Jorge habla gallego o portugués?

Pilita lo miró con ojos a punto de provocar chispas y Perdoma se apresuró a decir:

—¡Era una broma! Háblame del otro tipo, de ese gallego o lo que sea.

—No tengo mucho que decir. Iba solo y parecía entender de arte, pero no creo que fuese un profesor o un experto en historia.

—¿No? ¿Por qué?

—No sé, pero no daba esa impresión. Si quería estudiar algo, no escogería un viaje con un grupo organizado. Además, nunca leía las lápidas ni las inscripciones.

—¿Y eso es importante?

—Yo siempre lo hacía —respondió Pilita—. Ya he olvidado mucho el latín y el griego, pero siempre me acercaba para intentar descifrar algo.

—Eso es muy relativo —añadió Pedro—. Yo no leía tanto.

—Pero sí leías algo. ¡No me digas que no!

—Nos estamos desviando del tema —atajó Perdoma, cogiendo un trozo de queso—. Volvamos al individuo ese. ¿Notaron algo más, algo extraño? ¿Se fijaron qué hizo en el taller de alfombras?

—En el taller de alfombras sólo me fijé en la alfombra que quería comprar. Ya te dije que pasamos a una sala distinta y perdimos de vista a los demás.

—Con quien más trataba era con esa familia de Ávila, Alberto y Loly. ¿Te

acuerdas? Y sobre todo con su hermana Mercedes.

—¡Cierto! —comentó Pilita—. Iban Alberto y Loly, sus hijos y Mercedes, la tía. A veces se sentaba con él. Puede que ellos notaran algo más y tengan más información.

—¿Puedo hablar con ellos? ¿Tienes su teléfono?

—No, el teléfono no lo tenemos.

—No, pero tenemos el correo —dijo Pedro—. Nos enviaron las fotos que nos hicimos en el aeropuerto.

—¡Rápido! —gritó Perdoma—. Vamos a mandarles un correo.

—Tranquilo —dijo Pedro—. Este ordenador no funciona. No hay luz.

Perdoma hizo un gesto de decepción. Pedro continuó:

—Voy a preguntar a mis hijos. Seguro que ellos tienen batería.

Pedro desapareció escaleras arriba y regresó pronto portando un ordenador portátil.

—Dice Jorge que aún le queda una hora de batería y con esta tarjeta PCMCIA podemos conectarnos sin problemas. ¡Estos informáticos no pueden vivir sin conexión a Internet!

—Por lo que a mí y a este caso respecta —añadió Perdoma—, ¡vivan los informáticos previsores!

Pedro depositó el ordenador sobre una mesa y encendió unas velas, porque la habitación estaba ya en penumbra. Lo encendió, introdujo la tarjeta y buscó en sus correos hasta dar con el que buscaba. «¡Aquí está!».

—¿A qué esperas? —apremió Perdoma.

Pedro comenzó a escribir.

—Ahora confiemos en que estén en casa y nos respondan pronto —comentó Pilita—. Mientras voy un momento a ver cómo va el agua.

—Ya te echamos una mano —dijeron dos voces al unísono.

Los tres se levantaron y, provistos de cubos y fregonas, se dedicaron por un tiempo a sacar agua.

—Esto ya está, por el momento —dijo Pedro al cabo de un rato—. Vamos a ver si hay respuesta en el correo.

Los tres dejaron los objetos de limpieza y regresaron al salón. Tres cabezas ansiosas se inclinaron sobre la pantalla.

—¡Han contestado! —gritó Pedro.

Perdoma le arrebató el ordenador diciendo:

—¡Déjame a mí!

Perdoma tecleó apresuradamente.

Se enviaron y recibieron multitud de correos. Pilita y Pedro observaban expectantes. Perdoma había monopolizado el ordenador y ellos estaban ajenos a todo cuanto ocurría.

Finalmente lo apagó.

—¿Y bien? —preguntó Pedro.

—Poco más. Ojos verdes, ocultos la mayoría de las veces por gafas de sol. Poco hablador, con aires de un profesor de historia antigua, acento gallego, pero de algún poblado limítrofe con Portugal, por lo que se entremezclan ambas lenguas y resulta difícil la comprensión.

—¿Y si es portugués? —aventuró Pilita.

—Cabe dentro de lo posible. Eso correspondería con el extraño acento del que hablan los testigos. Pero por ahora todo son conjeturas. Vamos concretando la descripción, pero todavía es algo vaga. Oye, ¿no saldrá en alguna foto? En ese caso ya sabemos a qué atenernos.

—En la del aeropuerto no sale. Deja que mire las demás.

Pilita echó mano de una vela y fue en busca de un *pendrive* que conectó al ordenador. Fue pasando fotografía tras fotografía.

—¡Mira! ¡Aquí está! Lo que pasa es que sólo se aprecia un poco de perfil. ¿Lo ves ahí al fondo?

—Sí, pero no se ve mucho. Mira a ver si sale en otra mejor.

—Nada —dijo Pilita—. No aparece en ninguna. ¿Por qué no preguntamos a Loly y Mercedes?

De nuevo se encendió el ordenador y Perdoma tecleó otro correo. Transcurrieron unos minutos de espera ansiosa hasta que llegó la respuesta. Se adjuntaba una fotografía. Perdoma pulsó la tecla. La pantalla mostró el retrato de un grupo con el palacio Topkapi de telón de fondo.

—¡Ese es! —gritaron Pedro y Pilita, señalando una figura en segunda fila.

—No ha posado para la foto, pero se aprecia con toda claridad. ¡Me llevo este *pendrive*! —exclamó Perdoma—. ¡Ése puede ser nuestro hombre! Tengo que difundir esta foto por los puertos y aeropuertos. ¡Fijo que de aquí no sale!

—Avisarás también a los hoteles y pensiones, ¿no? —añadió Pedro.

—¡Por supuesto! —dijo Perdoma.

—Y a los *campings* —añadió Pilita.

—¿Quién va a haber ahora en un *camping*? —preguntaron socarronamente Pedro y Perdoma.

—Bueno, era una posibilidad. Me había olvidado del tiempo. Por otra parte, habrá que tener en cuenta los cruceros que arriban a Santa Cruz, no vaya a ser que se cuele en uno, y los barcos de alquiler.

—Tomaré nota de todo y difundiré la foto por doquier. ¡Ah! Naturalmente también en la radio, televisión y en los periódicos. Mañana todo el mundo estará alertado y no tendrá un sitio donde ocultarse. Lo descubriremos en un santiamén. Y ahora me marcho. Tengo mucho que hacer.

—¡Buena suerte, Perdoma! —le desearon Pedro y Pilita.

Perdoma, enfundado de nuevo en su impermeable y sus botas, desplegó el paraguas y avanzó chapoteando hasta el coche. Pilita y Pedro tornaron a su tarea de

sacar agua.

Capítulo 47

Estambul. 2 de noviembre de 2012

Ismet llevaba unos días sintiéndose tranquilo tras un período de incertidumbre y ansiedad. Había pasado tiempo de lo que él denominaba «el asunto del señor Gomes». Ya no se hablaba del robo del Museo. Las noticias habían dejado de emitir partes al respecto. Parecía un asunto relegado al olvido y nadie había sospechado de él. Ismet respiraba ahora más relajado. Había vuelto a su rutina, a sus trabajos eventuales, a ganarse la vida de lo que surgiera, pero se veía menos apurado que antes, porque había reunido una buena suma de dinero que administraba con cuidado.

«Ha sido un golpe de suerte. El tipo ése me implicó en un asunto turbio, pero todo se ha desarrollado bien. En realidad, yo no me expuse mucho y recibí a cambio un buen dinero».

Ismet cayó en la tentación de desear que el tal señor Gomes regresara de nuevo y le propusiera otros negocios. De esa forma sacaría a su familia adelante. Llegó a su casa tras una jornada de limpiar calzado en la que sólo había ganado unas pocas liras, pero satisfecho de saber lo que tenía guardado bajo la loseta. Subió las escaleras de dos en dos y abrió la puerta. Su sorpresa no tuvo límites cuando vio a Nurhan arrodillada junto a la cabecera de la cama.

—¿Qué estás haciendo? —gritó enfurecido.

—Sólo estaba limpiando debajo de la cama —respondió su mujer, incorporándose sorprendida con un paño en la mano—. ¿Qué te pasa?

—¡Nada! —gruñó Ismet en un primer momento y sin saber qué decir a continuación—. ¿Y la cena? ¿Has preparado algo? Vengo cansado y hambriento y te veo limpiando...

—La cena está lista. No te preocupes.

—¿Y los niños? —preguntó Ismet—. ¿Dónde están?

—Están en casa de mi hermana. No tardarán.

—Los niños ya deberían estar en casa y tú ocupándote de ellos —replicó Ismet, aferrándose a una excusa convincente para explicar su malhumor.

—Los niños gustan de estar con sus primos. Y no tardarán. Están aquí cerca. ¿Por qué estás tan alterado?

—No es nada —rectificó Ismet—. Es el trabajo. Tienes que comprenderlo...

—Tranquilo, Ismet. Ven, siéntate. Estarás cansado. Te he preparado tu comida favorita. No quiero que te preocupes por nada. ¡Ya tienes bastante con echarte todos los días a la calle para sacarnos adelante! Descansa y relájate. Todo va bien.

En cuanto tuvo oportunidad de acercarse al escondrijo sin que su mujer lo advirtiera, levantó la losa suelta con el fin de comprobar si el dinero seguía en su sitio.

«No parece que Nurhan lo haya descubierto. No obstante, cualquier día puede

hacerlo. Tendré que encontrar otro lugar más seguro. Aquí es difícil. Todo está a la vista. Tal vez en el restaurante...».

Capítulo 48

Santa Cruz de Tenerife. 2 de noviembre de 2012

Perdoma trajinaba por la cocina desde hora temprana intentando prepararse un desayuno contundente, aunque frío. La luz no había vuelto todavía.

Lo primero que hizo nada más despertarse fue correr a la ventana y comprobar el estado del tiempo. La lluvia seguía azotando inclemente la isla.

«Esto me da un poco más de tiempo».

Después conectó la radio. Las comunicaciones seguían interrumpidas. La tormenta, lejos de alejarse, se situaba sobre las islas centrales y las condiciones climatológicas eran aún peores que el día anterior.

«¡Magnífico! Nuestro hombre sigue aquí».

Tomó un desayuno frío y salió directo hacia las oficinas de la Comandancia. Entró como una exhalación en el despacho del capitán Alfonso Hernández.

—¡Hombre, Perdoma! ¡Ya estabas tardando!

—¿Cómo va todo, Alfonso? ¿Está todo el mundo avisado?

—Puertos, aeropuertos, agencias de alquiler de barcos... Para los cruceros se enviarán unos agentes cuando arriben a puerto. Pero por el momento, no debemos preocuparnos de eso. Todo gracias al generador de que disponemos en este edificio, si no, sin teléfono fijo hace tiempo que hubiéramos agotado las baterías de los móviles.

—¿Y los hoteles y pensiones?

—Ahora vamos con ellos.

—¿Y la prensa?

—Hoy se emitirán comunicados de orden de búsqueda en radio y televisión. Mañana saldrá en los periódicos.

—Lo malo de la televisión es que estamos sin luz. Hay un montón de municipios afectados. La gente no se enterará.

—En cuanto se restablezca la energía eléctrica saldrá en todas las cadenas. ¿Quieres colaborar con lo de los hoteles?

—Voy a pasar primero por el laboratorio a ver si han descubierto algo más. En cuanto termine, vengo y te echo una mano.

—De acuerdo, Perdoma. ¡Nos vemos! Yo voy a seguir con esto.

Perdoma abandonó el despacho, dejando a Alfonso y dos ayudantes enfrascados en la tarea de los hoteles y pensiones. Descendió al piso inferior, recorrió el pasillo y se detuvo frente a una puerta señalizada con un letrero donde ponía Laboratorio. Dio dos golpes en la puerta y entró. Avanzó hasta el fondo de la estancia, donde el alférez Trujillo tecleaba con brío ante la pantalla de un ordenador.

—¡Capitán Perdoma! —se sobresaltó al levantar la vista—. Precisamente estaba redactando un informe para entregarle respecto a lo que me encargó.

—El informe puede esperar —dijo Perdoma—. Dime, ¿qué has averiguado?

—No mucho más de lo que le anticipé ayer. No hay rastro de ningún otro objeto. Únicamente la piel, que por cierto es de gacela, con las dimensiones que le dije. No se aprecia nada más. Eso estaba en la alfombra pequeña. La otra y las cajas están completamente limpias.

—Pero una piel sola no tiene sentido. ¿Es posible que albergara un objeto que no se pueda detectar?

—Siempre suele dejarse entrever alguna otra marca o señal, pero pudo estar tan bien envuelto, que no ha dejado huella.

—¿Y qué puede ser para no dejar huella? —preguntó Perdoma.

—Desde luego nada duro, ni cortante. Habríamos descubierto rastros de presión en la alfombra.

«Adiós joyas y armas», reflexionó Perdoma.

—¿Algún documento, tal vez o droga? —citó Perdoma, recordando las sugerencias de Pedro.

—Es posible, pero lo lógico es que algo hubiera traspasado la tela. No es totalmente aislante y al cabo de un mes y medio de permanencia en ella... También a la hora de introducirlo o retirarlo, podría haberse dejado algún resto. Pero nada.

—Entonces, ¿no se te ocurre lo que pudo contener?

—En este momento no. No obstante, pensaré en ello y lo consultaré. Ya le comunicaré si descubro algo.

—De acuerdo —dijo Perdoma, despidiéndose—. Llama si te enteras de algo, lo que sea.

—Descuide, capitán. Lo llamaré de inmediato.

Perdoma abandonó la sala del laboratorio y subió a la otra planta de regreso al despacho de Alfonso. Este y sus ayudantes se hallaban inmersos en la tarea de comunicar con hoteles y pensiones. Perdoma consultó primero la lista de los participantes en el viaje que su ayudante había tenido a bien dejar sobre la mesa y dio con el nombre que buscaba: Juan de Castro Gomes. «Lo difundiré inmediatamente, aunque puede que sea falso. Intentaré localizar la dirección».

Perdoma realizó otras llamadas y mientras aguardaba la respuesta se sumó al trabajo con sus compañeros. Por un tiempo su mente se centró sólo en eso.

A media mañana pararon para tomar un café caliente gracias a que el responsable de la cafetería, alojada en un ala del edificio y sin conexión al generador, se había agenciado un hornillo de gas. Después volvieron a los hoteles. Perdoma recibió decepcionado la información de que no existía tal persona. No había abrigado muchas esperanzas al respecto, pero...

Poco antes de las tres habían dado el tema por zanjado. Decidieron regresar a la cafetería para comer caliente, ya que la luz no había vuelto y en las casas las cocinas eran eléctricas.

—Habría que avisar también a restaurantes, supermercados, mercados... ¡En algún sitio tiene que comer!

—Poco a poco, Perdoma, que nos hemos dado una paliza. Además, en cuanto salga en la tele, ya verás qué pronto se localiza.

—No estoy yo tan seguro. Puede escabullirse y...

—Por muy escurridizo que sea el tipo, las comunicaciones están ahora cortadas y luego estarán vigiladas. No puede abandonar la Isla. En cuanto se publiquen las imágenes, la gente lo reconocerá. Estará acorralado. Ya verás como tarde o temprano damos con él —dijo Alfonso.

—¡Ojalá estés en lo cierto! —replicó Perdoma—. La cosa todavía no está clara, pero este temporal ha sido providencial.

—¡Calla un momento! —solicitó Alfonso—. Vamos a escuchar las noticias de la radio.

El parte de las dos (hora canaria) informó de que la tormenta tropical se hallaba justo encima de las islas de Tenerife y La Gomera, así como que la tendencia era que al día siguiente se desplazase hacia las islas orientales. Unelco comunicaba que la avería de las torretas se estaba arreglando y con mucha probabilidad se restituiría el suministro eléctrico esa noche. Por último, se dio la descripción y la identidad (que después se había revelado como falsa, pero Perdoma no había tenido tiempo de corregir) del sospechoso de los asaltos a dos casas en Tenerife y a otra en Las Palmas con el agravante de la muerte del inquilino.

—¿Ves? —dijo Alfonso—. Ya lo han emitido—. Y si esta noche vuelve la luz, lo darán en la televisión.

—Eso será más efectivo —respondió Perdoma—. Una imagen es más fácil de reconocer.

—Tiempo al tiempo —replicó Alfonso—. Ve a descansar un poco. Yo seguiré con los restaurantes.

—No —insistió Perdoma—. Te ayudaré. Así terminaremos antes. Además no puedo estar ocioso y no se me ocurre otra forma mejor de adelantar en el caso.

—Como quieras —contestó Alfonso—. ¡Vamos para allá!

Capítulo 49

Santa Cruz de Tenerife. 2 de noviembre de 2012

Juscelino se hallaba en el restaurante del hotel, vestido con ropa seca y contemplando el golpear de la lluvia contra los cristales. Tenía ante sí un plato de garbanzas y otro de conejo en salmorejo para hacer los honores a la gastronomía local.

«El tiempo es infernal. Pero la comida está estupenda».

Un camarero se acercó por el pasillo y depositó sobre una mesa céntrica un voluminoso aparato de radio.

—Voy a conectar las noticias, por si tienen interés en escuchar. Ya saben que no hay luz y no funcionan los televisores.

Juscelino continuó comiendo pero prestó atención. Necesitaba saber cuándo terminarían esas inclemencias meteorológicas y podía regresar a Brasil. Escuchó que al día siguiente la tormenta se desplazaba hacia otras islas.

«En ese caso, pronto se reanudarán las comunicaciones».

Escuchó lo referente al suministro eléctrico, que iba por buen camino.

«Bien. Eso de estar sin luz es un problema. Todo se va resolviendo».

Cuando escuchó su descripción y el falso nombre con el que se había desenvuelto por Turquía, con la orden de búsqueda y captura, se quedó atónito.

«¿Cómo es posible? ¿Qué saben de mí? Y en la televisión mostrarán una imagen. ¿Qué imagen? ¿De dónde la han sacado? ¿Se referirán a otro sospechoso o se tratará de mí?».

A Juscelino se le atragantó la comida y no fue capaz de ingerir un bocado más.

«Tengo tiempo hasta la noche, pero tengo que abandonar este hotel. ¿Adónde iré? Me conocerán en todas partes. ¿Dónde me ocultaré? ¿Qué haré hasta que pueda salir de esta isla?».

Cuando Juscelino telefoneó a don Fabio y lo puso al corriente de los hechos, estaba hecho un manojo de nervios. Don Fabio lo tranquilizó. Hombres que correspondiesen a su descripción tenía que haber varios en la isla, y más en una isla turística.

—¿La foto? ¿Quién podía haberle fotografiado?

—¿Y el nombre? —agregó Juscelino—. ¿Cómo saben el nombre que dimos Charly y yo?

—No lo sé, Jus. Pero ahora llevas otro pasaporte, ¿no?

—Sí, pero...

—Tranquilo, Jus —había dicho don Fabio—. Si quieres, trasládate a un sitio más discreto y mira las noticias de la noche. Seguro que no eres tú o no se te reconoce. Yo estoy ahora muy ocupado con lo de la boda, que se celebra dentro de dos días. ¡Ya te quisiera ver aquí! ¡Mi casa es un caos y eso que se trata del novio! Eduarda está al borde de un ataque de nervios. Dice, que han surgido complicaciones de última hora.

Como ves, mi situación es caótica.

—Pero, don Fabio, yo estoy aquí atrapado sin posibilidades de abandonar la isla y temiendo que mi imagen se difunda en unas horas. ¿Qué voy a hacer? Mi situación es desesperada. Si al menos me hallase en la Península, podría desenvolverme con un coche. Le dije que era arriesgado el envío del objeto a unas islas.

—No me vengas ahora con eso, Jus. Nadie tiene la culpa de que fueran los canarios quienes comprasen alfombras. Además, ¿quién se iba a imaginar esta tormenta? No entraba dentro de lo razonable. De todas formas, insisto en que no te preocupes. ¿Quién va a publicar una foto tuya? ¡Es imposible! Trasládate si quieres a un lugar más tranquilo y estate pendiente de los comunicados. Seguro que en uno, a lo sumo dos días, la tormenta se aleja y puedes emprender el viaje de regreso.

Juscelino se despidió todavía intranquilo.

«Es muy fácil hablar desde allí y dar consejos. ¿Un sitio discreto? ¿A qué clase de sitio discreto puedo ir? ¿En qué estará pensando don Fabio? Él, desde luego, no está aquí. ¡Qué va a saber él! Yo me siento como un ratón cogido en una ratonera. Esta maldita isla y esta maldita tormenta. ¿Adónde voy a ir?».

Juscelino subió a su habitación y se paseó alterado de un lado a otro sin saber qué decisión tomar.

Capítulo 50

Santa Cruz de Tenerife. 2 de noviembre de 2012

Perdoma entró en su casa con la cabeza como un bombo, aturdido y sumamente cansado tras todo el día trabajando en el caso.

«Todo el mundo está avisado ya. El tipo lo tiene difícil para eludirnos, pero no tenemos ni idea de dónde puede estar. Es ingenioso y se puede ocultar bien. ¿Dónde? No tengo ni idea. Pero se trata de alguien listo, inteligente, capaz de burlar muchos sistemas de seguridad y seguro que tiene prevista alguna escapatoria. ¿Cuál? Lo bueno sería descubrirla».

Presionó en vano el interruptor de la luz y se resignó a tomar una cena fría. Buscó unas velas y las colocó sobre la mesa de la cocina. Después sacó queso, jamón, chorizo, un poco de pan y abrió una lata de sardinas picantes. Se trataba de una cena fría, pero no tenía por qué ser triste. Las sardinillas picantes le aportarían algo de chispa. Preparó una ligera ensalada a base de lechuga, tomate, cebolla y un aguacate, ya muy maduro.

Tenía ya todo dispuesto cuando sonó el teléfono. Por una vez se alegró de constatar que, como su comida era fría, no podía enfriarse más y echó mano del móvil.

—¡Tengo noticias! —le soltó de sopetón la cónsul de Turquía—. ¿Está ahí, capitán Perdoma?

—Aquí Perdoma —respondió éste—. Dígame lo que sea. Estoy impaciente.

La cónsul le comunicó que, tras poner en conocimiento de las autoridades turcas a través de la embajada lo ocurrido en Canarias en relación con las alfombras y los miembros de ese circuito turístico, la Policía había hecho averiguaciones y habían detenido en el taller a un posible sospechoso. Se trataba de un tal Galip Gölbası, un empleado ya mayor que contaba con antecedentes. Hacía algunos años que no se había metido en problemas y cumplía bien en su trabajo. Sin embargo, cuando lo interrogaron, como al resto de sus compañeros, se puso muy nervioso y parece que realizó una confesión algo confusa. La Policía lo detuvo para seguir con el interrogatorio en la Comisaría.

Perdoma le refirió a su vez todo lo que había descubierto, así como el nombre Juan de Castro Gomes, que había difundido a los medios de comunicación, instalaciones hoteleras y transportes junto con la imagen, aunque más tarde dicha identidad se reveló como falsa.

—Sin embargo, la imagen es fundamental —comentó Sinem—. Y como ahora no puede abandonar la isla, cualquiera puede reconocerlo y dar parte.

—En eso confío —dijo Perdoma—. Este temporal no va a durar mucho. La tormenta que tenemos encima pronto se dirigirá a las islas orientales. Las comunicaciones aéreas y marítimas están alertadas, pero aun así podría escurrirse

cuando se reanuden. Además, hay que contar con los cruceros. Prácticamente todos los días arriban varios al puerto de Santa Cruz, así como otras embarcaciones de alquiler. No es fácil controlarlo todo y el tipo parece inteligente y escurridizo.

Perdoma hizo una pausa y prosiguió:

—Por otra parte, estamos atascados en saber lo que contenía la alfombra. Únicamente hay restos de un envoltorio de piel, de piel de gacela para ser exactos.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Sinem—. El caso es que me suena haber oído no hace mucho algo de una piel de gacela. A ver si recuerdo de qué se trataba...

—Ahora que lo menciona, a mí también me suena —agregó Perdoma—. No he pensado en ello antes, porque estuve muy ocupado. Pero me suena, sí.

Transcurrieron unos minutos en los que ambos interlocutores trataban de activar sus neuronas y refrescar su memoria.

—¡Ya lo tengo! —gritó Perdoma.

—¿El qué? —preguntó también a gritos la cónsul.

—El mapa, el mapa que robaron el mes pasado de un museo de Estambul. No estaba dibujado en papel, ni pergamino, sino en una piel de gacela.

—¡Cierto! ¡Cómo no he caído antes! ¡El mapa de Piri Muhyi l Din Reis! ¡Qué descubrimiento! ¡Y ha venido a parar aquí! Tengo que ponerme en contacto inmediatamente con Madrid. ¡Increíble! Es posible que el Ministerio de Interior proponga una videoconferencia, seguramente para mañana, ya que la cosa es urgente.

—Yo también hablaré con mis superiores para que contacten a su vez con el Ministerio de Interior español y autoricen la videoconferencia —respondió Perdoma, todavía sorprendido por el descubrimiento.

—Le telefonaré mañana temprano. Es imprescindible estar todos en contacto e intercambiar informaciones. Nos puede ayudar a detener a ese sujeto y recuperar el mapa. Ahora tengo que colgar. Esta información es de suma importancia. Tengo que comunicarla de inmediato.

—Entonces, ¡hasta mañana! Estaré preparado —se despidió Perdoma.

«¡El mundo es un pañuelo! Ese objeto sustraído en Estambul ha venido a parar a Tenerife. ¡Quién lo iba a pensar! Recuerdo cuando escuché la noticia y me acordé de Pedro y Pilita que estaban en Turquía. Entonces ese Juan Castro o como se llame aprovechó para apoderarse del objeto, pasar desapercibido con los miembros del viaje y luego esconderlo en el taller de alfombras para sacarlo del país sin levantar sospechas. ¡Claro, un tejido dentro de otro no revelaría nada en las aduanas! Llamaré ahora mismo a Pedro y Pilita. ¡La sorpresa que se van a llevar cuando lo sepan! Bueno, lo mejor será que llame primero a la Comandancia. Este caso se vuelve cada vez más intrincado. ¡Quién iba a pensar en un mapa de piel!».

Perdoma telefoneó a Alfonso y a continuación puso en conocimiento de los hechos al teniente general Jefe del mando de la Zona de Canarias, quien le aseguró que agilizaría los trámites con el fin de que al día siguiente pudiera celebrarse la videoconferencia.

Perdoma echó otra vez mano del teléfono olvidándose de la cena fría, que reposaba sobre la mesita.

—¿Qué pasó, Perdoma? —saludó Pedro, reconociendo el número de su amigo en la pantalla.

—Tengo noticias importantes que darte.

—Más vale que sea así, porque estoy a punto de acostarme y me queda poca batería en el móvil. Si no dan pronto la luz, estaré incomunicado. Así que ve al grano.

Perdoma resumió en pocas palabras y aceleradamente las últimas averiguaciones y la conversación sostenida con Sinem, tras comprobar que él también se estaba quedando sin batería.

—¡Increíble! —exclamó Pedro—. Pero hay algo que no me cuadra.

—¿Sí?

—Nosotros llegamos a Turquía el día 12 de agosto. La noche anterior tuvimos que hacer noche en Madrid, porque el vuelo salía temprano a eso de las nueve de la mañana, pero había que estar dos horas antes. Llegamos a la Capadocia a la hora de comer. Sin embargo, el robo se cometió la noche anterior, cuando nos encontrábamos en Madrid. Y ese tipo viajó con nosotros, es imposible que ese sujeto estuviese al mismo tiempo en Madrid y en Estambul.

—Según lo que cuentas, no parece posible y sin embargo todo parecía indicar que era él. En fin, tendré que reflexionar sobre eso. Ahora te dejo, que se me acaba la batería.

—Ya hablamos mañana. Creo que pronto darán la luz.

Perdoma apagó el teléfono pensativo. «¡Qué extraño! La descripción parece coincidir. Casi juraría que se trata del mismo hombre que actuó en Turquía, en Gran Canaria y aquí. No obstante, con lo que me ha contado Pedro resulta imposible. ¿Y si se ha equivocado de fecha? Mañana le telefonaré otra vez para confirmar los días. También es posible que la videoconferencia me aclare algo. Ahora será mejor que me tome esta cena y descanse. Necesito despejarme. Quizás luego se me ocurra algo».

Capítulo 51

Santa Cruz de Tenerife. 2 de noviembre de 2012

Juscelino pasó la tarde intranquilo sin atreverse a salir de la habitación. Cada dos por tres presionaba el interruptor de la luz para comprobar si había vuelto. Finalmente lo dejó encendido.

A la hora de la cena se decidió a bajar al comedor. Se puso dos suéteres con objeto de dar la impresión de que era más grueso y caminó algo encorvado tratando de disimular su estatura. Por último, se echó una bufanda al cuello con la que cubrió parte de su rostro.

El comedor seguía alumbrado por velas y el aparato de radio reposaba sobre una mesa en el centro. Juscelino tenía un nudo en el estómago. Optó por unos platos ligeros: crema de calabaza y cherne con papas arrugadas. Sustituyó el café por una infusión de menta poleo acompañada de rosquetes y bizcochón. Nada más terminar subió de nuevo a su habitación.

Juscelino no sabía qué decisión tomar. Si se iba ahora, podría resultar sospechoso. «¿Dónde iría alguien con esta tormenta, sin luz y sin comunicaciones? Otra posibilidad era salir sin pagar la cuenta dejando atrás su maleta. ¿Pero adónde ir, y con lo puesto? Será mejor que aguarde a ver las imágenes. Es posible que no se me vea bien o incluso que no sea yo».

Juscelino abrió el mueble bar y se sirvió una copa. El frigorífico no funcionaba, pero las bebidas estaban a la temperatura ambiente y como el tiempo estaba frío, no se apreciaba mucha diferencia. Se sentó en un sillón siguiendo con sus cavilaciones cuando de pronto la lámpara de techo emitió ligeras vibraciones y luces entrecortadas hasta que se iluminó por completo.

—¡Ya hay luz! —exclamó, levantándose de golpe y encendiendo el televisor—. Veamos si dan las noticias y qué es lo que se ve.

Tomó el mando y fue pasando los canales hasta dar con las emisoras locales. No tuvo que aguardar mucho para, tras un boletín de noticias, contemplar su imagen en la pantalla. Primero se lo veía de cuerpo entero entre otras personas. Después su rostro ampliado con su descripción impresa en el margen derecho.

—¡Maldita sea! —gritó—. Soy yo, soy yo claramente. ¿De dónde han sacado la foto? ¿Dónde estoy?

Cuando la cámara regresó a la imagen completa, Juscelino reconoció de telón de fondo: las salas del Tesoro del palacio Topkapi. Soltó otra maldición y recordó enseguida los hechos.

«¡Esa maldita familia! ¡Las mujeres de Ávila! Las encontré en el palacio la víspera de regresar de Estambul. El marido de Loly y los hijos estaban haciendo fotos, pero no pensé que me sacarían a mí. ¡Qué mierda! ¿Qué voy a hacer ahora? ¡Estoy metido en un buen lío!».

Capítulo 52

Santa Cruz de Tenerife. 2 de noviembre de 2012

Perdoma se sintió mejor después de haber ingerido los alimentos. Se distrajo escuchando una emisora de radio local, que emitía un programa especial sobre el temporal que afectaba a las Islas. Escuchó los comunicados del Servicio de emergencias, así como las declaraciones del Presidente del Cabildo de Tenerife y la información que aportaban numerosos radioyentes sobre cómo evolucionaba la situación en su localidad y los destrozos causados por las fuertes lluvias y vientos. Según datos proporcionados por la empresa eléctrica Unelco, la reparación de las torres de alumbrado estaba casi finalizada y esperaban poder restablecer el suministro eléctrico esa misma noche.

«Eso son buenas noticias. Sin luz no se puede hacer nada. ¡Vaya como me han dejado la boca esas sardinas! ¡Bien que picaban! Iré a lavarme los dientes».

Perdoma recogió la bandeja con restos de la cena y la llevó a la cocina. Fregó la loza y bebió abundante agua para aliviar el picor. Al regresar del baño al salón, le pareció ver brillar algo por la ventana. Se aproximó y a través de los cristales anegados por la lluvia contempló con satisfacción cómo iban encendiéndose las farolas de la calle y en algunas casas brillaban puntos luminosos en las fachadas.

«Esto va a ser que ha vuelto la luz».

Presionó el interruptor de la lámpara de techo y al instante las seis bombillas recubiertas por tulipas troncocónicas en tonos *beige* iluminaron la estancia.

«¡Esto es otra cosa!».

Conectó en primer lugar el móvil al enchufe para recargar la batería y después encendió mecánicamente el ordenador. Echó una ojeada rápida al correo, donde no tenía mensajes pendientes. Luego entró en Internet y sus manos teclearon inconscientemente las palabras Piri Reis. Eso era lo único que recordaba del extraño nombre que había pronunciado Sinem. Deseaba tener algunos conocimientos del extraño objeto robado en el museo arqueológico de Estambul y que reposaba en la actualidad en algún recóndito lugar de la isla de Tenerife.

Un montón de conexiones con información al respecto comenzaron a aparecer en la pantalla y Perdoma, tras pulsar algunas al azar, dio comienzo a la lectura.

El tal Piri Muhyi l Din Reis, más conocido abreviadamente como Piri Reis, fue un turco nacido en Gallipoli hacia 1470. Era sobrino del famoso corsario Kemal Reis, al que acompañó en varias batallas navales como las que llevó a cabo contra la República de Venecia y la conquista de Rodas en torno al año 1523.

Marino y cartógrafo reconocido, publicó en 1521 un Tratado sobre Materias Marinas, circunscrito al Mediterráneo. Posteriormente, en 1526, obsequia al sultán Suleimán con una versión ampliada, donde incluye los viajes de Cristóbal Colón. En ese documento hace referencia a un mapa, que había realizado con anterioridad y

entregado al sultán Selim I, cuando se encontraba en El Cairo durante la conquista de Egipto. Dicho mapa, del que se conservan dos fragmentos de unos 85 × 60 centímetros, había sido realizado sobre una piel de gacela.

Perdoma hizo una pausa en la lectura con objeto de revisar sus notas. Exactamente 85 centímetros era la longitud estimada de los restos de piel encontrada en la tercera alfombra, tal y como le había informado el alférez Trujillo. En cuanto al ancho de los restos de piel encontrados, aquel no coincide con los del mapa, pero bien pudiera ser porque este se encontrase enrollado dentro de la alfombra; con lo que sin temor a equivocarse podría deducirse que el objeto que había viajado en el interior de la alfombra era ese mapa.

Piri Reis detallaba en los márgenes del mapa las fuentes en las que se había basado, aludiendo a un mapa del marino genovés encontrado en un navío español capturado en 1501, y a cuatro mapas portugueses más recientes, así como a la información suministrada por un marino capturado por su tío, que había acompañado a Colón en su primer viaje. En el apartado de otras fuentes menciona a los «antiguos reyes del mar».

El mapa, fechado en 1513, despertó cierta polémica por el hecho de representar tierras hasta entonces desconocidas. Se servía de un entramado de líneas que atravesaban el océano Atlántico que ayudaban a establecer las direcciones, ya que no se indicaban latitudes ni longitudes. Había representaciones de fauna y flora local, donde llamaban la atención los dibujos de llamas andinas. También en la parte superior se representaba un barco anclado junto a un pez y con dos personas sobre su lomo, lo que parecía constituir una clara referencia a la leyenda medieval de San Brandán de Irlanda.

Perdoma relacionó al mencionado santo con el San Borondón de las leyendas canarias e hizo otro alto en la lectura y buscó información sobre San Brandán y su leyenda.

Efectivamente, se trataba del mismo Santo con diferentes nombres según el idioma. San Brandán fue un monje evangelizador del s. VI que, según el relato de viajes *Navigatio Sancti Brandani*, escrito en el siglo X u XI, partió en compañía de otros monjes del monasterio de Clonfert (Galway, Irlanda) en busca del Paraíso Terrenal. Entre otras vicisitudes del viaje se relata el episodio de que arribó a unas islas (que se han relacionado con Islandia, Terranova, islas Feroe, islas del Caribe y Canarias) y celebró una misa de Pascua en una isla que resultó ser una ballena.

Perdoma conocía la leyenda canaria extendida desde el s. XVI y confirmada por muchos testigos, incluido el arquitecto Leonardo Torriani, que incluso describía sus dimensiones y su localización. Se trataba de una isla situada entre La Palma, La Gomera y El Hierro, que aparece y desaparece.

Retomó el lema del mapa para enterarse de que dichos fragmentos habían sido descubiertos en 1929 en el palacio Topkapi.

«Bueno, por ahora tengo bastante. Ya me he hecho una idea general sobre de qué

va esto. Así mañana no pareceré un ignorante. Será mejor que descanse para estar despejado. Hay que echarle el guante a ese tipo como sea y necesito tener alguna buena idea».

Capítulo 53

Santa Cruz de Tenerife. 3 de noviembre de 2012

La Comandancia de Ofra bullía de actividad. La videoconferencia con Turquía había sido autorizada y fijada para las once treinta (hora canaria). Alfonso y sus ayudantes disponían la pantalla, la cámara y todo el equipo necesario en una sala. Perdoma había bajado a recoger a Sinem, que se había ofrecido como intérprete.

Todavía no se tenían noticias de alguien que hubiese localizado al hombre en cuestión. Llegaron dos avisos, pero resultaron falsas alarmas. Dos agentes estaban fijos junto al teléfono con la orden de comunicar con el puesto más próximo al lugar en el que hubiera sido visto el sospechoso.

Poco después de las once de la mañana, todos los participantes en la conferencia se hallaban en sus puestos pendientes de los teléfonos y del televisor. A las once y media en punto, la imagen de un policía turco apareció en pantalla ocupando dos terceras partes de la misma, mientras que junto a él en menor tamaño se distinguía la imagen de Perdoma.

Tras el intercambio de saludos, Perdoma pasó a referir los hechos acontecidos en Canarias y hasta dónde habían llegado con las indagaciones. El policía intervenía de cuando en cuando solicitando alguna aclaración o algún detalle más pormenorizado. Después le tocó el turno a él. Primeramente relató detalladamente las circunstancias del robo en el museo, que calificó de limpio y realizado por un profesional sumamente experto, que había desaparecido sin apenas dejar rastro. Pasó después a las pesquisas llevadas a cabo para terminar con el taller de alfombras, donde el detenido Galip no había arrojado mucha luz sobre el caso.

A continuación se procedió a un pequeño debate o intercambio de razonamientos. Perdoma apuntó que el *modus operandi* era similar así como la descripción, por lo que parecía tratarse del mismo individuo. El mismo tipo de narcótico empleado con los vigilantes del museo y con la esposa de Hacomar, el mismo corte limpio del cristal con un diamante en Estambul y en casa de Pedro y Pilita, la misma descripción de algunos miembros del *tour* coincidiendo con testigos locales. Pero ¿cómo era posible que el mismo hombre estuviese en dos sitios a la vez?

La Policía turca agregó más interrogantes. Según datos aportados por el control de pasaportes, una persona llamada Juan de Castro Gomes había entrado en el país, en concreto por el aeropuerto de Nevsehir el día 12 de agosto, incluida en un grupo que realizaría un *tour* por La Capadocia seguido de una estancia en Estambul. Sin embargo, dos personas con ese mismo nombre habían abandonado Estambul los días 14 y 20 de agosto respectivamente. También les constaba que esa misma persona había alquilado dos coches, primero en Estambul y luego en Ankara. En Estambul unos días antes del robo; en Ankara en la madrugada del día 12, siendo devuelto el día 13 con un kilometraje realizado de 625 km, lo que representa con bastante

exactitud un viaje de ida y vuelta de Ankara a Nevsehir.

—Eso quiere decir que se trata de dos personas. Una efectuó el robo y entregó el objeto a otra de la excursión, con un alto parecido físico, quizás hermanos o familiares.

La Policía turca estuvo de acuerdo.

Después se pasó a lo referente al taller de alfombras. El detenido sólo había confesado ocultar el objeto a cambio de dinero. Desconocía la identidad del que se lo había propuesto, pero su descripción coincidía con la del sospechoso en cuestión.

Perdoma manifestó su intención de comprobar si la falsa identidad del sospechoso figuraba en la lista de pasajeros de compañías aéreas o de barcos (Se inclinaba más por los aviones) que tenían previsto salir al día siguiente de que el individuo desembarcara la alfombra de Adeje, cuando suspendieron las comunicaciones por el temporal. Era una posibilidad remota, pero había que comprobarla. También pensaba comprobar las listas de pasajeros entre Gran Canaria y Tenerife desde las horas posteriores al asalto en casa de Hacomar y la irrupción en casa de Pedro y Pilita. Por otra parte, convenía rastrear en busca de otras posibles identidades, y por supuesto, estaría pendiente de cualquier aviso que se recibiese por parte de la población.

La Policía turca planteó después que a pesar de que parecía tratarse de un ladrón experimentado en robos a museos o similares, ya que había sorteado sin problemas todo el sistema de alarmas y vigilancia, debía de haber contado con algún contacto en el interior o por lo menos de alguien que lo informase de dónde se hallaba el objeto en cuestión.

—¿No estaba expuesto el mapa en alguna sala? —preguntó Perdoma.

—No —le respondieron al otro lado de la pantalla—. Por el momento se hallaba en el almacén de la planta inferior, en el interior de un mueble que lo preservaba de la humedad, calor o cualquier circunstancia ambiental que pudiera dañarlo.

—¿Y no se exhibía?

—Habitualmente, no. Se han realizado algunas exposiciones temporales temáticas y entonces se ha mostrado al público. Pero, fuera de eso, reposaba en el almacén. Eso sí, a disposición de los estudiosos que lo solicitaran.

—¿Era muy solicitado? —quiso saber Perdoma.

—Hace algunos años se realizaron varios estudios y dio mucho que hablar, pero hace tiempo que nadie se ocupa de él. Si está pensando en esas personas, se equivoca. El mapa se trasladaba a un despacho del edificio de la Administración y se permitía la consulta bajo estricta vigilancia. Esas personas nunca llegaron a saber dónde se guardaba.

—Entonces, opina que alguien del interior...

—Alguien del interior o familiarizado con ese ambiente. El ladrón sabía exactamente dónde estaba lo que buscaba y se dirigió directamente hacia allí. No tuvo necesidad de preguntar a los vigilantes ni amenazarlos para obtener información.

—Tal vez pudiera enterarse a través de Internet. Se da mucha información sobre

ese mapa. También pudo entrar en páginas del museo, en inventarios.

—En ninguna página del Museo consta esa información, ni en la del palacio Topkapi, que fue donde se encontró de forma accidental y podría haber seguido estando.

—En ese caso, se abre una línea de investigación en ese sentido. Si se pudiera averiguar el cómplice...

—Estamos en ello —le respondieron—. Procuramos seguir todas las pistas y no dejar ningún cabo suelto.

Finalizada la puesta en común del estado de las cosas en Turquía y Canarias, Perdoma se despidió de su interlocutor turco quedando en comunicarse cualquier descubrimiento relevante que se produjera.

Después de la videoconferencia, Alfonso y Perdoma se dirigieron al despacho de éste último.

—¿Alguna novedad? —preguntó Alfonso a los responsables del teléfono.

—No, mi capitán —respondió uno de ellos.

—Bien. No abandonen su puesto ni un momento y atentos a cualquier posible información.

—Así será, mi capitán.

—¿Por dónde seguimos ahora? —interrogó Alfonso, dirigiéndose a Perdoma—. ¿Nos metemos con las listas de pasajeros?

—Eso creo. Necesitaremos más personal.

Al cabo de un rato dos agentes más se presentaron en el despacho.

—Es preciso conseguir todas las listas de pasajeros de compañías aéreas y marítimas que fuesen a viajar desde Tenerife el día 1 de noviembre. Hay que tratar de localizar si figura un tal Juan de Castro Gomes. Por otra parte, hay que contactar con las compañías que operan entre Las Palmas y Tenerife. Comprobar si figura esa persona el día 30 de octubre o 1 de noviembre. Caso de no aparecer ese nombre, hay que intentar descubrir el nombre de un pasajero que figure en las dos listas. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán.

—Entonces, ¿a qué esperan? ¡Vamos, al trabajo! ¡El tiempo es decisivo!

Los agentes se situaron en una mesa lateral y se pusieron manos a la obra.

—¿A quién vas a llamar? —preguntó Alfonso cuando Perdoma alargó la mano para descolgar un teléfono.

—Quiero hablar con Loly o Mercedes, esa familia de Ávila que tomó parte en el viaje. Las que nos suministraron la foto. Ellas fueron las que trataron más con nuestro hombre. Quiero saber si notaron algo. Si observaron algún detalle que confirme lo de las dos personas.

—¿Y eso es importante ahora? —interrogó Alfonso.

—No lo sé. Pero no se me ocurre otra cosa. También trataré de ver si recuerdan algo más, algo que nos pueda conducir hasta ese hombre.

—Está bien —añadió Alfonso—. Yo voy a echar una mano a los muchachos mientras no surja otra cosa.

Perdoma marcó el teléfono y aguardó.

—¿Sí? ¿Con quién hablo? —preguntó Loly.

—Soy el capitán Perdoma, de Tenerife. Hablamos el otro día desde casa de Pedro y Pilita por lo del señor Juan de Castro.

—¡Ah, sí, ya lo recuerdo! —exclamó Loly—. ¿Qué se le ofrece ahora?

—Quería saber si recordaba algo más sobre él, que nos pudiera ayudar a localizarlo.

—Ya le dije el otro día todo lo que sabía y le envié la fotografía. Que yo recuerde, no se me ocurre nada más.

—Usted lo conoció desde el primer día, ¿no es así? Habló con él en el aeropuerto de Nevsehir.

—Sí, así es —asintió Loly—. Estaba en la cola justo delante de mí.

—¿Le pareció el mismo hombre en los días siguientes? ¿Podría haberse tratado de otra persona?

—¿Qué quiere decir? —se interesó Loly—. ¿De qué otra persona está hablando? Yo sólo vi al señor Juan de Castro durante todo el viaje. No es que intimáramos mucho y menos el primer día, pero no noté nada distinto.

Perdoma calló unos instantes, decepcionado. Había confiado en que Loly pudiese aportar algo más interesante.

—Bueno —agregó Loly—. Hay una pequeña cosa que me llamó la atención, pero no creo que tenga importancia.

—¿De qué se trata? —preguntó Perdoma impaciente.

—¡Oh! No creo que tenga mucha importancia. Sólo se trata del maletín.

—¿Del maletín?

—Sí, en el aeropuerto de Nevsehir Juan llevaba un bolso azul de mano, que levantaba del suelo cada vez que la cola se movía un poco y volvía a depositar unos metros más allá. Me fijé, porque estuvimos casi una hora en la cola esperando que nos tocara el turno.

—¿Y?

—Pues en Estambul llevaba una pequeña maleta a cuadros verdes y marrones. Pero seguramente lo que hizo fue aprovechar las ofertas de los bazares para cambiar el bolso de su equipaje de mano. ¿No lo cree así?

—Es posible —respondió Perdoma, inclinándose más por la confirmación de su teoría—. Bueno, Loly, ahora tengo que dejarla. Si se le ocurre algo más, llame, por favor, inmediatamente.

—Descuide. Así lo haré —dijo Loly, y colgó el teléfono.

Capítulo 54

Santa Cruz de Tenerife. 3 de noviembre de 2012

Juscelino apenas había dormido aquella noche y la pálida luz del amanecer, que se abría paso entre jirones de nubes grises, todavía cargadas de lluvia, lo sorprendió medio dormido, con los ojos enrojecidos y un fuerte dolor de cabeza. No se atrevió a bajar al restaurante y llamó al servicio de habitaciones al que encargó el desayuno y unos analgésicos.

Entró en el baño cuando tocaron a la puerta y desde allí gritó:

—¡Adelante! ¡Déjenlo sobre la mesa, por favor, estoy en la ducha!

Escuchó el roce de la bandeja contra la madera, unas suaves pisadas sobre el pavimento y el cierre de la puerta. En ese momento, salió del cuarto de baño comprobando que la habitación estaba vacía. Se aproximó a la mesa y tomó caliente el desayuno y dos tabletas de aspirinas.

A través de los cristales de la ventana, observó que la lluvia era más fina, pero fuertes ráfagas de viento azotaban la calle. Después vio las noticias. Las comunicaciones seguían interrumpidas, pero había muchas probabilidades de que pudiesen reanudarse al día siguiente.

«Tengo que esperar un día más. ¡Esto se hace eterno!». Tras soltar varias imprecaciones y propinar un fuerte puñetazo a la mesa, se sentó a decidir qué hacer. «¿Será seguro que aguarde aquí hasta mañana o será preferible que busque otro sitio? En la habitación estoy a salvo, pero ¿si salgo? ¿Si voy a recepción? Cada vez habrá más personas que vean las imágenes y puedan reconocerme. ¿Y si encontrara un lugar más discreto como aconsejo don Fabio?».

Recorrió la habitación tratando de hallar una buena respuesta hasta que se le ocurrió una idea un tanto peregrina que, no obstante, podría resultar. Buscó un callejero entre los listines de teléfonos y escribió una dirección en una hoja de la libreta, gentileza del hotel, dispuesta sobre la mesa junto al televisor para estos menesteres. Después de recoger y guardar sus pertenencias en la maleta, se vistió con abundantes prendas de abrigo que desfiguraron su estilizada figura, se caló el sombrero, ocultó sus ojos con las gafas de sol y se cubrió todo lo que pudo con la bufanda. Así vestido descendió a la planta baja y se dirigió al mostrador de recepción, donde abonó su cuenta.

Estaba en tensión, atento a cualquier posible reconocimiento y dispuesto a echar a correr a las primeras de cambio. Sin embargo, todo transcurrió con normalidad y la recepcionista no le prestó mucha atención.

—Deseamos que su estancia haya sido de su agrado —comentó la muchacha, pelirroja, desde el otro lado del mostrador mientras tecleaba en el ordenador.

—Sí, gracias —respondió Juscelino, dando media vuelta y dirigiéndose aliviado hacia los ascensores para descender al garaje.

Se hallaba ya a dos pasos de traspasar el umbral cuando escuchó una voz tras él.

—¡Don! ¡Oiga, don! Se le ha caído esto.

Juscelino se quedó petrificado en el sitio. Sin embargo, al volverse y encontrarse con un muchacho joven, un botones, que se acercaba mostrándole su cartera en la mano, recuperó la compostura.

—¡Gracias! —pronunció, guardándose la cartera en el bolsillo y siguiendo hacia la salida.

Entonces pensó que debía darle una propina. Sacó un billete de diez euros y se giró hacia el botones chocando con un cliente que acababa de salir del ascensor y se encaminaba hacia la zona de estar. Sus gafas cayeron al suelo y la bufanda se deslizó unos centímetros de su boca. Se apresuró a taparse inmediatamente con la prenda de abrigo, recogió las gafas, que le entregó el botones, le dio la propina y salió a buen paso del *hall* del hotel.

Capítulo 55

Santa cruz de Tenerife. 3 de noviembre de 2012

Perdoma, Alfonso y todo el equipo trabajaban a destajo tratando de localizar al tal Juan de Castro por cualquier medio. A mediodía hicieron un alto y encargaron unos bocadillos para comer allí mismo y no perder tiempo. El mal tiempo persistía, pero la tormenta iba alejándose hacia las islas orientales y había muchas probabilidades de que al día siguiente se restablecieran las comunicaciones. El equipo siguió trabajando durante toda la tarde.

—¡Acaban de llamar otra vez diciendo que lo han visto! —intervino un agente.

—¿Dónde es esta vez? —preguntó Perdoma.

—En el Hotel Contemporáneo —respondió el agente.

—¿En Santa Cruz?

—Sí, en Las Ramblas. Se trata de un botones, que tras verlo esta mañana, lo ha reconocido luego en las noticias.

—¡Pásamelo! —dijo Perdoma—. Si es otra falsa alarma, lo podremos resolver por teléfono y nos ahorramos el viaje.

Tras mantener una inquisitiva conversación con el muchacho, Perdoma llegó a la conclusión de que podría tratarse del sujeto que buscaban.

—Voy a darme un salto por el Hotel Contemporáneo. Es posible que hayamos dado con algo. Ustedes sigan con lo suyo. Telefonaré en cuanto tenga más información. Y no dejen de llamarme si dan con alguna pista.

—Descuida —agregó Alfonso.

Perdoma se puso una gabardina y echó mano del paraguas, guantes y bufanda antes de despedirse de sus compañeros, bajar al aparcamiento y enfrentarse con las inclemencias meteorológicas.

El coche estaba frío y le costó trabajo arrancar. Por fin se puso en marcha a fuerza de propinarle varios acelerones. Perdoma enfiló la calle hasta la rotonda de la Residencia de La Candelaria y de allí se plantó enseguida en Las Ramblas.

La tormenta había producido muchos destrozos. Por todas partes se veían ramas de árboles arrancadas de cuajo, contenedores de basura volcados y desplazados, cientos de hojas y pequeñas ramas amontonadas por los arcones, señales de tráfico dobladas... Las calles y aceras estaban cubiertas de lodo y los pocos peatones que transitaban por ellas lo hacían con precaución para no resbalar. Unos empleados de los servicios de emergencias trabajaban en un garaje que se había inundado.

Perdoma tuvo que detenerse en todos los semáforos, que parecían haberse puesto de acuerdo para estar todos en rojo. Cuando divisó a su derecha la gran mancha verde del parque García Sanabria, respiró más tranquilo, pues ya estaba cerca.

Aparcó en el garaje del hotel y ascendió rápidamente hasta el *hall*. Se identificó y preguntó por el bolones.

—Es aquél —indicó la recepcionista, señalando a un muchacho de unos diecisiete años, delgado y con cabellos claros, que lo contemplaba desde un sofá al fondo del recibidor.

Perdoma se dirigió a él y, al llegar a su altura, se presentó:

—Soy el capitán Perdoma. Hemos hablado hace un momento sobre ese hombre que has reconocido. Ahora quiero que me repitas otra vez todo con todos los detalles y sin olvidar nada.

El muchacho, de nombre Ruymán, relató de nuevo la historia del cliente que había perdido la cartera, de cómo él se la había restituido, que después se había vuelto para darle una propina y al tropezar con otro cliente había dejado su rostro al descubierto. Ruymán al principio no lo había reconocido, pero más tarde, al ver las noticias, lo identificó de inmediato. El rostro, los ojos, la altura, correspondían con la descripción. No había podido verle las manos, porque llevaba guantes. Lo único que no concordaba era que resultaba más corpulento que en la fotografía.

Perdoma pensó que no era difícil aparentar un aspecto más grueso con ropa o aditamentos, como los usados en Carnavales con ciertos disfraces.

—¿Sabes con qué nombre se registró? —preguntó a continuación.

—No, pero lo sabrán en recepción. No será difícil, fue el único cliente que se fue hoy. Como está el tiempo así...

—¡Vamos para allá! —indicó Perdoma, levantándose y dirigiéndose de nuevo hacia el mostrador.

—¿Quiere saber el nombre de ese huésped? —preguntó la joven pelirroja.

—Eso es —respondió Perdoma.

—Espere un momento, por favor. Voy a consultarlo en la base de datos.

Perdoma tamborileó con los dedos sobre la encimera mientras la joven pulsaba las teclas.

—¡Aquí está! —exclamó la joven—. Hoy sólo quedó libre esa habitación. Se llama José Bermúdez Mendo.

—José Bermúdez Mendo —repitió Perdoma.

—Ese es el nombre que figura en el registro —dijo la recepcionista.

—Bien. Muchas gracias. Esto... ¿Puedo hacerle una par de preguntas?

—Naturalmente. ¿Qué desea saber?

—¿Se encontraba usted aquí cuando dejó la habitación? ¿Se fijó en él? ¿Puede describirlo?

—No me fijé demasiado —repuso la joven—. Además, iba muy tapado. ¡No me extraña con el frío que hace! Sólo recuerdo que era alto. Llevaba guantes, sombrero, bufanda, gafas. No, no puedo decirle mucho más.

—No importa —prosiguió Perdoma—. ¿Sabe si pagó en efectivo o con tarjeta?

—En efectivo. Eso lo recuerdo perfectamente. Pagó en metálico y me dejó el cambio como propina.

Perdoma regresó a la zona de los sillones y marcó el número de Alfonso.

Comunicaba. Finalizó la llamada y marcó el número de su despacho. También comunicaba. Marcó por tercera vez, en este caso al despacho contiguo, y recibió respuesta. Perdoma dejó el recado de que Alfonso le telefonease de inmediato y aguardó con el teléfono en la mano. A los pocos minutos, sonó la llamada:

—¿Alfonso, eres tú? —preguntó Perdoma.

—Sí, ¿qué noticias tienes?

—Por la descripción que me ha dado el muchacho, parece probable. Mira, te voy a dar el nombre con el que se registró. Intenta localizarlo en las listas de pasajeros que viajaron de Gran Canaria a Tenerife y en las de los que tenían reserva desde aquí a cualquier parte para el día del temporal.

—De acuerdo. ¿Cómo se llama?

—Apunta, se llama José Bermúdez Mendo.

—De acuerdo, Vamos a tratar de localizarlo y te llamo con lo que sea. Por cierto, el otro, el Juan de Castro Gomes no aparece por ningún sitio.

—Lo imaginaba —comentó Perdoma—. No obstante, había que manejar todas las posibilidades.

Perdoma cortó la comunicación y decidió pasar por la cafetería y tomarse un café caliente. La espera se haría más llevadera.

Transcurrió una media hora hasta que sonó el teléfono. Contempló en la diminuta pantalla «Alfonso» y pulsó el botón de aceptar.

—¿Qué pasó? ¿Tienes noticias?

—Hemos dado con él —respondió Alfonso.

—¿En serio? ¡Cuenta!

—Encontramos a José Bermúdez Mendo en la lista de pasajeros del Bencomo Express, el catamarán de Fred Olsen que realiza la travesía Agaete a Santa Cruz en unos 60 minutos. Nuestro hombre tomó el último barco, el de las 20.30 horas el día 30 de octubre.

—¡Bien por ustedes! —exclamó Perdoma—. Ahora estamos seguros de estar siguiendo la buena pista.

Alfonso lo interrumpió:

—Aguarda, que hay más. En la compañía Iberia aparece una reserva al mismo nombre para el vuelo a Madrid de las 9.05 de la mañana desde el aeropuerto del Sur.

—¡Magnífico trabajo, Alfonso! Ya conocemos su identidad. Creo que lo podremos atrapar.

—¿Qué opinas que hagamos? ¿Lo difundimos de forma reservada y vigilamos estrechamente los transportes o lo divulgamos en general?

—Vamos a pensar —dijo Perdoma—. Si la identidad se difunde por todos los medios el individuo estará sobre aviso, pero por otra parte cada vez más nervioso. Sabrá que no puede salir de la isla y puede cometer algún error. Además, ya son más de las ocho. Acabo de escuchar en las noticias que las comunicaciones se reanudan mañana, aunque todavía no han fijado la hora. Eso significa que el tiempo mejora.

Nosotros podemos controlar los aeropuertos y puertos a nivel comercial o incluso de transportes. Sin embargo, de aquí a mañana será difícil contactar con todas las agencias de alquiler de barcos, pescadores o particulares que posean una embarcación. El tipo ese dispone de medios. Puede ofrecer un buen dinero y largarse antes de que nos demos cuenta.

—Entonces, ¿opinas que lo difundamos por todos los medios?

—Absolutamente por todos. Lo propagaremos a los cuatro vientos y confiaremos en que se sienta acorralado y cometa un fallo.

—¿Y si se oculta durante un tiempo?

—No podría permanecer mucho tiempo escondido. Mantendremos viva su imagen, su nombre y su descripción todo el tiempo que haga falta. Alguien lo descubrirá, como ese muchacho.

—¿Envío a alguien para que revise la habitación por si encuentra alguna huella?

—Me parece bien, aunque ese sujeto es muy meticuloso. No creo que encontremos ninguna. De todas formas, manda a alguien, nunca se sabe. Yo también, ya que estoy aquí, echaré un vistazo a ver si encuentro alguna pista que nos conduzca a él.

Perdoma apagó la llamada y regresó a recepción a pedir la llave.

—Está en la tercera planta —explicó la recepcionista, tendiéndole una tarjeta—. Al salir del ascensor, tuerza a la derecha.

—Gracias —respondió Perdoma cogiendo la tarjeta.

Cuando accedió a la habitación, quedó sorprendido gratamente por el efecto cálido que causaba a pesar de la ausencia de color. Todos los materiales edilicios y ornamentales se basaban en la bicromía del marrón oscuro y blanco que se repetía por doquier. No se apreciaba ninguna pincelada de otros tonos cálidos o fríos. Perdoma sintió la impresión de hallarse en un cuarto austero y severo. Sin embargo, a medida que se adentró en él, lo percibió acogedor. A la derecha se ubicaba el cuarto de baño. Lo barrió con la vista sin apreciar nada fuera de lo normal. El tal José Bermúdez no se había dejado nada allí, ni un cepillo de dientes, ni un peine. Nada de nada. Por otra parte, no había armarios que pudieran albergar algún objeto. Se trataba de un aseo diáfano, transparente y de líneas puras.

Pasó al dormitorio. La cama estaba hecha. No obstante, la abrió y la deshizo hasta dar la vuelta al colchón. Nada. Miró en el armario. Este se hallaba completamente vacío. Incluso el altillo, donde únicamente reposaba una manta. Después abrió la pequeña caja fuerte instalada en la base, con el mismo resultado negativo.

Se aproximó a la mesa y la contempló con mirada inquisidora: un televisor con su mando, un cenicero vacío y limpio, un listín telefónico, una carta con los servicios del hotel, una hoja plastificada con las instrucciones en caso de emergencias para la evacuación, una lista de precios del mueble bar, unos sobres y una libreta con el membrete del hotel y un bolígrafo.

«¡Lo típico! Nada fuera de lo común».

Tomó el listín telefónico y pasó página tras página y comprobó si había alguna señalización, pero en vano.

Se agachó y abrió el mueble bar: pequeños botellines de *whisky*, ron, ginebra, agua y refrescos, además de unas chokolatinas.

«Todo normal. Lo más normal del mundo».

Llegó hasta la ventana, junto a la que se situaba una butaca. La butaca se hallaba también vacía. Luego, poniéndose en cuclillas, levantó los visillos y cortinajes y pasó una mano por el suelo.

«Nada. Absolutamente nada. Parece una habitación fantasma. Como si nunca la hubiera habitado nadie».

Volvió sobre sus pasos procediendo a realizar una segunda inspección, aunque sin muchas expectativas de éxito. Examinó todo milímetro a milímetro, y ya iba a dar media vuelta para marcharse cuando algo le llamó la atención. Al pasar de nuevo la vista sobre la mesa, advirtió que del bolígrafo sobresalía la punta, señal inequívoca de que alguien lo había utilizado. Después miró hacia la carpeta de folios con el nombre y dirección del hotel impresos en el ángulo superior izquierdo. Se apreciaba una insignificante línea plastificada. Cogió la carpeta y pasó el dedo índice por el reborde, notando que raspaba.

—Alguien ha escrito sobre la hoja superior y después la ha arrancado. Si fuese José...

Perdoma salió de la habitación precipitadamente y bajó las escaleras de dos en dos hasta la recepción.

—¿Tiene un lápiz? —preguntó a la encargada del mostrador de recepción.

—¿Un lápiz?

—Sí, un lápiz —repitió Perdoma.

—Si quiere un boli, puedo dejarle éste.

—No quiero un boli. Necesito un lápiz. Por favor, ¿puede procurarme uno?

—Aguarde un momento. Quizás en las gavetas...

Perdoma aguardó impaciente hasta que la muchacha exclamó:

—¡Aquí hay uno! Tenga. No tiene mucha punta. Necesitaría un afilador, pero...

—¡Me valdrá! —respondió Perdoma alborozado, agarrando el lápiz y desapareciendo nuevamente escaleras arriba.

Introdujo la tarjeta aceleradamente en la ranura y empujó la puerta sin conseguir que ésta se abriera. Lo intentó una y otra vez maldiciendo los métodos modernos de apertura de habitaciones. «¡La tecnología nos va a destruir!».

Cuando por fin la puerta se abrió, entró en tromba en la habitación y corrió hacia la mesa. Rayó la cuartilla con el lápiz hasta dejarla toda tiznada y luego la acercó a una lámpara. Unas tenues letras blancas comenzaron a perfilarse en la superficie carbonizada. Leyó: «Albergue Municipal de Santa Cruz. Calle Valle Inclán. N° 15».

—¡Ya lo tenemos! —exclamó al tiempo que comenzaba a bailar ridículamente por la habitación.

La danza, no obstante, se interrumpió de golpe.

«¡Alfonso! Hay que evitar que la noticia se propague y se mande a mudar».

Sacó el móvil y buscó apresuradamente el número de Alfonso. Cuando lo tuvo en el punto de mira oprimió el botón. Sonaron los pitidos de llamada hasta que alguien lo descolgó.

—¡Alfonso, Alfonso! ¿Has comunicado ya la identidad de nuestro hombre? Dime que no te ha dado tiempo.

—¿Por quién me tomas, Perdoma? —protestó Alfonso—. Ya todo está hecho. En unos minutos estará en el aire.

—¡Mierda! —exclamó Perdoma—. ¿Por qué te diste tanta prisa? ¡Ya lo teníamos!

—¿Cómo que por qué me di tanta prisa? Era urgente, ¿o no? ¿Y qué es eso de que ya lo teníamos?

Perdoma refirió a Alfonso las averiguaciones realizadas en la habitación ocupada por José Bermúdez.

—¡Ahora el pájaro habrá volado! ¡Por qué tuviste que ser tan rápido!

—Escucha, Perdoma. A mí no me vengas ahora con esas. Tú dijiste de divulgarlo, de propagarlo a los cuatro vientos. Esas fueron tus palabras textuales. Esa fue tu idea y tu idea urgente. ¡No me vengas ahora con chiquitas! Tú dijiste que se pondría nervioso, que cometería un fallo.

—No me lo recuerdes, Alfonso. Por favor, no me lo recuerdes. ¡Si hubiese subido antes a la habitación! ¡Si tú no te hubieses apresurado a dar la noticia!

—¡Alto ahí! No confundamos las cosas, Perdoma. Tú confiabas en el error. Tú tenías prisa por divulgar la noticia. ¡Joder! Llevo aquí todo el día sin parar. Tú dijiste que lo comunicara.

—¡Está bien, Alfonso! No es culpa tuya. Pensé que era lo mejor. Hice un razonamiento lógico. Tú estuviste de acuerdo. ¿Quién iba a suponer lo que me encontré después? Pero no importa. Escucha. Voy para allá, tal vez llegue a tiempo. Si el tipo ese no se ha enterado de que conocemos la identidad que dio en el hotel, seguirá allí oculto y yo lo descubriré. No te quepa la menor duda. Lo que temo es que, alertado, haya desaparecido.

—En ese caso, no pierdas más tiempo. Yo voy a llamar por teléfono al albergue para comprobar si está. Es posible que siga allí. En caso afirmativo, intentaré que traten de impedir que salga y que se entere de la nueva orden de busca y captura a su nombre. También enviaré alguien más.

—De acuerdo, Alfonso. Gracias. Yo salgo ya para allá, pero no sé cómo estará el tráfico en Las Ramblas. Al venir, encontré bastante atasco.

Capítulo 56

Santa Cruz de Tenerife. 3 de noviembre de 2012

Juscelino pasó por delante de la edificación recientemente remodelada en tonos blancos y grises que ostentaba en lo alto de un muro lateral la inscripción en letras mayúsculas: Centro Municipal de Acogida. Prosiguió hasta contornear la siguiente manzana y aparcó el coche. Dejó el maletín en el maletero considerando que implicaba una nota disonante con el ambiente, y desanduvo el camino a pie, dispuesto a representar una vez más el papel de indigente.

A los pocos minutos, Juscelino cruzaba la verja de entrada y accedía al interior de las instalaciones. Tras ser recibido con amabilidad, lo acompañaron al dormitorio donde le asignaron una cama baja de una de las literas. A continuación, le mostraron los baños y el comedor. El albergue mostraba un alto índice de ocupación ese día debido a las condiciones atmosféricas, y muchos sin techo, que habitualmente vagaban libremente por la capital gracias a la bondad de su clima, hoy se habían dado cita aquí. Juscelino había contado con ello y se felicitaba por haber encontrado tan pronto un lugar más seguro y donde poder pasar desapercibido.

«Al caer la tarde, me acercaré al coche para llamar a don Fabio y escuchar el boletín de noticias. Tengo que confirmar si las comunicaciones se restablecen mañana e idear un plan», pensó mientras comía un plato de potaje en una bandeja metálica sin prestar atención a sus compañeros de mesa. «Cuando vuelva a Río, me resarciré de todo esto y le pediré a don Fabio un plus por todas las incomodidades que estoy pasando».

Descansó unas horas en su cama y nada más que hubo anochecido salió a la calle. Caía una fina llovizna y el viento, aún siendo fuerte, amainó bastante en relación con los días anteriores. Las calles estaban lodosas y enfangadas, por lo que caminó despacio para evitar una caída. Llegó al coche, empapado y aterido de frío. Conectó la calefacción de inmediato. Transcurridos unos minutos, se sintió mejor.

«Escucharé primero las noticias y después telefonearé a don Fabio con lo que sea. ¡A ver que se le ocurre para sacarme de aquí! ¡A mí y a ese maldito mapa! No pienso que me deje tirado y menos teniendo yo lo que él tanto desea».

El locutor informó de que casi con absoluta certeza se reanudarían mañana hacia las dos de la tarde los vuelos entre islas, excepto con Fuerteventura y Lanzarote, a la Península y otros destinos. Los transportes marítimos seguirían la misma pauta. A los pasajeros que tuviesen reservas para los días del temporal se les iría incluyendo en otros aviones o barcos, en caso de que siguieran queriendo viajar o se les reintegraría el importe del pasaje. Debían ponerse en contacto con su agencia de viajes o la compañía de transportes.

A continuación, Juscelino escuchó diversas entrevistas a personas de compañías aéreas y navieras que detallaban horarios y trayectos desde los que se comenzaría a

operar, más indicaciones e instrucciones, de las que sólo entendía la mitad.

Estaba a punto de desconectar el aparato de radio cuando escuchó de nuevo el aviso que se refería a él. Aguardó unos segundos y se quedó helado al escuchar la nueva identidad: José Bermúdez Mendo.

—¡No es posible! ¿Cómo diantres lo han sabido? ¿Cómo han podido averiguar el nombre que utilizo aquí? ¡Estoy perdido! ¿Qué voy a hacer ahora?

Buscó en la agenda el número de don Fabio y oprimió el botón sin poder evitar que le temblara la mano. Se sucedieron varias llamadas sin respuesta hasta que Juscelino, casi al borde de la desesperación, sintió que descolgaban y la voz de don Fabio preguntó:

—Jus, ¿eres tú?

Juscelino pasó a referirle aceleradamente todos los hechos y el grave aprieto en el que se encontraba.

—Más despacio, Jus —dijo don Fabio—. Repítame todo despacio y claro. Tienes que estar tranquilo. Fíjate en mí. Mañana es la boda. Tengo un caos impresionante y, sin embargo, estoy tranquilo. Cuenta lo que sea con tranquilidad.

«¡Qué me importa a mí la maldita boda! ¿Es que no se da cuenta de lo que ocurre aquí?».

Juscelino relató por segunda vez a su cliente lo acontecido en Tenerife, incluyendo la noticia de última hora con la revelación de la identidad utilizada en las islas.

—Es preciso que me envíe otro pasaporte a otro nombre, con otra foto. ¡Tengo que salir de aquí!

—Pero, Jus, eso no es posible. Mañana es la boda.

—Don Fabio...

—¡Déjame continuar y no me interrumpas! No es posible y no es viable. ¿Tú sabes lo que se tarda en falsificar una identidad? ¿Y en hacértela llegar?

—¿Pero entonces?

—Pero entonces, Jus. ¡Haz lo que tú sabes hacer! ¡No es difícil!

—¿Qué es lo que yo sé hacer? Yo sólo sé...

—¡Eso que estás pensando! Agénciate una nueva identidad. Tú eres capaz de sustraer lo que sea. ¡Cosa más fácil que ésta! Primero busca una plaza para viajar. Opino que los barcos serán más seguros. En los aeropuertos hay más controles. Después buscas a alguien parecido a ti. ¿Tengo que seguir?

—No, don Fabio. Ya lo he comprendido y seguiré su consejo. Mañana pasaré a la acción. Ya lo llamaré para informarle.

—Bien. ¡Ese es mi Jus! —exclamó don Fabio—. ¡Ah! Por cierto, no se te ocurra volver a ese albergue donde figuran tus datos y deja también el coche.

—Tiene razón, don Fabio. Pasaré la noche en cualquier sitio y mañana procuraré obtener un pasaje y un nuevo documento.

—Eso es, Jus. Y recuerda, debes estar tranquilo. Tu mente debe estar despejada.

Sólo se trata de un obstáculo que tú puedes superar. Tienes que recobrar el control sobre ti mismo y no dejarte llevar por los nervios. Eso no conduce a ninguna parte. ¡No te han descubierto! Únicamente han descubierto a un tal José Bermúdez Mendo, que no existe. ¡Ese no eres tú! No te atraparán, Jus. Confía en mí y confía en ti mismo. Tú lo puedes conseguir.

—Gracias, don Fabio —dijo Juscelino—. Ya me encuentro mejor. Ya tengo claro lo que debo hacer. Gracias. Mañana hablamos.

—¡Hasta mañana entonces, Jus! Recuerda mis consejos.

—Los tendré en cuenta. Hasta mañana, don Fabio.

Juscelino apagó el móvil algo más relajado. Estuvo tentado de quedarse a dormir en el coche caliente, pero recordó el aviso de don Fabio y pensó que lo podrían localizar a través de la agencia de alquiler.

«No puedo arriesgarme. Están detrás de mí y no tardarán en dar con el coche. Por mucho que lo desee, no puedo quedarme aquí. Y lo mejor será que me aleje lo más posible».

Después, echó un vistazo al pequeño ordenador portátil. No quedaba ya apenas información en él, ya que iba borrando todos los datos comprometedores a medida que no los necesitaba o los tenía perfectamente memorizados.

«Por si acaso, no me arriesgaré. Puedo haber dejado algo olvidado y ahora no dispongo de tiempo para revisarlo todo».

Lo desenfundó y encendió. Tecleó durante unos instantes, pero los suficientes para dejar el aparato completamente limpio.

«¡Cómo si fuera recién comprado! En caso de que me encuentren y se hagan con él, no les podrá revelar ni el más mínimo detalle».

Después salió a la intempestiva noche, recogió su maletín, introdujo el ordenador y se echó a la calle, que lo acogió con frialdad.

Don Fabio no le había preguntado nada del mapa y él tampoco lo había mencionado. Lo primordial ahora era ponerse a salvo. El mapa estaba a buen recaudo y se podría recuperar más adelante. A él no se le pasaba por la imaginación desplazarse hasta el aeropuerto del Sur y recuperarlo, exponiéndose a ser detenido en cualquier momento.

Capítulo 57

Santa Cruz de Tenerife. 3 de noviembre de 2012

Perdoma encontró de nuevo atasco por Las Ramblas y tardó casi una media hora en llegar al albergue. Aparcó frente a las instalaciones y consultó el móvil. Alfonso le había dejado un mensaje: «Nuestro hombre se registró en el albergue pero no se encuentra allí, salió a dar una vuelta. Envié al brigada Ramos y al guardia Díaz».

«Ya casi es nuestro. Le esperaremos y en cuanto regrese lo detendremos».

Perdoma entró en el recinto y pasó al recibidor. Ramos y Díaz se hallaban sentados en unas sillas cerca de la entrada en traje de calle. Al ver entrar a Perdoma, se levantaron y saludaron.

—¡Buenas noches, mi capitán!

—¡Buenas noches, Ramos, Díaz! ¿Alguna novedad?

—Nos han informado de que se registró hoy en el albergue. Llegó esta mañana, poco antes de comer. Permaneció aquí hasta media tarde y luego salió —comunicó el brigada Ramos.

—¿Dijo si tenía intención de regresar?

—Parece ser que sí. Solicitó pasar la noche y tiene asignada una cama.

—En ese caso, aguardaremos. Voy a hablar un momento con el encargado. Ustedes, Ramos y Díaz, siéntense algo más alejados de la puerta y procuren no llamar la atención. Yo vengo enseguida. Dejaremos que entre hasta el mostrador y nos situaremos detrás de él para cortarle la salida hacia la puerta de la calle y hacia la puerta que da acceso al interior.

—De acuerdo, capitán —respondieron al unísono.

Perdoma confirmó con el encargado la información que le había dado el brigada Ramos. José Bermúdez había pedido una cama donde pasar la noche. Al salir esa tarde, dijo que sólo se ausentaba un rato. El primer turno de cena había comenzado hacia unos minutos. Él figuraba en el segundo. Todavía quedaba casi una hora, pero el encargado opinaba que Bermúdez no tardaría mucho.

—¿Ha dejado algo de equipaje?

—No sé, pero puedo ir a mirar.

Perdoma acompañó al encargado hasta el dormitorio. Sobre su litera reposaba una bolsa de plástico con unas escasas prendas. Ni documentos ni otros objetos. Perdoma revisó las ropas sin encontrar nada. Después deshizo la cama comprobando las sábanas, la manta, y terminó dando la vuelta al colchón. Lo palpó cuidadosamente, pero no había signos de que hubiese sido cosido y descosido.

«No ha dejado nada y menos el mapa. No se ha arriesgado. Donde quiera que se encuentre, se encontrará el mapa».

Antes de abandonar el dormitorio, Perdoma tuvo otra idea.

—¿Los usuarios disponen de algún armario donde depositar sus cosas? —

preguntó.

—Hay unas taquillas. Allí en aquella pared.

—¿Cuál es la suya? —interrogó Perdoma.

El encargado miró el número de la litera y le indicó la 75.

Perdoma fue hasta las taquillas. La número 75 estaba vacía.

—No hay nada que indique adónde fue. Lo único que nos resta es esperar. Será mejor que regresemos a la entrada —sugirió Perdoma.

—Como quiera —respondió el encargado.

—Ya le han informado de que se trata de un sujeto peligroso, ¿no?

—Sí, ya estoy enterado. Es ése que sale en las noticias. Cuando llegó no lo reconocí y como dio otro nombre...

—Bien. Entonces usted se sitúa tras el mostrador y cuando se acerque se agacha. Nosotros nos ocuparemos de él.

—¿Cree que estará armado? —preguntó el encargado, algo nervioso—. Me refiero a alguna pistola o algo así.

—No, no lo creo. No obstante, hay que ser precavidos.

El encargado asintió. No es que se tratara de algo fuera de lugar. Allí se habían requisado varios cuchillos y armas blancas. Pero ese hombre era peligroso y si estaba en posesión de armas de fuego...

Perdoma retornó a la entrada y se acomodó con sus compañeros. Todo seguía sin novedad.

El tiempo transcurría lentamente. En tres o cuatro ocasiones tocaron a la puerta. Cada vez que esto acontecía, Perdoma y su equipo se disponían a entrar en acción. Sin embargo, se trataba de falsas alarmas. Algún que otro rezagado o alguien que solicitaba asilo para pernoctar. Pero la afluencia era escasa; en esa desapacible noche ya todos los usuarios se hallaban a resguardo en el albergue, calientes y bajo lecho.

Perdoma consultó la hora por enésima vez. Según el encargado, ya había dado comienzo el segundo turno de comedor.

Siguieron pasando los minutos y las horas sin que José Bermúdez hiciera acto de aparición.

«O se trae algo entre manos que desconozco o se ha enterado de que lo están buscando y ha puesto pies en polvorosa», reflexionó Perdoma.

—¡Ya es hora de cerrar! —manifestó el encargado al cabo de un rato.

—¿Ya no se abre la puerta? —indagó Perdoma.

—No señor. Hasta mañana a las siete ya no se abre. La gente conoce el horario. Quien no ha venido, ya sabe a lo que se expone: a pasar la noche fuera.

—En ese caso —dijo Perdoma, dirigiéndose a sus subordinados—, yo me voy a ir ya, porque no resulta muy probable que regrese. Ustedes se quedan aquí de guardia por si llama a la puerta o trata de introducirse por otros medios. Mañana por la mañana les enviaré un relevo. Me da que se ha enterado de que conocemos su identidad y no volverá. No obstante, es nuestra última pista. Vigilaremos por si acaso.

Si da señales de vida me informan de inmediato, no importa la hora. ¿Estamos?

—Sí, capitán —respondieron Ramos y Díaz.

Perdoma se despidió del encargado y abandonó el centro. Dio una vuelta por los alrededores antes de dirigirse al coche, pero no descubrió señales del tal José Bermúdez. Después puso a Alfonso al corriente de los acontecimientos, o mejor, de la ausencia de éstos, y se dirigió a casa un tanto alicaído y decepcionado por no haber podido atrapar a ese individuo escurridizo como una anguila.

Capítulo 58

Santa Cruz de Tenerife. 4 de noviembre de 2012

Juscelino caminó bajo la lluvia y azotado por el viento hasta que dio con unos soportales donde se refugió. Abrió su maletín y se vistió con ropa seca. Luego se acomodó lo mejor que pudo. El suelo estaba frío y al poco rato sintió cómo se infiltraba en su cuerpo hasta los huesos. La humedad lo envolvía y las ráfagas de aire silbaban al deslizarse por la calle arrastrando todo lo que encontraban a su paso.

No hallaba una postura cómoda, como tampoco hallaba una explicación sobre cómo habían descubierto su identidad. Por más que pensaba, no daba con la solución.

«¡Con lo fácil que había resultado la primera parte de la operación en Turquía!».

Nunca se había visto en un aprieto así. Su extraordinaria habilidad y su mente fría en los momentos decisivos lo habían alejado hasta la fecha de todo peligro. La única vez que había estado cerca de que lo pillaran, según recordaba, fue con el tema de un cuadro en el Museo de Arte de São Paulo, más conocido popularmente como MASP. Juscelino había conseguido introducirse limpiamente y hacerse con el cuadro solicitado. Ya iba a salir cuando sucedió lo del incidente, un niño...

Por la tarde había tenido lugar una visita escolar de alumnos que debían conocer el museo y tomar parte en unos talleres educativos. Al regresar al colegio, faltaba uno de los niños pequeños. Todo apuntaba a que se había extraviado en el museo. Cuando Juscelino descendía por la etérea escalera exterior, un grupo formado por profesores nerviosos, padres angustiados y policías se dirigían al ascensor. Todos lo contemplaron con asombro. Juscelino tuvo un alto poder de reacción. Saltó por la barandilla y echó a correr en dirección al parque Trianon, y se ocultó entre la espesura. De ahí se deslizó hasta el coche y huyó en un abrir y cerrar de ojos por la Avenida 9 de julio.

Había sido un imprevisto que Juscelino había salvado bien. Pero siempre odiaba los imprevistos, porque no estaba seguro de saber reaccionar adecuadamente. Además, con el tiempo se volvía más torpe, más lento en ese sentido. Perdía reflejos, capacidad de sobreponerse rápidamente, a veces en fracciones de segundo, ante situaciones adversas. En lo referente a planificación y ejecución, mejoraba con los años, como los buenos vinos; adquiría más experiencia y más conocimiento. Sin embargo, los imprevistos, todo lo que se saliese de lo que él había planificado con anterioridad, lo sacaban de quicio.

«Me estoy volviendo viejo. Tendría que pensar en retirarme, dejar paso a la juventud y ganarme la vida de otra manera, pero ¿cómo?».

A continuación, pasó a repasar los pasos de la operación.

«¡Galip! Ese torpe, sinvergüenza, hijo de puta. Ese maldito vejestorio fue quien comenzó a complicarlo todo. Si no, a estas horas, ya estaría en Río dándome la gran vida y no aquí, en esta puñetera calle de esta maldita isla, muerto de frío y temiendo

que me detengan de un momento a otro».

Prosiguió maldiciendo y lamentándose hasta que no pudo aguantar más en esa situación. Aprovechó que la lluvia había amainado y se puso en pie.

Salió a Las Ramblas, que estaban absolutamente desiertas. Sin embargo, prefirió evitar la gran avenida y fue callejeando por Tomé Cano. Descendió por la calle San Sebastián pegado a la pared del estadio y pasó ante la recova sin detenerse hasta que llegó a la Avenida Marítima.

«¡Si pudiera colarme en algún barco! Estoy impaciente por que se pongan en marcha los medios de transporte. Esto es una ratonera».

Avanzaba por la avenida mirando hacia el mar cuando creyó distinguir una gran mole que se movía a merced de las olas a unos cientos de metros del puerto. Forzó la vista y escudriñó la oscuridad.

«Sí, parece un barco. ¿Estará tratando de llegar a puerto? ¿Tendrá algún problema? Tengo que enterarme de si arriba y zarpa pronto. Entonces seguiré la indicación de don Fabio y me deslizaré dentro. Vaya a donde vaya, la cosa es salir de aquí».

Decidió continuar hasta la plaza de España y cobijarse en la entrada del Cabildo hasta que amaneciera. Entonces podría tratar de comprobar lo que sucedía con ese barco.

Capítulo 59

Santa Cruz de Tenerife. 4 de noviembre de 2012

Perdoma se preparó un café fuerte. No se entretuvo en tostar rebanadas de pan, sino que se encaminó temprano al despacho de Alfonso. Este ya se encontraba allí con cara de haber dormido también poco.

—¿Un café? —ofreció Alfonso.

—No, gracias —negó Perdoma—. Acabo de tomar uno. ¿Alguna novedad?

—En absoluto. Estamos estancados en un punto muerto. ¿Se te ocurre algo?

—¡Ojalá! Hemos seguido todas las pistas y cuando ya lo teníamos, se nos escapa. ¿Has hablado con el albergue?

—Fue lo primero que hice. Sin novedad.

—¡Maldita sea! Voy a enviar un relevo para que sustituya a los de la noche, pero mucho me temo que ese Bermúdez no regresa al albergue ni a tiros.

—¿Qué podemos hacer? —cuestionó Alfonso.

—¡Si lo supiera! No se me ocurre sino esperar; esperar que meta la pata o que acontezca algún milagro.

Cuando llegó la hora de hacer una pausa y echar el tentempié de media mañana, lo único novedoso que había ocurrido era que se había contactado con la agencia de alquiler de coches en Gran Canaria y se descubrió el coche abandonado en las inmediaciones del albergue. El registro del vehículo no arrojó ninguna pista de adónde había ido a parar su propietario. Perdoma se desplazó en persona y revisó el coche palmo a palmo sin hallar nada relevante.

—¡Es desesperante! —exclamó—. ¡Estamos tan cerca y sin embargo tan lejos! ¿Dónde diablos puede estar metido cuando toda la isla está detrás de él?

Regresó a la Comandancia, estrujándose en vano el cerebro. Al entrar, se encontró con Ramón que se acercaba caminando.

—¡Hombre, Ramón! ¿Qué pasó? ¿Qué te trae por aquí? ¿Vienes a hacerme una visita?

—En cierto sentido se puede decir que sí.

—Pues no has escogido un buen día. No te puedes imaginar lo liado que estoy. Además ¡Vaya día! No me sale una a derechas.

—Pues ya somos dos. Yo también llevo un mal día. Me acaban de robar la cartera.

—¡Vaya, hombre! ¡Lo siento! Pero yo no puedo hacer nada, tendrás que ir a la Policía y poner una denuncia.

—Sí, ahora voy.

—¿Dónde ha sido?

—En la calle Castillo. Quedé con Eustaquio para organizar unas jornadas de la Parroquia y, chacho, no te puedes hacer una idea de cómo estaba. ¡Abarrotada hasta

los topes!

—¿Y cómo es eso?

—Por lo del crucero. ¿No te enteraste?

—No, no sé nada. Ya te dije que estoy muy liado. ¿Qué pasó con el crucero?

—Resulta que esta noche sufrió una avería uno de esos cruceros que pasan por aquí. No iba a hacer escala en Santa Cruz, por lo del temporal. Pero se averió alguna máquina y estuvieron gran parte de la noche a merced de las olas. Ya sabes cómo estaba el mar ayer, unas olas de no sé cuantos metros. Total, que las pasaron canutas, pero esta mañana consiguieron llegar al muelle. ¡Pobre gente, lo mal que lo tuvo que pasar! El caso es que mientras reparan la avería, los pasajeros y parte de la tripulación han bajado al puerto y está la plaza de España y la calle Castillo de bote en bote. Más de cuatro mil personas por ahí. Y yo opino que en ese barullo alguien aprovechó y se apoderó de mi cartera.

—¡Eso es magnífico! —gritó Perdoma—. ¡Es posible que aproveche esa oportunidad!

—Perdoma, ¿estás en tu juicio? ¡Cómo puede ser magnífico que me roben la cartera! ¿Te has vuelto loco?

—No, Ramón, perdona. No me refería a eso. ¡Cómo me voy a alegrar de que te roben! Se trata de otra cosa. Estoy buscando a alguien y es posible que intente colarse en ese crucero para salir de Tenerife. Pero ahora no tengo tiempo de explicaciones. Voy a decírselo a Alfonso y salgo para allí disparado. Ya te llamaré en otro momento y nos vemos.

Perdoma iba a dar media vuelta con intención de informar a su compañero y dirigirse rápidamente hacia el puerto cuando advirtió que Ramón no se movía del sitio.

—Ramón, ya te he dicho que estoy ocupado y tengo prisa. Ya te llamaré.

—Ya me hago cargo —dijo Ramón—. Sólo quería pedirte si me podías dar unos euros para coger la guagua, porque ya te comenté que me robaron la cartera. Ahora voy a la Policía a interponer la denuncia.

—¡Unos euros! Por supuesto, Ramón, perdona. Es que he tenido una idea gracias a ti y ya me había olvidado de lo tuyo.

Perdoma sacó su cartera y tendió a Ramón un billete de 20 euros.

—No necesito tanto —protestó Ramón, rehusando el billete—. Con que me des...

—Mira, Ramón. Esto es lo que tengo y no me hagas perder más tiempo. Cógelo y marcha, que yo tengo que salir pitando.

—Gracias, Perdoma, ya te lo devolveré.

—¡Ni se te ocurra! Y ahora, ¡largo de aquí! Ya estamos en contacto.

Ramón partió hacia la salida en tanto que Perdoma volaba escaleras arriba, y entró como una exhalación en el despacho de Alfonso.

—¿Sucede algo? —preguntó éste asombrado.

—Me voy urgentemente al puerto.

—¿Has tenido noticias? ¿Hay algún indicio? Las comunicaciones todavía no se han reanudado.

—¡Es una corazonada! No tengo nada en lo que basarme, pero pienso que puede aprovechar lo del crucero y largarse. Es mucho más fácil eludir los controles de un barco que de un aeropuerto y más si se trata de un crucero y si éste es ocasional. Puede mezclarse entre los pasajeros y...

—¿De qué crucero estás hablando? Que yo sepa...

—Hay un crucero atracado en el muelle de Santa Cruz. No tenía previsto hacer escala por lo de la tormenta, pero sufrió una avería y consiguió llegar al puerto. Lo están reparando. Los pasajeros y la tripulación desbordan las calles de Santa Cruz. Se hará a la mar en cuanto lo reparen. ¿No te das cuenta? ¡Es una ocasión única, que ni pintada! Los del barco ni siquiera saben nada de nuestro hombre. Podría colarse entre los pasajeros y desaparecer.

—Admito que es una posibilidad, pero... En realidad no sabemos dónde está, ni si se habrá enterado de lo del crucero. Yo no lo sabía y tú tampoco.

—Está en Santa Cruz. Ayer estaba en el albergue y no tiene coche. No puede haber ido muy lejos. Lo más probable es que se haya dirigido al puerto en busca de un medio en que escapar y se le ha presentado la ocasión en bandeja. Te digo que es muy probable que intente embarcar en ese crucero. Yo voy para allá. No voy a permanecer aquí de brazos cruzados cuando existen bastantes probabilidades que apoyan mi teoría.

—Está bien —reconoció Alfonso—. Tienes razón. Aquí no haces nada y es posible que ocurra como me lo estás contando. Ve y mantenme informado. Yo voy a enviar más guardias. También intentaré contactar con el capitán del barco o algún responsable de la tripulación para informarlo del sujeto. Imagino que si intenta embarcar, le pedirán documentos o identificaciones. Comunicaré inmediatamente la identidad de nuestro hombre para que lo intercepten, si intenta subir.

—Me parece bien, Alfonso. Infórmalos bien de su nombre y descripción. Yo voy para allá y no quitaré un ojo de encima a todo el que suba e intente acceder al barco.

—De acuerdo, Perdoma. Estamos en contacto. Por cierto, ¿se sabe la procedencia del crucero? ¿Es español o de otra nacionalidad?

—No tengo ni idea. Ya lo averiguaré. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Puede ser importante. Venga de donde venga, imagino que se mostrará colaborador ante un caso así. Pero recuerda que a bordo quien manda es el capitán. No puedes hacer de tu capa un sayo e impartir órdenes a diestro y siniestro.

—¿Por quién me tomas? —replicó Perdoma.

—Te lo digo porque te conozco. Así que ve, pero no des un espectáculo.

—¡Eso es lo último que me faltaba por oír! ¡Qué no dé un espectáculo! ¡Tienes cada cosa, Alfonso!

Capítulo 60

Santa Cruz de Tenerife. 4 de noviembre de 2012

La mañana amaneció despejada. El sol brillaba con fuerza como si durante los días de la tormenta se hubiese regenerado y cobrado nuevas energías. La lluvia se había disipado por completo y del viento huracanado persistía únicamente una ligera brisa. El mar embravecido había tornado a su oleaje habitual.

Juscelino se despertó con las primeras luces del alba, hambriento y dolorido. Se incorporó e hizo unos movimientos para desentumecer los músculos. Después oteó el horizonte, tratando de descubrir el barco que había avistado la noche anterior. ¿O todo había sido un sueño?

«No, ahí está. Ha llegado al puerto. Tengo que informarme enseguida de qué plan tiene. He de averiguar cuánto tiempo tiene previsto permanecer aquí y cuándo partirá. He de subir como sea y largarme con viento fresco de una vez por todas».

Se aproximó a la nave y aguardó en un banco hasta que algunos pasajeros comenzaron a descender por la escalerilla. Juscelino prestó atención al idioma que hablaban.

«Son alemanes. Bueno, aún recuerdo algunas palabras que me enseñó mi padre».

Dos mujeres de mediana edad vestidas un tanto estrafalariamente con prendas cómodas y ligeras bajaban charlando animadamente. Juscelino las abordó:

—Guten Tag. Was ist passiert?^[3]

—Das Schiff hat eine Havarie erlitten. Der Motor...^[4] —dijo una de ellas, tocada con una amplia pámela blanca decorada con una cinta azul. Y prosiguió con una parrafada narrando las desventuras de la noche pasada, de la que Juscelino no sacó mucho en claro.

—Wann reisen Sie ab? Wissen Sie es?^[5] —preguntó Juscelino.

—Der Kapitän hat gesagt in drei, vier Stunden höchstens. Jetzt haben wir freie Zeit bis zwölf Uhr.^[6]

—Danke^[7] —respondió Juscelino.

Juscelino aguardó a que bajase más gente y caminó por la plaza de España arropado por la multitud. Entró en una tienda de recuerdos atiborrada de turistas, que curioseaban todo, y adquirió una camiseta en la que aparecían unas palmeras y unos loros junto con la palabra «Tenerife» en letras grandes, así como una visera y unas cholas. Después echó un vistazo hasta descubrir una cafetería donde se habían dado cita más cruceristas. Entró sin pensárselo dos veces y fue directamente al baño. Se puso la camiseta, la gorra, las cholas (se dejó puestos los calcetines que llevaba para meterse más en el personaje) y un pantalón blanco de lino, que portaba en la maleta, y guardó todo lo demás en ella.

Sintiéndose más seguro con su *disfraz*, se atrevió a pedir un café con leche y un

bocadillo. Los camareros, desbordados por la marea humana que tenían encima, no le prestaron atención. Juscelino consultó la hora. Aún era temprano, no habían dado las once. Decidió esperar media hora más. El plan que había trazado se le antojaba factible, pero debía realizarse en el momento oportuno, no antes. Era preciso que el crucero zarpase con anterioridad a que se diese la alarma.

Había decidido suplantar a uno de los viajeros, uno cualquiera, uno que tuviera un posible parecido con él. Todavía le quedaba algo de narcótico en la maleta. Eso le podría servir.

Primeramente pensó en asaltar a un ciudadano cualquiera, el que tuviese mayor parecido físico con él. Luego cayó en la cuenta de que no figuraría en la lista de pasajeros, si es que la pedían al subir a bordo, y que, caso de despertar antes de tiempo, denunciaría antes el robo.

Pasadas las once y media, se puso en movimiento y salió a la calle. Observó con interés los rostros que desfilaban ante él. El rostro era lo más importante, por si pedían un carné o pasaporte. La estatura y la constitución eran más irrelevantes en este caso. De todas formas, la mayoría de los alemanes que veía de su edad eran altos como él y no muy corpulentos.

A las doce menos veinte, dio con su objetivo. A grandes rasgos, tenía bastante parecido con él: rostro delgado y alargado, cabello castaño claro, ojos entre verde y gris. Lo malo era que iba acompañado de una joven rubia, que portaba unas bolsas de compras en la mano.

Juscelino los siguió, meditando el siguiente paso a dar, cuando la joven rubia, tras detenerse unos instantes en el escaparate de una tienda, dijo algo a su acompañante y desapareció por la puerta.

Juscelino no desaprovechó la oportunidad que se le brindaba. Empapó un pañuelo con el líquido soporífero y, mientras simulaba tropezar con el germano, se lo acercó a las vías respiratorias. La inhalación llevó al joven a perder el conocimiento. Juscelino aguantó con fuerza el peso del cuerpo desvanecido y lo trasladó como si estuviera bebido hasta un banco próximo. Lo depositó en el banco de tal manera que diera la impresión de estar durmiendo una borrachera y se apartó de inmediato. En el transcurso de los hechos, le había vaciado limpiamente los bolsillos.

Juscelino se paró unos metros más allá y comprobó que estaba la documentación. Efectivamente, ahora tenía en su poder un pasaporte a nombre de un tal Klaus Edelhoff residente en München.

«Bien, Klaus Edelhoff, será mejor que nos dirijamos al barco. Ya va siendo hora de embarcar», se dijo para sus adentros, tomando la dirección del muelle. «¡Adiós, Santa Cruz, y adiós Tenerife! No creo que vuelva por estas latitudes en la vida. La primera experiencia ha resultado bastante catastrófica. Ahora lo que me resta es averiguar adónde se dirige este barco, si hace escala en algún puerto que me convenga y hallar un medio de regresar a casa».

Capítulo 61

Río de Janeiro. 4 de noviembre de 2012

Don Fabio, ataviado con un flamante chaqué, trataba por todos los medios de anudarse la corbata sin conseguirlo.

—¡Eduarda, Eduarda! ¿Estás ahí? ¿Puedes ayudarme con esta corbata?

—Por supuesto, Fabio —dijo su mujer, acercándose en bata y tomando los extremos de la prenda—. ¡Qué torpes sois siempre los hombres para estas cosas!

—¿Pero todavía estas sin vestir? ¡Llegaremos tarde!

—Tranquilo, Fabio. Hay tiempo. Ves. Ya está. ¡Estás guapísimo!

—¿Tú crees?

—¡Naturalmente! Tendrías que haber sido el padrino.

—Es mejor que seas tú la madrina, Eduarda. A ti se te dan mejor esas cosas y también estarás guapísima y elegante, si llegas a vestirte a tiempo.

—¡Qué cosas tienes, Fabio! En ese caso, será mejor que me esperes fuera. Así estaré más tranquila y terminaré antes. De paso, le dices a Ángela que venga para ayudarme y traiga el maletín de las joyas. Tengo que decidir cuáles me pondré.

—¡Todavía tienes que decidir! ¡En fin, será mejor que salga! Te esperaré en la biblioteca. No tardes. Recuerda que el novio tiene que llegar a la iglesia antes que la novia.

—Por supuesto, Fabio. Descuida, que llegaremos a tiempo.

Don Fabio se encaminó a la biblioteca. Su esposa con su parsimonia lo ponía de los nervios.

«¡Cuánto tiempo necesitaré para arreglarse!», pensó en un primer momento, hasta que sus ideas se fueron por otros derroteros. «La boda es un puntazo. El enlace de mi hijo con una chica de una excelente familia, tanto por posición social como por fortuna, me viene de perillas. Además, el evento me proporciona la oportunidad de alternar con la alta sociedad de Río y con los políticos más influyentes. Es una buena ocasión que no voy a desaprovechar. Sin embargo, mi dicha sería completa si Juscelino me hubiese traído ya el mapa. Creo que va siendo hora de que lo sustituya. Hay muchachos más espabilados. Sin ir más lejos, ese Paulinho apunta bien. Decididamente, habrá que relegar a Juscelino a trabajos más burocráticos. Se ve que está perdiendo reflejos y energía para sobreponerse a los problemas que puedan surgir sobre la marcha. Ya no es ese muchacho que conocí hace unos años dispuesto a todo y que se comía el mundo. Hábil, verdaderamente lo es. Sin embargo, se ahoga en un vaso de agua y eso puede dar al traste con cualquier negocio y echarlo a perder. ¡Los años no pasan en balde!».

Capítulo 62

Santa Cruz de Tenerife. 4 de noviembre de 2012

Perdoma bajó por Las Ramblas en una mañana clara y soleada, muy distinta de las de los últimos días. Siempre se quejaba del calor de la capital y se trasladaba con gusto hacia el Norte, donde la bruma, el frío y la humedad lo envolvían. Para él no había mejor placer que degustar un buen puchero o un escaldón acompañado de un vaso de vino en un ambiente frío y lluvioso.

«Nunca pensé que me alegraría tanto sentir de nuevo el clima habitual de Santa Cruz después de los días que llevamos. Sólo espero llegar a tiempo. No sé por qué, pero me da que el tipo tratará por todos los medios de introducirse en ese crucero. Y cuando a mí se me mete algo en la cabeza...».

Llegó a la Plaza de España y tras dejar el coche en los aparcamientos, corrió hacia el muelle donde se encontraba atracado el barco en cuestión.

Un coche patrulla aparcó poco después junto al de Perdoma y tres guardias se lanzaron en persecución del capitán.

Perdoma escuchó ruidos de carreras tras él y se detuvo. Contempló a los guardias de uniforme y les ordenó que se mantuviesen a prudente distancia, pero siempre pendientes de lo que sucediera.

—¿Cómo vienen así? —gritó enfadado—. ¡Vamos a levantar la liebre! El tipo no debe sospechar nada. Sitúense en las inmediaciones, pero ocultos y sin llamar la atención. Debemos abordarlo por sorpresa.

—¿Usted cree que subirá a este crucero, capitán? —preguntó uno de ellos.

—No estoy seguro. No obstante, opino que se trata de una posibilidad bastante probable.

—¿Y cree poder reconocerlo? —añadió otro.

—En eso confío —respondió Perdoma.

Los guardias siguieron las instrucciones de su capitán en tanto que éste se dirigió hacia la pasarela del barco. Der goldene Stern^[8], rezaba en un costado de proa, que Perdoma leyó al pasar. «Un barco alemán. Bueno, vamos para allá».

Puso el pie en la pasarela y ascendió por ella. El capitán del navío se hallaba de pie acodado en una barandilla junto a dos oficiales que portaban listas de pasajeros y controlaban el acceso al barco.

Perdoma se acercó al capitán y se presentó en un inglés con una pronunciación indefinible. El capitán del crucero correspondió al saludo haciendo gala de un impecable acento londinense. Se enteró de que Alfonso no había podido contactar con él, por lo que lo puso enseguida en antecedentes del hecho y, acto seguido, le pidió colaboración.

—¿Y cree usted que ese individuo intentará subir al barco? —preguntó el capitán.

—No lo puedo asegurar, pero está acorralado. Conocemos su aspecto y su

identidad. Eso dificulta su salida de la isla. Esta podría ser una buena oportunidad de escapar, mezclado entre los pasajeros.

—Es posible —agregó el capitán—, pero difícil. Como ve, llevamos un control riguroso de los pasajeros que suben y bajan. No pienso que pueda colarse. No obstante, estaremos más prevenidos cuando vayan regresando los viajeros.

—¿Y si ya se encuentra en el barco? Ha podido aprovechar un despiste. Convendría hacer un registro. Podríamos revisar...

—Insisto en que nuestro sistema de control es estricto y riguroso. Pero si se queda más tranquilo, avisaré al personal de Seguridad. ¿Tiene la fotografía e identidad del hombre?

Perdoma le proporcionó la documentación requerida, así como la descripción.

—Bien, ahora mismo nos ocuparemos de esto. Nosotros nos encargaremos del crucero. Usted puede situarse cerca de la escalerilla de la manera más discreta para no alertar al pasaje, por si lo reconoce al subir —dijo el capitán, dispuesto a colaborar, pero dejando bien claro que su barco era territorio alemán y en su barco mandaba él.

Perdoma descendió al muelle tratando de localizar un lugar desde el que no levantara sospechas, pero con un buen punto de observación del acceso a la nave e inmediaciones.

Los primeros pasajeros de regreso de la visita a Santa Cruz comenzaron a aproximarse. Perdoma pensó en mezclarse entre ellos, pero destacaba demasiado. Su altura dejaba mucho que desear ante los turistas germanos y sobre todo su traje llamaba excesivamente la atención ante los atuendos veraniegos e informales que lo rodeaban.

No sabía qué hacer para poder detectar disimuladamente la presencia del sospechoso. Entonces se percató de la existencia de un pescador sentado, caña en mano, en un extremo del muelle. Perdoma fue hacia él y le tocó en un hombro. En un abrir y cerrar de ojos le había requisado la caña, la holgada camiseta un tanto mojada y la gorra.

—Tome, buen hombre, póngase mi camisa y estos euros para que se tome un café. Dentro de un rato puede venir a recuperar sus cosas.

El pescador recelaba en abandonar su preciada caña, pero ante la autoridad no le quedó otro remedio.

Perdoma dobló su americana y la colocó tras un cubo donde el pescador había ido echando algunos peces. Luego se colocó en un ángulo adecuado y comenzó a no perder detalle de lo que acontecía en las proximidades del barco.

La afluencia de turistas se intensificó y a Perdoma le costaba más echar un vistazo a todos. Un pez picó en el anzuelo. Perdoma no se molestó en sacarlo del agua. No podía dejar de mirar hacia su objetivo.

«Hay muchos parecidos a nuestro hombre; altos, delgados, pelo claro, gafas de sol, que no sé si lo podré reconocer. ¡También es mala suerte! ¡Ya podía haber venido un barco de chinos o congoleños! Aunque, claro, en ese caso no se podría colar

fácilmente entre ellos. Sin embargo, consiguió entrar en el museo de Estambul y en tres casas aquí. Tiene que ser muy hábil y por mucho que insista el capitán, puede que haya conseguido eludir los controles».

Reparó en ese momento en una figura que encajaba dentro de la descripción, aunque no había podido verle bien la cara. Llevaba un maletín de cuadros en su mano derecha. Recordó la maleta de que le hablara Loly. La mayoría de los turistas portaban bolsas de compras, pero algunos traían bolsos o maletas adquiridas probablemente en alguna tienda de la calle Castillo o San José.

«Podría tratarse de él. Aguardaré a que llegue arriba y muestre su acreditación».

El hombre del maletín a cuadros pisó la cubierta y cuando le tocó el turno mostró al oficial encargado de la lista de pasajeros su documentación. En ese momento, Perdoma tuvo ocasión de contemplar parte del rostro y llegó al convencimiento de que se trataba del hombre de la fotografía. Sin embargo, observó con estupor cómo el oficial marcaba una señal en la lista, le devolvía los papeles y le decía:

—Willkommen an Bord Herr Edelhoff!^[9]

«¡No puede ser! ¡Hubiera jurado que era él!».

Perdoma se sintió decepcionado, y más, viendo que restaban pocos pasajeros en subir a bordo. Siguió mirando a su sospechoso sin poder apartar la mirada de él hasta que una luz se hizo en su cerebro.

—¡La cartera! —exclamó—. ¡La cartera!

Perdoma arrojó la caña a un lado y corrió hacia cubierta, gritando:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Detengan a ese hombre!

El capitán del barco, los miembros de la tripulación, los pasajeros y el hombre del maletín, todos contemplaban con gesto de sorpresa a Perdoma, que se abría paso a empujones por la pasarela.

—Capitán Perdoma —habló el capitán del barco—. Creo que está cometiendo usted una equivocación. Este no es el sujeto que usted busca. Se trata de *Herr* Klaus Edelhoff, del camarote 893. Todos sus papeles están en regla.

—Con mis respetos, capitán —insistió Perdoma, mirando al sospechoso de arriba abajo—. Si ese hombre es ese tal Klaus no sé cuántos, yo soy obispo. Si me permite que lo registre, seguro que encontramos su verdadera identidad y es posible que algo más.

El pasajero del maletín dio un paso atrás, pero dos miembros del personal de seguridad del barco lo agarraron por los brazos.

—Das ist Unglaublich! Ich bin ein deutscher. Wie erlauben Sie es, Kapitän?^[10] — chilló el hombre del maletín.

—Por favor, capitán. Deje que lo registre. Verá que tengo razón.

—¡Hans, Thomas! —llamó el capitán.

Los aludidos acercaron al hombre del maletín. Este trató en vano de desasirse. Hans extrajo una cartera de piel que entregó a su superior. El capitán sacó un pasaporte y leyó: José Bermúdez Mendo.

—Puede llevárselo, capitán Perdoma, siempre que me diga dónde se encuentra el verdadero Klaus Edelhoff. Y acepte mis disculpas.

Juscelino, atrapado ya sin remedio, confesó que había abandonado al pasajero en un banco de la Alameda. Hans y Thomas dejaron a Juscelino en manos de los guardias de Perdoma que ya habían subido a bordo y partieron hacia allí de inmediato. Juscelino aprovechó el momento para arrojar al mar la llave de la taquilla y el móvil.

—¿Qué hiciste? —preguntó Perdoma.

—Tiró un teléfono al agua —comentó alguien.

—¡No se te ocurra deshacerte de más pruebas! —dijo Perdoma a Juscelino y, luego dirigiéndose a los guardias:

—¡Las esposas, rápido!

Nadie mencionó la llave. Seguramente nadie la había visto desaparecer en las aguas del puerto.

Cuando Hans y Thomas regresaron con *Herr* Edelhoff y una muchacha rubia histérica, Perdoma y su equipo escoltando al detenido se pusieron en marcha hacia la Comandancia.

Faltaban pocos minutos para las dos de la tarde cuando Perdoma entró en el despacho de Alfonso.

—¡Tuviste que dar el espectáculo! —le espetó éste nada más verlo—. No pudiste detenerlo más discretamente.

—¿Ya te enteraste? —preguntó Perdoma.

—La noticia ha corrido como la pólvora. En la Comandancia no se habla de otra cosa.

—No lo pude evitar. Estuve mirando al tipo ese fijamente hasta descubrir que era él y lo dejaban pasar al barco. Entonces caí en la cuenta de lo que le pasó a Ramón hace un rato.

—¿Y qué le pasó a Ramón, si puede saberse?

—Le robaron la cartera. En ese momento pensé, ¿qué más fácil para un ladrón que robar una cartera y adquirir otra identidad? Todo lo demás cuadraba, la descripción, el rostro, la maleta... No era mi intención. Lo que ocurre es que no caí hasta ese momento y ya el tipo se internaba en el barco.

—¡Está bien, Perdoma! Lo importante es que hemos dado con él y está detenido. ¿Qué hay del mapa?

—Nada en absoluto. No se encuentra en su poder. Lo hemos registrado a conciencia igual que la maleta. ¡Nada!

—¿Se le ha interrogado?

—Están en ello, pero por el momento insiste en que no sabe nada de ese mapa y que nunca oyó hablar de él.

—¡Eso es imposible! —gritó Alfonso—. ¡Nos está tomando el pelo!

—Ya, pero no se le ha encontrado encima.

—Lo habrá ocultado en algún sitio. Hay que intentar que confiese.

—¿Pero dónde? ¿Y pensaba largarse sin él? Es extraño.

—Estaba desesperado, Perdoma. Apuesto a que lo escondió a buen recaudo y ahora pensaba únicamente en poner tierra de por medio y recuperarlo más adelante.

—Seguramente tienes razón. En el crucero no puede estar. No tuvo tiempo ni oportunidad de esconderlo. Habrá que volver a registrar a conciencia el hotel y el albergue. Son los sitios más a su alcance. ¿No crees?

—Posiblemente. Enviaré a unos cuantos agentes a esos lugares y que pongan todo patas arriba. Ese mapa no puede haberse esfumado en el aire.

Capítulo 63

Río de Janeiro. 6 de noviembre de 2012

Don Fabio depositó el taco en su estuche y, dando la espalda a la mesa de billar, se aproximó a la zona habilitada para la barbacoa y el bar. Ese día no había conseguido hacer ni una sola carambola a tres bandas. A la segunda se le desbarataba la jugada. Tras varios intentos fallidos y con un humor de perros ante la contrariedad, decidió dejar el juego para otro día.

«Es ese maldito de Jus. ¡Me está poniendo de los nervios! ¿Por qué no llamará? ¿No se da cuenta de que me tiene en vilo?».

Don Fabio no había comenzado a preocuparse en serio hasta ese día. El cuatro estuvo demasiado ocupado con la boda e incluso llegó a desconectar el móvil. Se jugaba mucho ese día como para estar pendiente de Jus. Ya le había proporcionado suficientes indicaciones para que fuera capaz de salir airoso de esa situación delicada en que se encontraba. Él no podía hacer más y, por otra parte, Jus no era ningún novato en la materia.

«¡Parece mentira que se ponga tan nervioso por algo así! En esta profesión se corren ciertos riesgos. Él ya debería de saberlo hace tiempo. No ha hecho otra cosa en toda su vida. Y tengo que ser yo, yo, que estoy a miles de kilómetros y pendiente de infinidad de cosas, quien le saque las castañas del fuego».

Al día siguiente, con la resaca de la boda, el viaje de los novios, los comentarios y cotilleos, las llamadas de docenas de invitados agradecidos sacando a relucir lo bien que había salido todo... Don Fabio no había dispuesto ni siquiera de unos minutos para sí y para su asunto particular.

Hoy había consultado la lista de mensajes y llamadas perdidas: ni rastro de Jus. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Había intentado ponerse en contacto con él, pero todo había sido en vano.

«El móvil debe de estar averiado. No obstante, debería de haber encontrado otro medio de ponerse en contacto conmigo. Esto no se lo voy a perdonar. ¿Es qué no se da cuenta de que estoy impaciente por saber algo? ¿En qué estará pensando? ¡Cómo sea capaz de presentarse aquí, así como si tal cosa, sin haberme comunicado nada, soy capaz de todo! Cuando lo vea, le voy a soltar cuatro palabritas».

Abrió el mueble bar y se sirvió una copa. No se sentó en su sillón favorito, sino que paseó nervioso por la habitación con una copa en la mano. Deseaba con todas sus fuerzas poseer ese mapa. Ansiaba tenerlo en su poder cuanto antes desde que había intuido el secreto que encerraba. Había enviado en su busca a su mejor hombre o por lo menos al mejor hombre de que disponía hasta ese momento.

Sonó el teléfono y se apresuró a responder creyendo que se trataba de Juscelino. Sin embargo era Charly quien llamaba:

—¡Don Fabio! —la voz de Charly sonaba apremiante.

—¿Eres tú, Charly? ¿Pasa algo? —preguntó don Fabio, sorprendido por el tono de voz.

—¿Ha visto las noticias, don Fabio?

—No, Charly. Llevo unos días de locura. No tuve tiempo para nada. ¿A qué noticias te refieres?

—Entonces, ¿no se ha enterado? ¿No sabe nada?

—¿Qué es lo qué, según tú, tenía que saber? ¡Habla ya de una vez!

—Me metí un rato en Internet, en el twitter y esas cosas. Ya sabe que a mí me gusta...

—Ve directo al grano, Charly, que no estoy de humor para adivinanzas. Llevo unos días que no se los deseo a nadie. ¿De qué te enteraste, si puede saberse?

—Me enteré de que detuvieron a Juscelino.

—¿Qué me dices? ¿Lo detuvieron? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Anteayer. Por lo visto iba a subir a un barco para abandonar Tenerife, pero lo detuvieron antes. Se ve que iban tras su pista y lo cogieron en el último momento.

—¡Maldita sea! —exclamó don Fabio—. ¿Sabes si llevaba encima el mapa?

—No, señor. No le encontraron nada.

—¡Alabado sea Dios! ¡No todo se ha perdido! Pero ¿sabes si ha hablado, si ha dicho algo?

—En absoluto. Jus ha guardado más silencio que una tumba. Todo el mundo está alborotado por ese mapa, pero él no ha revelado nada.

—¡Bien por Jus! —dijo don Fabio—. ¡Ese es mi muchacho! Espero que siga así y no revele nada. El mapa debe seguir en su lugar, en la taquilla. Charly, ¿me escuchas?

—Por supuesto, don Fabio.

—Atiende, mañana te quiero a primera hora en mi despacho. Tenemos que conversar sobre este tema. Yo voy ahora a informarme de todas estas noticias. Mañana nos reuniremos y trazaremos planes. Hay que ir a recuperar ese mapa. Conocemos el número de la taquilla. Aunque haya que forzarla, la cosa no es difícil. ¿No lo ves así?

—Don Fabio, ¿y Jus?

—Haremos lo que podamos por él. Puedes estar tranquilo. Sin embargo, habrá que dejar pasar un tiempo y siempre y cuando no nos comprometa. Pero insisto en que lo primordial es recuperar el mapa. Mañana organizaremos el viaje y partirás pronto a Tenerife.

—Don Fabio, todo está muy reciente. ¿Cómo voy a ir a buscar el mapa? ¿Quiere que me detengan a mí también?

—¿Por qué iban a detenerte a ti que no tienes nada que ver? ¡No seas chiquillo! Lo dispondremos todo bien y no tendrás problemas. Ya verás. Ahora te dejo. Recuerda, Charly. Mañana a primera hora en mi despacho. ¡No me falles!

—Allí estaré, don Fabio. Necesitaré garantías de que...

Don Fabio colgó el teléfono y Charly se sumió en un mar de dudas.

«Jus no hablará. Estoy seguro», meditó Charly. «Sin embargo, el asunto está muy reciente. Habrá controles por todo. Si me registran y me encuentran en posesión del mapa soy hombre muerto. Tengo que intentar convencer a don Fabio y demorar el viaje todo lo posible. Él está impaciente por tenerlo en sus manos, pero creo que podré hacerle entrar en razón para actuar más precavidamente. Si caigo yo, cae también el mapa. Eso le diré. En ese caso, no querrá arriesgar. Tendrá que conformarse con esperar un tiempo. El mapa está seguro donde está».

Notas

[1] Patlican salatasi es un puré de berenjena. <<

[2] El acarajé es un plato típico de la cocina de Bahía (Brasil). Consiste en un bollo hecho con judías carillas y camarones, frito en aceite de palma y servido en una salsa de pimienta, vatapá y caruru. <<

[3] Buenos días. ¿Qué sucedió? <<

[4] El barco sufrió una avería. El motor... <<

[5] ¿Saben cuándo partirán? <<

[6] El capitán ha dicho que en tres o cuatro horas a lo sumo. Ahora disponemos de tiempo libre hasta las doce. <<

[7] Gracias. <<

[8] La estrella dorada. <<

[9] ¡Bienvenido a bordo, señor Edelhoff! <<

[10] ¡Es increíble! Soy ciudadano alemán. ¿Cómo puede permitir esto, capitán? <<